Los irresistibles Trevelyan 2

# EL RIESGO
## *de proteger*
# A UNA DAMA

NURIA RIVERA

Los irresistibles Trevelyan 2

# EL RIESGO
## de proteger
# A UNA DAMA

NURIA RIVERA

*¿Puede una carta cambiar una vida?*

Cuando Jared Trevelyan recibe noticias de su antiguo coronel, un hombre que no despierta ninguna de sus simpatías, siente la tentación de negarle su ayuda. Pero Jared es, entre otras cosas, un hombre de honor, un hombre al servicio de la Corona, un hombre que frustró un motín para liberar a Napoleón durante su viaje a Santa Elena.

La petición de su antiguo superior no puede resultarle más sorprendente. Su hija, que vive con su abuela en un pequeño pueblo de Chester, corre peligro. Alguien amenaza con matarla si él no entrega una serie de secretos militares. Su delicado estado de salud le impide ir a buscarla en persona, y no hay nadie en quien confíe más que en Jared Trevelyan.

Evelyn Crawford vive una existencia apacible y fantasea con labrarse un futuro como institutriz, lejos de ese padre siempre ausente que tan poco significa para ella. La llegada de Jared pondrá su mundo patas arriba y, sin conocer el motivo, se verá obligada a viajar con él a Londres. Un viaje lleno de peligros y sorpresas que esconde también el futuro de ambos.

Nuria Rivera

# El riesgo de proteger a una dama

## Los irresistibles Trevelyan - 2

**ePub r1.0**
**Titivillus** 07.09.2021

Título original: *El riesgo de proteger a una dama*
Nuria Rivera, 2021
Diseño de cubierta: Bárbara Sansó Genovart

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta

El riesgo de proteger a una dama

Dedicatoria

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Epílogo

Nota de la autora

Agradecimientos

Sobre la autora

*Para mi cuñada Ana,*
*una mujer valiente, guerrera e independiente.*

# Capítulo 1

*Londres, septiembre de 1818*

Jared Trevelyan necesitaba salir de Londres. Si se despistaba podía acabar cazado por alguna dama con ganas de atrapar a un marido, y él no tenía madera de esposo.

Con veintiocho años, un cabello espeso y rubio como el trigo, ojos claros, mandíbula cuadrada y una barba que no siempre toleraba, era uno de los solteros más codiciados de la ciudad. Sobre todo, desde que se había extendido la voz de que abandonaba sus funciones en el ejército para dedicarse a gestionar sus tierras.

Formaba parte de ese grupo irresistible que eran los primos Trevelyan y del que procuraba dejar el pabellón bien alto en sus conquistas, pero jamás, jamás, solía relacionarse con damas casaderas que lo pudieran obligar a hacer algo que no deseaba, como casarse. Todavía era joven y había muchos peces en el mar. No le faltaban mujeres que lo recibieran con gusto en su cama, y a las que solo regalaba momentos placenteros, por eso no veía razón alguna para perseguir a una cuyo objetivo solo fuera el matrimonio.

Durante la temporada se había paseado por los salones y los bailes con indolencia, y más de una madre había pretendido engatusarlo para presentarle a sus hijas, sin siquiera disimular que pretendían echarle el guante. La boda de su primo, el nuevo marqués de Kingsbury, había dado de qué hablar y señaló, sin querer, al resto de primos como maridos adecuados, y estos habían salido de la ciudad, en desbandada, al poco de enterrar al tío Reginald.

Él también se hubiera ido a Reedox Hall, la finca de su abuelo,

el duque de Gilberston, en Cornualles, donde la familia solía reunirse; si no tuviera en mente ocuparse de Cadwell Park, la hacienda de Lancashire que estaba adscrita al título de vizconde con el que, tres años atrás, fue reconocido por la Corona por su valor y mérito en la batalla. Apenas la había visitado, así que tenía en mente ponerle remedio cuanto antes. Se marcharía hacia sus tierras tras cumplir un último recado.

Había recibido una carta de quien fuera su coronel y le intrigaba la urgencia con la que lo citaba. Cruzó a caballo la ciudad y se presentó en su casa.

Lo recibió un mayordomo y lo siguió hasta un despacho amplio y oscuro. Las paredes estaban forradas de lo que le pareció nogal y, en un lateral, una librería acumulaba un montón de libros que supuso hablaban de estrategias militares y momentos gloriosos de la historia de Gran Bretaña. Allí encontró al coronel. Le llamó la atención verlo sin su traje militar y apoyado en un bastón, le costaba caminar.

Sentados a ambos lados de un escritorio el viejo coronel fue directo al grano.

—Se preguntará por qué le he pedido que viniera.

—La verdad, sí, tengo curiosidad.

Hacía tres años que no veía al coronel, desde la batalla de Waterloo. Tras la victoria sobre Napoleón, él y Henry habían sido destinados a otras funciones amparadas por sus cargos militares, pero que respondían a misiones encubiertas de las que nadie hablaba, ni sabía. No eran espías, pero el primer ministro, lord Liverpool, lo llamaba un trabajo para la Corona.

—No sé cómo decirle esto, siempre separé mi vida personal de la militar, pero en este caso están mezcladas y confío en muy poca gente para recurrir a ella.

Jared se sorprendió, más si cabía, nunca habría dicho que su relación con el coronel Crawford entrara en una definición de confianza, ni mucho menos amigable. El coronel tenía fama de severo y despiadado y fue muy estricto con Henry y con él. Recordaba muy bien el día que lo habían conocido, seis años atrás, cuando llegaron a su primer destino. El ejército no era tan ideal como se lo habían contado y su primera misión fue desastrosa; no supieron cumplir muy bien su cometido, les faltaba destreza y no

importó que aquel fuera su bautismo de fuego. Lo tuvieron en España cuando libraba su guerra de Independencia, durante el asedio de Burgos, contra las tropas de Napoleón. Arthur Wellesley, quien se convirtió tiempo después en el primer duque de Wellington, había tomado el mando de todas las tropas aliadas e intentó ganar el castillo de Burgos a la guarnición francesa. Fue una reyerta que se saldó con la derrota de los ingleses. Crawford había sido especialmente duro con los hombres, Henry y él hicieron algún comentario que no gustó al coronel y este los increpó.

—Me importa poco si su abuelo, por muy duque que sea, les ha comprado un mando para jugar a los soldados, ni que el propio Wellington los tenga bajo su protección. Si no valen, los mataré yo mismo en vez del enemigo —espetó autoritario, con desdén y rabia en la voz.

El militar interrumpió sus pensamientos, como si se los hubiera leído.

—Sé lo que está pensando y estoy de acuerdo con usted. No fui amable, pero no era mi cometido. Mi cometido era sacar al mejor soldado de los hombres que tenía bajo mi mando, y creo que lo conseguí, al menos con ustedes dos. Fui yo quien los recomendó a lord Liverpool.

—Siempre creí que no les gustábamos —contestó con asombro, no esperaba aquella noticia.

—Ni me gustaban, ni dejaban de hacerlo; yo había pedido hombres experimentados en la batalla para el asedio del castillo y aparecieron los nietos de un duque, amigo de Wellington, con actitud petulante y arrogante, con sus casacas rojas impolutas y una pose más propia de una velada de
Almack's.
Además, aquel no había sido un buen día…

Quizá tenía razón, habían llegado con una conducta engreída, como la del que lo sabe todo y aquellos hombres agotados, sentados en cualquier parte del suelo, sucios y más de uno con sus ropas ajadas, fuesen menos que ellos. La soberbia les duró hasta que entraron en batalla y supieron que su vida y las de los otros dependían del hombre que tenían al lado.

—Tengo una hija, ¿sabe?

—No, no lo sabía. No creí que estuviera casado.

—Debe de ser la imagen que doy —respondió el coronel con resignación—. Confieso que no cuidé mucho de mi familia, siempre estaba fuera; tuve un hijo al que ni llegué a conocer. Murió con apenas unos meses, hoy sería un muchacho. Mi esposa falleció hace seis años, lo supe aquel día en Burgos, el día que los conocí.

—Lo lamento —afirmó. Aquella confesión le permitió entender el carácter huraño del coronel, quien parecía absorto en sus pensamientos y continuó tras un leve movimiento de cabeza, aceptando su condolencia.

—Evelyn, mi hija, me había escrito para darme la triste noticia, además de culparme de todos los males posibles; por no haber estado allí, con ellas. Cuando acabó la guerra quise llevarla conmigo, pero ella prefirió quedarse a vivir con su abuela y a mí me pareció bien, pero ahora debo protegerla. Vive en Chester. Por eso lo he hecho llamar, necesito que vaya allí y la traiga conmigo a Londres.

—No entiendo, ¿no puede viajar sola… con una acompañante? Estoy a punto de marcharme a Lancashire, tengo una finca que atender.

Aquello debía de ser una broma del destino. Chester estaba más o menos a media jornada hasta su hacienda. Tendría que ir y regresar a Londres para volver a partir hacia el norte. Con seguridad alguien podría traerla, pensó.

—No quiero que viaje sola, me han amenazado y temo que la usen a ella para forzarme a hacer algo.

A Jared le impresionó la confesión. Se arrellanó en el sillón que ocupaba y centró su atención en la explicación que el coronel le daba.

—He recibido un escrito que dice que, si no me avengo a lo que me piden, mi hija lo pagará.

—¿Qué le piden?

—Revelar información sobre defensa… —El coronel pareció pensárselo y al final concluyó—. Secretos militares. Me han dado una semana para contestar, si me niego mi hija sufrirá las consecuencias.

—¡Pero eso es traición!

Crawford le mostró un sobre. Contenía una hoja de *The Times* y en ella estaban subrayadas algunas palabras. Al leerlas seguidas se

encontraba la amenaza. Jared la observó minuciosamente, incluso hizo uso de la lupa que había sobre la mesa del coronel. No halló nada que le diera alguna pista.

—¿Sabe quién se lo envía?

—No. Y he de añadir que me he granjeado más de un enemigo a lo largo de mi carrera, puede ser cualquiera de ellos.

—¿Quién más sabe esto?

—Mi hombre de confianza en comandancia, *sir* John Freedman. Él fue quien me avisó de la singularidad de la carta. Alguien dejó el sobre por debajo de la puerta. Luego sufrí el ataque de gota y llevo tres días que no vivo pensando que han podido hacerle algo a Evelyn.

—¿Desconfía de alguien?

—He negado ascensos, he licenciado a oficiales por deshonor… No sé. Hay gente sin escrúpulos que se vende al mejor postor.

—Debería hablar con sus superiores; con Wellington o Liverpool si es preciso.

—Lo haré, pero primero he de saber que mi hija está a salvo y, como ve —el coronel señaló su bastón apoyado en la mesa—, yo no puedo ir a buscarla. No puedo cabalgar, un ataque de gota me dejó hace unos días sin poder apenas caminar. Quiero a mi hija conmigo para poder protegerla. Por eso necesito su ayuda.

—¿Por qué no envía a por ella a alguien de su antiguo regimiento?

—No me granjeé muchos amigos. Su primo y usted siempre cuidaron la espalda del otro y eso fue digno de mi admiración. Necesito la ayuda de un hombre íntegro. Me consta que usted lo es, igual que el capitán Trevelyan.

—Ahora es marqués, marqués de Kingsbury y se ha casado hace poco.

—Eso he oído.

—¿Por qué yo?

—Tiene devoción por su familia y sé que si me da su palabra de caballero la cumplirá.

Jared supo que no podía decirle que no. Además, la palabra de un Trevelyan era la divisa de su familia. Tenía que aceptar; la misión no le pareció arriesgada y, además, odiaba a los traidores a la patria. Si podía ayudar en la causa y desvelar al infame, lo haría.

Sería su última misión.

—Lo ayudaré, iba a marcharme a Lancashire, pero puedo retrasarlo unos días.

—He de advertirle —observó el coronel más relajado—, que quizá ella no se lo ponga fácil. Me odia.

—Nunca lo puso fácil ningún adversario, mi coronel —bromeó para eliminar la tensión que flotaba en el ambiente—. Y en misiones más duras hemos batallado.

Crawford se movió y sacó de un cajón una botella medio llena y dos vasos. Por el color, a Jared le pareció *whisky*. Sirvió dos tragos generosos y le ofreció uno.

—Le estoy confiando mi vida, teniente. Pongo lo que más quiero en sus manos. Si algo le ocurriese a Evelyn yo no podría soportarlo, es lo único que tengo.

En el fondo de su corazón deseó que fuese una misión sencilla, tenía que serlo.

Jared pasó primero por su casa para avisar a Miles del cambio de planes. Desde sus tiempos en el campo de batalla era el ayudante más fiel que había tenido. Lo había conocido en la cantina una tarde de descanso. Charlaba con Henry y este se burlaba de él; tenían un lacayo para los dos, y él siempre era el último en tener las cosas a tiempo. Nunca le molestó limpiarse las botas o arreglarse la ropa, pero a veces un ayudante era media vida. El hombre se les acercó y, como si acabara de escuchar la conversación, le dijo que él sería su ayudante si lo trataba bien. No quería meterse en líos, era el criado del conde de Winstrop, sargento como él y que servía en otra división. Miles, sin pelos en la lengua, le dijo que su trabajo era el de sirviente, que era un criado, pero no por ello tenían que humillarlo y menos un hombre que parecía tener más miedo del que demostraba. No le hicieron caso y, quizás, si se lo hubieran hecho, las cosas habrían salido mejor. Un año después, Winstrop se escondió ante el primer indicio de motín en el barco en el que llevaban a Napoleón a Santa Elena, y Henry quedó herido de gravedad. El arrojo de Jared había salvado la misión y a su primo.

Así empezó su relación con Robert Miles; el otro necesitaba un trabajo y él alguien que se ocupara de sus cosas. Un apretón de manos fue suficiente para sellar el trato. Resultó ser un buen

rastreador, un excelente cocinero en momentos difíciles y podría decir que hasta un buen amigo cuando lo había necesitado y Henry no estaba disponible. Su primo mayor y él tenían una estrecha relación al haber convivido desde pequeños, más parecida a la de dos hermanos, aunque todos los primos tenían un vínculo que estaba ligado al apellido que compartían; pero la relación con Miles iba más allá de la de un simple sirviente.

Miles no hizo preguntas, solo se interesó por si prefería llevar el carruaje o cabalgar. Pensó que sería más rápido ir a caballo; para regresar a Londres alquilarían un coche. Le informó de que saldrían al alba y luego se marchó al club, había quedado con Christopher para cenar; era el único de sus primos que permanecía en Londres.

Tras la cena se acercaron a la sala de juegos, pero la abandonaron para charlar con tranquilidad ante el bullicio de otros que compartían una partida de cartas.

—¿Se marchan, caballeros? ¿Los irresistibles Trevelyan evitan perder unas cuantas libras en un inocente juego? —inquirió con ironía uno de los hombres, que señalaba dos huecos vacíos en la mesa. Era el honorable Ferdinand Olsen, el tercer hijo de un conde, todo un dandi demasiado aficionado al juego y del que se decía que había perdido un ojo en un duelo, por eso lo llevaba cubierto; aunque Jared sabía que había sido en un accidente en la academia militar y que por eso lo licenciaron.

—No me preocupa perder mi dinero contigo, Olsen, lo que me preocupa es si sabrás encajarlo si lo pierdes tú —respondió Christopher, jocoso.

—Al menos de mí la gente puede esperar mi mal carácter, pero no le robo nada a nadie —espetó el tuerto ante la pulla.

Christopher se revolvió sobre sí mismo con rabia en los ojos y los puños apretados.

—¿Qué insinúas? ¿Acaso yo sí robo?

El otro, con cara inocente, levantó las manos en señal defensiva, pero soltó mordaz.

—No sé, tú sabrás.

Christopher dio un paso hacia el hombre, pero Jared intervino y lo sujetó del brazo.

—Vamos, Chris, no vale la pena, Olsen está loco. No sé si pretende llevarse nuestro dinero o probar los puños de un

Trevelyan. Déjalo con ganas de ambas cosas.

Los que rodeaban al hombre del parche en el ojo soltaron una carcajada, este también se sumó, aunque pareció tragarse el orgullo. Pero estaba demasiado interesado en seguir el juego y llamó al orden a los otros jugadores. Los huecos en la mesa lo ocuparon otros con rapidez.

Los primos buscaron un sitio y se sentaron, pidieron al sirviente que se les acercó un par de vasos de *whisky* y Jared, intrigado, preguntó.

—¿A qué se refería ese idiota? No me digas que continúas con esa mujer.

—No, seguí el consejo de Henry y me alejé, pero me busca y me va a meter en un lío. Olsen nos vio un día hablar en el Serpentine.

—¿Y qué hacías en el Serpentine?

—Me citó, pero te juro que rompí con ella antes de la boda de Henry —afirmó—. Me dijo que su marido se había enterado, pero dejaría las cosas estar si ella rompía conmigo y no lo abandonaba. No quería ningún escándalo.

—Bien —soltó con alivio Jared y bebió de su vaso—. Es mejor que te busques una amante que no sea de otro. A nadie le gusta que le roben a la mujer.

—La conocí en un viaje, no me dijo que estaba casada. Cuando lo supe rompí con ella. Por eso me fui unas semanas a Flowerday Hill, me iba a meter en un lío. Volví para el entierro de tío Reginald y hubiera regresado si Henry y Georgia no se hubieran casado, pero mejor dejarles espacio.

—Ahora que los nombras, ¿cómo le irá a la parejita?

Jared pensaba a menudo en su primo, a todos les había sorprendido que se hubiera enamorado, pero el amor debía cambiar a las personas, porque desde que había conocido a la que era su esposa sus demonios se habían aplacado. Y se alegraba por ello.

—Estarán haciendo travesuras por todas las habitaciones de aquella santa casa —contestó Chris, burlón.

—Pues creo que hay unas cuantas —rio Jared. Levantó su vaso para brindar, Chris lo imitó y chocaron los vasos—. ¡Por Henry y su marquesa!

—Me voy de viaje a Escocia —anunció Chris—. Visitaré a un amigo de Eton.

—Yo también me marcho. He de resolver un asunto antes y luego me iré a Lancashire, pásate si quieres, a tu regreso.

—Henry me dijo que los visitara, pero que no fuera antes de que llevaran allí un mes.

Jared soltó una sonora carcajada.

—A mí me dijo lo mismo. Seguro que antes de Navidad nos anuncia que va a ser padre.

# Capítulo 2

Salió de la casa con el sigilo de un ladrón y se dirigió a los establos. Allí la esperaba su yegua preferida.

—Tranquila, Hope, bonita, soy yo.

Evelyn Crawford habló a la bestia blanca con palabras cariñosas y esta le respondió con un relincho. Lo único que necesitaba para saberse bienvenida.

Le gustaba salir a montar de buena mañana, seguir el cauce del río Dee o las viejas murallas romanas, a una hora que muy pocos de los habitantes de Chester podían descubrirla e irle con el cuento a su abuela de que la habían visto cabalgar a horcajadas, como los hombres, y con el vestido por las rodillas.

«Cómo si la abuela no lo supiera».

Se sonrió al ver que el mozo había dejado en el suelo los aparejos para ensillar a la yegua. No era una silla cualquiera, su padre la había olvidado en una de sus visitas. Le gustaba pensar que no había sido un olvido cualquiera, sino una especie de regalo para ella. Pero de eso hacía mucho tiempo, cuando aún no estaba enfadada con él.

Mientras aseguraba las cinchas de la silla, el chal que llevaba sobre los hombros cayó al suelo, pero Evelyn ni se inmutó. Llevaba una blusa y una chaqueta de lana y se había puesto una falda que le permitiera moverse y unas buenas botas. No iba a pasearse por Hyde Park a la hora en la que todo el mundo se dejaba ver y, aunque su padre le enviaba suficiente dinero para sus gastos, no había sido derrochona en cuestiones de moda. Algo que su abuela no aprobaba. Para ella nunca tenía suficientes vestidos.

Dorothy Kobansky, su abuela materna, era una dama que

parecía de otra época, pero había sabido combinar el saber estar en cada momento con pequeños instantes de transgresión. Su lema era que para ser feliz había que perseguir lo que uno quería y siempre le había dado la libertad que, según le había dicho, no tendría en la ciudad de Londres. Como hija de un baronet acaudalado había recibido una educación exquisita y se casó con un político. Evelyn siempre le había escuchado decir que lo único que le pesaba era que su única hija se casara con un militar. «Podría haber sido condesa —decía—, pero se casó con el hombre que quiso».

Aquel había sido el tema de debate, la noche anterior, y habían acabado con una pequeña discusión que ella había perdido.

—Deberías empezar a parecerte más a una dama, así no encontrarás marido.

Aquella palabra la había frenado: «marido», ella no buscaba un esposo.

—Creí que al menos lo simulaba —bromeó—, pero no tengo prisa.

—Yo no viviré eternamente y tu padre tampoco. Tienes veintidós años y necesitas asegurar tu futuro; además, tienes edad suficiente como para estar casada, cualquier día tu padre te busca uno.

—No se atreverá —afirmó y luego añadió—. Algún día las mujeres podremos opinar sobre eso y otras cuestiones que nos incumben solo a nosotras.

—¿Como qué, querida?

—Pues que no somos ciudadanos de segunda, ni necesitamos que decidan por nosotras, ni que nos gobiernen. Una mujer vale tanto o más que un hombre; mira a Myrtle, si no fuera por ella…

Myrtle Sawyer era su mejor amiga, pero tenía la desgracia de tener un padre que prestaba más atención a cómo vivir bien él, en vez de atender el negocio que le había dejado el padre de su esposa. De todo el pueblo era sabido que se había casado con la hija de un comerciante rico, nunca le había gustado trabajar y ahora, con la edad, mucho menos. Madre e hija regentaban el colmado del pueblo, mientras él gastaba más de lo que debía en juego y vino.

—No será el primero ni el último que escoja una esposa por la renta que la acompaña —concluyó la abuela.

—Pobre señora Sawyer, con lo trabajadora que es; pero si su

padre no le hubiera impuesto ese esposo quizá no habría tenido tan mala suerte —afirmó—. La verdad es que la posición de la mujer es bastante difícil, primero la angustia de entrar en el mercado matrimonial y escoger un buen partido, luego esperar no haberse equivocado. Yo no quiero que nadie escoja un marido por mí, pero tampoco quiero ser como mi madre.

—Por mucho que me pese la vida que tuvo, por lo sola que estaba en ocasiones, no puedo negar que tu madre fue feliz en su matrimonio y con su esposo… Por cierto, tu padre me escribió y, si leyeras sus cartas, sabrías que espera que para la temporada que viene estés con él en Londres.

Evelyn no le había perdonado que no estuviera allí cuando murió su madre. Sabía que era un rencor absurdo, estaba luchando en España contra los franceses, tenía muchos hombres a su mando, pero aún recordaba con dolor cómo su madre en su delirio lo llamaba sin cesar; sin reconocer que era ella quien la sostenía en un abrazo, cuando la tos le impedía estar tumbada y respirar. Su nombre fue lo último que dijo al expirar. Se sintió tan sola y desesperada que le escribió aquella misma noche y le dijo que lo odiaba por no estar con ellas.

—Lo sé, y sí leo sus cartas, aunque no conteste, ya lo hace usted por mí. Y queda mucho para la temporada. —Esperó un momento y luego continuó—. Myrtle me dijo que hay una familia que buscaba una institutriz para sus hijos pequeños, había pensado presentarme al puesto. Además, no sé para qué quiere padre que vaya con él.

—Querrá buscarte un esposo.

—¿No será verdad?

—No lo sé, pero no lo veo tan descabellado, ya sabes lo que pienso. Además, cuando consintió en que te quedaras conmigo, tras la muerte de tu madre, dijo que cuando accediera a un puesto estable te quería con él y ahora tiene un puesto administrativo. Deberías hablar con él de esa idea de trabajar de institutriz. ¿O pretendes con eso evitar ir a Londres?

A su abuela no se le escapaba una. Había pensado que si para Pascua estaba estable en ese puesto su padre no se opondría a dejarla en Chester. Como no quería hablar de más si seguía con aquel tema prefirió desviar la atención.

—¿Papá detrás de un escritorio? No creo que aguante mucho.

Seguro que alguien invade algún país y sale corriendo.

De niña había aceptado bien que su padre no estuviera mucho en casa, él tenía un puesto importante en el ejército y era un valiente, pero le dolió cuando la mandó con su madre embarazada a vivir con los abuelos a Chester; ni siquiera apareció por allí cuando su hermanito murió unos meses después de nacer; tampoco estaba, seis años atrás, cuando unas fiebres se llevaron a su madre y al abuelo. «La guerra», siempre había algo más importante: Bonaparte, un asedio, una invasión en algún lugar remoto…

Cuando el conflicto con los franceses acabó fue a buscarla, pero no reconocía al padre que había sido, al hombre que la llamaba hija. La guerra se llevaba lo mejor de los hombres, y él llevaba media vida en aquel oficio.

La abuela había intercedido por ella en aquella ocasión, y él permitió que se quedara, pero tuvo la impresión de que en aquel momento no era lo mismo, si él insistía tendría que abandonar su hogar.

—¿Por qué quiere que me vaya con él? Ha vivido sin mí muchos años.

—Te quiere con él. Yo te he convertido en la señorita que eres, pero tienes que estar con tu padre. Y si él decide que has de casarte, tendrás que obedecerlo.

—¡No pienso casarme! Así que será mejor que ni intente buscarme un esposo. ¡Díselo! Díselo en la carta que seguro estás escribiéndole.

Furiosa, salió del salón y se refugió en su habitación, ni siquiera bajó a cenar. Su abuela no había concretado nada, pero cuando el río sonaba… Se acostó con la esperanza de que llegara un nuevo día y todo fuese distinto, pero el sueño la rehuyó; no fue capaz de pegar ojo.

Por eso había decidido salir a cabalgar. Hope siempre le quitaba el mal humor.

Había quedado en visitar a Myrtle a primera hora de la tarde. A pesar de la cabalgada de la mañana y de volver a hablar con su abuela, se sentía intranquila. Sin embargo, estaba decidida a presentarse en el puesto de institutriz, quizá si su padre veía que tenía un trabajo dejaba de insistir en que fuese con él.

Se puso un vestido azul claro y una capa sobre los hombros, azul más oscuro. Cubrió su cabello rubio con un pequeño sombrero y, con los guantes puestos y un pequeño bolso, salió de casa y se presentó en la de su amiga.

—Ha venido la señora Moseley, hemos hablado de ti; mamá le ha dicho que eres hija de un coronel condecorado y la nieta de la señora Kobansky, así que esas referencias le han bastado para aceptar entrevistarte, creo que el puesto será tuyo. Mañana por la mañana te espera en su casa.

—¿En serio? ¿Así de fácil?

—Pues parece que sí, espero que te quede algo de tiempo para seguir visitándome.

Evelyn no había pensado demasiado en el tiempo que iba a ocuparse, pero tampoco tenía grandes cosas que hacer y su abuela no la necesitaba mucho, aunque deseó que no se opusiera a sus deseos. Era un buen empleo. Se fijó en la cara soñadora de su amiga, era una romántica, siempre con un libro cerca para poder perderse en él a la que podía.

—¿En qué piensas?

—En lo bonito que debe de ser enseñar.

—Oh, Myrtle, ¿por qué no accediste tú al puesto en vez de cedérmelo? Tú siempre quisiste ser maestra.

—Si supiera que mamá se manejaba sola en la tienda, lo habría hecho, pero no me atrevo mucho, ya sabes… no sabe decirle que no a mi padre.

Lo sabía, el señor Sawyer las había metido en más de una ocasión en un apuro por llevarse el dinero que era para los proveedores; la última vez la abuela las había ayudado, para evitar el escándalo.

Su amiga se emocionó.

—Te aseguro que a veces deseo que se vaya lejos, como nos amenaza sin cesar, quizá así él era feliz y nosotras también.

La cogió de la mano y se la apretó. Entendía lo que era sentirse decepcionada por un padre, aunque su caso fuese distinto.

—Sabes que siempre podrás contar conmigo.

—Sí, lo sé, igual que tú conmigo.

Myrtle era unos cuantos años mayor que ella. Había estado prometida, pero su novio murió en la batalla de las Naciones, que

había tenido lugar en Leipzig, donde el ejército de los aliados luchó contra los franceses; vencieron, pero se saldó con numerosas muertes en ambos bandos. Tras aquel suceso había quedado desolada y durante mucho tiempo actuó como una verdadera viuda. En confianza le había contado que no se habían casado, pero que ella había sido su mujer como él fue marido. En recuerdo de su amor, juró que nunca se casaría, lo había cumplido y se había convertido en una auténtica solterona.

Dos horas después, Evelyn salía de la casa de su amiga con muchas ideas en la cabeza para hacer su presentación al día siguiente, en la casa de los nuevos habitantes de Chester. Unos nuevos ricos, como decía su abuela, que vivían en una casa señorial a las afueras del pueblo.

A aquellas horas de la tarde no había muchos vecinos por la calle, por eso le llamó la atención la presencia de dos jinetes; parecían recién llegados y algo despistados. Aunque lo que verdaderamente le había atraído era que uno de ellos parecía sacado del cincel de Miguel Ángel. Era muy apuesto y por allí no había hombres como él. No podía dejar de contemplarlo, tenía algo que hacía que en su estómago volaran mariposas. Enlenteció el paso y se regaló la vista con disimulo y así, sin poder evitarlo, escuchó parte de su conversación.

—Espero acabar pronto con esto y poder regresar mañana —dijo el gallardo.

—No es una tarea tan complicada.

—No sé si estoy de acuerdo contigo. Hay mujeres de campo caprichosas, ya sean anodinas o se crean importantes, y me temo que ella, sí se parece al padre, puede ser cualquier cosa, hasta una arpía.

Se compadeció de la mujer a la que retrataban y le molestó que ese hombre que hablaba con tan poca sensibilidad de una fémina sin conocerla hubiera llamado su atención por su apariencia. Aligeró para cruzar la avenida, pero tuvo que frenar su paso al observar que uno de aquellos hombres, el arrogante, se acercaba a ella a caballo. El forastero la saludó amable, a la vez que se quitaba el sombrero. Por un momento no supo qué contestar, tenía el cabello del color del trigo y unos ojos bastante peligrosos; por la sonrisa que le dedicó supo que había notado que la había

impresionado.

«El mundo está lleno de engreídos», se dijo.

—Disculpe, señorita. Nos han dicho que había una casa de huéspedes en Chester, ¿es tan amable de indicarnos?

—Acaban de pasar por delante.

El hombre miró con asombro hacia su espalda. Había varios edificios, pero pareció no encontrar ningún anuncio del local que buscaban.

—¿Se refiere a ese lugar de ahí?

—No, esa es la casa del alcalde; la pensión es el edificio de enfrente.

—Ah, es verdad —supuso que entonces vio el pequeño cartel que la anunciaba.

—Buenas tardes —dijo a modo de despedida. El hombre se había colocado de nuevo el sombrero, era de ala ancha y llevaba un gabán con bastante polvo; tenía pinta de venir de lejos. De repente tuvo curiosidad por saber de dónde, pero recordó las palabras insensibles que había escuchado; quizá era una tontería, no sabía de qué hablaban, pero le habían molestado.

—Una pregunta más, señorita. Como ve, no soy de aquí. —Otra vez aquella sonrisa que la hacía dudar de sí misma y de su criterio. Era de ese tipo de sonrisas con las que una mujer podía perdonarlo todo. Durante unos segundos las pupilas masculinas parecieron anclarse a las suyas; trató de sostener aquella mirada, pero no pudo, bajó la vista consciente de que el pulso se le había acelerado. Como si fuese lo más importante del mundo trató de quitar una pelusa de la capa, luego, más segura volvió la mirada al hombre y este continuó—. Estoy buscando la casa de la señora Kobansky. ¿La conoce?

Sintió que el corazón le dejaba de latir. ¿Quién era ese hombre y qué quería de su abuela? Aunque lo que la irritó enormemente fue asociar que en el trozo de conversación que había escuchado hacían referencia a una mujer y se temió que fuese de ella de quien hablaban. Se recriminó el aturdimiento momentáneo que había tenido.

—Por supuesto, todo el mundo conoce a Dorothy Kobansky —respondió casi mordiéndose la lengua por no reprenderlo por sus palabras, pero entonces sabría que lo había escuchado, y escuchar

las conversaciones de los demás estaba muy feo—, es una dama muy distinguida. Su marido fue alcalde de este pueblo.

Él volvió a sonreír y ella a notar como su corazón daba un brinco. ¿Sabría ese hombre el efecto que causaba? Claro que lo sabía, se respondió molesta.

—¿Y podría decirme cómo llegar hasta ella? Traemos un recado del coronel Crawford, su yerno.

¿Su padre enviaba a aquellos hombres? ¿Por qué? Su abuela le había dicho que la esperaba para la primavera, cuando empezara la temporada. Por alguna razón que la llenaba de desconfianza no se identificó, pero se moría de curiosidad.

—¿Le ha ocurrido algo al coronel? La señora Kobansky está delicada, no vayan a darle un disgusto —mintió.

—No, no son noticias penosas. Tienen que ver con su hija.

Ella hizo una mueca casi de fastidio, algo que pareció hacerle gracia al hombre, que apoyó las dos manos en el pomo de la parte delantera de su silla, como si la estudiara. Se sintió obligada a contestar, aunque maldijo la idea que se le apareció en el pensamiento. Su padre mandaba a aquel hombre a buscarla.

No sabría decir por qué hizo lo que hizo, pero fue su pequeña venganza. Sonrió de un modo sibilino.

—Si sigue ese camino —señaló el lado opuesto de la calle—, al final verá una casa grande. No tiene pérdida.

Quiso salir en estampida, pero el hombre volvió a preguntarle.

—Disculpe mi impertinencia, señorita, pero ¿hay más forasteros en el pueblo?

—¿Forasteros?

—Sí, gente nueva que antes no había visto.

—En la parte del río hay unos buhoneros, ¿se refiere a ellos?

Otra sonrisa y esta vez no obtuvo respuesta. Él la saludó llevándose los dedos al ala del sombrero y se despidió. Durante un segundo miró cómo giraba el caballo y hacía un gesto al hombre que se había quedado a unos metros de distancia. Ella también se volvió y, sin querer levantar suspicacia, aligeró el paso en dirección contraria a la que habían tomado los jinetes; aunque en un momento de debilidad lo miró por encima de su hombro. Sabía que era algo absurdo haberlo enviado a otra dirección, pero no había podido evitarlo.

# Capítulo 3

«Se girará… una… dos… dos y media, ¡tres!».

Jared chasqueó los dedos en señal de victoria, al ver cómo se volvía la joven de la capa azul. Si hubiese dispuesto de tiempo estaba seguro de que habría tratado de conversar más con ella. Tenía una cara bonita y no sabía qué, pero tenía algo. Quizá lo que le había gustado era que lo había mirado con descaro, sin esconder que le gustaba lo que veía. Estaba harto de las mujeres que ocultaban sus deseos.

—La has puesto nerviosa, teniente —bromeó Miles.

—Eso parece —respondió, vanidoso. Jared sabía el efecto que producía en algunas mujeres, y le divertía ver cómo se sonrojaban nada más cruzar unas palabras con él. Aunque no podía negar que, en otro momento y otras circunstancias, habría hecho todo lo posible por descubrir si, detrás de aquella cara de ángel, aquellos ojos hipnotizantes, había también un cuerpo que lo atraía con la misma intensidad como hizo su mirada.

Con renuencia se quitó a la joven del pensamiento, no podía distraerse.

Dirigieron las monturas hacia la dirección que le había indicado. Con suerte esa tarde resolvían el asunto y a la mañana siguiente podrían regresar a Londres con la hija del coronel; acabada la misión, estaría libre para seguir con sus planes.

Le pareció que estaba lejos la casa que buscaba, sobre todo cuando la calle cambió de perfil y las grandes casas del inicio habían dado paso a una amplia extensión de terreno sin cultivar ni edificar.

Cuando empezaba a dudar de que fuese el camino correcto,

divisó una pequeña mansión.

Al llegar, apenas pudo presentarse ya que un mayordomo los recibió y, sin dejarlo hablar, los hizo pasar antes de desaparecer.

Sabía por el coronel que su suegra tenía una buena posición y esperaba una casa lujosa, pero lo que veían sus ojos no se ajustaba a la idea que se había hecho de la dama.

El vestíbulo era amplio y de mármol blanco, a cada lado se abrían unas puertas dobles de maderas lacadas en tonos claros, que en aquel momento estaban cerradas, pero de unas de ellas se filtraba el bullicio característico de una reunión informal de personas y, de la otra, risas y cuchicheos. Frente a ellos se iniciaba una escalera que ascendía a la planta superior en la que se adivinaba una balconada. A los pocos segundos vio a una mujer que descendía los escalones muy despacio, hasta llegar a ellos.

—Caballeros, han venido al lugar adecuado. ¿Son nuevos en la ciudad? ¿Están de paso?

—¿La señora Kobansky? —preguntó con duda, pero con la sospecha de que la respuesta sería negativa.

—¿Quién dice?

Jared evaluó la situación en medio segundo y maldijo a la mujercita que lo había engañado.

—Vamos de paso, nos han hablado de este lugar… —disimuló.

—Seguro que ha sido un cliente satisfecho.

—¿Tiene habitaciones? Podríamos tomar un baño —preguntó Miles con doble intención.

—Por supuesto. —La mujer sonrió, sin quitar la vista de encima de Jared—. Pueden tomar lo que gusten. Pidan lo que necesiten. Si desean la distracción del juego, la encontrarán en esa habitación. —Señaló hacia la puerta de donde salía más bullicio, luego a la otra —. Y si prefieren otras diversiones, en esta otra.

—Es bueno saberlo —respondió, seco. Odiaba que una jovencita le hubiera tomado el pelo y pensaba con rapidez cómo salir de aquel lío, no quería retrasar sus planes.

En aquel momento las puertas de la sala de juego se abrieron y Jared pudo vislumbrar varias mesas y algunos jugadores y espectadores. Un hombre corpulento con pinta de mandar allí sacaba del brazo a otro, que parecía llevar el peso del mundo sobre los hombros.

—Sawyer, cuando tengas dinero puedes venir a gastarlo, mientras tanto no eres bienvenido.

—Pero Russell, ese hombre ha hecho trampas, la mano era mía —se quejaba.

Jared se movió a un lado y Miles también, lo que les permitió echar un rápido vistazo dentro.

—Vete a casa, vuelve cuando tengas algo —dijo el vigilante y cerró las puertas tras de sí, dejando al otro allí en medio, con la apariencia de no saber qué hacer.

—Caballeros, los estaré esperando —dijo coqueta la mujer y se perdió en la otra sala.

Como si acabara de despertarse, el hombre al que habían echado les preguntó, colocándose el sombrero, como si nada hubiera ocurrido.

—¿Van al pueblo? Puedo acompañarlos.

Jared entendió que lo que pretendía era que lo acompañaran a él. Dos hombres salieron de la sala de juego, como si tuvieran que asegurarse que el otro se largara. El del sombrero se movió hacia ellos, buscando su protección.

—Sí, tenemos que resolver un asunto —respondió seco—. Vamos.

De reojo vio cómo los otros se miraban y volvían a entrar en la sala de juego.

Los caballos habían desaparecido de donde los habían dejado atados, pero siguieron al hombre que parecía conocerse bien la casa y llegaron al establo que había en la parte de atrás y encontraron sus monturas. Estaba bastante lleno, lo que significaba que la sala de juego, y quizás la otra también, estaban concurridas. Tuvo la impresión de que la casa, situada estratégicamente, se abastecía de parroquianos de Chester y de otras poblaciones, hasta de Liverpool.

Miles le hizo un gesto con la cabeza y Jared observó cómo el hombre, sintiéndose más seguro, montó en su tílburi y azuzó al caballo para salir de allí. Lo siguieron hasta la avenida donde la mujer los había enviado a aquel lugar.

—De vuelta a donde estábamos —se burló Miles—. ¿Estás seguro de que no dijiste nada inapropiado a la señorita para que nos enviara a ese *club social*?

Estaba convencido de que no lo había hecho, aunque quizá, y

eso no podía negarlo, había jugado un poquito con ella: una sonrisa, una mueca, una mirada…

—¿No me invitan a una copa, por traerlos hasta el pueblo? —preguntó el hombre, Miles lo miró con asombro y Jared casi soltó una carcajada.

—En otra ocasión, amigo, tenemos que resolver un asunto.

—Reservaré habitaciones en la casa de huéspedes —señaló Miles —. Me temo que pasaremos aquí la noche… y preguntaré si saben dónde vive esa dama.

¡Maldición!, se censuró, había perdido el papel donde el coronel le había escrito la dirección, Miles se había burlado de él durante todo el camino.

—¿A dónde van? —preguntó el hombre que seguía cerca de ellos.

—Buscamos la casa de la señora Kobansky —respondió Jared.

—Es en esa dirección, no tiene pérdida; la casa con la valla blanca. —Señaló el camino opuesto al que venían, hacia el lugar por donde la joven se había dirigido—. Mi hija se pasa la vida con su nieta, cuando debería estar trabajando. Mujeres, qué desperdicio… si hubiera tenido un varón seguro que me iban mejor las cosas… ¿Algún problema? ¿Por qué van a visitarla?

—Una visita de cortesía —contestó lacónico.

Diez minutos después se dirigió solo a la dirección que el hombre les había dado. Se había quitado el polvo que traía del camino y, de paso, se cambió de gabán. Al cruzar la valla blanca le pareció que aquel lugar sí que parecía un hogar.

Se presentó como vizconde Sandford. El ama de llaves hizo que una doncella lo dirigiera hacia una sala; al llegar esta le pidió que esperara, mientras avisaban a la señora. Al cabo de unos minutos regresó para llevarlo junto a la dama, quien antes de despedirla le pidió que les sirvieran té. Una vez a solas le entregó una carta que le había dado el coronel para ella. La dama, una anciana de pelo grisáceo, se sentó para leerla.

Le concedió su tiempo, antes de preguntarle por la hija del coronel y confirmar si era la joven de la capa azul.

—¡¿Quiere decir que mi nieta está en peligro?! —preguntó con asombro la mujer al terminar de leer la misiva.

—Quizás, tengo órdenes de protegerla y llevarla a Londres con el coronel. Es un asunto delicado, ¿me entiende?

—Pero… ¿Usted solo va a protegerla?

—Sí, señora, con uno de mis hombres. Es mejor un pequeño contingente, para no llamar la atención. Puede que no lo parezca, pero soy militar, al menos lo era —sonrió y aclaró—. Serví a las órdenes del coronel, es una larga historia, pero, aunque me vea sin uniforme, soy teniente.

—Es todo tan precipitado… Estaremos listas en un par de días, hay mucho que recoger.

—Discúlpeme, pero no tengo dos días, pensaba viajar ligero de equipaje, lo imprescindible, y salir mañana.

—Claro, claro —musitó pensativa a la mujer.

La puerta se abrió y entró la doncella con una bandeja cargada con una tetera y varias tazas de porcelana.

—Sally, pide a Evelyn que deseo verla, por favor. Dile que tenemos visita.

La propia dama le sirvió una taza de té y se interesó por el coronel.

—Ha estado indispuesto, un ataque de gota le ha impedido venir él mismo; aunque ya está mejor.

—La enfermedad de los reyes. Su padre también la padeció, pobre hombre. Muy fastidiosa.

De nuevo la puerta se abrió y Jared se levantó para saludar a la mujer que entraba. Compartió con ella un breve cruce de miradas en el que ambos se reconocieron, pero ninguno movió un músculo de su rostro para indicarlo. La abuela los presentó.

—Mi nieta, la señorita Evelyn Crawford; querida, él es el teniente Trevelyan, antiguo oficial de tu padre… vizconde Sandford.

Jared dio un paso adelante para saludarla de una forma más correcta, pero ella hizo una leve inclinación reconociendo su rango y le pareció ver cómo se mordía el carrillo al agachar la cabeza.

—Encantada, milord.

Él tomó su mano y estrechó sus dedos, se los llevó hasta sus labios para depositar un beso que rozó el guante con suavidad.

—Un placer, señorita. Un verdadero placer conocerla —murmuró con intención.

Le gustó comprobar que al menos la muy ladina mostraba algo de remordimiento, porque sintió que se ponía nerviosa. No pensaba delatarla por su chiquillería. Al ver que era la joven de la capa azul había comprendido que ella decidió engañarlo desaprensivamente, pero ya tendría ocasión de descubrir por qué y se lo haría pagar de algún modo.

Dio un rodeo a la conversación, ella parecía inquieta por saber qué lo había traído a Chester y a él, no sabía por qué, le gustaba no darle la información cuando ella la pedía. Suponía que había sacado el carácter de su madre, porque no era rígida ni antipática cuando hablaba y maldijo las veces que se dirigían sus ojos a mirarla mientras hablaba, quería ignorarla y mostrarle su indiferencia.

—Y dígame, ¿qué le ha traído a Chester? Supongo que no ha venido solo a presentarnos sus respetos.

—No, y es una lástima porque los alrededores son preciosos y en otro momento me hubiera gustado visitarlos —respondió mordaz, pero con tono firme añadió—. Me ha traído un asunto importante. Ya se lo he contado a su abuela y está de acuerdo. Mañana he de llevarla a Londres con su padre. El coronel la reclama.

Había escogido unas palabras frías solo para fastidiarla. La señora Kobansky le había pedido que no la asustara al decirle que podía estar en peligro.

Ella necesitó unos segundos para reaccionar. Por su expresión pensó que la noticia no le agradaba ni un poco, pero fue comedida en su respuesta.

—Eso no va a ser posible; mañana, precisamente, yo sí tengo un *asunto importante* que resolver.

Jared se limitó a encogerse de hombros, algo que pareció molestar a la joven.

—Lamento que se haya tomado la molestia de venir, pero el coronel debió avisarme de esta decisión tan repentina; dígale que no se preocupe, iré a Londres en Pascua, como habíamos acordado.

—Usted se lo dirá personalmente, lo que tenga con él no es asunto mío. Son las órdenes que tengo y siempre las cumplo, señorita.

—¿Aunque yo no quiera ir? —preguntó con enfado. Jared asintió y eso la enojó más y añadió—. No sé porque tengo que ir con usted, he creído entender hace un momento que no está ya en

el ejército, por lo tanto, eso de las órdenes queda un poco ambiguo.

Jared se censuró haber hablado de más al explicar que iba a hacerse cargo de su hacienda.

—Podría decir que estoy en mi última misión. —Sin añadir más extrajo una nota del bolsillo interno de la chaqueta y se la tendió.

—Su padre me dio esto para usted, dijo que lo más probable era que no me creyera.

Ella la tomó con rabia y la leyó. Al momento refutó.

—Si tantas ganas tiene de verme, ¿por qué no ha venido él a buscarme, o me ha pedido que fuera? —Jared repitió lo que el coronel le había dicho que podía decir, que estaba indispuesto, ella no parecía satisfecha con la respuesta y añadió—. Usted dijo que no le ocurría nada, que no traía noticias penosas…

Él clavó la mirada en ella con reprobación, y la joven debió darse cuenta de que había cometido un error al mencionar algo de la conversación que habían tenido, cuando no solo no había dicho que era ella a quien buscaba, sino que había tenido la desfachatez de enviarlos a una casa de juego. Pero la joven tenía arrestos porque seguía presentando batalla, no evitaba su mirada y por un momento parecían retarse.

Tenía los ojos encendidos y, por alguna extraña razón, aquello lo tenía fascinado.

—Así que como es el corderito de mi padre, el coronel, hace lo que él le dice. Me obliga a irme de mi casa.

—¡Evelyn! —censuró la abuela, pero la joven pareció no escucharla, estaba verdaderamente disgustada.

Jared se había levantado, porque ella lo había hecho y, que Dios lo perdonara, pero prefería relacionarse con las mujeres en su cama más que en un salón. En su lecho, al menos, tenía el control y aquella mujer empezaba a sacarlo de quicio, por mucho que lo fascinara.

—En el ejército, señorita, si no se cumplen las órdenes y las normas uno puede morirse —dijo con vehemencia y de reojo vio a la abuela arrellanarse en el sillón, alarmada por si él decía lo que ella no quería que su nieta supiera, como si así la protegiera—, y, con sinceridad, no creo que su padre tenga ningún *corderito* a su mando. Somos zorros y lobos dispuestos a todo. En este momento me lo recuerda mucho, créame.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué? ¿Por qué se lo recuerdo? Porque digo lo que pienso.

—No, ni mucho menos, porque es tan cabezota como él.

—Pues que sepa que no…

—¡Evelyn, basta ya! —censuró la señora Kobansky y también se levantó de su asiento, con una mueca de cansancio en el rostro—. Tu padre te quiere en Londres y allí iremos —se dirigió a Jared y concluyó—. ¿Le va bien salir a las nueve, milord?

—Sí, es una buena hora.

—Entonces de acuerdo, estaremos listas.

# Capítulo 4

Jared llegó a la casa de la valla blanca a la hora convenida. Estaba deseoso de emprender el viaje de regreso y acabar con aquella «misión». Sabía que había sido algo desconsiderado por no darle más tiempo, pero quería acabar pronto con aquello, antes de que acabara el plazo dado al coronel, y mientras antes se fueran de allí, antes llegarían a Londres y protegerla sería asunto de su padre. Además, no había descansado bien. Sin querer, la mujercita de la capa azul se colaba en sus pensamientos y en su sueño… y qué sueños, ¡por Dios!, ni que estuviera necesitado. Pero nada más entrar en el vestíbulo de la casa supo que algo iba mal.

—¿Cómo que no puede acompañar a su nieta? Y ella, ¿dónde está?

—Escúcheme bien, vizconde. No pretendo eludir mi responsabilidad, ni faltar a los deseos y preocupación del coronel Crawford, pero creo que los entorpeceré en el viaje. No me encuentro bien, algo que mi nieta ignora y deseo que siga así.

—¿Qué le ocurre?

—El corazón, anoche me dio un susto. Supongo que por la emoción de la noticia que trajo, por la preocupación, por la preparación del viaje… todo eso me alteró. Pero Sally puede acompañar a Evelyn, como su doncella. Ella misma se ha ofrecido. Hace poco que está con nosotras, pero es muy hacendosa y se lleva bien con mi nieta. Comprenderá que una señorita no puede viajar sola con usted sin una acompañante.

—Está bien, ¿y qué le ha dicho a ella?

—Este es otro problema, no sé donde está.

—¡¿Cómo?! ¿No sabe dónde está? Por Dios, esto debe ser una

broma. ¿Y si le ocurre algo?

—Mi ama de llaves me ha dicho que ha salido temprano, tenía que hacer un recado. Pero es una joven de palabra, estará al llegar.

—Pero ¿y si alguien da con ella y decide secuestrarla para obligar al coronel…?

Jared dio varias vueltas por la sala donde lo había recibido la señora.

—¡No! Ni lo diga. Sé que ha sido una imprudencia que saliera, pero no sabe que no debe arriesgarse a ir sola, que corre peligro. Aquí en Chester las normas son menos rígidas que en la ciudad y suele salir sola. Ya la reprenderé cuando regrese —argumentó la dama, luego cambió de tema y Jared pensó que la joven parecía estar acostumbrada a hacer lo que le apetecía. Miró al techo, como si allí encontrara la calma que precisaba, aún no había salido del pueblo y ya se arrepentía de tener que ser responsable de una joven caprichosa y que le atraía como atrae todo lo prohibido. La anciana seguía explicándole cosas, así que se centró en ella y la escuchó—. He pedido que metan su equipaje en el carruaje, apenas lo uso y creo que lo más conveniente es que se lo lleven.

—Pero no puede quedarse sin transporte.

—No se preocupe, tengo un pequeño tílburi que puedo manejar. ¿No habrá alquilado uno? Ayer olvidé decírselo.

—Sí, lo había hecho —señaló contrariado, luego se serenó, no podía cargar contra aquella mujer su enfado por el retraso—. Mi hombre lo conducirá y al llegar a Londres pediré que se lo devuelvan.

Jared salió de la casa y avisó a Miles para que devolviera el coche. Miró su reloj, pasaban veinte minutos de las nueve de la mañana.

«Esa mujer no tiene un ápice de respeto por los demás».

Jared era un hombre disciplinado, cuando estaba de servicio no se dejaba flaquear por las emociones, al menos eso había pensado siempre. Pero en aquel momento se sentía inquieto. A la media hora de tardanza empezó a inspeccionar los alrededores de la casa por si había algún indicio de que alguien hubiera estado merodeando y se la hubiera llevado. No sabía qué pensar. Pero iba a tener que creer que de veras ella había salido a resolver un asunto, porque ni él ni Miles habían encontrado ninguna pista de lo contrario. Aunque la

preocupación bailaba en su pecho.

Empezaba a desesperar cuando la vio aparecer a caballo, y agradeció al cielo que no le hubiera pasado nada, aunque se enfureció. Esa joven no sabía el peligro que corría e iba a tener que decírselo en algún momento. Había hilado varias ideas intuyendo el porqué de su ausencia, entre ellas que había salido a cabalgar, pero estaba demasiado bien arreglada, por lo que dedujo que había visitado a alguien. Quizá se había ido a despedir de un enamorado.

—Llevo esperándola más de una hora —le recriminó, aunque no pudo evitar provocarla—. Si quería despedirse de un pretendiente tenía que habérmelo dicho.

—¿No me diga que estaba preocupado por mí?

—Pues sí, lo estaba, podía haberle ocurrido algo.

Ella se rio, burlándose.

—Las mujeres de campo, desde las caprichosas hasta las que se creen importantes o son unas arpías, sabemos cuidarnos —respondió con acritud y consiguió turbarlo por un segundo, luego reaccionó; tenía la sensación de que aquellas palabras las había dicho él en algún momento, pero en vez de disculparse la miró con fijeza, como si la retara. Ella suspiró y respondió en un tono menos beligerante—. No he ido a despedirme de nadie, sino a hablar con quien me iba a contratar de institutriz. Tenía que acudir a una reunión para aceptar el puesto y con todo mi pesar he tenido que rechazarlo. Luego he ido a despedirme de mi amiga Myrtle. ¿Satisfecho? Así que ahórrese su petulancia, estaré lista en un momento. —La joven empezó a caminar hacia la casa, aunque siguió hablando—. No pasa nada por perder un par de horas de su plan tan organizado. No voy a dejar mi vida en suspenso porque mi padre quiera verme, aunque se haya puesto enfermo.

Entró detrás de ella, sabía que tampoco le gustarían las noticias que tenía su abuela para ella; así que se resignó a que los planes no habían salido como esperaba. Pronto emprendería el viaje y tomaría el control. Sin embargo, las mujeres prefirieron hablar a solas y se quedó con las ganas de saber qué le habría dicho la abuela para su cambio de actitud. Salió consternada, pero sin rechistar; bueno, aquello era un decir, porque tardó lo que quiso para emprender el viaje y exigió llevarse a su yegua. Cuando subió por fin al carruaje, tres horas después de lo convenido, iba molesta, pero no montó

ningún escándalo. Sin embargo, aquello no fue excusa para no provocarla.

Evelyn estaba cansada del viaje y solo llevaban varias horas; se le antojaba que Londres estaba en la otra parte del mundo, porque se le estaba haciendo el recorrido muy largo y pesado.

—Acomódese, nos quedan bastantes horas de camino —le había dicho el vizconde al oído cuando la ayudó a subir al coche. Aquel gesto la había dejado casi sin respiración al notar su aliento en el lóbulo de su oreja, pero lo que le siguió le sonó a amenaza—. Y en alguna de ellas abordaremos una conversación que tenemos pendiente.

Ella se había limitado a mirarlo con indiferencia, pero su cuerpo, traicionero, había reaccionado a su cercanía; no solo se había acalorado, para su vergüenza estaba segura de que había temblado. Ese hombre era un seductor, lo había hecho a propósito, y maldijo que él hubiera leído en ella lo que le causaba con tanta facilidad.

Habían cruzado varios pueblos y, si fuera capaz de dormir en el coche, lo haría, pero nunca había conseguido hacerlo en un viaje; pensó que sería ideal poder detenerse y estirar las piernas, pero no se atrevía ni a sugerirlo y tampoco se le ocurría nada para convencer al teniente —vizconde con pinta de dandi y con seguridad un libertino—, de que precisaba que se detuvieran. Ese hombre era el colmo de la paciencia. Parecía tener prisa y estaba tan alerta que daba la impresión de que le preocupaba si alguien los seguía.

De repente, un movimiento brusco hizo que se fuera hacia un lado del carruaje, la doncella iba sentada enfrente y la miró con los ojos muy abiertos.

—¡Una rueda! —fue lo único que dijo.

Sin pensárselo demasiado, sacó la cabeza por la ventana y lo llamó.

—¡Teniente! —Él iba en el pescante con su ayudante; se ladeó para mirarla, pero lo hizo por encima del hombro—. ¿Qué ocurre?

—Nada.

La mirada suplicante que le dedicó bastó para que él se apiadara.

—Parece que hay problemas con una rueda.

El coche se detuvo en mitad de la nada y notó que alguno de los hombres bajaba del coche y lo rodeaba. Escuchó decir que fallaba una rueda; no sabía muy bien qué le ocurría, pero al momento volvieron a reanudar la marcha.

Sally, alarmada de seguir en aquellas condiciones, le comentó que antes de llegar al pueblo siguiente había un lugar de comidas y hospedaje y ella volvió a sacar la cabeza por la ventanilla y se lo gritó.

No obtuvo respuesta. Pero al poco tiempo se detuvieron en una posada del camino. La ayudó a bajar y, antes de entrar en el local, le cubrió la cabeza con la capucha de la capa; ese gesto la desconcertó, pero luego, casi con indiferencia, abrió la puerta del lugar y le cedió el paso.

—Comeremos mientras revisan la rueda y haremos noche; saldremos al alba para recuperar el tiempo que hemos perdido —murmuró él y lo sintió como una recriminación.

—¿También piensa culparme de la rueda estropeada?

—Si pudiera lo haría; solo hay que arreglarla, pero en unas horas será de noche y no están los caminos como para arriesgarnos a ir en penumbra. Será mejor que no salga de la habitación.

—¿Pretende que me quede escondida? ¿Me castiga en mis aposentos?

—No sea ridícula, aunque debería, su conducta me dice que es una malcriada —respondió—. Creí que quería descansar; además, es un lugar limpio, pero no hay damas en el comedor. Mejor no llamar la atención.

—¿Cree que llamo la atención?

—Sí, ¿no lo ve? Todos la están mirando. Por favor, no lo ponga difícil.

Evelyn miró hacia el salón comedor, había algunos hombres y parecía que habían detenido lo que estuvieran haciendo y los observaban. Molesta porque tuviera razón, susurró solo para él, con voz de enfado.

—Es un bárbaro, me quejaré a mi padre de cómo me ha tratado.

—Hágalo, princesa, no me importa.

Evelyn daba vueltas por su habitación y se iba indignando a cada idea que le surgía. Se había aseado y había comido con la única

compañía de la doncella, pero le apetecía tomar el aire, caminar; si seguía haciéndolo por aquella estancia iba a desgastar el suelo.

—Esto es inaudito, jamás me he sentido así —se quejó al aire.

—Tiene razón, señorita —respondió Sally con timidez—. No debería estar aquí encerrada, hay un jardín donde podría pasear con más libertad.

—Lo que no tendría que haber consentido es hacer este viaje sin mi abuela. No me gusta haberla dejado sola, no tenía buena cara esta mañana.

—¿Cómo iba a tenerla, señorita? Ha tenido una mala noche, vino hasta el médico.

—¿Cómo que vino el médico? ¿Y por qué nadie me ha avisado? He dormido como un tronco.

—Bueno… la señora me pidió que le pusiera unas gotitas de una medicina en la leche que le serví anoche. —Miró con espanto a la doncella, que rápido se justificó—. Se encontraba mal y no quería que usted retrasara el viaje. Dijo que tenía que descansar porque venían momentos difíciles.

—¿Qué momentos?

—Su abuela está enferma, señorita y su padre… creo que su padre se la lleva de aquí por eso, para que no sufra.

—Eso es una tontería.

Evelyn se desplomó en la cama y se llevó una mano al pecho; sentía que se agitaba de dolor. ¿Podría ser eso posible? No, no podría soportar no volver a ver a la abuela, ella había sido su apoyo, su consuelo, su paño de lágrimas cuando se sentía sola. Casi interrogó a Sally para que le contara todo lo que sabía. No era mucho, pero sí le dijo que quizás no vería a su abuela nunca más. Las lágrimas se le salieron de los ojos al recordar las palabras que le había dicho, cuando ella la instó a marcharse y a no contrariar al teniente Trevelyan. Él tenía que llevarla sana y salva con su padre. Aquella frase la había intrigado, pero ahora solo podía pensar en que la había acusado de no quererla, de deshacerse de ella, y su abuela le había contestado que pensara lo que quisiera, pero que tenía que marcharse.

—No se entristezca, señorita. Usted es fuerte, y la señora también. Y ese teniente… la mira de un modo…

—No me mira de ningún modo, Sally, soy una misión y los

soldados cumplen órdenes para que salgan bien. —De repente en su cabeza las ideas se alinearon—. Pero me han mentido y no lo soporto.

Le daba rabia sentirse con las manos atadas, si pudiera hacer algo, lo haría. Regresar con su abuela se le representó en la mente como una urgencia.

Sally iba guardando las cosas que había usado para el aseo en una de las bolsas de viaje y parecía hablar sola.

—Conocía esta posada porque aquí me he encontrado alguna vez con Russell, mi novio. Es la mejor de los alrededores, cerca de aquí hay un atajo por el que se ahorra tiempo para llegar a Chester.

—Estamos a más de tres horas del pueblo.

—Eso es porque hemos dado una vuelta y el carruaje es más lento, con esa rueda en mal estado —murmuró la doncella—. Una buena amazona llegaría en menos tiempo.

—Pronto será de noche.

—Habrá luna, señorita… no es que la esté animando a escaparse, Dios me libre, pero le aseguro que a mí tampoco me gusta cómo le habla el teniente ese, por muy vizconde que sea, y creo que se merece un escarmiento.

Evelyn no necesitó más ánimos para pensar que podría conseguirlo. Había insistido en llevar a Hope con ella; podría montarla, volver a casa y ver a su abuela, necesitaba saber si era cierto lo que le había dicho la doncella. Se le ocurrió una travesura.

—¿Tienes más medicina de esa?

—Por supuesto, señorita. —Sally metió la mano en una de las bolsas y sacó un frasquito—. Aquí la tengo.

Ideó un plan en el que la sirviente se prestó a ayudarla con la promesa de que si salía mal no acabara despedida. Mientras Sally salía y se ocupaba de su parte, ella buscó ropa más cómoda para cabalgar y una capa oscura. Cuando estuvo lista salió con sigilo de la habitación y se dirigió hacia la cuadra, allí la encontró la doncella, que insistió en acompañarla.

—Vamos, ya está.

—No, quédate aquí y me cubres.

—De eso nada, señorita. Que ese hombre cuando despierte me corta el cuello como no la encuentre a usted conmigo.

Evelyn nunca había vivido una aventura como aquella, ni jamás

pensó que un plan podría salir tan mal.

No llevaban más de una hora cabalgando cuando encontraron otros jinetes en el camino. Se le encogió el corazón al pensar que eran asaltantes de caminos, pidió a Sally que no se amilanase.

—No te detengas —ordenó.

Sin embargo, los jinetes eran más experimentados que ellas y las doblaban en número. Cuando intentaron pasar de largo, uno de ellos galopó junto a Hope hasta hacerse con las riendas y controlar a la yegua. No le sirvió de nada resistirse, acabó perdiéndolas. Cuando llegó hasta los demás vio que tenían a Sally, que parecía asustada.

—Señorita, haga lo que le dicen.

—Sí, *señorita* —se burló el que parecía el jefe—. Si colabora no le haremos daño.

Evelyn no temió por su vida a manos de aquellos malhechores, sino que pensó en que el teniente Trevelyan iba a matarla cuando la encontrara. Sin embargo, sí la asustó pensar qué querían de ella y qué podían hacerles. No llevaba dinero, aunque portaba algunas joyas. Sin explicaciones, ataron sus manos al pomo de la silla de montar, era la del vizconde.

Había sentido cierto regocijo al quitársela y en aquel momento, mientras otro dirigía a Hope —no sabía a dónde y con sus riendas bien sujetas a su propio caballo—, deseó que él lo descubriera más pronto que tarde y fuera en su busca. Lamentaba la travesura que había hecho y rogó al cielo porque Sandford no sucumbiera fácilmente al sopor del láudano. El único consuelo que halló en aquellas reflexiones fue pensar en que él la encontraría, y la imagen de su pose indolente, seductora e irresistible, montado en su caballo y con las manos apoyadas en el mismo lugar en que en aquel instante ella tenía las suyas atadas, le generó el poco sosiego que pudo reunir.

«Te encontrará, llevas su silla de montar; además, eres su misión», se dijo mordaz. Deseó que él no la odiara demasiado por haberlo engañado y desafiado y saliera en su busca.

—¿A dónde nos llevan? ¿Qué quieren de nosotras?

—¡Silencio! —gritó uno de los jinetes a su espalda, no supo quién, no podía verlo y sintió miedo de volverse a averiguarlo.

Atravesaban un pequeño bosque y vislumbró una hoguera a lo

lejos, a las puertas de lo que le pareció un refugio. Aún no era de noche, pero era difícil percibir los rostros. Al llegar, dos nuevos hombres se sumaron al resto.

Uno de ellos la cogió de la cintura, se retorció y le escupió, casi a la vez que le soltó todas las palabras desagradables que conocía, que no eran muchas. Sin muchos miramientos, la bajó del caballo, la agarró del brazo y le dijo muy cerca de su cara.

—Será mejor que se esté quieta, señorita, si no quiere darme ideas de qué hacer con usted.

—¡Déjala! No se te ocurra tocarla —gritó Sally.

—Ayudad a la otra también.

Evelyn sintió cómo la empujaron dentro del cobertizo, pero no notó la presencia de Sally detrás de ella. La llamó a gritos.

—¡Sally, Sally! ¡¿Dónde está Sally?! Cómo le hagáis algo, malnacidos, sufriréis las consecuencias.

Por respuesta escuchó una risotada y palabras de desdén.

—Sí, sí, lo sabemos. El coronel nos mandará fusilar… Aunque tiene otras preocupaciones ahora mismo.

Evelyn no fue capaz de pensar qué significaba aquella amenaza. Pero sí pudo darse cuenta de que sabían quién era. Aquello la intrigó, ¿los habían seguido? Miró a su alrededor, había un fuego en una esquina que caldeaba la estancia, pero no había ni un solo mueble. Parecía un lugar para resguardarse del frío y donde habían alojado a algunas bestias por la hierba seca que había en el suelo. Había dos ventanas, pero estaban medio tapiadas con maderas. Uno de los hombres hizo que se sentara en el suelo y le ató los pies, luego unió la soga con la que rodeaba sus muñecas. Al momento entró Sally, se sentó frente a ella y no fue capaz de mirarla a la cara.

—Sally. ¿Qué te han hecho? —inquirió, angustiada. La doncella seguía con la cabeza gacha y sin decir nada—. Por lo que más quieras, responde; dime qué ha pasado ahí fuera… ¡Por Dios!, todo esto es culpa mía.

—No lo complique, señorita, la soltarán pronto.

Cruzaron las miradas y Evelyn no supo interpretar la tensión de su rostro.

La puerta se abrió y entró un hombre corpulento. La miró con desdén y luego se dirigió hacia la doncella. Evelyn no podía creer lo

que veía. El hombre tomó sus manos y la ayudó a levantarse.

—No creí que lo conseguirías.

—Te dije que podría.

Incrédula vio cómo aquellos dos se unían en un abrazo y sellaban su diabólico plan con un beso. De repente se dio cuenta de que Sally la había engañado para conseguir que escapara de la posada y del teniente. Sintió asco por haberse dejado manipular de una manera tan sencilla.

—¿Qué significa esto, Sally? —preguntó con estupor.

—No ha sido tan difícil poner ideas en su cabeza. Su abuela… se recuperará si Dios quiere.

La doncella, si es que aquel era su oficio, se acercó a ella y le arrancó de un tirón el camafeo de su madre que llevaba al cuello. Luego le quitó el anillo y los pendientes y con soberbia le explicó que no querían nada de ella, pero les era útil. No le pasaría nada si colaboraba.

—Pagarás por esto, espero que entiendas lo que estás haciendo, porque acabarás en la cárcel.

—Yo no acabaré en la cárcel y será mejor que rece porque su padre colabore, solo así no le ocurrirá nada a usted tampoco.

—¿Qué quieres decir? Mi padre, ¿qué tiene que ver mi padre con esto?

—Solo ha de entregar unos documentos, mirar para otro lado…

—¡Sally! —la llamó el grandullón—. Basta de cháchara. Haz que se calle de una vez.

Evelyn se revolvió cuando la mujer trató de ponerle un pañuelo alrededor de la boca. Pero no le sirvió de nada porque acabó amordazada y se llevó una bofetada por intentar morderla. Pero apenas la sintió, la angustia la invadió al entender que lo que querían eran secretos que su padre atesoraba. Le horrorizó la idea de que a través de ella lo amenazaran. No iba a llorar, ni a suplicar por su vida, pero no pudo evitar que una lágrima escapara de uno de sus ojos.

—¿Estás segura de que el teniente no la seguirá? —El hombre la observaba junto a Sally, que de repente parecía otra mujer, no la fiel y tímida sirvienta que había aparentado.

—Hice que le enviaran una buena jarra de vino en la que vertí láudano suficiente para que despierte mañana y, entonces, ya no

será problema nuestro —se burló.

—Cierto, pero hay que esperar las órdenes de Wildman. Mandaré a alguien a vigilarla.

—No, yo lo haré. No me fio de tus hombres.

Evelyn observó cómo de nuevo la pareja se fundía en un beso, los maldijo antes de cerrar los ojos y pensar en ese nombre que había escuchado, para no olvidarlo.

# Capítulo 5

Jared se despertó con el ruido de cristales y porcelanas que se estampaban contra el suelo. Parecía que el estruendo tenía lugar en su cabeza, pero ocurría fuera de la habitación. Confuso, miró su reloj, se había dormido vestido y sin comer, algo bastante extraño en él. Recordaba que le habían servido la comida y que solo probó el vino, pero al sentarse en la cama el cansancio que acumulaba se apoderó de él.

Se incorporó de golpe al pensar en Evelyn. Estaba desconcertado. Él no era así, como se comportaba con la señorita Crawford. Así, grosero, podría decir que era el antiguo Henry antes de conocer a Georgia, pero él no. No sabía por qué esa mujer sacaba lo peor de él. Otros pensamientos acudieron a su mente, mas los descartó; decidió que no era momento para reflexionar sobre qué le pasaba con Evelyn. «No, con la señorita Crawford», se reconvino.

Le extrañó que Miles no hubiera acudido a verlo después de reparar la rueda; al menos habrían compartido el momento de la comida. Quizá el arreglo era más complicado de lo que pensaron en un inicio o, tal vez, se había quedado a comer en el mesón. Esperó que fuese esto último para poder continuar el viaje por la mañana. Desde la planta baja era más fácil controlar quién entraba o salía. Pero, aunque dedujo que era normal estar allí solo, le resultó un poco extraño, sobre todo porque se sentía aturdido y no encontraba sentido a aquella incómoda sensación.

Se acercó a la mesa donde descansaba un plato con guiso de patatas y carne, pero no probó bocado, no le apetecía la comida fría. Salió de la alcoba y vio a una sirvienta que se afanaba en recoger vasos y platos rotos del suelo; entendió que ese era el ruido

que lo había despertado.

Se dirigió a la habitación de las mujeres con la idea de pedirle disculpas a la señorita Crawford, quizá le apetecía dar un paseo o compartir un poco de conversación. Había sido bastante grosero con ella y tenía que recuperar el control, comportarse de forma correcta y cordial, por mucho que le inflara la sangre. Llamó a su puerta, pero no contestó nadie. Aquello lo enfureció porque le había pedido que no saliera de la alcoba. Bajó hacia el mesón para preguntar por ellas. Sin embargo, no tuvo tiempo; en un rincón apreció a Miles, dormido sobre la mesa. Lo zarandeó para que espabilase.

—¡Despierta!

Aquello no era normal, nada normal.

—¡Teniente!

Ambos debieron pensar lo mismo porque, tras compartir una mirada de alarma, se dirigieron a toda prisa a las escaleras. Volvió a llamar a la puerta de Evelyn con insistencia; ante el silencio dio un empujón y esta se abrió. La estancia estaba vacía.

—¡Joder!

Aquella mujer era astuta y lo había engañado vilmente con su cara de ángel. La habitación estaba bastante recogida, lo que indicaba que no había salido de forma precipitada, como si alguien se la llevara, sino que se había escapado, ¡y en sus propias narices!

—Vayamos a hablar con el posadero, el vino tenía algo —advirtió Miles.

El hombre no supo qué decirles, solo que la doncella de la mujer había encargado dos jarras de vino con la comida. Él las sirvió y recordaba que había tenido que ir a la cocina a por los platos, y que ella lo esperó para pedirle que no los molestaran. No había vuelto a verla.

Jared miró su reloj, habían dormido varias horas. Ambos hombres se dirigieron hacia el establo.

—¡Demonio de mujer!

Faltaban dos caballos, la yegua blanca y otro de los animales que tiraban del coche. Por suerte quedaban los dos suyos, pero al ir a coger su silla volvió a maldecir al ver que en el lugar donde debía estar solo había un pañuelo bordado con las iniciales de Evelyn.

Aquello era una provocación.

—Cuando la encuentre le voy a dar tantos azotes en el trasero

que no podrá sentarse en una semana —afirmó, a la vez que se guardaba el pañuelo en una de las mangas del gabán.

—No creo que quieras perder el tiempo en eso, a no ser que disfrutes haciéndolo —se burló Miles—. ¿Crees que ha regresado a casa?

—¿Dónde, si no? Tengo que ir a por ella, no puedo dejarla sola.

—Está anocheciendo y calculo que nos llevarán un par de horas.

—En peores situaciones hemos triunfado.

Ensillaron los caballos y recogieron algunas cosas que podían necesitar. Jared guardó una pistola entre la cintura del pantalón y su espalda y otra en el cinturón.

—Solo por si acaso —dijo ante la mirada de Miles, que lo imitó al guardarse también las suyas—. ¿Arreglaste la rueda?

—Sí, faltaba un herraje, debió caerse un tornillo.

—Vamos, tanta casualidad no me gusta.

Una hora después, la noche los atrapó, pero Miles encontró una pista.

—Tenemos suerte, si fuera una noche sin luna no habríamos podido ver nada, pero está clara y aquí hay huellas de caballos. —Miles bajó de su montura e inspeccionó lo que supuso que eran excrementos de los animales. Aquel hombre era el mejor que conocía siguiendo un rastro. Tras reflexionar, observando en varias direcciones, afirmó irguiéndose del suelo—. Se detuvieron, alguien las esperaba. Creo que cambiaron de dirección. Hacia allí —señaló hacia la arboleda.

—Esto no pinta bien —observó Jared.

—No, y es muy extraño. ¿Salteadores de caminos?

—No sé, todo es muy raro. Si le ha ocurrido algo, no voy a perdonármelo, Miles. He sido grosero, impaciente y arrogante —confesó—. Y todo por sacar de mi mente lo que esa mujer me provoca y porque quería acabar rápido con la misión, cumplir mi palabra dada al coronel. Ella ha escapado, ha escapado de mí.

—¿Así que te gusta? —se burló Miles.

—Yo no he dicho eso.

—No, así no, pero no sé cómo quieres que interprete tus palabras.

—No tienes que interpretar nada y cállate, es mejor ir en silencio.

Se habían adentrado en el bosque. Jared no sabía bien por dónde iban, pero se fiaba plenamente del buen hacer de Miles; le confiaría su vida con los ojos cerrados. Lo había hecho más de una vez en los años en los que lucharon contra las tropas de Napoleón. En una de aquellas refriegas lo encontró a su lado con un mosquetón en la mano y asegurándole que tenía buena puntería, y no mintió. Desde entonces había cubierto las espaldas de los primos Trevelyan en más de una escaramuza.

La arboleda no era muy frondosa y encontraron un camino bastante ancho, era un lugar de paso a alguna parte. Al rato, Miles le hizo un gesto con la mano y se detuvieron, bajaron de los caballos y ataron las riendas a un árbol; siguieron unos cuantos metros más a pie.

—¿Ves el fuego? Es un puesto de guardia —susurró Miles—. No son muy cuidadosos, o no esperan a nadie. Cuento tres hombres.

—No sabemos si la señorita Crawford está ahí.

Se ocultaron entre unos matojos al escuchar los pasos de alguien cerca del camino. Al salir a la luz de la hoguera lo reconocieron.

—Es el hombre de la casa de juego —murmuró Jared.

—Sí, el que echó al tipo aquel —respondió Miles. Luego, con un susurro, continuó como si estuvieran de charla en una taberna—. Tengo un primo que discutía mucho con una chica de mi pueblo.

—¿A qué viene eso?

—Pues que acabo de recordar que se casó con ella. Él también decía que sacaba lo peor de él.

Jared le dio un empujón y Miles quedó sentado en el suelo.

—Haz el favor de centrarte en lo que estamos haciendo —le censuró, pero el movimiento en la escena que tenían delante hizo que se escondieran con prisa para observar bien. Una mujer salió del cobertizo y se acercó al fuego para calentar sus manos; el hombre corpulento se acercó a ella y el lenguaje de sus cuerpos decía que algo se traían entre manos. A Jared no le costó reconocer a la mujer, era la doncella—. ¿Has visto? ¡Por Dios, Evelyn!

Salió de su escondite para avanzar hasta los maleantes, pero Miles lo frenó.

—¿A dónde vas? Piensa, amigo, no te expongas. Esto es algo que ha estado preparado desde antes. Mira su caballo. —Señaló al lateral de la casucha—. No creo que la señorita Crawford se haya

venido con esta gente de buen grado. La han secuestrado; la sirvienta se la habrá llevado de la posada. Y tenemos que saber qué intenciones tienen, yo no creo en las casualidades. Seguro que lo de la rueda es cosa de esta gente.

—Sí, lo averiguaremos antes de matarlos; como le hayan puesto una mano encima, juro que los mato sin preguntar siquiera —murmuró y luego, como si tuviera que convencer a su amigo, añadió—. Tengo la mente fría, Miles. Sé qué tengo que hacer.

Con gestos se indicaron por dónde iba a salir cada uno.

Evelyn sentía la humedad del suelo. Se había acurrucado como había podido, las cuerdas que ataban sus pies y manos no le dejaban mucha maniobra y el pañuelo que amordazaba su boca le impedía pronunciar ningún sonido. Como si alguien pudiera escucharla si se ponía a gritar. La capa la cubría, pero había zonas que habían quedado descubiertas y sentía que el frío le llegaba hasta los huesos, pero no le había dado el gusto a Sally de demostrarle que se estaba quedando helada. Notaba la inquina en su mirada y no entendía qué daño le había hecho para que quisiera su mal. El fuego seguía ardiendo en el rincón, pero tenía la impresión de que había perdido fuerza.

Cerró los ojos, no para dormirse, tenía que estar muy alerta, pero así dejaba de ver a quien había creído una doncella fiel. Sin embargo, lo único que consiguió fue que a su mente acudiera la imagen del teniente Trevelyan cuando le dijo que no se lo pusiera difícil. Había sido una tonta. «Él sabía que corría peligro y quiso protegerme», reconoció. Se prometió que, si salía de aquella situación y tenía ocasión, le pediría, no, le suplicaría perdón por su comportamiento.

Notó ruido a su alrededor y, con los ojos entrecerrados, vio cómo Sally salía del refugio. Al quedarse sola trató de desligarse, pero era imposible. No sabía el tiempo que había pasado desde que habían salido de la posada. Si la maldita doncella había tenido éxito con el láudano que había echado en el vino de los hombres, Trevelyan no se daría cuenta de su ausencia hasta la mañana siguiente. Rogaba al cielo por que fuera en su busca; en el rato que llevaba retenida había perdido todo el valor que creía poseer y no sabía lo que aquella gente tenía preparado para ella. Se sintió como

el preso que esperaba para subir al cadalso. Temía lo que pudiera ocurrirle y temía todo lo que estaba en juego.

Tenía tanto miedo que hasta sentir que los párpados le pesaban la perturbaba, no se atrevía a dormirse. Luchó consigo misma para que el sueño no la venciera. Un ruido sordo en el exterior la puso en alerta y se encogió sobre sí misma. Tenía que controlar el pavor que sentía, si se dejaba llevar por la situación de miedo sería peor. Pero cuando percibió que la puerta se abría no pudo evitar estremecerse. Estaba indefensa.

Alarmada, vio cómo un hombre se colaba con sigilo, escondiéndose de sus propios compinches. ¿Y Sally? ¿Por qué no regresaba? Aunque la consideraba parte de aquella camarilla de secuaces, había velado por ella. Era lo único que podía agradecerle. No había dejado que ningún hombre se le acercara, pero la había dejado a su suerte al marcharse del refugio. A saber a dónde había ido. Aunque no le costó imaginar que estaría con su novio restregándose en la oscuridad, había podido escuchar las quejas de uno de los hombres que les decía que se buscaran un sitio donde estar a solas.

La penumbra que dibujaban las sombras de la hoguera no le permitía ver el rostro del maldito que entraba. Sin ser consciente, se pegó más a la pared, como si esta pudiera protegerla.

Pero tras unos segundos, incrédula, parpadeó varias veces al darse cuenta de que aquel hombre no era otro que el teniente Trevelyan. Este debió captar su miedo porque se le acercó despacio, como cuando uno encuentra un animal herido y le dice palabras tranquilizadoras para no asustarlo.

—Soy Trevelyan —susurró—, no tema…

Quiso advertirlo, con los ojos muy abiertos no podía dejar de mirar a la puerta, aterrada por si alguien lo descubría. Levantó sus manos para que él viera que estaba atada y, al hacerlo, sus pies se alzaron del suelo unos centímetros.

—Tranquila, todo acabará pronto.

Que le diera palabras de aliento la atormentó. Se había portado tan mal con él… No se perdonaba haberse escapado y engañarlo como si fuese una niña malcriada.

El teniente, el vizconde, su salvador, se le acercó y, arrodillado frente a ella, le retiró con cuidado el pañuelo que cubría su boca;

luego le puso dos dedos sobre los labios, en señal de silencio. Aquel gesto terminó de desbordarla y se deshizo en llanto.

—Lo siento, lo siento, lo siento.

Trevelyan la agarró con las manos a ambos lados de su cara y le pidió que lo mirara.

—No crea que, porque ahora esté así, no me voy a cobrar el susto que me ha dado. —Le dedicó una de sus sonrisas y supo que trataba de animarla—. Voy a sacarla de aquí, pero va a tener que esperar un poco.

Entonces, Evelyn debió perder la poca cordura que le quedaba porque se lanzó a sus brazos como si fueran el refugio que necesitaba, estaba temblando y no solo de frío. Pero con él allí, el miedo empezaba a batirse en retirada. Sin saber cómo sus labios se unieron a los del teniente en un beso desesperado. No supo quién se entregaba más en aquel instante, porque él aceptó su ofrenda como si fuera un cántaro de rica miel. No importó quién había iniciado el envite, los dos respondieron de un modo apasionado. Sin importarles quiénes eran, ni dónde estaban. Pero la voz de su conciencia la avisó de que no era el momento para aquellos menesteres y supo que debía cortar aquel beso tan incendiario que había roto todas sus defensas. Se separó avergonzada.

—Discúlpeme, yo…

—No se pide perdón por un gesto tan espontáneo —refutó él con una sonrisa de medio lado.

Le levantó la cara colocando dos dedos por debajo de su barbilla hasta poder verle los ojos y le sonrió de aquella forma canalla que ya le conocía.

Sabía que se había ruborizado y se alegró de que la penumbra no dejara ver el tono de su piel.

—¿Está bien? ¿Le-le han hecho algo? —Notó cómo su mandíbula se tensaba al pronunciar aquellas palabras, al preguntar si la habían violentado. Se apresuró a negar con la cabeza—. Si le han tocado un solo pelo los mataré a todos.

—No, nada, aparte de asustarme. Sally…

—Lo sé, está con ellos.

—No debí escaparme, fue una niñería, pero es que, es que… —La voz se le rompió y, aunque trató de evitarlo, se puso a llorar. Sus nervios ya no resistían. Él sacó algo de su manga y sintió que el

alma se le hacía pedacitos; era el pañuelo que ella, con burla, había dejado sobre el lugar donde estaba su silla de montar.

—¿Tan mal la he tratado? —preguntó sin enojo, y con cuidado secó las lágrimas de su rostro con aquel pañuelo.

—No…, bueno, un poco.

Él rio y aquella risa le sonó a lo más hermoso que había escuchado en horas. Pero se puso serio de golpe y adivinó que lo que iba a decir no iba a gustarle.

—No tenemos tiempo, solo quería comprobar que la tenían aquí y que estaba bien, pero he de salir y ayudar a Miles.

Lo vio guardarse de nuevo el pañuelo a la vez que decía.

—Esto es mío…

—Su silla está con Hope, ¿la han encontrado? —Él asintió y al ver que se movía soltó con desespero—. ¡Lléveme con usted! No me deje aquí.

—No puedo, pero volveré pronto.

—¿Y si no lo hace? Sally volverá, se ha ido con ese hombre y si… —No fue capaz de terminar la frase.

Hubiera preferido no verlo, saber que iba a dejarla sola de nuevo y además arriesgar su vida le rompió el corazón. Pero él la miraba sereno, le daba paz.

—Todo es culpa mía… Me dijo que no volvería a ver a mi abuela, que estaba muy enferma… Y creo… creo que amenazan a mi padre, si él no… Un tal Wildman… No me deje aquí, por favor… por favor…

—¡Chis!, no va a pasar nada de eso. Y sí, su abuela no estaba muy bien, pero creo que aún dará guerra bastantes años. No se preocupe. Pero tiene que ser paciente, no puedo llevármela ahora. —Observó cómo se metía la mano en un bolsillo y sacaba una cadena con un reloj unido en el extremo—. Tenga esto; así tiene algo mío como yo de usted. —Miró hacia la manga donde había guardado el pañuelo—. Y sabrá que volveré a recuperarlo.

Evelyn apenas podía sostener algo, todavía tenía las muñecas atadas con la soga, pero retuvo la pieza entre las manos como si fuera un tesoro.

—Es un reloj, era de mi padre, tiene que cuidármelo.

Con premura, y casi sin mirarla a los ojos, el teniente cortó las sogas con un cuchillo y la desató, para ayudarla a ponerse de pie al

segundo siguiente.

—Por favor, por lo que más quiera, no salga de aquí —le rogó—. Hágame caso, por favor. Yo regresaré a por usted. —Contempló el lugar y añadió—. Cuando yo salga atranque la puerta.

La observó durante unos segundos y luego se dio la vuelta para salir, pero antes de hacerlo se giró. Ella lo observaba con el corazón en un puño, sin moverse del lugar donde la había dejado.

—Tenga… —Le lanzó el cuchillo con el que había cortado la cuerda—. Espero que no tenga que usarlo, pero por si acaso.

No le dio tiempo a decirle nada, salió a las sombras y cerró la puerta tras de sí.

«Dios, te he pedido muy pocas cosas, pero cuida al teniente. Prometo no quejarme nunca más».

Se acercó al fuego y cogió un tronco de los que había apilados en la pared y fue a atrancar la puerta; luego, se acercó de nuevo y lanzó otro a las llamas, que crepitaron con alegría. Tras hacerlo se sentó en su rincón y esperó.

# Capítulo 6

Escondida entre aquellas cuatro paredes, Evelyn había escuchado disparos y algunos gritos, también el ruido de los cascos de caballos que se alejaban. Había dos ventanas, pero una estaba medio tapiada con maderas y desde la otra no podía divisar nada. Durante un buen rato trató de escudriñar cada sonido que le llegaba, pero no identificaba nada.

Unos golpes secos en la puerta, como si quisieran entrar, hicieron que se encogiera en su rincón, pero cuando escuchó que la llamaban comprendió que algo iba mal.

—Señorita Crawford, abra, por favor. Soy Miles, el ayudante del teniente Trevelyan. Señorita Crawford, ¿me oye?

Quitó el tronco que había puesto para atrancar la puerta; al abrir, la escena que la recibió la asustó. El hombre tenía recostado sobre sí al teniente.

—¡Dios, mío!, ¿qué ha ocurrido?

—Le han asestado un golpe en la cabeza y ha perdido el sentido; creo que ha sido esa mala pécora.

Evelyn lo ayudó y tumbaron al teniente en el suelo, cerca del fuego. Miles le dijo que había escapado un hombre con la mujer, pero que habían matado a los otros. Ella buscó heridas en la cabeza del teniente; en un lado tenía sangre y no dudó en romper un trozo de su vestido para improvisar una venda.

—¿Se pondrá bien?

—Sí, pero prefiero dejarlo aquí con usted y regresar a buscarlos con el coche.

—¿Piensa dejarme a solas con él, aquí, en este lugar? ¿Y si regresan esos canallas? ¿Y si le ocurre algo? Me moriría si le pasa

algo al teniente… Yo puedo montar, puedo llevarlo conmigo. ¿Ha encontrado mi yegua? Le aseguro que no seré un estorbo. Además, no tengo idea de qué hacer…

—Señorita, señorita… —la interrumpió—. Cálmese. El teniente se despejará, la herida es superficial, pero necesita tiempo y descansar.

Evelyn se dio cuenta de que se había acelerado solo al pensar que no iba a poder escapar de allí, pero, sobre todo, al ser consciente de que iban a quedarse solos. Aunque el teniente estaba herido, no dejaba de ser un hombre soltero y ella una señorita, también soltera.

—Señor Miles, perdóneme si parezco desconsiderada, pero no puedo quedarme con el vizconde a solas, no es decoroso.

—Señorita Crawford, yo tampoco quiero parecer un bruto, va a tener que perdonarme, pero en este momento me importa un pimiento el decoro. El teniente no puede cabalgar así; es de noche y yo iré más rápido si viajo solo.

No juzgó como reproche las palabras del ayudante, ella misma veía lo absurdo de su argumento; la vida de Trevelyan podía correr peligro. Además, desde que decidió escaparse de la posada todo lo que había vivido era indecoroso.

—Regresaré en cuanto pueda, tenga.

Miles puso un arma en su mano.

—¿Sabe usarla?

—¿Cómo que sí sé usarla? —preguntó exaltada—. Ha dicho que esos malditos han escapado.

—Es solo para que pueda defenderse si regresaran, no creo que lo hagan, pero en esta vida no hay que dar nada por sentado.

Con una serenidad que Evelyn envidió del señor Miles, este le enseñó cómo se recargaba el arma. Tenía que introducir la munición por la boca del cañón: pólvora junto al proyectil y un pedazo de papel o tela que servía como un tapón para comprimirlo todo dentro del cañón.

—No desperdicie el disparo, solo tendrá la oportunidad de hacer uno, si ha de hacerlo espere a que estén cerca —le advirtió—. No le daría tiempo a recargar para el siguiente.

—Tengo un cuchillo —afirmó con coraje.

Miles asintió, luego se acercó al teniente y le dijo algo, pero

Trevelyan ni se movió.

—Despertará, ¿verdad? No quiero que su muerte pese en mi conciencia, ya me siento bastante tonta y culpable.

—El teniente es un hombre fuerte, y usted también, señorita —la animó—; si se acerca podrá notar su respiración. Quizá cuando despierte no esté de buen humor, no le gusta que lo ataquen a traición; además, tendrá un buen dolor de cabeza.

Con desasosiego Evelyn lo vio salir y ella atrancó de nuevo la puerta. Miró al bulto del teniente en el suelo. Todo lo que le ocurriera era culpa suya. Se le acercó, frotándose las manos una con otra. Llevaba la capa puesta y hacía rato que se había soltado el pelo del recogido, con el trajín lo tenía bastante destartalado y le tiraban las horquillas. Al mirarlo allí tumbado, tan indefenso, pensó que debería cubrirlo, así que se quitó la prenda de abrigo y la colocó sobre él. Se sentó a su lado. Al momento, sin saber bien qué hacer, colocó la cabeza del hombre en su regazo. Le costó incorporarlo, pesaba bastante, era un hombre musculoso y fuerte. Las sombras que dibujaba el fuego dejaban ver el rostro tranquilo del teniente, tenía una barba no muy poblada y sin darse cuenta resiguió con un dedo sus cejas. Lo observó con detenimiento, tenía los labios carnosos y no tenía marcas que afeaban su rostro. Le pareció hermoso y apuesto y con seguridad tenía a más de una mujer esperándolo en Londres. Las envidió a todas y se imaginó cómo sería ser amada por un hombre como aquel. Reconoció sin pudor que le gustaba y evocó el beso que se habían dado. Era un hombre muy apasionado.

—No te atrevas a morirte, teniente, porque tenemos una conversación pendiente —le dijo para animarse.

Trevelyan se movió en su regazo y ella lo cambió de postura y se acurrucó un poco; le vencía el sueño y, a pesar del fuego, sentía frío; o quizá era la necesidad de sentir al teniente a su lado, necesitaba percibir su respiración, solo así estaba tranquila. Sin darse cuenta se acomodó junto a él y se cubrió también con la capa. Sintió el cuerpo masculino junto al suyo y por primera vez en su vida notó una extraña sensación que le nacía en las entrañas y su corazón empezó a latir como si fuera un caballo desbocado. Movida por un impulso, antes de cerrar los ojos, besó los labios del vizconde y rozó su mejilla con la yema de los dedos; una idea imposible brotó

en su mente: que el apuesto e irresistible teniente Trevelyan la amaba.

Sabía que era una idea peregrina, pero en aquel instante aquel hombre extraordinario que había arriesgado la vida por ella era suyo y solo suyo.

Jared despertó tumbado en un frío suelo. La luz se filtraba por las rendijas de una ventana y algo cubría su cuerpo, pero lo que lo desconcertó fue la presencia de alguien a su lado, sin duda una mujer. Podía notar cómo el cuerpo femenino se amoldaba al suyo y hasta podría decir que lo había presentido en sueños. Unas manos pequeñas habían tocado su frente, su rostro y no sabía cómo lo sabía, pero también se habían aferrado a su torso y apoyado la cabeza en él. Confuso, se giró para cerciorarse de que no era la quimera de un sueño, sino una realidad. Lo último que recordaba era estar agazapado entre los árboles, tenía a tiro al grandullón que parecía el jefe de aquella banda que se había llevado a la señorita Crawford.

«¡Evelyn!».

Su primer impulso fue poner distancia con aquel cuerpo que se pegaba a su costado y, sin duda, buscaba su calor, pero no lo hizo. Disfrutó de aquel instante con la codicia del que sabe que está a punto de perder lo conquistado.

La dama de sus desvelos dormía plácida a su lado y, al levantar la cabeza para buscar a Miles, notó un tremendo dolor que lo obligó a llevarse la mano hacia el lado que parecía bombear. Tenía una venda y la retiró, era un trozo del vestido de Evelyn, pensó. Sin querer, un quejido surgió de su garganta y Evelyn —ya siempre sería Evelyn en su mente— se despertó y lo miró azorada. Trató de alejarse como si al descubrirse en un comportamiento tan indecente le hiciera sentir que había pecado. No había tenido tiempo para que se grabara su cara de ángel en su mente, ni estaba preparado para que ella se alejara de él. La deseaba. De pronto, una sensación de vacío y desamparo se adueñó de él y deseó poder abrazarla y besarla y entrar en su cuerpo mirándola a los ojos. Aquella mujer había despertado sus instintos más primarios a la vez que le generaba una ternura que nunca nadie había avivado en él.

—Espere…

—Lo golpearon —se apresuró a aclarar ella—. Sangró un poco y se había desvanecido. Su ayudante lo dejó aquí, conmigo, para que lo atendiera; fue a por el coche. No estaba en condiciones de cabalgar.

Con la voz ronca, producto de las sensaciones que recorrían su cuerpo, y porque notó que una parte de su anatomía había respondido a la cercanía de Evelyn, contestó con la intención de provocarla.

—Hemos dormido juntos.

—Estaba inconsciente, hacía frío y… y…

—Y no se lo diremos a nadie, no sería decoroso —continuó él—. ¿Eso iba a decir?

Ella ya estaba en pie y asintió con contundencia. Jared quiso imitarla y se levantó con prisa y tan pronto estuvo erguido sintió que su mente perdía el norte y le atacaba una especie de vahído. Se tambaleó, pero Evelyn llegó hasta él para sostenerlo. Al hacerlo quedaron enganchados en algo parecido a un abrazo.

Jared necesitó probar sus labios; el recuerdo del beso que habían compartido cuando la encontró, parecía que hacía una eternidad, lo había perseguido. Ella, sin pudor, se colgó de su cuello y respondió con un hambre tan voraz como la que él le demostraba al explorar todos los rincones de su boca. Con una mano la apretó por la cintura a su cuerpo y ella se pegó sin vergüenza, rozándose. Los pequeños gemidos que escapaban de su garganta lo enloquecieron y quiso tumbarla en el suelo y deslizar su lengua por su cuello, hasta llegar al valle de los senos que se le clavaban en el torso y le hacían imaginar mil maneras de torturarlos.

—¡Ay, Dios! —murmuró ella al cortar el beso.

Pero Jared no estaba dispuesto a terminar de beber de su boca, necesitaba más, pero tuvo que atar en corto su deseo por ella. La contempló un segundo, dándole la oportunidad de alejarse. Sin embargo, ella no se movió y al segundo se lanzó a sus labios con un ansia renovada. Esa mujer era puro fuego y él estaba ardiendo.

Al momento estaban de nuevo en el suelo, uno en los brazos del otro.

—Me encantas, Evelyn —dijo él, dibujando besos tentadores por la curva de su cuello. Ella, extasiada, lo estiró para darle mejor acceso—. ¿Puedo llamarte Evelyn?

Ella gimió y lo tomó como un sí; sin detenerse bajó hasta sus pechos, rodeó uno con la mano y comprobó que encajaba a la perfección; jugó con su pulgar sobre el pezón hasta convertirlo en un guijarro. La reacción de Evelyn fue retorcerse debajo de su cuerpo, al hacerlo se rozaba más con él y sus gemidos se convertían en jadeos desesperados, y eso lo enardecía sin ella saberlo. Era una locura, pero ambos habían reaccionado por instinto, como las almas gemelas que se reconocen entre muchas otras y van al encuentro del amado. Nunca había sentido tanta ansiedad por besar a una mujer. Era una delicia, ella era una delicia.

Jared sabía qué necesitaba, la sentía temblorosa y agitada, pero en su mente empezó a librarse una batalla. No podía hacerla suya en aquel sitio. Por muy solos que estuvieran en ese monte, no dejaba de ser un refugio, un lugar sucio y ruinoso y ella, con probabilidad, era inocente. No podía arrebatarle su virtud y menos en un espacio como ese. Pero los gemidos cada vez más exigentes de ella lo enloquecían. Impaciente, tiró de la tela de su corpiño y arrastró también la camisola; encontró la blanca piel de sus senos que lo llamaba, los tanteó con la lengua con alternancia, para saborear uno después y succionarlo, generando un revuelo en las emociones de Evelyn que enredó sus dedos en su pelo, abandonada a lo que experimentaba.

—Por favor…

—Evelyn, tenemos que detenernos… no puedo tomarte aquí.

Ella lo miró con los ojos crispados, supo que su cerebro se hacía eco de las palabras que acababa de decir. Le arregló el corpiño, pero volvió a besarla con dureza y exigencia, solo así podría quedarse con algo de ella que lo acompañara en los días venideros.

El destino quiso que oyera el relincho de un caballo y los gritos de Miles, y se separaron asustados, como si los hubieran descubierto.

—¿Estás bien? —la tuteó.

Ella asintió y evitó mirarlo. Aquel gesto le molestó, pero entendió que se sentía avergonzada; quiso decirle que no debía sentir vergüenza por compartir aquello que habían vivido; no habían culminado, si siquiera había podido mostrarle los secretos más placenteros y quería decirle que él estaba tan extasiado como ella. Quiso decirle muchas cosas, pero no dijo ninguna. Al

levantarse del suelo ella se entretuvo en arreglarse el pelo y las ropas y Jared sintió que de nuevo se mareaba, pero con un gesto le hizo saber que estaba bien. Solo necesitaba moverse más despacio, y alejar de su mente lo que Evelyn le provocaba. Enseguida pudo dominar sus emociones y tomar el control.

Miles había traído agua y alimento con él. Les contó que no había podido dar con Sally y su novio, habían huido con los caballos.

—¿Y qué vamos a hacer? —preguntó Evelyn con preocupación.

—Creo que lo mejor es regresar a Chester —aventuró Jared—. No debe viajar sola, será mejor recoger a su abuela, esperemos que se encuentre mejor.

# Capítulo 7

Había pasado una semana de aquel suceso y, segura ya, en casa de su padre, Evelyn no había dormido una noche entera desde entonces. Se levantaba inquieta, llorosa, y daba vueltas y vueltas por su alcoba, algunas veces; otras, acababa vencida sobre el diván y revivía hasta el último detalle el encuentro con Trevelyan. En aquel momento efímero vivido entre los dos había creído que lo amaba y ese sentimiento había cristalizado en ella como las cosas naturales de la vida, pero la perseguía día y noche sin poder sacarse la pena de su pecho.

Su padre no entendía qué le ocurría y, preocupado por si la experiencia del secuestro la perturbaba, mandó llamar al médico; este solo dictaminó que tenía nervios por lo vivido, pero Evelyn sabía que era otra experiencia la que la tenía alterada: era el recuerdo de los labios de Trevelyan sobre los suyos, sus manos tocándole el cuerpo, su abandono ante sus caricias.

Había comprendido que su vida jamás volvería a ser la que fue y que perdió el corazón en aquel refugio. En lo más profundo de su alma sabía que se lo había entregado al teniente, su vizconde arrogante e irresistible, y que habían pasado cosas entre los dos, no solo las caricias compartidas, aunque no supiera definirlas bien. Sin embargo, también sabía que lo que ella sentía jamás sería correspondido. ¿Quién en su sano juicio entregaba su corazón a alguien que apenas conocía?

«Solo las jóvenes caprichosas e inexpertas», se dijo.

Le hubiera dolido menos una bofetada, pero que él nunca le reprendiera que se escapara era una espina que tenía clavada.

Sin embargo, nada de aquello importaba, lo había ofendido.

Antes de ir a Londres habían vuelto a Chester y su llegada había causado un gran revuelo en el pueblo. La abuela los recibió muy alarmada; sospechaba que algo les había ocurrido porque Hope había regresado sola a casa y con una silla de montar que desconocía. Al relatarle lo ocurrido ella les contó sus impresiones. Su repentino empeoramiento se debía a que había tomado unas hierbas que la agitaban. Supusieron que Sally había preparado todo aquel engaño, incluso que había manipulado la rueda del carruaje, pero no sabían quién era Wildman, a quien atribuyeron la idea del secuestro y las amenazas recibidas por el coronel.

Algo de luz habían hallado cuando Myrtle llegó a la casa, envuelta en un mar de lágrimas. Su padre estaba involucrado. Al saber de lo ocurrido había ido a entregarse a la autoridad del pueblo. Confesó que, sin darse cuenta, se había ido de la lengua en la casa de juego. Deseoso de que le permitieran jugar, incluso de recibir un dinero a cambio de lo que sabía, relató al grandullón que hacía de vigilante —al que identificaron como el prometido de la doncella—, lo que había escuchado hablar a las muchachas: «que dos hombres venían a escoltarla para llevarla a Londres con su padre».

Evelyn recibió resignada la mirada reprobatoria de Trevelyan, que había censurado cómo ella había destapado, sin saberlo en aquel momento, la realidad de su marcha a Londres y con ello puso en la pista a los traidores, pero la tranquilizó escuchar que creían que Sally tenía la misión de vigilarla y, al precipitarse su marcha, había actuado a la desesperada.

Agradeció que el vizconde se aviniera a hablar con la guardia para conocer la suerte que correría el señor Sawyer y, si podía, intervenir; podían considerarlo cómplice de los secuestradores. Ella esperaba que el susto al menos fuera tan grande que decidiera enmendar su vida.

Después se marcharon con la abuela a Londres y, entre el teniente y ella, ya nada volvió a ser como los instantes compartidos en el refugio. No volvieron a estar a solas hasta llegar a la casa de su padre, donde todo se sucedió tan deprisa que traspasó su ánimo.

Trevelyan y su padre se habían encerrado en el despacho durante horas. Cuando la llamaron, se encontró con una propuesta de matrimonio. Necesitó sentarse al escuchar aquellas palabras en

boca de su padre.

—El vizconde ha aceptado casarse contigo para que no quede empañada tu reputación.

—No pienso hacerlo, no hay nada que tenga que repararse y no pienso obligar al teniente a casarse conmigo y, además, después de arriesgar su vida para salvar la mía; esto es un disparate, padre.

—Di mi palabra de protegerla, señorita Crawford, pasamos la noche juntos y… —Lo miró crispada, ¿pensaba decir en voz alta lo que había pasado entre ellos dos?

—Y usted había perdido el sentido; el golpe recibido y la pérdida de sangre no le permitían ser dueño de sus acciones. Me limité a atenderlo, como me pidió el señor Miles. No ocurrió nada tan grave como para tener que salvar mi honor con un matrimonio.

—¿Puedo hablar con su hija a solas, coronel?

Al momento su padre salió, aunque se aseguró de no cerrar la puerta.

—¿Por qué lo hace? —preguntó nerviosa. Él la alteraba y se moría por aceptar aquella proposición —aunque fuera un disparate —, si así volvía a besarla, pero no podía hacerle eso al teniente. Él tenía una vida antes de conocerla.

—Soy responsable de lo que ocurrió. Si hubiera estado más atento, usted no… no habría corrido peligro.

—Yo me escapé.

—Sally la convenció.

—Por favor, acepte de una vez que la culpa de lo que ocurrió fue mía. Yo los puse en peligro a los dos.

—Eso no importa… —Trevelyan se le acercó y Evelyn no pudo evitar estremecerse—. ¿Por qué no quiere casarse?

—Siempre pensé que cuando lo hiciera sería por amor.

—No le basta con el deseo que hay entre nosotros, con menos se casa la gente.

—Entre nosotros hay tensión, nada más, y si hay algo más es producto de la situación. Si nos hubiéramos visto en una fiesta quizá ni me habría sacado a bailar. Además, no nos conocemos…, no me conoce.

—Ah, ¿no? Podría decirle que la conozco mejor que nadie. Sé cómo suspira —concluyó con un susurro—, y cómo se pega a mi cuerpo buscando caricias.

—No sea grosero —respondió enérgica, ocultando en su queja lo que le afectaban sus palabras—. ¿Acaso usted esperaba que esta *misión* le supusiera la pérdida de su soltería?

—No, desde luego que no. Pero reconozco que mi deber de caballero…

—Le libero de ese deber y de su palabra dada a mi padre…

—Pretendo hacer lo correcto, señorita Crawford.

«Ya no soy Evelyn».

—Y yo se lo agradezco, pero cuando acepte a un hombre como esposo será porque él merece ese lugar, porque ocupa mi corazón igual que yo el suyo. No porque me haya seducido.

Él la miró con tensión en la mandíbula, Evelyn comprendió que se callaba para no decir algo de lo que arrepentirse; al final inclinó la cabeza en un saludo y, antes de dirigirse hacia la salida, le dijo en un murmullo.

—Tiene razón, no nos conocemos.

Jared no había tenido ánimos de irse a su finca de Lancashire. No entendía cómo en vez de sentirse liberado de un matrimonio que no deseaba, su ánimo había decaído tanto. Pasó los dos días siguientes tras regresar de Chester sin salir de casa de su madre, donde se había instalado, taciturno y leyendo a Byron. Halló en la biblioteca el libro de *Manfred*, publicado el año anterior, y lo ojeó con curiosidad; se trataba de un poema dramático y enseguida quedó atrapado por Manfredo y sus siete espíritus.

Sin embargo, dos días de lectura fueron suficientes y acabó aceptando que allí no hacía nada y se marchó a Cornualles, a la finca de su abuelo, donde la familia estaba reunida. Tuvo que reconocer que había sido la mejor decisión porque, entre unos y otros, habían conseguido que se sosegasen los afectos que lo perturbaban.

Aunque, por mucho que trató de disimular su estado emocional —él mismo no entendía cómo no se habían dado cuenta—, su madre lo abordó en la sala donde leía el periódico, preocupada por saber qué le ocurría.

—Querido, al fin te encuentro. —La queja no era fundada. La casa era enorme—. Sebastian me ha dicho que estabas aquí, quería que conversásemos.

—¿Ocurre algo? ¿Helena da problemas? ¿Hay algo que no sea de su agrado? —bromeó.

—No, todo está bien y tu hermana está feliz, sobre todo desde que sabe que Georgia y Henry llegarán de un momento a otro.

Aquella noticia le agradó, podía sincerarse con sus primos acerca de lo que le estaba ocurriendo, de lo que sentía, pero con nadie le era más fácil que con Henry.

—Quería que me hablases un poco más de esa misión que tuviste. En las dos semanas que llevas aquí no has abierto la boca sobre ella. ¿Es cierto que era la última acción que has hecho para el ejército?

—Sí, madre, y era más bien un favor al coronel; lo habían amenazado con dañar a su hija. Pero usted sabe que no puedo hablar de mis misiones.

—Lo sé, espero que tenerte aquí signifique que todo acabó bien.

Así de fácil le había resultado a su madre tirarle de la lengua. Le confirmó que había firmado su renuncia a continuar en el servicio activo en el ejército y luego le habló de Evelyn. Por supuesto, evitó mencionar algunas cosas, la mayoría tenían que ver con sus labios sobre los de ella, pero le comentó su preocupación por si le ocurría algo y, además, por si había rumores sobre su secuestro y por haber estado con un hombre a solas al intentar escapar de allí. Su reputación podía quedar perjudicada. Le pidió que cuando regresara a Londres la guiara para entrar en sociedad, quizá tener su patrocinio la ayudaba a encontrar un buen hombre como marido. Pedirle aquello le había supuesto un dolor enorme. Notó cómo su corazón se encogía como si alguien lo estrujara. No tenía idea de por qué tenía aquella sensación, pero imaginar a Evelyn junto a otro hombre se le hacía insoportable.

—Si eso es lo que quieres, la ayudaré. Escribiré al coronel. —Jared tensó la mandíbula, gesto que su progenitora captó demasiado rápido—. Pero, Jared, me parece que no te hace mucha gracia que le busque un marido.

—¿Por qué lo dices? Hice lo correcto, le ofrecí la protección de mi apellido, la pedí en matrimonio y me rechazó; es una joven romántica que busca el amor.

—Una joven romántica… claro, claro. ¿Y cómo le pediste matrimonio?

—Fue algo repentino; acepté ante el coronel mi responsabilidad. No quería que su reputación quedara en entredicho. Pero me rechazó, no quería un matrimonio impuesto…

—Porque no pasó nada entre ustedes dos —continuó su madre con tono curioso.

—¡Madre!, ¿duda de mi caballerosidad?

—No, hijo, sé que siempre harás lo correcto y, si le pediste matrimonio para subsanar cualquier habladuría o lo que sea, bien hecho está. —Ella lo miró de un modo que parecía leer sus pensamientos y Jared se sintió como cuando era niño y ella averiguaba siempre sus travesuras—. Bueno, voy a arreglarme para la cena.

Se levantó y, cuando estaba a punto de salir, se volvió hacia él y dijo con naturalidad.

—¿Has hablado con tu abuelo? Él conoce a mucha gente y quizá puede ayudarte.

—¿Ayudarme a qué?

—A descubrir quién está detrás del secuestro de esa joven.

Cuando salió de Londres se había convencido de que no era asunto suyo hacer de policía; el coronel ya había dado parte de lo ocurrido y la autoridad competente lo investigaba. Aunque reconocía que se le había pasado por la cabeza hablar con Edward Jonhstone, conde de Stepyltong; su ayuda había sido crucial para desenmascarar a Winstrop y desvelar la trampa que este pretendía tenderle a Georgia. El conde tenía buenas dotes investigadoras y detectivescas desde que trabajaba para el ministro del interior, pero no lo había hecho; como tampoco había hablado con el duque. Quiso convencerse de que el padre de Evelyn tenía los recursos suficientes para descubrir el complot que habían urdido contra él y, además, ni le gustaba ni solía hablar de sus misiones con nadie. Sin embargo, la llegada de Henry era una buena ocasión para debatir y pensar quién podría estar involucrado en la venta de secretos militares.

Cuando Henry y su flamante esposa llegaron a Reddox Hall, se revolucionó toda la casa. Tenía que reconocer que ni él, ni nadie, había visto nunca tan feliz a su primo mayor. Los sorprendieron a todos un poco antes de la cena y el abuelo propuso retrasarla hasta

que estuvieran acomodados y presentables. Fue un momento extraordinario poder comprobar lo pendiente que estaba de la marquesa y de las miradas que se dedicaban cuando creían que nadie los observaba. Lo envidió, porque en los días que habían pasado desde que tuviera a Evelyn en sus brazos, había estado con otras mujeres, pero, aunque alcanzó el clímax en la relación con ellas, con ninguna se había sentido tan especial como con la hija del coronel. Siempre había procurado dejarlas satisfechas, nunca era un egoísta, pero ninguna de esas veces le apeteció quedarse en el lecho con ellas una vez habían acabado el asunto que los ocupaba.

«¡Que distinto con Evelyn!».

No la había tenido y quizás ahí radicaba su tozudez en olvidarla, pero luego, cuando su corazón se agitaba tan solo al recordarla, pensaba que tenía que ser otra cosa. Era la preocupación por que le ocurriera algo, sí, eso era.

Después de acabar con todos los platos que habían servido, más un postre riquísimo, las mujeres se retiraron de la mesa y quedaron los hombres Trevelyan con el abuelo. No estaban todos, Christopher estaba de viaje y Derek se había marchado ya a la ciudad. Compartieron bromas y cómo les iba a cada cual en sus familias y negocios. Tras unas copas, algunos se fueron retirando con las mujeres, para echar una partida de cartas o de ajedrez. Al final solo quedaron cuatro: Henry, Sebastian, el abuelo y él.

—Vamos a mi despacho, allí nadie escuchará de qué hablamos —dijo el patriarca con una sonrisa al mirar a las doncellas y al lacayo que retiraban la mesa. Ellas le respondieron con el mismo gesto—. Y podéis explicarme cómo os va con las mujeres.

—Yo no pienso hablar de la mía, abuelo —refutó Henry—. Que hablen estos dos.

—Tú no hace falta que digas nada, ya te lo vemos todos en la cara.

La carcajada fue sonora, y los tres primos siguieron al abuelo.

Este sacó un *whisky* escocés y pidió a Jared que sirviera los vasos. Luego tomaron asiento en los sillones y un sofá que estaba cerca de la chimenea.

—Deberías pintarnos un cuadro, Sebastian —propuso el duque —. No quisiera morirme sin verlo. Como tampoco quisiera morirme sin veros casados, ¿a qué estáis esperando?

Henry levantó las manos en señal de que con él no iba la cosa.

—A Jared lo han rechazado, abuelo; supongo que lo sabe —cotilleó Sebastian.

—Lo sabe toda la casa —respondió el duque.

Jared los miró con cara de sorpresa. Pero quien tenía la boca tan abierta que le llegaba al suelo era Henry, que le pidió que se explicara. No tuvo opción y, sabiendo que lo que dijera no iba a salir de aquel despacho, les explicó todo desde el principio. Se calló aquellas partes del relato que no eran decorosas que las contara un caballero y pusiera en evidencia a la dama, y se centró en los malhechores.

—El coronel me escribió diciéndome que habían detenido a la doncella y a su novio en Liverpool, pretendían escapar a Irlanda. Del tal Wildman nada se sabe. El primer ministro está al corriente, pero todo está muy parado.

—Escribiré a algunos amigos que conocen a las familias más antiguas de Inglaterra —informó el duque—. Y conozco a alguien que podría ayudarnos. Tarde o temprano saldrá quién es ese hombre.

—¿Así que la hija del coronel? —inquirió Henry. Jared pensó que había conseguido despistarlos y la pasarían por alto, pero se había equivocado—. Escuché decir que es muy hermosa.

—¿A quién? —preguntó molesto.

—Creo que a Harrison.

—Ese patán —criticó.

—Ese patán es conde, no lo olvides —alegó Henry.

—Un conde venido a menos y que como segundo teniente iba suplicando un ascenso, hasta que lo trasladaron de compañía. Creo que ocupó algún puesto en un acuartelamiento de no sé donde.

El abuelo se levantó y los demás lo imitaron para salir del despacho.

—Mañana será otro día, señores. Es hora de retirarse —observó el duque—. Mis huesos necesitan descanso.

—Buscaré a Georgia, seguro que está agotada —dijo Henry al ver cómo el abuelo se alejaba y quedaban ellos tres en el corredor.

Sebastian y Jared se miraron, jocosos.

—Vamos a tener que buscarnos una esposa, primo —señaló Sebastian.

—Os animo a ello.

—Este al menos está enamorado, ¿pero yo? ¿Quién va a querer a un pintor?

—Yo no estoy enamorado —se quejó con energía.

—Lamento decírtelo, Jared, pero estoy con Sebastian. Enamorado hasta la punta del pelo —rio Henry, a la vez que le ponía una mano en el hombro y le daba unas palmaditas. Le propuso verse en las cuadras a primera hora, para salir a cabalgar, y luego inició la marcha en busca de su esposa.

—Mi oficio es el de captar el alma de lo que pinto —advirtió Sebastian—. Sé mirar más allá de donde tú ves, y sí, primo, si notas que el corazón se te acelera, que no duermes y eso que te has callado se te representa una y mil veces en la mente, no estás enfermo, simplemente enamorado.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque nunca te he visto sonreír tanto como cuando la mencionas. Hay cosas que se reflejan en la cara y en la mirada sin que uno lo sepa.

No supo qué responder, se quedó allí en mitad del pasillo mientras Sebastian se alejaba entre risas y Henry ya había desaparecido de su vista.

—¿Enamorado? —se preguntó con extrañeza; casi se asustó… casi—. ¡Diantres!

# Capítulo 8

Habían pasado tres meses, tres largos meses desde que Evelyn le dijera no a Trevelyan y aquella noche iba a encontrarse con él. Era el baile de los marqueses de Kingsbury, un evento especial, y muy destacado, antes de Navidad.

En ese tiempo lo había echado de menos todos y cada uno de los días, pero eso nadie lo sabía. Y en ese tiempo había sido invitada a algunas fiestas, eventos y *soirées* de calado social en los que Henrietta Trevelyan, madre del vizconde y una dama muy prestigiosa en Londres, había considerado que eran un buen lugar para dejarse ver.

Tuvo el placer de conocerla en octubre; le sorprendió recibir una nota en la que la dama la invitaba a su casa a tomar el té. Hablaron de muchas cosas y la señora no ocultó que su hijo le había pedido que la ayudara a entrar en sociedad y protegerla de cualquier rumor. Estar bajo la protección de la familia Trevelyan y del duque de Gilberston, con quien coincidió por casualidad, era como un seguro contra los chismosos.

En ese tiempo había ido conociendo a todos los primos; eran un montón y todos muy apuestos. «Demasiado apuestos», tenía que reconocer. El sobrenombre que había escuchado con el que se referían a ellos, tanto hombres como mujeres, era, sin duda, merecido: «Los irresistibles Trevelyan». Quien fuera que les hubiera puesto ese apodo había acertado de pleno. Al menos con ella había funcionado, no había podido resistirse a su teniente particular y vizconde en general. Le fascinaba aquella familia tan extensa y todos tan bien avenidos. Para alguien con una familia tan corta, era digno de admiración.

Cuando Henrietta no podía acompañar a su hija y a ella a algún evento, era uno de los primos quien se encargaba de escoltarlas. Pero entonces parecían marcadas, ningún caballero osaba acercarse demasiado, ellos eran como un muro infranqueable. Con tristeza, Helena, con quien había logrado conectar muy bien y se habían hecho amigas, solía decir que algún día Jared regresaría a la ciudad y le haría pagar por haberla dejado sola en aquellos meses en los que tanto lo necesitaba. Él siempre le había dado libertad. Cada vez que su amiga hablaba de su hermano se le metía más en el corazón; la visión que los otros le daban de él había agrandado sus sentimientos hacia el vizconde. Algo que se cuestionaba mucho, porque habían pasado juntos un tiempo efímero, pero no podía mandar en su corazón, no atendía a razones.

También había conocido a los marqueses de Kingsbury, anfitriones de aquella noche. Tenía que reconocer que había sido toda una suerte que Helena y ella hubieran congeniado a la primera, esta le presentó a la marquesa y las tres se habían hecho muy amigas. Estaba claro que su conexión con los Trevelyan era un amor a primera vista.

La relación con su padre había mejorado, sobre todo porque habían hablado mucho y había podido comprender sus responsabilidades en el ejército. Su salud había mejorado y había vuelto a sus funciones, pero todas las tardes estaba en casa. Seguía investigando quién había cometido la infamia de amenazarlo y mandar secuestrarla para obligarlo a cometer un acto de traición. Pero quien fuese, había cubierto muy bien sus pasos.

Había conocido a otros caballeros, bailado en fiestas y asistido a eventos en los que no faltaba algún joven que pretendía cortejarla, pero en todos aquellos meses no brotó en su pecho ninguna emoción que hiciera sombra a sus sentimientos por el vizconde. Lo añoraba y pensaba que jamás podría querer a otro hombre, porque su corazón pertenecía a Trevelyan. No se lo había dicho a nadie, pero sospechaba que tanto su abuela como su padre conocían sus sentimientos; tal vez habían escuchado sus paseos por las noches, o visto su tristeza algunos días, aunque creía que en el fondo la compadecían; no entendían por qué lo había rechazado si lo amaba.

Era curioso cómo funcionaban las cosas del amor. Ella, que jamás pensó que podría enamorarse si no había primero un tierno

espacio para la amistad, había quedado prendada en dos días por el hombre que había ido a protegerla y no había podido resistirse a él. En un espacio de tiempo muy corto había perdido el corazón y ella misma no sabía cómo había podido suceder.

Sin embargo, aquella noche iba a verlo. Helena le había confirmado que había regresado de Cadwell Park, su finca, solo para el baile de su primo; luego, la familia se retiraría a la hacienda familiar del duque en Cornualles para celebrar la Navidad.

Nerviosa, daba los últimos retoques a su peinado, un intrincado recogido que dejaba unos rizos sueltos que enmarcaban su rostro. Lucía un vestido de color crema, adornado con un lazo dorado bajo el pecho que hacía juego con la capa de terciopelo de color champán, los guantes eran largos y cubrían sus brazos por encima del codo. Llevaba pocas joyas, un collar de oro combinado con algunas piedras y unos pendientes de topacios. Se veía elegante y se gustaba.

Miró la hora en el reloj de bolsillo —«su reloj», el que nunca le devolvió— que tenía sobre la mesilla de noche. En él veía la hora cada mañana al abrir los ojos y cada noche antes de cerrarlos. Su padre iba a acompañarla y, con seguridad, estaría dando pasos en círculo en el vestíbulo, esperándola.

—Hoy acabará tu condena —dijo a su reflejo en el espejo—. Lo verás y esta agonía acabará, porque podrás retomar tu vida.

Tenía la secreta esperanza de que, al verlo, todas las ideas que la habían torturado cesarían. El hechizo se rompería. Él coquetearía con las mujeres, como había visto hacer a sus primos, y ella vería que había hecho bien en rechazarlo porque no sentía nada por ella. Solo el tiempo daría paz a su corazón.

Jared conversaba animadamente con Sebastian y Christopher. Sus primos criticaban con burla su retiro voluntario en su finca de Lancashire. Él no estaba dispuesto a confesar que el hecho de alargar su estancia era fruto de las emociones que lo habían asaltado al ser rechazado por la señorita Crawford. Aunque Chris parecía no querer darse cuenta de que no quería hablar de ello.

—Te libraste de un matrimonio y en vez de celebrarlo te aíslas como un monje.

Sebastian, más cercano a él en aquellos tiempos, respondió

críptico.

—Tal vez no quería ser rechazado.

—Me cuesta creerlo. Ni siquiera unos besos en penumbra valen un matrimonio. En tu descargo debería contar que estabais retenidos por unos secuaces y que, además, te habían pegado un porrazo en la cabeza y habías perdido el sentido —respondió Chris. Luego, distraído, miró hacia el salón, que estaba bastante concurrido, y exclamó—: ¡Demonios! ¿Habéis visto a Henry? Parece otro cuando está con Georgia.

—Y cuando no lo está, también —añadió Jared, observando también a la pareja que conversaban con unos invitados que no conocía—. Me alegro por él.

Alzó su copa para dar un sorbo a la vez que paseaba la vista por el salón. Sabía que Evelyn estaba en la fiesta, pero todavía no la había visto. Bueno, aquello no era cierto del todo, la había observado bailar con Derek y también con otro petimetre que no dejaba de hablarle mientras ella se limitaba a sonreír. Por unos segundos la había contemplado absorto, pero no fue capaz de soportarlo, tuvo que salir a la terraza; el frío le ayudó a calmarse. Allí lo había encontrado el coronel y compartieron algunas palabras.

—Aquí está, teniente Trevelyan… —Se giró al escuchar su saludo y le dio la mano—. Disculpe, lord Sandford, creo que para mí siempre será el teniente Trevelyan, valeroso militar a mi mando y a quien le debo lo que más quiero.

—Le diré un secreto, a mí también me cuesta reconocerme como vizconde Sandford, quizá por eso he tardado tanto en hacerme cargo de las responsabilidades que conlleva el título —respondió—. ¿Cómo se encuentra?

—Bien, bien… ¿y usted?

Se encogió de hombros y contestó entre bromas.

—Siempre se puede estar mejor.

Por un momento compartieron su preocupación por no saber nada del maldito Wildman, a quien atribuían ser el ideólogo del secuestro y responsabilizaban de las amenazas, a pesar de no haber podido averiguar nada tras apresar a los secuestradores. Sin embargo, no se alargaron en la charla. Hacía frío y el coronel murmuró que regresaba al salón. Él decidió esperar. Antes de cruzar

el umbral su antiguo superior le dijo enigmático.

—Lo que busca no está en el fondo de ese jardín, sino más cerca de usted de lo que cree.

Fue a contestarle que él no buscaba nada, pero el coronel ya había desaparecido para escuchar cualquier respuesta.

«Nunca has sido un cobarde», se riñó. Al verse allí solo, se sintió ridículo. Era un Trevelyan, el valiente que se enfrentó a los enemigos de la patria, sin miedo a la muerte; el hombre que frustró un motín y que Bonaparte se fugara. No podía esconderse de una mujer en una terraza, dejando que el frío le calara hasta los huesos.

«Cuando estés frente a ella todo acabará, el embrujo se esfumará y podrás seguir con tu vida». Aquella idea lo había hecho entrar de nuevo a la fiesta y encontrar a sus primos.

En aquel instante, su corazón, sabedor de que ella estaba cerca, dio un brinco. Levantó la vista y allí estaba. Conversaba con Helena y un joven que captaba la atención de ambas mujeres. Sin darse cuenta de la fijeza con que la observaba, se desentendió de la conversación que mantenía con Christopher y Sebastian y la contempló como si estuvieran los dos solos y no en mitad de un concurrido salón de baile.

Ella debió percibir la intensidad de su mirada porque de repente alzó los ojos y lo vio. El tiempo se detuvo, Jared ni siquiera era capaz de escuchar los murmullos de su alrededor; luego, como si cayera desde lo alto, retomó la conciencia de dónde estaba. Ella esbozó una sonrisa y Jared supo que no iba a poder escapar de aquel encantamiento. Había luchado contra lo que su corazón le decía y la razón no quería escuchar. No podía permitir que nadie le quitara a aquella mujer y tenía que convencerla, como fuera, de que estaba destinada a ser su esposa.

Abandonó su vaso en la mano de uno de sus primos, sin hacer caso de la mirada que le dedicaba, y con pasos lentos llegó hasta el pequeño grupo.

—Señorita Crawford, encantado de verla.

—Vizconde —saludó Evelyn con una pequeña inclinación. Le brillaban los ojos, o quizás era el efecto de la luz, siempre la imaginaba en penumbra—. Espero que haya disfrutado de su finca.

—Sí, mucho. Aunque he trabajado bastante para dejarla en condiciones.

—Jared se ha empeñado en tener caballos —intervino Helena—. Pretende vendérselos a los militares.

—Oh, caballos, qué buena idea —comentó ella.

—¿Le gustan los caballos, señorita Crawford? —preguntó el joven al que prácticamente había obviado.

—Sí, mucho.

Jared fue a intervenir, pero la música empezó a sonar y, para su sorpresa, el joven pidió bailar a su hermana, quien con una clara sonrisa aceptó y se despidió de ellos.

—¿Le apetece bailar? —preguntó.

Ella lo miró y por un momento dudó de que le dijera que sí, pero aceptó y sintió que podía soltar el aire que había retenido. Se sentía como un mozalbete con su primera conquista, pero el sentimiento que lo embargaba no le molestaba.

Iniciaron el movimiento para seguir el compás de la melodía y ella murmuró con humor.

—Había oído que los irresistibles Trevelyan no bailaban si podían evitarlo.

—Solo lo hacemos con las jóvenes que se atreven a desafiarnos.

—¿Lo he desafiado, milord?

—Oh, sí, desde el minuto uno. No he olvidado que la primera vez que nos vimos me envió a una casa… —carraspeó y la miró a los ojos—. Ni siquiera debería de saber que aquel lugar existía.

—Me avergüenzo de mi comportamiento, pero ¿sabe? Lo escuché hablar con su acompañante y usted fue un poco insensible y quise vengarme… —Rio de su fechoría—. Ahora que lo pienso, se lo había escuchado nombrar a Sally, ahora entiendo por qué… ¿Sabe que ha muerto?

—¿Cómo que ha muerto?

—Sí, no aguantó la vida en la cárcel. Traté de visitarla, pero papá no me dejó. Pensé que quizás podría decirme a mí algo que nos ayudara a descubrir quién estuvo detrás del secuestro. No se ha averiguado nada.

—No es lugar para una dama. Y no desespere, algún día daremos con una pista y caeremos sobre esa sabandija. Palabra de Trevelyan. —Ella sonrió, agradecida ante aquella frase. Jared sentía su cuerpo tan próximo al suyo, meciéndose al compás, que quería acercarla más y que sintiera tronar su corazón, aunque pensaba que

lo podría escuchar, igualmente, por encima de la música—. Y cuénteme, ¿qué tal por Londres? ¿Le ha ido bien?

—Debo darle las gracias, tiene una familia maravillosa. Me han abierto las puertas a la sociedad y me han hecho un hueco en sus reuniones, haciéndome sentir parte de ellos. Tiene mucha suerte de tener una familia así.

—Podría haber sido la suya. —Ella lo miró con asombro. Solo fue un segundo, porque cortó rápido el contacto ocular. Quizá no esperaba aquel reproche y se sintió un tonto por hacerlo. Jared tuvo la impresión de que le brillaban los ojos y que debía disculparse—. Perdóneme, soy un poco descortés. Entiendo que no tuvimos un comienzo muy normal y las circunstancias… Tenía que cumplir con mi deber de caballero. Quizá si nos hubiéramos conocido en otras condiciones… Pero fue lo mejor, cada uno tiene su vida como deseaba…

—Por supuesto. Como dice, es mejor así. Nos hubiéramos hecho daño.

—¿Usted cree? —Jared dejó pasar un silencio y, sin controlar lo que decía, soltó en un susurro—. Evelyn, si usted quisiera, yo… yo… —Ella parecía expectante—. No sé qué podemos ser, pero podemos empezar por ser amigos.

—No creo que podamos ser amigos —contestó.

—Entonces si no podemos ser amigos ¿qué podríamos ser? ¿Amantes? —No obtuvo respuesta y deseó que le diera una.

Evelyn no se merecía aquella proposición, pero estaba tan desesperado por tenerla que pensó que quizá ella, si no quería casarse, accedería. Pero por su expresión vio que se había equivocado.

«Evelyn». Cuántas veces había pronunciado aquel nombre en los instantes antes de que lo venciera el sueño; el trabajo duro le permitía no pensar lo que podría haber sido y no fue entre ellos, la imaginaba en su lecho y que le hacía mil locuras, pero luego la realidad se imponía: ella lo había rechazado y lo que vivieron en aquel refugio había sido producto de la situación.

En aquel momento en el que danzaban unidos en un abrazo, soñó que podría ser posible, pero volvió a la realidad. Ella lo miraba con una expresión tensa, que no sabía interpretar; tal vez estaba incómoda por sus palabras. La conversación no iba como él quería.

—Bueno… usted encontrará un marido adecuado y yo seré un libertino —bromeó.

Ella volvió a clavarle los ojos en el rostro, por un segundo perdió el sentido, sus carnosos labios lo llamaban como hacían las sirenas con los marineros. Se acercó a ellos un poco más, seducido, hipnotizado. Luego recobró el sentido o quizá dio un traspiés en el paso. Se percató de que casi la besaba en mitad de aquel salón lleno de gente. Pero se recompuso, aunque necesitó cambiar de tema; se iba a delatar y notaba que la voz se le enronquecía.

—No me haga caso, sé que puedo ser insoportable a veces; llevo muchos días con mi única compañía y la de Miles y me temo que él ya no me aguanta.

Evelyn se limitó a asentir. El resto de la pieza lo bailaron en silencio y se mordió el carrillo para impedir decirle que era un necio que no encontraba las palabras para decirle que la quería y que le diera una oportunidad. Jamás había suplicado a una mujer y ¡por Dios! estaba a punto de hacerlo. Pero entonces la música cesó y ella alegó que había visto a una conocida y se alejó de su lado de un modo bastante brusco.

Helena llegó junto a él y con un pequeño golpe en el brazo lo censuró.

—¿Qué le has dicho?

—Na-nada.

—Espero que no la hayas ofendido, está muy sensible.

—¿Por el secuestro?

—No, no creo, nunca habla de ello, pero creo que entregó su corazón a un hombre que no le correspondió. Espero que no le hayas preguntado por maridos y pretendientes, no quiere saber nada de ellos.

—No lo sabía. ¿Te habló de ese hombre?

—Me dijo que lo único que guardaba de él era un reloj. ¿Crees que es quien la secuestró? —preguntó su hermana con alarma. Él negó enérgicamente—. No, es verdad, es una tontería, era un forastero que llegó a su pueblo.

Jared sintió que su corazón se paralizaba. «¿Un reloj? ¿Un forastero?». Con burla, pensó que también tenía su silla de montar y hasta su propio corazón. Sonrío sin darse cuenta, arrogante, y se ganó otro manotazo de su hermana en el brazo.

—No sé para qué te cuento esto, eres un insensible.

Helena lo dejó solo en mitad de la sala. Por suerte, Henry se colocó a su lado.

—¿Cómo te ha ido con tu dama?

—¿Mi dama?

—Sí, os he visto bailar. Saltan chispas.

—Creo que me odia, algo he hecho mal.

—Deberías arriesgarte un poco más, abrirle tu corazón… Por cierto, déjame que te cuente una cosa, porque necesito decírselo a alguien.

—Tú dirás…

Jared seguía mirando el lugar por el que Evelyn se había ido, como si así la pudiera hacer regresar. Pero se obligó a observar a su primo, quien parecía haber perdido el color de la cara.

—Seré padre en verano.

—¡Eso es fantástico! —Jared no pudo evitar darle un abrazo.

—Quería que fueras el primero en saberlo. Y ahora te daré un consejo como tú hiciste conmigo. —Jared lo miró con asombro—. No la pierdas.

Jared se había refugiado en una de las salas de la planta baja, no muy lejos del salón de baile. Quería irse de la fiesta, pero Henry le aconsejó que se despejara y regresara al baile con mejor talante. Desde que había bailado con Evelyn estaba de mal humor y tenía claro por qué.

Cuando la puerta se abrió, pensó que alguna pareja con ganas de intimidad había descubierto el sitio, pero al ver a la dama que se colaba dio un brinco del sillón en el que se había acomodado.

—Disculpe, pensé que no habría nadie. *Lady* Kingsbury me dijo que podía esperar aquí mientras ella avisaba a mi padre. —Era Evelyn, que también lo observaba con asombro. Hizo un gesto con el que entendió que buscaba si había alguien más en la sala.

Jared comprendió las intenciones de los marqueses; les concedían un espacio para que pudieran hablar sin espectadores. Aunque también recordó el escándalo que había unido en marido y mujer a su primo con Georgia y esperaba que aquello no fuera una encerrona.

Se le acercó torpe. De pronto no sabía qué decirle y se jugaba

mucho.

—Quería disculparme —señaló—. Antes, mientras bailábamos quizás he parecido…

—No se disculpe, no ha dicho nada que me ofenda, no soy tan débil, la verdad.

—Lo sé. —Dio un paso más hacia ella y le tocó los escarpines con las botas—. Es una mujer fuerte, no se rindió en una situación extrema, hizo frente a sus captores, estuvo alerta y, además, cuidó de mí.

—Fue fácil cuidar de usted.

—Me gustó que cuidara de mí.

Ella se había aventurado a retirarle un mechón de pelo de la frente, uno rebelde que le caía a menudo y, al sentir las yemas de sus dedos rozar su piel, se encendió.

—Evelyn, ¿qué estamos haciendo? —la tuteó.

—No lo sé.

Jared no se contuvo, la agarró por la nuca y la atrajo hasta estrellarse en sus labios para saborearlos como deseaba, como había soñado todas las noches de los últimos tres meses.

—Esto es una locura —gimió ella.

—Eso me parece a mí —respondió antes de encerrarla en sus brazos y reclamar su boca de nuevo.

Con un rápido movimiento, Jared la giró y la apoyó en la pared para poder profundizar el beso. Sus manos habían cobrado vida y acariciaban sus brazos, bajaban hasta sus nalgas para pegarla a su cuerpo y que pudiera sentir cómo lo excitaba; luego subió por los costados para apretujar sus pechos. Escuchar cómo suspiraba, cómo sus gemidos eran pequeños jadeos de placer, lo torturaba. Estaba tan entregada como él y cuando ella se aventuró a posar la mano en su pecho y acariciarlo por debajo de su chaqueta, creyó que iba a morir. Aquella mujer había roto todas sus barreras y se declaraba loco de amor por ella.

—Evelyn, Evelyn…

—Vizconde… tenemos que detenernos, alguien puede vernos y…

Otro beso, necesitó beber de nuevo la miel de sus labios, pero ella puso la cordura que él acababa de perder al separarse y poner distancia con él.

—Te deseo, Evelyn, te deseo tanto que me estoy volviendo loco… Dime qué quieres de mí.

Evelyn lo miró con los ojos muy abiertos, no le gustó lo que vio en ellos.

—Necesito pensar.

—Me gustaría que me llamaras por mi nombre… Jared, dilo…

—Jared…

¡Dios! Cómo le gustó escuchar su nombre en aquellos labios que deseaba morder y volver a probar. Quiso agarrarla por la mano y atraerla hacia él, pero ella se le escapó.

—Tengo que marcharme, milord. —La miró con censura y ella rectificó—. He de marcharme, Jared. Te veré mañana.

Y con esa promesa que lo llenó de dudas ella se fue.

«¿Mañana?, ¿cuándo?, ¿dónde?».

Se dejó caer en el sillón, excitado y frustrado. Iba a morir de amor por esa mujer y tenía que decírselo.

# Capítulo 9

Jared acudió a la llamada de su abuelo con la misma urgencia que este había puesto en su nota. Al llegar a su casa se encontró con un viejo conocido, lord Stepyltong, y comprendió que su ocupación en el ministerio del Interior podía aportar alguna luz al extraño personaje que se sentaba en un aparte y que era la nota discordante en aquella sala y aquella casa. Sin embargo, parecía que solo él se extrañaba de la presencia de un hombre que en otra vida podía haber sido muchas cosas, pero que en aquellos momentos era la viva estampa de un mendigo.

—Supongo que conoces al honorable Ferdinand Olsen —anunció el duque, señalando al pordiosero. Le costó creer que aquel fuese el dandi jugador que merodeaba por las salas de juego y retaba a todos los caballeros que podía—, perdió un ojo en la academia militar.

Jared inspeccionó al miserable y lo observó con ojo crítico. Tenía que reconocer que se le parecía mucho, aunque, por supuesto, después de un buen afeitado y alguna loción que suavizara su dura expresión.

—No te equivocas —se jactó Stepyltong, que rio con una carcajada ante su cara de asombro.

—Pues sí, parece que lo conozco, pero me cuesta encontrarlo debajo de tanta mugre. —Jared saludó al hombre; le había costado identificarlo, aquel aspecto sucio y andrajoso que lucía lo había desconcertado y le llamaron la atención tanto las ropas que vestía, como su presencia en Gilberston House—. Me intriga qué hace aquí y sobre todo con esta pinta.

—Yo también me alegro de verte, Trevelyan —murmuró el

aludido.

—Ha estado investigando para mí —señaló el duque—. Su trabajo no existe, ya me entiendes.

—¿Este es el hombre que nos iba a ayudar?

Jared comprendió entonces que desde que Olsen había sido licenciado de la academia por el accidente en su ojo, se había dedicado a otros menesteres menos públicos y se había creado una tapadera de jugador empedernido y hombre viciado que le permitía estar tanto en los mejores salones como en lugares de dudosa reputación. La presencia de Stepyltong le decía que era de los suyos, trabajaba para la Corona, pero en la sombra, o al menos en una sombra más oscura de la que habían conocido Henry y él. Por la pinta que tenía, si hasta su primera impresión había sido la de ver a un miserable sin casa, ni plato que llevarse al estómago, debía ser una misión muy particular.

La llegada de Henry lo sorprendió también, sobre todo porque venía acompañado de antiguos compañeros; agentes que trabajaban para la policía, en servicios secretos. Tras los saludos, uno de ellos se parapetó en un rincón del despacho y los otros esperaron en otra sala. Olsen saludó al nuevo con un gesto casi imperceptible y tomó la palabra; los puso al corriente de sus averiguaciones.

—He descubierto quién es Wildman. Ese hombre ha sido muy astuto, escondiéndose de nosotros a plena luz, pero también bastante tonto al pensar que los hombres que había contratado para secuestrar a la señorita Crawford no se irían de la lengua. La espiaban desde hacía tiempo.

A esa conclusión ya había llegado Jared, cuando supo que Sally llevaba en la casa escasos dos meses.

—Supongo que el ataque de gota del coronel estropeó los planes de esa gente —conjeturó—, pero cuando empeoró aprovecharon el momento.

Olsen explicó algunas cosas que no sabían. El coronel no había sido el primero al que extorsionaron por orden de Wildman, quien se estaba enriqueciendo e incluso había conseguido que otros se unieran a su causa. En aquel momento se estaban haciendo otras detenciones en comandancia, pero por lo delicado del nombre del traidor habían preferido montar aquella pantomima y sacar el foco de un lugar oficial. Al nombrar quién era, los allí presentes se

quedaron en silencio. Iba a ser muy tensa la detención.

—¿Cómo ha sabido quién era el instigador de todo? —preguntó Jared.

—Llevo unos meses preso, casualmente, con un tal Russell.

—¿El novio de Sally?

—Sí, debía de quererla mucho porque lloró como un niño cuando le anunciaron su muerte. Hace dos días lo mató un preso por la espalda.

—Era algo que sospechábamos que podía ocurrir, por eso ideamos el plan y le tendimos una trampa —explicó Stepyltong—, esperábamos que se le soltara la lengua en algún momento; como no nos fiábamos de ningún preso, infiltramos a uno.

Olsen les explicó que el hombre se había desmoronado ante la noticia del fallecimiento de su prometida y que pasó por varios estados de furia, y lo aislaron. Él tuvo que esperar a que regresara a la celda que compartían para sonsacarle todo lo que pudiera del plan que habían llevado a cabo.

Jared sintió que el estómago se le giraba al escuchar lo que habían maquinado para Evelyn; si no llegan a encontrarla la hubieran matado. No solo porque había visto sus caras, sino como venganza ejemplar para el coronel. Al sentirse descubiertos, y perder algunos hombres en la refriega, decidieron escapar y abandonarla a su suerte. Habían dado por muerto a Jared y se confiaron en su huida. Por lo visto, el traidor estaba dispuesto a todo con tal de doblegar al coronel y, si no conseguía lo que pretendía, se lo cobraría con lo que más quería el militar. Nunca había sido una opción devolverle a su hija con vida, pero Sally le imploró que no la matara; el destino haría que viviera o no. Le sorprendió saber que la doncella era la sobrina del hombre que había orquestado todo; aquel dato le hubiera ahorrado muchas pesquisas; contar con Stepyltong, también.

Cuando Olsen se calló, todos quedaron en silencio. Era un plan malvado y Jared pensó que había algo personal en ello.

Un sirviente anunció la llegada de otras personas. Vio entrar al coronel y a su mano derecha, *sir* John Freedman.

—Bueno, ya estamos todos —anunció el duque muy serio. Jared sabía que no se andaba por las ramas y que haría un ataque frontal y directo. Como había hecho siempre en el Parlamento cuando

defendía los intereses de Gran Bretaña frente a todo el que quisiera perjudicarla.

—Coronel Crawford, ya tenemos a quien lo amenazó y secuestró a su hija.

—¿Este hombre? —El coronel señaló al tuerto.

—Me gustaría que me ayudara, Freedman. Usted sabe de leyes. ¿Tiene algo que decir? —preguntó de nuevo el duque.

—No, solo que este hombre debe pagar su crimen.

—No dudo de que los criminales han de cumplir su castigo. ¿Cuál es la pena por alta traición?

—La pena capital, Su Excelencia.

—El hombre al que acusamos dio información al enemigo, hace años, de la posición del barco que llevaba a Napoleón a Santa Elena y preparó un motín. —Henry y Jared se miraron, dándole sentido a lo que ocurrió en aquel barco donde Henry casi perdió la vida—. Bonaparte podría haber escapado y yo casi pierdo a dos nietos. Pero no contento, cuando las aguas se calmaron, ese hombre siguió vendiendo secretos militares.

Jared se movió, se puso junto al coronel y Henry a su lado, tapando así la posible huida del hombre que se iba poniendo blanco por momentos y miraba la puerta con verdadera devoción.

—*Sir* John Freedman, le acusó de alta traición —espetó con dureza el duque—. No solo desveló aquellos secretos, sino que a saber cuántos más ha desvelado con su pequeña camarilla que, por cierto, ya están todos detenidos. Además, no conforme con su vileza con la patria, ha amenazado a su más fiel amigo poniendo en riesgo la vida de su hija para obtener otros secretos que vender al mejor postor.

—¡Injurias! ¿Quién lo dice? Ese hombre miente. Ni siquiera lo conozco.

El tuerto se levantó y mostró una carta manuscrita.

—Juro por mi patria que Russell escribió esto y me pidió que, si salía algún día del agujero en el que estaba, vengara la muerte de su novia, porque sabía que él no saldría con vida. —Olsen los miró a todos y, con una interpretación que hasta Jared hubiera jurado como un acto verdadero, suplicó—. Me han prometido una celda con ventana, no se atrevan a engañarme, prefiero galeras si me acusan de robo.

—Tendrás tu ventana, nadie te meterá en un barco hacia ultramar —dijo Stepyltong y el hombre de las sombras le quitó el papel y se lo entregó.

Este leyó la nota, una misiva que no ocupaba ni la mitad de la hoja, pero en la que el tal Russell no se dejaba nada en el tintero y Freedman quedaba sentenciado al desvelarse su parentesco con Sally y que era él quien le enviaba las instrucciones bajo el nombre de soltera de su madre.

—¿John? —El coronel miró a quien hasta entonces había creído su amigo con tanta furia en los ojos que Jared tuvo que intervenir para que no lo matara allí mismo.

—Coronel, este hombre no merece que se ensucie las manos. —Luego miró al desgraciado y añadió—. Yo lo haría gustoso, pero merece un castigo severo y ejemplar.

Freedman se dirigió al coronel, suplicante.

—Yo no soy responsable de nada de esto. Tienes que creerme, son fábulas de un preso que quiere clemencia, injurias sobre mi persona.

—Tenemos pruebas que demuestran que fue a la cárcel a visitar a Russell —dijo el policía del rincón.

—Quería interrogarlo en persona.

—Otro preso ha declarado que le pagó para acabar con Russell.

—¡A la horca! —gritó el coronel con odio—. Serás colgado hasta la muerte y luego tu cadáver será decapitado. Ese será tu castigo por cometer traición. Me has visto sufrir por mi hija, has visto el miedo en mis ojos, y no tuviste ninguna piedad. No te tembló la mano para dar la orden de matar a Evelyn si no te daba lo que querías. ¡Quiero saber por qué!

—¡¿Quieres?! Negaste mi ascenso, eso me forzó a permanecer a tus órdenes, en el regimiento de Dragones, yo creí que podrías hacerle sombra al mismo Wellington y me llevarías contigo, pero aceptaste el lugar que otros diseñaron para ti y me obligaste a renunciar a la gloria.

—¡Yo no te obligué a nada! Y Evelyn, ¿qué culpa tenía ella?

—¡Tuve que improvisar! No iba a pasarle nada, la vigilaban en casa, pero enviaste a esos hombres a protegerla. Y él —señaló a Jared con rabia—, ya me hizo perder mucho dinero una vez, no sabes los problemas que tuve con los aliados de Bonaparte. No

podía consentir fracasar de nuevo. Esta vez tenías que perder algo.

El coronel golpeó con saña a su subalterno, este se levantó con furia y sacó una pistola, pero el hombre del rincón le arrojó una daga escocesa que se le clavó en la mano y Freedman dejó caer el arma.

Jared agarró del hombro al coronel, y este le devolvió una mirada de agradecimiento. En ese momento entraron los otros agentes que estaban a la espera. Freedman se resistió a que lo apresaran, pero estos se llevaron al traidor sin contemplaciones. El tuerto también salió con ellos, quien, metido en su papel, reclamaba su recompensa a gritos. Al pasar junto a Jared soltó mordaz, con un susurro.

—A la próxima tú pagarás las copas y me dejarás ganarte algunas libras a las cartas.

Evelyn se arreglaba, inquieta, frente a su tocador. Helena la había invitado a tomar el té en su casa. Hacía dos días de la fiesta de los marqueses de Kingsbury y desde entonces no había vuelto a ver al vizconde. Decidió que era el momento para entregarle el preciado reloj que era de su padre. No tenía derecho a conservarlo.

Salió de casa con la compañía de una doncella y también, de forma muy discreta, un agente a sueldo de su padre. Sus tiempos de rebeldía habían acabado, pensó, porque en otro instante habría conseguido despistar al hombre, pero había aprendido la lección sobre las consecuencias y los riesgos de algunas conductas. Se sentía segura con aquel policía que guardaba las distancias y nunca la perdía de vista, a pesar de saber que aquella mañana habían descubierto al responsable de su secuestro y estaba en prisión, pero no había querido pelear con su padre. Él se sentía seguro conservando su escolta un poco más.

No sabía si lord Sandford estaría en casa de su madre, pero si no era así pediría que se lo entregaran; había preparado una pequeña nota y metió el reloj junto a ella en el sobre, aunque prefería poder despedirse del vizconde. Cuando regresara de la finca del duque, ella ya habría partido hacia Chester. El peligro había desaparecido y su padre había accedido a que regresara con su abuela, hasta la primavera. Ella dudaba de si era el mejor momento para irse, tenía la impresión de que el coronel aún no había digerido que su amigo,

su mano derecha, era el traidor que buscaba. Quizá, por decirle algo que le agradara, le había prometido que cuando llegara la nueva temporada estaría dispuesta a buscar un marido. Aunque, en su fuero interno, sabía que lo que sentía por Jared no se le pasaría así como así.

Para ella, Jared era su Romeo; se había colado en su vida, como el Montesco se coló en la casa de Julieta, quien al verlo por primera vez quedó prendada y le entregó su amor. Evelyn sentía que le había ocurrido algo parecido. Cupido había lanzado su flecha y le había dado en mitad del corazón al ver a Jared por primera vez, montado en su caballo y con su sonrisa irresistible. Recordaba que había sentido el estremecimiento que produce el amor a primera vista; aunque lo comprendió después. Mientras estaba cautiva había rezado porque la encontrara y la rescatara; al hacerlo se ganó su corazón por siempre. Después, tras el episodio en el refugio, supo que ya nada sería igual.

Él la había tentado la noche de la fiesta, y ella casi se dejó tentar. Si no hubiera cortado aquellos besos abrasadores, lo mismo hubiera perdido la virtud en aquella sala. En un pensamiento loco había llegado a arrepentirse de no hacerlo, cuando horas más tarde se metió en la cama y aún notaba sus labios palpitar. Pero era un Trevelyan, y había escuchado muchas veces a Helena decir que a su hermano le gustaba mariposear, pero no era como Henry, él nunca entregaría su corazón, ni se enamoraría; y ella era una romántica, buscaba el amor. Había deseado el suyo, pero jamás haría nada para forzarlo.

Le gustaba pensar que se atrevía a confesarle lo importante que era para ella, lo que significaba. No quería marcharse sin hablarle de lo que sentía; no porque esperaba que él pudiese decirle lo mismo, sino porque no quería levantarse una mañana y pensar en lo que podía haber sido y no fue porque no le abrió su corazón al hombre que amaba. Pero dudaba de sí misma, no era tan osada.

Al llegar a la mansión y anunciarse, se sorprendió del rumbo que cogía el mayordomo. El policía se había quedado fuera y la doncella se dirigió hacia la zona de la cocina para esperar allí con los otros sirvientes de la casa. Evelyn comprendió que no iba al lugar habitual. Solían tomar el té en la sala preferida de Henrietta, a menudo venía la prima Sarah con su madre y la otra tía Trevelyan y

pasaban un rato muy entretenido, pero esta vez, cuando el sirviente abrió las puertas y avisó de su llegada, se dio cuenta de que estaban en la biblioteca.

Entró indecisa, no era que Helena no pudiera estar allí, pero tenía la sensación de invadir la intimidad de alguien. Se quedó paralizada al dar unos cuantos pasos, cuando se percató de que quien estaba en la sala era Jared en mangas de camisa. Este se levantó del sillón que ocupaba con sorpresa.

—Pero… —murmuró, nerviosa, al ver que el mayordomo cerraba tras de sí—. Esto…

—Disculpa mi aspecto, no esperaba visita.

Estaba impresionante con un chaleco de color burdeos que se le ceñía al cuerpo y una camisa blanca, impoluta, igual que el pañuelo que rodeaba su cuello. Los pantalones y las botas eran negros.

—No pretendía molestarte, Helena me invitó a tomar el té.

—No te preocupes, aparecerá de un momento a otro. Tanto ella como mi madre están en casa —dijo él y abandonó el libro que tenía entre manos sobre una mesilla auxiliar—. Supongo que estarás tranquila, ya han apresado al traidor.

—Sí, aunque mi padre aún ha hecho que hoy me escolte un agente.

Jared le preguntó por su padre y ella alabó el amparo del duque a su causa y la discreción de cómo habían llevado el asunto. Le dio las gracias por su ayuda personal, sobre todo porque necesitaba decirle cuánto agradecía que hubiera velado por ella.

Se sintió inquieta al notar la mirada de Jared sobre ella. Le había entregado la capa al mayordomo, que la guardó antes de llevarla a la biblioteca, pero sentía el mismo calor que si la llevara puesta. Se le acababan los temas que abordar y con los que evitaba hablar de ellos dos, de lo que había ocurrido en la fiesta. Decidió que no había gloria sin riesgo y que era mejor afrontar las cosas de frente que pedir que le entregaran una nota de despedida.

Rebuscó en su bolso y sacó lo que tenía guardado para él.

—Quería devolverte esto —le entregó el sobre.

Jared lo cogió con duda y observó el contenido, vertió el reloj sobre la palma de su mano y sacó la nota. La leyó en silencio.

—¿Qué significa esto?

Evelyn se apresuró a aclararle las cosas.

—Cuando regreses de Cornualles ya no estaré en Londres, quería devolverte esta pieza tan preciada por ti. —Tutearlo le hacía sentir que había algo entre ellos y estuvo tentada de poner distancia al menos con el modo de tratarlo, pero le gustaba sentir la cercanía que ese modo de hablarle le ofrecía—. Me salvó la vida. Al entregármelo me diste esperanza, pero era de tu padre y no tengo ningún derecho a quedármelo.

—Lo tienes todo, yo te lo di… Pero esta nota dice que te vas —murmuró, apenado.

—Vuelvo a casa, a Chester. Ya te he dicho que no estaré en Londres cuando regreses, quizás vuelva en primavera… para la temporada.

Allí, frente a él, no era tan fácil decir las cosas. Él la miraba con una expresión de dolor que le tocó el alma. ¿Le importaba que se fuera?

«Dile que lo amas».

—Quiero que sepas que eres muy importante para mí, pero… pero esto es una locura. No sé qué quieres de mí, pero yo… yo… yo quiero más.

Jared sintió que el corazón le estallaba y se llenaba de luz.

Pero era un tonto si dejaba que ella fuera la fuerte de los dos, que ella arriesgara más que él sin demostrarle que él estaba dispuesto a todo. Que la amaba por encima de cualquier cosa y que no estaba dispuesto a perderla. No podía callar por más tiempo lo que su alma le exigía que gritara a los cuatro vientos.

Absorto en las palabras que ella acababa de pronunciar repitió como si no la entendiera y necesitara que le aclarara por qué.

—Pero dices que te vas… y no puedes irte porque te necesito en mi vida. He tratado de refrenar mi deseo por ti, me atormenta pensar que huyes de mí, que si me acerco más te convertirás en laurel como hizo Daphne ante la persecución de Apolo. Te amo, Evelyn, y no sé desde cuándo, ni cómo, ni por qué, pero te amo. Solo sé que te quiero en mi vida, que me das la paz que necesito. —Sin darse cuenta se había acercado mucho a ella, quien lo miraba como si no hubiese nada más en la sala, ni en el mundo, y aquello le dio la fuerza que necesitaba. Vulnerable, ciñó con una mano su cintura para pegarla a él—. No buscaba enamorarme, pero ya no sé

vivir sin ti… Sé que buscas el amor, pero Evelyn, crees… ¿crees que con el tiempo podrías amarme?

—¡Pero si ya te amo! Qué tonta, yo creí que eras tú quien no me amaba.

—Te amo ardientemente, muero de amor por ti. Si no me aceptas, si de nuevo me rechazas, me volveré loco. Sueño que estás conmigo, que llenas mis días y mis noches. Que te tengo conmigo en mi cama y cuando despierto no estás ahí. Mi mente me engaña y mi cuerpo te reclama. Me embrujaste, Evelyn Crawford.

—¡Oh, Dios mío! Yo también te amo, te amo tanto que no podía ser egoísta y atraparte en un matrimonio si tú no sentías lo mismo. Creí… creí que pediste mi mano por agradar a papá, porque era lo correcto. No podría soportar un matrimonio si no me amabas, pero te amo de corazón, lord Sandford, te amo a ti Jared Trevelyan, no a tu título.

No la dejó hablar más, la sujetó por la nuca y la acercó hasta sus labios, los saboreó con deleite, resiguió con su lengua el contorno de la carnosa fresa que se abría para dejarlo entrar y enredarse con la suya. Era el paraíso. Se estremeció al notar las manos femeninas apoyadas en su pecho. Estaba seguro de que podía sentir el latir de su corazón; un latido que se agitaba cuando la tenía cerca.

—Jared… —suspiró ella, abandona al beso.

Deseó estar solos en una isla desierta, sin nadie a su alrededor, y poder amarla en aquel momento. La deseaba tanto que tuvo que aplacar su ansia para no tumbarla en el sofá que había detrás de ellos y poseerla allí mismo.

La acomodó entre sus brazos y volvió a besarla. Sabía que ella podía comprobar lo que le provocaba porque se había pegado tanto a él que era imposible que no notara su excitación. Luego la tentó con pequeños besos en el cuello y otros que repartió por su escote, pero se separó como si una urgencia lo obligara.

—No puedes irte —afirmó—. No te dejaré marchar. No quiero despertarme y descubrir que te he perdido porque no luché por ti.

Ella lo abrazó.

—Oh, Dios mío. Nunca pensé que pudieras leer en mi mente de una forma tan clara. Yo pienso lo mismo, por eso quería decirte que te amo. No sabía si me atrevería a hablarte de mis sentimientos, pero quería irme a Chester antes de que regresaras porque no

soporto estar en la misma ciudad y saber que te entregarás a otras mujeres.

—Evelyn, soy tuyo, yo tampoco soy capaz de imaginar que besarás a otro, que darás a otro lo que yo deseo. —Le hablaba sin poder separar su mirada de la de ella, estaba hechizado—. Quieres más y yo también. Sé que me quieres, sé que te quiero y ese es un buen comienzo. No necesito más.

Jared supo que uno de los momentos más importantes de su vida estaba a punto de suceder; jamás lo había imaginado, pero nunca lo olvidaría. Se arrodilló frente a la mujer que amaba y tomó sus manos.

—Evelyn Crawford, ¿quieres casarte conmigo? ¿Ser mi amiga, mi amante y mi esposa?

—Sí, sí quiero; quiero ser tu mundo, como tú eres el mío.

Jared se iba a levantar y abrazarla antes de volver a devorar sus labios, pero un ruido en el exterior, casi de jolgorio, lo despistó y con los ojos muy abiertos y aún arrodillado y con las manos de Evelyn entre las suyas, fue testigo de cómo las puertas dobles de la biblioteca se abrían con ímpetu y, para más asombro, todavía, entraban Helena y su madre dando saltos de alegría.

—Te lo dije, madre, solo teníamos que dejarlos a solas.

# Capítulo 10

Jared jamás pensó que su madre y su hermana pudieran urdir un plan tan eficaz para hacer que Evelyn y él pudieran hablar y decirse lo que sentían el uno por el otro. Pero que él acabara arrodillado frente a ella se debía a la angustia de perderla, al saber que se iba a marchar y de haberle abierto su corazón.

Tres días después, en Reddox Hall, esperaba inquieto su llegada. El abuelo, al saber que se habían prometido, había invitado al coronel, la señora Kobansky y a Evelyn a su residencia de Cornualles, para pasar en familia aquellos días. Todos parecían muy contentos con el enlace; aunque Jared tuvo que aguantar algunas bromas de sus primos que zanjó rápido cuando Henry y él se aliaron para lanzar una apuesta sobre quién sería el próximo de los Trevelyan en ser conquistado.

Cuando el ama de llaves anunció que se acercaba el carruaje de los Crawford todos quisieron salir a recibirlos y Jared se sintió muy orgulloso de su familia. Habían querido a Evelyn mucho antes de saber que él la atesoraba en su corazón. Su madre se colgó de su brazo camino del vestíbulo y en un murmullo le dijo en confidencia.

—Me gusta esa joven, Jared, pero recuerda que estás en Reddox Hall y estas paredes son sagradas. —Él le dirigió una mirada cargada de asombro, ¿le advertía que guardara sus deseos y no se acercara a su prometida? Sí, eso parecía.

—Madre, parece mentira que no me conozca. Soy un caballero.

—Te conozco, querido, más de lo que piensas —dijo ella, afectuosa.

El duque se puso a su lado y se inmiscuyó en la conversación. Zanjándola.

—Yo sé que lo eres, Jared y, que me ahorquen si no sé cómo se siente uno en tu lugar, te entiendo tanto… así que he tomado mis precauciones. —El abuelo se dio un pequeño golpe en el pecho, sobre el corazón; aunque dudó de si lo que en realidad golpeaba no era el bolsillo interno de la chaqueta que vestía—. Os casaréis en una semana, así evitamos mejor las tentaciones.

Cuando Evelyn salió del carruaje, envuelta en su capa azul, sintió unas ganas tremendas de abrazarla y besarla y llevársela de allí para tenerla solo para él, pero se contuvo; aunque tomó su mano y se la llevó a los labios con una mirada ardiente que no disimuló. Le esperaban noches muy duras.

—Querida, por fin estás aquí —susurró.

Tras los saludos iniciales, el duque ofreció su brazo a la abuela de Evelyn y todos fueron entrando en la casa, detrás de ellos.

—Esta noche será la cena oficial de nuestro compromiso —murmuró Jared a Evelyn que asintió, aunque ella parecía más interesada y absorta en la decoración del vestíbulo por el que cruzaban y miraba desde el techo hasta el suelo con verdadera admiración—. ¿Impresionada? El abuelo es un entusiasta del arte, viajó por Egipto y Asia y de allí son muchas de estas estatuas. Tiene toda una galería para ellas. Con gusto te enseñaré el resto de la casa; seré tu cicerone para todo lo que necesites —añadió solo para ella con un tono seductor que no pasó desapercibido para Evelyn, que se ruborizó—. Ah, te informo, para que no te asustes, que pretende que nos casemos en una semana.

—¡Una semana!

—Sí, amor, para evitar las tentaciones, ha dicho; pero no te apures, yo ya estoy tentado.

Ella rio y se mordió el labio, y aquel gesto tan sencillo consiguió encenderlo.

La cena había sido todo lo que Evelyn había soñado para un momento como el de la celebración de su compromiso. Los Trevelyan estaban al completo y los acompañaban pocos invitados, amigos íntimos del duque que pasaban con ellos las fiestas. Le gustó mucho que el ambiente fuera más relajado y no siguiera la rigidez de Londres. Pero sobre todas las cosas, le gustó lo atento que había estado Jared con ella.

Tras la cena, el duque había preparado una pequeña velada musical. Un cuarteto de cuerda compuesto por dos violines, una viola y un violonchelo; con repertorio de Hayden, Mozart y Beethoven para amenizar la fiesta.

Había sido mientras interpretaban a Hayden cuando Jared, de pie detrás de ella, la tomó de la mano e hizo que se levantara. Siempre iba a recordar las palabras dulces y llenas de amor que le había dedicado delante de toda su familia.

—No pretendo rivalizar con esta bella melodía, solo inmortalizar este momento. Tú serás siempre mi joya más preciada, pero quiero que con este anillo sellemos nuestro compromiso.

Tomó su mano y colocó en su dedo un anillo de oro con un diamante cuadrado, engarzado, rodeado de brillantes. Evelyn no había visto nunca una pieza tan fina.

Luego besó sus labios con tanta delicadeza que casi perdió la cabeza al sentir la suave caricia. Pero el muy truhan, en aquel momento diminuto, le dio tiempo para advertirle que con menos público le daría otra cosa que deseaba compartir con ella e hizo que se ruborizara. Sin embargo, con una naturalidad que le sorprendió, mientras ella seguía aturullada, la sacó a bailar delante de todos.

—Puede que no siempre lo haga bien —susurró para ella sola cuando danzaban la suave melodía de los violines—. Pero te protegeré como mi mayor misión en la vida.

—Todo empezó, milord… —dijo coqueta—, siendo una misión.

—La más dulce…

En aquel instante los primos se revolucionaron. Christopher sacó a bailar a Helena y Sebastian a Elisabeth, mientras su marido la miraba sonriente; Alexander sacó a Georgia y Henry bailó con su prima Sarah. Derek invitó a bailar a Josephine, una de las nietas de uno de los amigos de su abuelo; George invitó a Eleanor, otra de las jóvenes, hija de otra de las amistades que los acompañaban. Todos rodearon a la pareja y Evelyn, emocionada, no pudo evitar que una lágrima rodara por su mejilla.

—Es una lágrima de alegría —murmuró a Jared, cuando este la sorbió con un beso—. Soy tan feliz.

Cuando la velada acabó, Evelyn estaba exhausta. Le hubiera gustado despedirse de Jared de una manera más íntima, pero tuvo que hacerlo delante de sus primos; apenas habían podido estar

solos. No le había pasado inadvertido que los vigilaban en todos sus movimientos y siempre la acompañaba alguien: la abuela, su padre, una u otra de las tías de Jared o Henrietta. No la habían dejado sola ni un segundo. Suponía que así serían los días venideros. Iba a ser muy difícil encontrarse a solas y compartir el fuego de sus besos sin que los descubrieran. Se consoló con la idea de que la boda estaba a la vuelta de la esquina.

Estaba deseando retirarse a su habitación y meterse en la cama, pero una vez estaba en camisón, Helena vino a avisarla de que había reunión de chicas en la alcoba de Sarah. Hubiera preferido meterse en la cama, pero la acompañó.

—En esta ala estamos todas las chicas, siempre ha sido así, los chicos están por ese pasillo. —Helena señaló un corredor adyacente —. De niños siempre hacíamos carreras. La habitación de Jared es la tercera.

Al entrar en la alcoba de Sarah la esperaba una pequeña fiesta. Alguna había «robado» una botella de champán y pronto la estancia se llenó de risas; cada una contó un secreto mientras bebían y ella confesó que, cuando vio por primera vez a Jared, sintió que algo poderoso la atraía hacia él.

—Dicen que lo de *los irresistibles Trevelyan* no es por casualidad —alegó Sarah vertiendo champán en las copas y todas estallaron en risas.

—Es que todos son guapísimos… —contestó Josephine, tras un suspiro.

—Y cuando entran en un salón no pasan inadvertidos —añadió Eleanor.

—Creo que fue amor a primera vista… —confesó Evelyn bebiendo de su copa.

—Pues yo confieso que la primera vez que vi a Henry le hubiera dado una buena bofetada, por lo impertinente que fue, pero las veces siguientes fue… encantador, ya me entendéis —dijo Georgia, a quien Sarah había ofrecido un vaso de leche, sin parar de reír.

—Pero… —continuó Evelyn y captó la atención de todas—. Lo había escuchado hablar de un modo bastante arrogante, así que cuando me preguntó por la dirección que buscaba, que no era otra que la casa de mi abuela, lo envié a una casa de juego y vida alegre que hay a las afueras del pueblo.

Aquello hizo que todas volvieran a reír a carcajadas.

Una hora después Georgia decidió marcharse.

—Evelyn, si quieres te acompaño. —Agradeció en silencio la salida que le daba la marquesa—. Debes de estar agotada y he oído que mañana salís temprano a cabalgar.

—Sí, creo que ya es hora de acabar el día —se despidió—. Hasta mañana.

Hizo una reverencia muy teatral a todas y las primas y las otras jóvenes aplaudieron entre risas.

Al entrar en su habitación vio una vela encendida junto a la cama. Se censuró haber tenido aquel olvido, dejó el pequeño candelabro que portaba sobre la cómoda, se retiró la bata y la depositó sobre una silla. Tenía el pelo recogido en una cola, con una fina cinta, y lo soltó. Le gustaba dormir sin que nada se lo apresara y tirara de él. La chimenea estaba encendida y agradeció el calorcito que hacía. Cuando iba a apagar las velas que había dejado sobre la cómoda, presintió que no estaba sola. De puntillas se acercó a la cama y dio un brinco cuando vio que había alguien en ella.

—Si llegas a tardar un poco más me encuentras dormido.

—¡Jared!

Se levantó despacio y se colocó frente a ella. Vestía pantalón, la camisa la tenía por fuera y medio abierta y se había quitado las botas.

—Te aseguro que no aguantaba más sin besarte, creo que se han confabulado para que no estemos a solas.

—Yo también lo pienso, la vigilancia va a ser muy estrecha.

—Pero no saben que siempre tuve éxito en burlar al enemigo. —Jared retiró un mechón de su cabello y lo echó hacia atrás. El roce de los dedos sobre su cuello le generó un escalofrío—. Estás tan hermosa así, en la penumbra.

Jared la miró a los ojos y con uno de los dedos con los que le rozó el cuello bajó hasta el busto.

—Quiero que sepas que me muero por tenerte, pero si deseas esperar, esperaré a nuestra noche de bodas o a cuando estés preparada para acogerme en tu interior.

Evelyn sintió que la cercanía de Jared le revolucionaba el alma, aquella caricia tan suave y lasciva encendió las brasas que

crepitaban en su estómago, igual que los troncos lo hacían en la hoguera de la chimenea. Se dejó seducir por su mirada, por el ardor que veía en sus ojos. Silenciosa, disfrutó de la caricia que él no había detenido. Pero cuando presintió que iba a alejar su mano, puso la suya encima, invitándolo a seguir. Sin esperar a que él la besara se lanzó a su boca para saborearla. Pegó su cuerpo al del vizconde con tantas ganas que gimió al notar en su bajo vientre la protuberancia, signo de su excitación.

—Hace tres días me pediste matrimonio y hoy has hecho oficial el compromiso delante de nuestras familias. Soy tuya, Jared. Yo también quiero eso que deseas y esta noche es tan buena como la de nuestra boda.

—Te aseguro que no tendrás queja de nuestra noche de bodas.

Evelyn se sentía atrevida y bajó la mano para tocar aquello que la apretaba tanto. Él gimió y sonrió sobre sus labios.

—Eres un poco peligrosa… Dime ¿dónde estabas?

—Había una pequeña fiesta de chicas en la alcoba de tu prima.

—Ya decía yo que me sabían a champán tus besos. ¿Así que estás achispada?

—Puede ser… ¿Te importa?

—Cariño, yo nunca voy a prohibirte que hagas lo que desees, siempre que me tengas en cuenta.

—Me gusta montar a horcajadas —soltó de pronto.

—Lo sabía, pero te agradezco que me lo recuerdes —contestó pícaro.

Jared seguía jugando con sus pechos mientras la miraba a los ojos. Los sostuvo con ambas manos y apretó con los pulgares en el centro, notó erguirse más sus pezones y luego tiró del camisón hacia abajo y dejó que se deslizara por su cuerpo hasta quedar desparramado en el suelo.

Para su sorpresa, Jared llevó una mano a su zona más íntima y la acarició; casi dio un brinco al sentir lo sensible que estaba.

—Evelyn, quiero saborearte entera y no sé por dónde empezar —susurró Jared con voz ronca, a la vez que introducía uno de los dedos en su interior. Casi gritó al sentirlo y necesitó besarlo para ahogar en su boca la sensación que la embargó. Él jugó con ella, lo entraba y sacaba a la vez que rozaba una parte muy sensible que le generaba unas cosquillas demasiado agradables—. ¿Te gusta? ¿Te

gusta que te toque aquí?

—Oh, Dios mío. Sí, sí que me gusta, pero…

—Pero ¿qué? —Se detuvo con cara de preocupación—. ¿Te hago daño?

—No, no… es que… yo también quiero verte… Llevas mucha ropa.

Jared puso remedio a aquel detalle y se desvistió con prisa. Evelyn lo observó, expectante. Mientras más lo miraba más sentía que algo se movía en su interior y necesitaba tener sus manos sobre su cuerpo para que aquella ansia que la recorría se calmara.

Después la tumbó en la cama y se colocó sobre ella. Durante casi una eternidad se besaron y rozaron. Él acarició su cuerpo adorando cada uno de sus rincones y Evelyn se retorcía envuelta en un placer que la desbordaba. Se preguntó si aquello sería así siempre o era solo algo de los inicios, hasta que se tenían los hijos, pero no osó preguntárselo.

—De hoy por siempre seré tuyo, cuando un Trevelyan ama, ama de verdad, a una sola mujer. Puede sonar arrogante, pero es la forma que tengo de decirte que te amo con toda mi alma, Evelyn, y así será siempre.

—Yo también te declaro mi amor, por siempre —confesó, mirándolo a la cara—. Porque creció sin esperarlo, sin buscarlo, y creí morir si te perdía. Lo supe aquella noche en la que Miles te dejó sin sentido conmigo. Creí que, al estar junto a ti, abrazándote, me sentirías y la niebla que te abrumaba se despejaría y podrías regresar conmigo.

—Te sentí; entre aquella niebla, como dices, te sentí. Noté tus manos y cómo posabas tu cabeza sobre mi pecho y mi corazón. Me hiciste tuyo aquella noche, Evelyn, me hechizaste con tus caricias.

Ella lo besó con dulzura y quiso sellar aquel amor de la forma más dulce que existía. Se apretó a él dejándole claro que lo deseaba tanto como él a ella.

—Cuando entre en ti sangrarás y no quiero que nadie descubra qué ha ocurrido esta noche aquí. No quiero que los sirvientes hablen de ti.

Evitar que se manchara la ropa de cama era fácil, solo tenían que poner un paño. Nunca había hablado de esas cosas con nadie, y hacerlo con él le daba vergüenza, pero Jared lo abordaba de una

manera muy natural. Agradeció a Myrtle, en silencio, que le explicara cómo eran las cosas la primera vez, porque sino a esas alturas estaría a ciegas. Así y todo, quiso provocarlo un poco.

—Entonces ¿ya está?

Jared se carcajeó y pasando un dedo por encima de sus cejas, dijo muy pícaro y cargando de deseo cada palabra.

—Puedo entrar en ti de muchas maneras. Podemos hacerlo de pie, apoyados en la pared, o tumbados frente a la chimenea, puedo ponerme a tu espalda…

Imaginar todas aquellas posturas la excitó mucho más de lo que estaba. De eso no sabía nada.

—Ya veo que hay mucha variedad.

—Cariño, toda la imaginación que le pongamos. —Con sorpresa, observó cómo Jared se levantaba. Su miembro estaba enhiesto y no podía dejar de mirarlo. Él tiró de su mano y cuando la tuvo de pie hizo que lo tocara. Suspiró cuando ella rozó aquella piel tan suave y aterciopelada.

La llevó frente a la chimenea, sobre la alfombra tiró algunos almohadones y una manta y luego se tumbaron. La distrajo con besos y caricias y, cuando le dijo que estaba preparada para él, la colocó a horcajadas sobre sus caderas. Evelyn se acomodó e hizo lo que él le decía. Observó cómo él se posicionaba en su entrada y la sujetaba de las nalgas. Desbordada por todas las sensaciones que notaba mientras él se introducía, no se dio cuenta cuando la empujó con fuerza hacia él. El dolor que la atravesó hizo que Jared se detuviera, pero intuyó que debía moverse y cabalgó sobre él en un continuo zarandeo. Al momento él tomó el control, la giró y se colocó sobre ella. En aquel momento a Evelyn no le importaba nada si alguien descubría lo que había pasado allí aquella noche. Era el preludio de una vida llena de amor y placer y ella estaba dispuesta a vivirla plenamente.

Cuando despertó en su cama, estaba sola. Al alba, antes de que él regresara a su propia habitación, lo habían vuelto a hacer, mirándose a los ojos y muy despacio. No estaban casados, pero ya era su mujer.

# Epílogo

Jared estaba en las cuadras con sus primos cuando vio aparecer a Evelyn con Helena y Sarah. La contempló embobado, como si no la hubiera visto nunca. Lucía un vestido de montar azul oscuro y su expresión, relajada y dulce, le trajo a la mente otra muy distinta: desnuda en sus brazos, con una mirada ardiente y seductora que lo había reclamado por la noche. «¿Vendrás mañana?», le había preguntado mientras trataban de ser dueños de sus respiraciones tras haber hecho el amor por segunda vez. «Nada podrá impedirlo», le contestó. Se sorprendió cuán rápido se había convertido en esclavo de sus besos, pero no se arrepentía, jamás había sido tan feliz.

—Te veo un poco distraído, primo —señaló Henry en tono jocoso—. Haces cara de haber dormido poco.

—¿Tú crees?

—Sí, o quizá es tu cara de enamorado. Sin embargo, ella está resplandeciente… Qué tendrán las mujeres Trevelyan, ¿verdad?

—Ella todavía no se ha convertido en Trevelyan.

—¿Tú crees? —repitió Henry con sarcasmo.

—¿De quién habláis tan de secretillo? —preguntó Sebastian, que se acercaba con su caballo hasta ellos.

—Nuestro Jared, que está enamorado.

—Mira quién fue a hablar. Mis ídolos caídos.

—¿Qué pasa? —indagó Christopher que llegaba junto a su gemelo.

—Nada, que nos estamos retrasando —zanjó Jared.

Las chicas aparecieron montadas en sus caballos y, para su sorpresa, Evelyn montaba como los hombres. Tuvo que alejar de su

mente otra imagen de ella a horcajadas, cabalgando sobre él. Dios, aquello iba a ser una tortura. Al llegar hasta ellos le dedicó una sonrisa y él se la devolvió cargada de picardía; que se sonrojara le hizo pensar que habían imaginado lo mismo. La primera vez que entró en ella.

Iniciaron el paseo y al momento algunos comenzaron al trote hasta que salieron a galope. Evelyn era buena montando y, aunque llevaba un caballo que no conocía, se dio cuenta de que no tenía problemas en manejarlo. Tras una hora a la carrera, detuvieron el paso y al momento se puso a su lado.

—No he querido preguntarte delante de todos, pero ¿cómo estás?

—Estupendamente, milord —contestó ella, seductora—. Y tú, ¿pudiste descansar?

—Un poco, estuve haciendo cuentas… Ya solo nos quedan seis días.

Rieron de una forma abierta y luego se miraron cómplices. Sin darse cuenta el grupo los había dejado atrás y Jared le pidió que desmontaran un momento.

Pasearon cogidos de la mano y él la llevó hacia una encina que parecía solitaria en aquella extensión de terreno.

—Cuando era niño cayó un rayo en el árbol, y lo partió en dos, como ves se resistió a morir y una parte de él siguió creciendo mientras la otra quedó inerte para siempre.

Mientras le contaba la historia de la encina de Reddox Hall la había apoyado en ella y la besó con ansia.

—Muero de amor por ti, Evelyn.

Durante unos minutos se perdió en el calor de sus brazos, luego se obligó a separarse.

—No hemos hablado mucho —sonrió de medio lado algo que a ella parecía encantarle—. Pero me gustaría ir a Cadwell Park, a Lancashire, después de casarnos; dejé allí a Miles. A saber qué ha hecho con los caballos que compré. Pero si quieres vivir en Londres, puedo adquirir una propiedad, cerca de tu padre si prefieres. De todas formas, yo había pensado repartir nuestro tiempo entre la finca y Londres.

—Me encanta el campo y no te preocupes por mí, yo seré feliz donde tú lo seas.

—Creo que tienes razón, porque yo opino como tú. Tú eres mi hogar y donde estemos si estamos juntos seremos felices. Y quiero niños —advirtió—, unos pocos, ya sabes que estoy acostumbrado a tener una gran familia.

—Yo también los quiero, pero me gustaría disfrutar primero de los placeres del matrimonio. Creo que me van a gustar mis deberes maritales.

—Descarada.

—Tu descarada, milord.

Volvió a besarla y con la voz más pícara que le salió del alma le susurró al oído todas las cosas que pensaba hacerle aquella noche solo por provocarlo.

Los días pasaron en un suspiro, Evelyn se había entregado a Jared cada noche con deleite y necesidad. Él acudía a su lecho y se amaban hasta el alba; luego el día era un torbellino que los mantenía alejados. «Había tantas cosas que hacer antes de una boda», había dicho su abuela, y Henrietta, y cada una de las tías. Todas estaban encantadas de ir al pueblo, hacer recados, y preparar la fiesta de la boda. Por suerte no tenían una larga lista de invitados. Iba a ser un acto íntimo y familiar y empezarían el año como marido y mujer.

Y el día ya había llegado.

En los momentos en los que habían podido estar a solas la «casualidad» hacía que alguien estuviera cerca que los vigilaba y apenas se permitían rozarse las manos. Jared se quejaba como si fuera un niño chico, pero respetaba aquella costumbre porque sabía que por las noches era suya.

Por las tardes los primos siempre inventaban algún juego, como el escondite o encontrar algo que alguien había ocultado y, en esas distracciones, Jared se las apañaba para robarle algún beso o tentarla con caricias mientras sabían que nadie podía descubrirlos. Le gustaba tentarla y ella adoraba que lo hiciera.

Había despertado una mujer que vivía oculta dentro de ella. Era pasional y apasionada y no se andaba con remilgos cuando estaban en el lecho.

Era tan feliz que casi tenía miedo.

Frente al espejo, vestida de novia, pensó en su madre, en lo que

le gustaría que estuviera a su lado. Pensó en lo efímero de la vida y que había que disfrutar el momento porque cualquier cosa podía truncar los planes.

Llamaron a la puerta y supo que era la hora. Su padre, vestido de gala, acudía a por ella.

—¿Preparada?

Besó su frente y luego con la voz tomada le dijo emocionado.

—No te entregaría al teniente Trevelyan, al vizconde, si no supiera que lo amas y es tu deseo. No hay quien te merezca más. Él te salvó, te protegió como yo no pude hacerlo. Te deseo toda la felicidad del mundo. Y… sé que tu abuela ha hablado contigo, no son temas para que te los cuente un hombre. —Sí, había tenido una conversación con su abuela sobre cómo sería su noche de bodas y su vida de casada, en la que, tras varios rodeos, no le contó nada—. Solo te diré que no tengas miedo, no hay nada más bello que amarse. Sé feliz todos y cada uno de tus días. Demuéstrale siempre que es especial para ti, que no hay nada más importante que él. Eso hacía tu madre conmigo y yo lo aprendí de ella.

No esperaba aquellas palabras y lloró, lloró con pena y sentimiento.

—Sécate esas lágrimas, hija, es un día feliz, es el día de tu boda —dijo con un abrazo.

Cuando entró en la capilla de Reddox Hall, buscó a su caballero, su protector, su amante y su amor. Y él la buscó a ella y solo así, con su mirada entrelazada en la de él, dio los pasos seguros hasta el altar, porque allí la esperaba el hombre de su vida.

Jared estaba en su despacho de Cadwell Park, repasaba las cuentas de los caballos que habían comprado; el coronel Crawford le había hablado de un acuartelamiento cercano que estaría interesado en animales bien entrenados y Miles había ido a llevarles algunos potros. Hacía horas que estaba allí encerrado cuando la puerta se abrió y Evelyn se asomó, mostrando solo su cabeza. De repente su ánimo cambió.

—¿Busca a alguien, *milady*?

—A mi esposo, hace una eternidad que no lo veo. Ya casi no lo recuerdo.

—¿Podría ser yo?

—Podría, se le parece bastante. —Ella terminó de entrar.

Se levantó de su asiento y fue hasta ella. La agarró por la cintura y la elevó para plantarle un beso en los labios. Sin soltarla dio media vuelta y cerró la puerta con llave.

—¿Así que no reconoce a su esposo? Voy a tener que hacer algo para recordárselo.

—A ver, béseme, tal vez lo recuerde.

Jared la dejó en el suelo y hundió su lengua en su boca y exploró todos sus rincones con tanta ansia que jadeó y sintió que su sangre se inflaba. Su mujercita lo tenía loco.

—¿Va recordando?

—Mmm.

Volvió a besarla. Caminó frente a ella y Evelyn tuvo que hacerlo de espaldas hasta que se tropezó con las escaleras del rincón que permitían subir a la zona superior de las estanterías que cubrían la pared desde el suelo al techo. La arrinconó allí y la sentó en un escalón.

Se colocó entre sus piernas y volvió a besarla. Con una mano fue levantando el vestido hasta dejarlo por encima de las rodillas. Llevaba medias de lana y las tenía a mitad del muslo, su mano se detuvo en aquella zona de piel que quedaba al descubierto. Luego incursionó un poco más, separó la tela que le molestaba, hasta rozar los rizos que protegían su intimidad.

—¡Jared!

—El mismo.

Jugó tentándola, mientras ella se mordía el labio sin dejar de mirarlo a los ojos.

—Me tienes loco y juegas conmigo, eres malvada —susurró mientras besaba su cuello y bajaba hasta sus pechos. Los chupó por encima del vestido.

—Jared por Dios, van a oírnos los criados —dijo entre risas.

—¿Y a quién le importa? No haberme tentado —introdujo el dedo en la cálida hendidura y ella se retorció. Le gustaba llevarla a ese estado febril solo con sus manos; siguió regalándole caricias mientras mordía sus senos y conseguía con la otra mano bajar la tela que los cubría—. Vas a tener que ayudarme, porque no pienso sacar las manos de donde las tengo.

Besó su boca con tanta ansia que ella, abandonada, al momento

se arqueó buscando más caricias y resolver la tensión que, con seguridad, se le acumulaba en el pecho, las entrañas y el alma. Con urgencia le abrió el pantalón y dirigió su miembro hasta su entrada. En un segundo estaba dentro de ella y Evelyn, desesperada, se ondulaba para acercarse tanto que no dejaba pasar el aire entre los dos.

Fue un momento loco, intenso, explosivo.

Cuando se recuperaron, él le acomodó las ropas y luego se ocupó de las suyas. Con el control ya dominado, la llevó hasta el escritorio, la sentó en su regazo y le dio un beso.

—Y dime, ¿para qué me buscabas, amor?

—Es la hora de comer y venía a preguntarte si tenías hambre.

—Ya ves que sí, siempre tengo hambre cuando se trata de ti.

Jared hubiera jurado hacía algún tiempo, casi en otra vida, que era inmune al amor, que él no era de los que se enamoraba, ni lo desvelaba ninguna mujer. Qué ciego había estado a los designios del amor. Cupido lanzó sus flechas de forma certera, porque aquella mujer, su mujer, la dueña de su vida, despertaba en él no solo el deseo y la necesidad de estar con ella, de sonreírle, tomarla de la mano y compartir su existencia, sino algo que iba más allá del deber de protegerla, algo que era más grande de lo que jamás pensó.

Evelyn despertaba en él un amor tan inmenso que creyó que no tendría suficiente con una vida para demostrarle cuánto la amaba y en esos momentos de intimidad y gozo sentía que eran uno porque ella se entregaba con la misma verdad que lo hacía él.

Sus almas nunca estarían más cerca la una de la otra.

# Nota de la autora

La vida militar de Jared Trevelyan se inicia con su participación en la guerra de Independencia Española
(1808-1814)
en 1812, donde, junto a su primo Henry, tendrá su bautismo de fuego. Formarán parte del regimiento que lideraba Wellington en el asedio al castillo de Burgos, dentro del marco de las guerras napoleónicas o guerras de Coalición como se conocen los conflictos bélicos entre Francia, liderada por Napoleón Bonaparte y diversas naciones de Europa, principalmente Gran Bretaña, Austria, Prusia y Rusia. Estas naciones formaron sucesivas coaliciones para enfrentar a Francia (aunque no todas participaron en todas las coaliciones a excepción de Gran Bretaña). El asedio de Burgos se saldó con la derrota de los ingleses frente a la guarnición francesa, una de las pocas que tuvo Wellington.

He situado en ese episodio histórico el momento en el que los Trevelyan conocen al coronel Crawford y él los recibe un tanto molesto, no solo por las noticias que acaba de recibir antes del asedio, sino por la actitud arrogante de los primos. Actitud que cambió tras la batalla. Entre los nobles era habitual comprar un mando y su abuelo compró los suyos, aunque, por méritos en las misiones, los primos ascendieron en el escalafón militar. Jared, por méritos en la batalla, es premiado con un título nobiliario, algo usual otorgado por el rey como recompensa a misiones o actos que salvaguardaban la Corona y beneficiaban al país y que, en este caso, el título y las tierras adscritas podían pasar a su heredero.

La serie se inicia cuando, tanto Henry como Jared, abandonan sus ocupaciones en el ejército (se habían alistado por un periodo

determinado) y sus trabajos secretos para la Corona, donde sirvieron tras acabar la guerra, para ocuparse de las obligaciones de sus títulos respectivos.

Las guerras napoleónicas llegaron a su fin con la batalla de Waterloo. Bonaparte había sido recluido en la isla de Elba, pero se escapó y regresó a París donde entró sin pegar un solo tiro; cien días después, en julio de 1815 con la batalla de Waterloo, se puso fin a su empeño de situar a Francia por encima de todas las naciones. Napoleón fue derrotado, apresado y desterrado en la isla de Santa Elena, donde murió en 1821.

El suceso que relato, sobre un motín a bordo del barco que lleva a Napoleón a Santa Elena para su destierro, es un acontecimiento ficticio (Napoleón solo huyó de Elba); una licencia que me he permitido para describir el acto heroico de Jared: salva a su primo y evita un intento de huida de Bonaparte. Por su valor y mérito en la batalla será recompensado con el título de vizconde por Prinny, el príncipe regente (a partir de la muerte de su padre en 1820, Prinny reinó como Jorge IV).

# Agradecimientos

A todas las personas que hacen posible que esta novela llegue a las manos de las lectoras, gracias. Gracias, Lola Gude, editora de Penguin Random House Grupo Editorial, a ti y a todo el equipo que hace posible que mi sueño continúe.

También quiero agradecer su apoyo incondicional a una lectora muy especial, Gloria Ibañez; Lori, va por ti. Gracias por tus mensajes y comentarios, me permiten revivir mis propias novelas de nuevo. Tu constancia, ternura y respeto hacia la historia ha sido una grata sorpresa. Es maravilloso el sentimiento que aparece cuando alguien te escribe y te dice: «me ha gustado lo que has escrito», «lo que le ocurre a este personaje me ha hecho pensar…». Creo que no se puede pedir más. Para mí llegar a las lectoras, lograr que la novela les emocione o se identifiquen con algo de lo que ocurre, es toda una recompensa al trabajo realizado.

A las Juglaresas, ese grupo de escritoras donde he encontrado buenas amigas. A Brenna Watson, gracias, por escuchar mis dudas sobre la novela, por tus consejos y ayuda.

Mi marido y mi familia siempre están en mi pensamiento; a ellos, que les robo tiempo, que dejo en falta muchas veces, gracias. Gracias por vuestro apoyo y ánimos.

Y no me olvido de ti, lectora, lector, gracias por darle una oportunidad a esta historia; una novela corta que nació con el objetivo de entretenerte. Espero haberlo conseguido. Gracias por estar ahí.

NURIA RIVERA (Badalona, Barcelona, España, 1967).

Es psicóloga especialista en Psicología clínica y psicoanalista de profesión. Tiene un máster en salud mental, numerosos cursos de especialización y un doctorado en Clínica y aplicaciones del psicoanálisis. Fue presidenta de una Asociación Psicoanalítica y dirigió su revista. Codirige un blog de escritos psicoanalíticos con otros colegas, donde ha publicado algunos artículos.

La lectura y la escritura de ficción son sus aficiones más importantes. Realizó el Itinerario para Narradores de Novela en la escuela de escritura del Ateneo Barcelonés y Novela histórica. En mayo de 2017 publicó *El destino tiene otros planes* (Ediciones B, Selección de B de Books). Fue Finalista en el VIII Certamen de Novela Romántica
Vergara-RNR
con *La pasión dormida* y en enero de 2018 publicó *Algunas mentiras* (PRHGE, Selección B de Books).

Los irresistibles Trevelyan 3

# EL SUEÑO
*de pintar*
# A UNA DAMA

NURIA RIVERA

*¿Puede un cuadro despertar la pasión?*

Cuando Sebastian Trevelyan conoce a Violet Harris tiene el deseo irrefrenable de pintar su retrato, pero no puede hacerlo como desearía, como tampoco puede abrirle su corazón porque ella está a punto de casarse y debe dejarla marchar. El precio de esta renuncia será una obsesión que lucha por ocultar.

La mañana que encuentra en Hyde Park a una niña que le pide que la dibuje, no sospecha que su mundo se va a tambalear. Nunca ha huido de una mujer, pero ese día lo hace al descubrir quien es la madre de la pequeña.

Violet Aniston, baronesa viuda Pattison, regresa a Londres con su hija, en busca de una nueva vida. En los seis años que han transcurrido desde que se marchó ha vestido de luto la mayoría del tiempo y se ha sentido encerrada en una jaula de oro. Pero una fuerza interior la empuja a ser una nueva mujer.

El encuentro durante un baile entre Sebastian y Violet despierta los anhelos reprimidos y las viejas obsesiones. Ya no son los jóvenes que fueron, ya nada puede frenar la pasión que sienten y la antigua propuesta de pintar su retrato se hace una realidad.

Violet siente que el descarado e irresistible pintor, que la mira con los ojos entornados y le atraviesa el alma, le provoca ideas muy disparatadas. Tantas que no es dueña de sí misma.

*¿Será ese deseo por pintarla un modo de liberar la obsesión que lo persigue o la forma que tiene de conquistarla?*

Nuria Rivera

# El sueño de pintar a una dama

## Los irresistibles Trevelyan - 3

**ePub r1.0**
**Titivillus** 02.12.2022

Título original: *El sueño de pintar a una dama*
Nuria Rivera, 2022
Diseño de cubierta: Bárbara Sansó Genovart

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta

El sueño de pintar a una dama

Dedicatoria

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Epílogo

Nota de la autora

Agradecimientos

Sobre la autora

*Para Rosa, artista de la fotografía.*
*Para Paula, ilustradora de sueños.*

# Prólogo

*Londres, 1813*

Sebastian Trevelyan entró en el salón de baile vestido como se esperaba de él.

Impecable.

Cualquiera que lo viera no diría que, tan solo un par de horas antes, mostraba el aspecto de un pintor descuidado y de escasos recursos. Según su propia opinión, la camisola que utilizaba necesitaba un repuesto. Había pasado media tarde tratando de captar los colores del Serpentine, el lago de Hyde Park, pero lo que él esperaba que fuera un rato agradable y de fructífero trabajo había sido un completo desastre.

Sin poder controlar la inquina, lo sucedido se le apareció en la mente y los remordimientos le turbaron el alma. Había sido grosero. Él, que tenía una educación exquisita, había perdido los nervios, nada menos que con unas damas. No le gustaba que lo molestaran mientras pintaba y durante mucho rato había escuchado cuchicheos a su espalda. Aquello lo enervó y, no contento con su trabajo, había hecho trizas el lienzo, con la mala suerte que al desperdigar los pedazos por el aire uno de ellos fue a dar contra alguien. El aullido dolorido de una de aquellas mujeres chismosas lo asustó. Había caído sobre su cabeza y manchado su vestido. Pero en vez de disculparse había sido un desagradable.

—¡Estará contenta, señorita! —la abordó—. ¿Es que no tiene nada mejor que hacer que molestar?

—¿Molestar? ¿Yo? Pero ¿qué se ha creído? —La joven no daba crédito a sus palabras y con la mano enguantada trataba de

eliminar la pintura que le había salpicado y teñía de azul algunas zonas del vestido amarillo que lucía. Él, presa de su indignación y quizá de un instante de locura transitoria, había tratado de ayudarla retirando con un dedo la pizca de pintura azul que había caído en el escote, sobre la piel. Aquello alteró a la joven—: ¡Qué hace!

Ella lo empujó, incluso quiso abofetearlo, pero él la esquivó. Por un segundo la joven parecía no saber qué hacer hasta que con desdén le espetó:

—¿Es que se ha vuelto loco? Eso debe de ser… Es un loco del parque… —Tomó del brazo a su acompañante y ordenó—: Vámonos, Debby… Esto es inaudito… ¡Inaudito!

No quería recordarlo, había perdido los modales y eso era imperdonable. Era nieto de un par del reino, el primogénito del cuarto hijo de un duque, uno de los lores con más influencia en la ciudad. Y él, pese a no tener los veintidós años cumplidos, era ya un afamado pintor paisajista y de retratos. Era cortés con las damas y jamás, ¡jamás! se había propasado con ninguna. No sabía por qué había osado tocar la piel de aquella joven con su dedo desnudo.

Era un Trevelyan, por Dios. Su apariencia, gentileza y educación hacían gala del buen nombre de la familia. Como todos, sabía controlar sus emociones cuando era necesario, y se enorgullecía de saber captarlas en los demás. Por eso no entendía cómo se le había nublado tanto el juicio aquella tarde.

Pese a la preocupación que embargaba a toda la familia por el transcurso de la guerra contra Napoleón y, en concreto cómo les iba a sus primos mayores que participaban en ella, aquel año, el cumpleaños del duque se celebró como si ninguno de ellos participara en la contienda. Sin embargo, medio Londres hablaba de ello: Henry, el primogénito y futuro heredero, y Jared, el hijo del difunto Lawrence muerto al caer de un caballo, se jugaban la vida a las órdenes de Wellington en algún paraje del Continente.

Había una extraña calma, llegaban pocas noticias, pero sabían que estaban vivos. El duque tenía amistades en los más altos estamentos políticos. El propio primer ministro, el conde de Liverpool, era la persona que le pasaba esa información. Eran amigos mucho antes de que Liverpool se convirtiera en primer ministro, antes, incluso, de ser nombrado secretario de Estado de Guerra y Colonias, y antes de que llegara a ser secretario de Estado

para las relaciones exteriores. Por eso no le extrañaba a nadie que se dejara ver por Gilberston House y allí, compartiendo una humeante taza de té, conversaban como dos viejos amigos sobre la evolución de la guerra contra el corso y sobre la situación de los primos Trevelyan en el frente. Antes de iniciarse la celebración habían estado encerrados en el gabinete del duque como si departiesen sobre asuntos de Estado y Sebastian esperaba que en algún momento su abuelo les transmitiera lo que había averiguado.

*Lady* Henrietta, la madre de Jared, había sido la anfitriona que había preparado aquella fiesta en Gilberston House, para homenajear al duque y distraerlo de la inquietud. Era una gran dama que se involucraba en grandes eventos sociales y solía patrocinar a señoritas casaderas en el inicio de la temporada; más de una había encontrado al marido adecuado para un buen matrimonio gracias a sus consejos.

Sebastian despejó su mente y atravesó el salón de baile, con una sonrisa pintada en su rostro, una mueca amable que insinuaba cortesía y se alejaba de cualquier otra interpretación. No era un gesto estudiado, sino fruto de su buena educación. Con las damas solía ser respetuoso y afable, pero cuidaba mucho que pudieran confundir sus atenciones. Se jactaba de que controlaba sus emociones y no prodigaba sus sonrisas. Claro, si no estaban dentro del círculo familiar o en la intimidad de un dormitorio. Entonces sí, se entregaba en cuerpo y alma.

Llegó hasta el extremo del salón donde sabía que encontraría a sus primos. Apoyado en la chimenea, Christopher y su gemelo Alexander lo saludaron poco efusivos, parecían absortos en una apuesta sobre quién conseguiría más bailes.

Su hermano Derek hablaba con George, el conde de Hampton, hijo de Henrietta y su primer esposo, pero, aunque no fuese un nieto de sangre del duque no se perdía ni una sola de las reuniones familiares y desde que ingresó en la familia había sido un Trevelyan más.

—Sebastian, ya creí que no venías —se burló su hermano Derek al verlo—, el abuelo te habría desheredado si hoy tampoco apareces.

—¿Dónde está?

—Allí, con lord Liverpool. —Señaló George con la barbilla hacia

un extremo de la sala. El duque estaba rodeado de algunas amistades, Henrietta y sus otras tías y el grupo hablaba animadamente—. Que no te engañe su apariencia, estaba pensando cómo arrancarte la piel si no te presentabas.

—Pero ¿por qué pensaba eso?

—No apareciste la otra noche. Ya sabes que le gusta que acudamos todos.

A su abuelo le complacía mucho que sus nietos fuesen a cenar a su casa. Cuando estaba en Londres, si por él fuera, cenarían allí la mayoría de las noches. Sebastian recordó por qué le había dado plantón a su abuelo. Una actriz lo había entretenido con malas artes bajo las sábanas y cuando quiso darse cuenta se le había pasado la hora de la cena y hasta la del desayuno.

—¿Lo has traído? —preguntó Derek y cambió de tema.

Se sonrió, ufano.

—Claro, y he dado órdenes para que preparen el lugar donde se lo entregaré. Aunque no estamos todos, Henry y Jared se lo van a perder por estar guerreando —señaló con humor, pero luego cambió el tono de voz y añadió—: Habría sido bonito entregarle al duque nuestro regalo entre todos.

Quizá fue el tono en que lo dijo lo que hizo que los gemelos dejaran sus asuntos y se unieran a la conversación.

—Pensé que les darían permiso, pero estoy convencido de que su deber les ha impedido ausentarse de sus puestos —observó Christopher.

—Es una pena que no estén las chicas tampoco —añadió Alexander—. Aunque no me extrañaría que estuvieran espiando desde las escaleras.

Su hermana Sarah y Helena, la hija pequeña de Henrietta, eran de la misma edad, aún no tenían dieciséis años y todavía no habían sido presentadas en sociedad, por eso no podían estar en la fiesta, no era adecuado. Sebastian sonrió. Por un momento aquella noche se iban a saltar las reglas y podrían estar presentes en el instante en el que le entregaran al duque el cuadro que le había pintado. Él mismo, antes de entrar al salón, había pedido al mayordomo que las avisaran y fueran ellas las que entraran en la sala con el regalo.

Arthur Trevelyan, el padre de los gemelos, hizo de maestro de ceremonias y con unas palmadas al aire ganó la atención de los

presentes; más de cien personas escogidas de entre las amistades más íntimas del duque. Varios lacayos, impecablemente vestidos con librea, sostenían bandejas repletas de copas de champán que fueron repartiendo entre los invitados.

—Damas y caballeros, si son tan amables… —Arthur se acercó a su padre, que estaba ya rodeado por el resto de los familiares—. Quiero levantar mi copa por mi padre, el duque de Gilberston y desearle otros setenta años más. Por ti, padre, porque nunca nos falten tus consejos y sigamos disfrutando de tu compañía.

Los asistentes levantaron sus copas y brindaron al unísono por el duque. Al instante el mayordomo entró en la estancia, seguido por Sarah y Helena, elegantemente vestidas. Tras ellas, dos lacayos portaban un caballete cubierto con una tela de seda azul, y el sirviente les indicó dónde debían situarlo.

Sebastian se adelantó y observó cómo las chicas, emocionadas, se abrazaron al abuelo cada una, por un lado, y él las apretó contra su cuerpo.

—Abuelo, me dijo un día que le gustaría que lo retratara, pero que no quería posar, porque era agotador. Reconozco que ha sido todo un reto, y he tenido la ayuda de todos mis primos, que lo han sacado de su estudio y han conseguido que, sin darse cuenta, posara para mí.

Sebastian tiró de un extremo de la tela y esta cayó al suelo a la vez que una ovación de los asistentes recorría la sala. El duque de Gilberston se acercó a la pintura y a él. Lo golpeó con afecto en el antebrazo a la vez que escrutaba el retrato.

—Serás truhan… Reconozco que no me di cuenta de lo que tramabais, ni siquiera sospecho dónde te escondías mientras unos y otros me entretenían sentado, para que pudieras pintarme. —El duque observó el cuadro con pericia y sonrió con orgullo. Le gustaba el resultado.

Elizabeth y George, los hijos mayores de Henrietta y su primer esposo, se acercaron a las chicas, para acompañarlas durante el tiempo que estuvieran en la fiesta. No sería mucho, pero no podían quedarse solas.

De pronto algo se cruzó en el campo visual de Sebastian y necesitó templar sus nervios. Apenas oyó las últimas palabras del duque que le agradecía la obra mientras observaba a una pareja que

se acercaba a ellos, acompañados por una dama. Una dama que no le era ajena.

Violet Harris miraba al hombre que tenía frente a ella y no daba crédito a lo que veía. Allí, parado ante ella, el loco del parque la miraba como si le hubiera salido otra cabeza. Pero eso fue una milésima de segundo porque enseguida ocultó el cúmulo de emociones que su presencia le había provocado. Aunque quizá era el mejor de los farsantes, y ella quiso pensar que se sentía mortificado por el trato que le había dado.

Mientras eran presentados serenó su ánimo, no era el momento ni el lugar para pedir una disculpa y mucho menos explicaciones. Sus padres no lo entenderían.

—Un cuadro magnífico, Su Excelencia —escuchó decir a su progenitor—. Nadie mejor que un pintor tan cercano para captar toda su presencia. Enhorabuena a los dos.

Violet conocía al duque desde hacía años. Cuando este estaba en su finca de Cornualles solía acercarse a Plymouth para salir a navegar con su padre. Los recordaba salir con lord Lawrence Trevelyan, gran amigo de su padre, antes de que este muriera, pero no conocía al resto de la familia. *Lady* Henrietta, al saber que estaban de paso en Londres, los había invitado a la fiesta del duque.

Cuando le contara a Debby, su doncella, que el grosero pintor no era otro que el nieto del duque no se lo creería. Habían reído y, por supuesto, lo habían maldecido, a la vez que imaginaban encontrarlo al día siguiente en el mismo lugar. Pensaban espiarlo todo lo que pudieran, aunque lo molestaran. No iba a tener otra oportunidad de encontrarse con un pintor en persona ni mucho menos ver cómo trabajaba. Observarlo pintar había sido una experiencia enriquecedora, ver como combinaba los colores, como creaba el azul… si hubiera imaginado que era una molestia se habría marchado, pero quería aprender. Quizá…

—Permítame presentarle a mi hija, Violet —escuchó decir a su padre y sus pensamientos se evaporaron al prepararse para el encuentro con aquel Adonis, que en nada se parecía al maleducado pintor que había visto aquella tarde.

—Encantada. —Inclinó la cabeza e incluyó a todos en aquel saludo, sin querer mirar al maldito pintor que continuaba allí. Se

centró en el duque—. Felicidades, Su Excelencia, me alegra verlo de nuevo.

—Está encantadora, Violet. Me ha comentado su padre que se casa en un mes. Le deseo un feliz matrimonio. Aunque su prometido la desatiende marchándose de Londres justo cuando usted llega y no la acompaña en el viaje.

Violet sintió la mirada ardiente del señor Trevelyan, el joven Sebastian, sobre ella, pero no quiso mirarlo. Hubiera preferido que el duque no hiciera aquel comentario. Ya era bastante angustiante saber que se acercaba el día de su boda, con un hombre que había visto bastantes veces, pero que apenas conocía y que prefería marcharse a su finca antes que pasar algún tiempo con ella en Londres.

—La boda será en la finca de Homer Aniston, barón Pattison, en Norwich —explicó su madre—. Dicen que es una finca espléndida.

—Sí, eso tengo entendido —respondió Gilberston y se dirigió a Violet para añadir—: Con seguridad encontrará un rincón encantador para realizar esos dibujos que sé que le gusta hacer, su padre dice que se le da muy bien.

Ser el centro de atención no era lo que más le agradaba a Violet. Conversaron durante algunos minutos e hizo verdaderos esfuerzos por ignorar al pintor. Se sabía observada y rezaba porque él descubriera a alguien en la otra punta del salón y fuera a su encuentro, pero el maldito no se movía de allí y se estaba enterando de más cosas de las que quería que supiera. No sabía por qué a sus padres les había dado por hablar de ella como si no estuviera.

—A nuestra Violet le gusta mucho dibujar, quería tomar clases de pintura en París, pero el barón ha adelantado la boda —señaló su padre dirigiéndose al pintor; este sonrió interesado—. Seguro que llena su nueva casa con sus obras, igual que tiene la nuestra. Es ley de vida —continúo el señor Harris, con nostalgia—, lo sé. Los hijos se alejan de sus padres para hacer su vida, pero yo voy a echarla mucho de menos.

Violet apretó el brazo de su padre con afecto. Ella sí que iba a echarlos menos, tanto que le dolía el corazón de un modo indescriptible. Solo esperaba que su esposo no fuera rígido y le permitiera que la visitaran a menudo.

Con la excusa de socializar, se escabulló junto a su madre y

dieron varias vueltas por el salón acompañadas de Henrietta que la iba presentando. Conoció a otros Trevelyan, todos apuestos e irresistibles, y se dio cuenta de que se llevaban muchas miradas furtivas de muchas damas. Henrietta también la presentó a otras jóvenes, algunas habían debutado la temporada anterior y ya estaban casadas, otras parecían impacientes por encontrar esposo.

Pensó en su compromiso, apenas había tenido un cortejo. El barón Pattison, socio de su padre, había pedido su mano y ella, deseosa de conocer el mundo que él le ofrecía, aceptó. Aunque aquel no era el motivo principal. Era una buena hija y sabía que aquel matrimonio ayudaría a su padre en los negocios. No conocía a nadie que se hubiera casado por amor, ni siquiera sus padres, y entendía aquella unión como un arreglo entre familias.

Regresaron al punto del que habían partido, donde seguían el duque, su padre y algunos otros caballeros, entre ellos el artista. Al acercarse pudo escuchar el final de la conversación de su padre. Hablaba de las pérdidas que había sufrido con el naufragio de un barco, hecho que lo había precipitado a aceptar el compromiso.

—Las desgracias vienen sin buscarlas.

—Bueno, bueno… no se ponga triste. Estamos en una fiesta —animó Henrietta—. No hay nada como un baile para confortar el ánimo.

La dama miró a su alrededor y Violet se temió que le buscara una pareja. De pronto la voz del pintor resonó en sus oídos y no tuvo más remedio que mirarlo.

—Si me permite… —Sebastian le tendió su mano—. Sería un honor si me concediera este baile.

Le pareció ver un brillo en sus ojos, como de victoria cuando aceptó. Hubiese sido descortés negarse, no tenía una buena excusa. Este presionó sus dedos con delicadeza y, a pesar de llevar ambos guantes, notó como la atravesaba una sensación similar a un escalofrío al dirigirse hacia la zona de baile.

Allí, infinidad de parejas ya estaban preparadas y cuando la música comenzó se dio cuenta de que era un vals.

Violet no sabía dónde posar sus ojos, no quería mirarlo de frente. Tenía el cabello castaño y ondulado, y una sonrisa arrebatadora, que le dedicaba con descaro. Sabía que él se burlaba de la situación; recordó que lo había llamado loco y se sintió

mortificada. Notó su cuerpo tornarse rígido como un palo y pensó con rapidez para salir de aquel bochorno.

—Puede reírse abiertamente, si quiere —lo provocó, cuando no tuvo más remedio que enfrentarlo. Sus ojos eran del color del acero, aunque no le dieron la impresión de ser fríos—. Pero olvídese si lo que espera es una disculpa.

—¿Por qué iba a querer una disculpa?

—Eso pensaba yo.

Violet seguía el ritmo del baile y se dejaba llevar por su acompañante. Era un excelente bailarín, y a ella le encantaba bailar. Algo a lo que imaginaba iba a tener que renunciar. Su prometido no tenía pinta de ser buen bailarín, ni siquiera era amigo de acudir a los salones, por muy aristocráticos que estos fueran.

Notó como el pintor presionaba más su cintura y, aunque sus cuerpos se mantenían a una distancia decente, sentía como el brazo masculino trataba de ganar un poco más de cercanía. Pudo percibir su aroma filtrarse por las fosas nasales y creyó que se embriagaba. Algunos hombres eran muy peligrosos y Sebastian Trevelyan podía contarse entre aquellos caballeros.

—Decididamente, el amarillo no es su color —dijo él de pronto.

Sebastian le dedicó una mirada escrutadora, como si afirmara una evidencia y ella se sintió incómoda.

—Estropeó mi vestido y era mi favorito.

—¿En serio?

—Sí, en serio. Me gusta el amarillo.

—Bueno… es un color alegre… quizá necesita estarlo…

Violet pensó que tal vez tenía razón: necesitaba alegrarse. Veía su futuro gris desde que el compromiso se había hecho oficial. Ella no deseaba casarse, no con quien su padre había escogido, aunque en un principio se había sentido seducida por las atenciones del barón. Sin embargo, era una buena hija, su deber era obedecer y resignarse.

—Yo la pintaría de azul, de tonos vivos, envuelta en muselinas y sedas, rodeada de colores que destaquen su belleza.

«Qué atrevido», pensó, pero le gustaron aquellas palabras.

Por un instante se perdió en aquella mirada acerada que la observaba con descaro y le hacía un escrutinio; era como si Sebastian Trevelyan pudiera leer sus emociones y aquello no era

nada bueno. Apenas lo conocía y ella era una dama comprometida. Agradeció que la música continuara y dieran vueltas y vueltas alrededor de aquel fantástico salón de baile con espejos en las paredes que daban sensación de amplitud y parecía que hubiera millares de parejas ejecutando aquella pieza.

El silencio los envolvió un momento, pero él debió pensar que torturarla era la mejor forma de cobrarse el insulto que le había regalado.

—¿Así que dibuja?

—Y usted pinta.

—Eso parece… Me gustaría pintarla, ¿posaría para mí?

Ella lo miró durante unos segundos y contestó con seguridad:

—No.

—¿No? —La música envolvía la sala y Violet tuvo la impresión de que Sebastian no esperaba aquella respuesta. Por un segundo le hubiera gustado poder hablarle abiertamente. Se moría de deseo de que la pintara, por supuesto, que le enseñara su técnica del trazo… pero tenía que ser sensata. Sebastian Trevelyan era un hombre irresistible, su expresión seria cuando lo conoció se había vuelto cercana y amable al estar rodeado de su familia, pero para ella seguía siendo peligroso, de esos hombres que seducían a las mujeres solo con la mirada. Levantó su vista hasta sus ojos y lo enfrentó, advirtió que fruncía el ceño en señal de contrariedad. Sin embargo, dibujó su mejor sonrisa y con tono pícaro le susurró muy cerca del oído:

—De algún modo tengo que cobrarme su ofensa.

—¿Qué…? ¿Qué quiere decir? —titubeó.

Intuyó que le divertía provocarla. Sin embargo, tardó un segundo en ocultar el susto en su rostro y lo sustituyó por una expresión de curiosidad.

Sebastian la miró como si la evaluara y se sintió indefensa. No sabía qué era lo que aquel hombre desprendía; seguridad y magnetismo, sin duda, pero imaginó que a más de una mujer se le haría el cuerpo gelatina cuando él la observara de aquella manera, tan intensa como la estaba mirando a ella y justo como la hacía sentir. Posar para él sería un suplicio, y no dudaba de que lo que pretendía era seducirla.

—No le he dado forma todavía a la idea —susurró el pintor—,

pero deme un poco de tiempo…

Violet respiró aliviada al escuchar que la música se detenía y daba por finalizada la pieza. Con premura las parejas empezaron a abandonar la pista y ella trató de ocultar el azoramiento que le había nacido en el pecho. Le pidió que la llevara hasta su familia. Sebastian, educado, le tendió el brazo y ella colocó su mano, casi temblorosa, en su antebrazo y se le estrujó el corazón cuando él se despidió al dejarla junto a su madre.

Suspiró para sus adentros, aquel hombre era todo un caballero, pícaro y seductor cuando se le conocía, pero caballero, y ella lo había llamado loco.

Sebastian no sabía qué le ocurría, había transcurrido más de una semana desde que conociera a la señorita Harris y no podía sacársela de la cabeza. Cada vez que coincidían en un salón sentía la necesidad imperiosa de bailar con ella. Y para su tortura tenía la impresión de que a ella no le era indiferente. Por suerte había disimulado mucho el hecho de que le afectaba y la dama… había hecho lo mismo. Se justificó aquel encaprichamiento con su negativa a que la pintara, aunque su padre le había hecho un encargo: que realizara una miniatura. Quería tener un retrato de su hija antes de que se marchara.

Aprovechó aquella demanda para espiarla en el parque en sus paseos y había dibujado algunos bocetos, sin que se diera cuenta. En aquellos ratos la había observado a placer y había descubierto lo que la apenaba aquella boda. Movido por un instinto al que no sabía ponerle nombre, más de una vez se había hecho el encontradizo y compartían algunos momentos en los que hablaban de cosas sin importancia, pero solo el hecho de hacerla sonreír lo llenaba de gozo. Quizá era un tonto, porque notaba que era capaz de decir la cosa más absurda con el único propósito de agradarla, pero disfrutaba mucho de su compañía.

En aquel instante acababa de bailar una polonesa y necesitó poner distancia. Buscó a sus primos, precisaba despejarse; no había nada mejor que unas risas y una buena copa de brandi para deshacerse de la sensación extraña que se le había quedado adherida al cuerpo tras bailar con la señorita Harris. Encontró a los gemelos con su hermano.

Reconocía que se había entusiasmado observándola. Era una delicia, no podía negarlo, y él, que había danzado en aquel salón cientos de veces, se sentía un ladrón. Le hubiera gustado acercarse al ventanal del fondo, que sabía que daba al invernadero, para llevársela allí. Se la imaginó frente a él y su lienzo. Entonces la podría mirar con el descaro que le nacía en lo más profundo de su ser y…

Se censuró aquellos pensamientos y sacudió la cabeza como si así los expulsara. ¿Qué le pasaba? La señorita Harris se había convertido en una obsesión y para sacarse aquella sensación de la cabeza tuvo que recordarse que era como tantas otras damas —se convenció— y, además, iba a casarse.

—Parece que has visto un ángel —murmuró Christopher.

—Creo que estoy enamorado.

Christopher no tuvo tiempo de tragar el líquido que acababa de ingerir cuando este salió disparado de su boca, como si fuera una fuente. Por suerte fue rápido en sus movimientos y la manga de su carísima chaqueta contuvo la salpicadura indecorosa.

—¿Tú qué has bebido? —se guaseó.

—Todavía no lo suficiente.

—¿Piensas cortejarla?

Intuyó que Chris no sabía a quién se refería.

—No.

—¿Acaso vas a pedir su mano sin pretenderla?

—No.

—Cada vez te entiendo menos. ¿Qué te lo impide?

—Todo, es de otro hombre —soltó en un tono apagado.

Christopher le sacudió el hombro con fuerza.

—Me habías asustado… —se burló—. Hay muchos peces en el mar y nadie nos obliga a casarnos, al menos no todavía… deja la melancolía.

—Es bonita —alegó Alexander—, mejor bonita y que te guste. Pero ¿por qué perder el tiempo con una dama que va a casarse?

—Hablas de la señorita Harris —afirmó con asombro Christopher, al entender de quién hablaba su hermano Alexander; Sebastian asintió con pesadumbre y los gemelos negaron al unísono con la cabeza.

—¿Has visto a las hermanas Hasen? —inquirió Alexander e

intuyó que ignoraba lo que acababa de decir, no porque no le importara, sino porque quería animarlo. Los imposibles no eran buena cosa—. La morena es un poco tímida y me gusta provocarla, voy a bailar con ella. La otra es muy simpática, seguro que te hace sonreír si las sacas a bailar.

—Vamos, Sebastian, se te pasará la tontería —lo animó Derek.

Lo intentó, aunque el brandi no le había quitado aquella sensación. Sin embargo, bailó con varias damas, entre ellas la señorita Hasen y, a pesar de que lo pisó varias veces, tuvo que reconocer que era divertida, y terminó animándose. Después volvió a reunirse con sus primos y compartió con ellos unas risas a pesar de que estos se burlaron de él por su espontánea confesión.

Con el paso de las horas se había animado. Contento consigo mismo al pensar que había recuperado el control de sus emociones, salió al jardín. Se dirigió hacia la balaustrada que en forma de medialuna bordeaba la terraza. Allí divisó a la señorita Harris. Se le acercó y colocó su mano muy cerca de donde ella tenía apoyada la suya.

—Hace una buena noche, ¿no le parece?

Ella lo miró con una mezcla de susto y sorpresa.

—No se preocupe, está segura. A unos pasos están mis propios padres.

No era adecuado que unos jóvenes solteros conversaran sin carabina, pero aquello era una fiesta y no iba a ser la primera vez que un hombre y una mujer hablaran a solas delante de medio centenar de personas.

No supo si fue él o ella quien comenzó la conversación, pero durante un buen rato se vio hablando de pintura, de cómo agarraba el pincel para conseguir un toque determinado con textura, le explicó que primero hacía bocetos antes de lanzarse a dar color a los cuadros. Ella era curiosa y lo abordaba a preguntas y lo apenó escucharla decir que quizá no volvería a dibujar, si a su esposo no le agradaba.

—Los deseos no pueden olvidarse, porque entonces dejamos de soñar —le susurró, y ella le dedicó la sonrisa más bonita que le había visto.

Sin saber qué hacía estiró sus dedos y tocó la mano enguantada de la mujer. La cubrió con la suya y dijo sin mirarla siquiera.

—Apenas la conozco, y sé que soy un atrevido, pero me gustaría volver a verla.

—No creo que sea adecuado, mi prometido no está en la ciudad y sabe que no sería decoroso.

—Un hombre afortunado, sin duda.

—¿Usted cree?

—¿Sabe? Creo que no soy un loco si le digo que creo que no le soy indiferente. Que, como usted, yo…

—No siga, por favor…

No debía continuar por aquel camino… Ni siquiera sabía qué estaba haciendo, pero no podía callarse. Sentía que lo que había crecido en su pecho le impulsaba a actuar a la desesperada.

—Si usted estuviera dispuesta a correr un riesgo y lo abandonara todo, ¿me seguiría? En unos días podemos estar en París o en cualquier parte.

Ella se giró hacia él y lo observó con el rostro serio.

—Solo los locos pueden atreverse a soñar que su vida les pertenece —alegó ella con tristeza—. Quizá en otra vida la locura que sugiere podría ser posible, pero he de cumplir mi palabra; es mi deber, y me odiaría el resto de mi vida si no lo hiciera.

—Si yo hubiera sido su prometido no la habría dejado sola en Londres.

Violet alzó los ojos hasta los suyos y lo contempló en silencio. Era tan fácil acercarla a su cuerpo y besarla que la sola idea lo enajenó. Por suerte, escuchó que alguien lo llamaba desde lo lejos, levantó la vista y vio a su primo mostrándole unas copas. ¡Bendito Christopher! Y bendito alcohol.

—Si yo no fuera una mujer sensata no correría ante el peligro que usted representa.

—No me mienta, no quiere ser sensata. Sé que no lo pretende, pero tiembla ante mi presencia, y eso no puede esconderlo.

Ella se ruborizó, pero enfrentó su mirada.

—Entonces tenga piedad de mí, mi deber ya está trazado.

Él liberó su mano y le sonrió. En su fuero interno se alegró de que ella pusiera la cordura que él había perdido.

—Le deseo que sea feliz, discúlpeme si la he importunado… Quizá debimos encontrarnos mucho antes, en otra vida.

—Lo mismo también le habría llamado loco —bromeó ella y

deshizo la tensión que se había creado—. Me ha gustado conocerlo, Sebastian, no imagina cuánto. Que le vaya muy bien.

Notó la tensión en su voz y la tristeza en su mirada y por unos instantes sus ojos quedaron enganchados.

Besó su mano como el caballero que era y la observó mientras se marchaba, hasta perderla entre la gente que había en la terraza. Al observarla notó que su corazón se iba con ella. Christopher llegó hasta él y le puso ante la vista una copa de champán.

—¿Sabes qué deberíamos hacer? —preguntó su primo, mientras él se bebía el líquido ambarino, luego se encogió de hombros, a modo de interrogación—. ¡Emborracharnos!

# Capítulo 1

*Londres, primavera de 1819*

Sebastian llegó a casa del duque, donde el resto de sus primos varones ya esperaban. Le sorprendió que no estuvieran ni su hermana ni su prima Helena. Era la cena que su abuelo solía compartir con todos los nietos cuando estaba en Londres, algo cada vez más usual, y desde que Elisabeth se había casado hacía unos años, se habían sumado las chicas.

—¿Ocurre algo? —preguntó con tensión en la voz.

Se sentó en el sofá, junto a George. El hermanastro de Jared seguía en Londres desde que hacía un mes se había casado este y parecía no tener prisa por volverse a marchar, algo que llenaba de felicidad a tía Henrietta.

—Su Excelencia tiene algo que comunicarnos —soltó con humor Alexander.

—Sabéis que me gusta rodearme de todos —anunció el duque—, y esta vez he preferido que solo estéis vosotros. Por suerte Henrietta tenía no sé qué fiesta para lucir a las chicas, así que después iréis para vigilarlas… pero antes he de deciros algo importante.

—Abuelo, no nos asuste —pidió Alexander.

—Creo que ha llegado el momento de que os caséis. Y Christopher, tú serás el primero.

—¿Yo? ¿Por qué yo? —exclamó el aludido.

—¿Es que lo han animado a ir de casorio las bodas de Henry y de Jared? —bromeó Derek.

—No, pero creo que esta temporada algún Trevelyan debería casarse. Sarah y Helena es muy probable que encuentren un marido

y vosotros ya habéis hecho el calavera bastante tiempo, no creáis que no lo sé. Quiero que os caséis antes de los treinta.

—Esta es la temporada de Helena y Sarah, duque —dijo con seriedad George—. Prometí a mi madre acompañar a Helena a las fiestas. Si ha de buscar esposo quiero asegurarme de que elige al adecuado, al menos para mi hermana. —George miró a Sebastian y a Derek. Como hermanos de Sarah, les iba a tocar aparecer por los salones más de lo que deseaban, y continuó como si hablara también por ellos—. Es difícil buscar esposa a la vez.

—Lo sé, pero la familia ha pensado que debéis empezar a sentar la cabeza y, Christopher, tú eres el siguiente.

—Pero ¿por qué yo? —repitió—. ¿Acaso vamos por edad? Porque si es así, George va primero y no es justo que por un minuto se me considere mayor que Alexander.

La risa se extendió entre los primos, y Alexander hizo un gesto de alivio. Aquel minuto había sido siempre motivo de discusión entre los gemelos, cuando les interesaba.

—Lord Liddel ha venido a hablar conmigo. —La cara de Christopher se ensombreció—. Es una vergüenza lo que ocurre con su mujer. ¡El hombre está desesperado!

—¡Pero yo no tengo la culpa! —Christopher se pasó las manos por la cara—. Abuelo, ya no sé qué hacer, lo prometo. Cuando supe que era una mujer casada, la dejé. Me fui a Escocia, pensé que así se olvidaría de mí, pero al regresar sigue igual. Pasan los meses y no se olvida, me persigue. Está loca, me la encuentro en todas partes; sin ir más lejos, anoche, escondida en mi carruaje.

—Hablaré con el esposo, pero dejar caer que estás en el mercado matrimonial te ayudará.

—Al cuerno con eso, abuelo. No voy a casarme para proteger el honor de un hombre cuya esposa está fuera de sí; prefiero regresarme a Escocia.

Christopher había pasado una larga temporada en Edimburgo y había vuelto enamorado de aquellas tierras.

—No es mala idea, ese hombre puede retarte a un duelo —soltó Derek.

—Ningún nieto mío se batirá en duelo. ¿Entendido? —inquirió el duque—. Aparte de que está prohibido, las armas las carga el diablo. Y por muy honorable que os parezca, es morir de una forma

muy tonta.

—Christopher es buen tirador —alegó Alexander.

—Mejor para él, pero olvidaos de los duelos. Ya tenéis edad de casaros y tener descendencia. Christopher, algún día deberás hacerlo. —El duque se levantó de su asiento y los miró a todos con reproche—. ¡Demonios, no quiero morirme sin veros casados! Así que empezad a meteros esa idea en la mollera. Y ahora pasemos al comedor, soy viejo y tengo hambre.

Alrededor de la mesa la conversación no giró en torno a otros temas. Sebastian vio a Christopher realmente afectado, y más de una vez insistió en que se marcharía a Edimburgo, allí al menos no lo perseguía ninguna mujer y podría centrarse en buscar a la adecuada.

—Tres meses abuelo, deme tres meses —pidió, esperanzado—, cuatro a lo sumo y prometo regresar dispuesto a buscar esposa.

—Qué así sea, pero si me engañas yo mismo te la buscaré —concluyó el duque, pero como perro viejo no había soltado el hueso —. Entonces, George, es justo que pienses en casarte tú también. —Alexander se inclinó bajo la mesa, como si le hubiera caído algo, pero el abuelo descubrió su juego—. Y tú, Alexander, no encontrarás nada ahí debajo y menos una jovencita de tu gusto.

—Abuelo, nunca ha sido tan inquisitivo —observó Sebastian—. Seguro que todos encontraremos esposa, tarde o temprano.

—Procurad que sea más temprano que tarde.

Los lacayos encargados de atenderlos durante la comida recogieron el servicio y el duque pidió que les escanciaran allí mismo unas copas de brandi.

—Bueno y ahora contadme, ¿cómo os van vuestros asuntos? Me refiero a los negocios, no quiero saber nada de temas de faldas.

Y así, con ese cambio de tema tan radical, el duque dio por zanjado el asunto. Sebastian pensó en sus primos, Henry y Jared. Habían encontrado a dos buenas mujeres que los amaban y ellos se desvivían por ellas. Quería la misma suerte para él.

El recuerdo le trajo a la memoria una ocasión en que tal vez habría alcanzado esa felicidad, pero el destino fue cruel porque cuando la conoció ya era demasiado tarde, la dama era de otro. Aquella reminiscencia se evaporó en un segundo, como el humo.

Violet observaba los baúles distribuidos por toda la habitación. A pesar del desorden se sentía feliz, estaba en Londres, por fin.

Debby entró con un vestido color lavanda del brazo y lo tendió sobre la cama.

—Baronesa, lo acaban de planchar, por si desea salir.

—Te he pedido que no me llames baronesa. Llámame Violet, lo prefiero.

—El nuevo lord Pattison no quiere que me tome confianzas, señora.

—Lo sé, pero por suerte él no está aquí con nosotras. Y la baronesa ahora es otra.

—Es un despropósito lo que ha hecho.

—No, no lo ha sido. Oswald se ha casado y dos mujeres no pueden mandar en una casa. Y yo me alegro de que por fin haya conseguido mi libertad.

La doncella asintió, suerte que la había tenido a ella porque, cuando vinieron las penas, se sintió reconfortada al tenerla cerca.

—Y Maggie, ¿dónde está?

—Betsy la ha sacado a dar un paseo por Hyde Park, *milady*. —La mujer, doncella y dama de compañía desde hacía tiempo sonrió al enfatizar el trato—. Estaba muy inquieta por el viaje. Es una niña muy despierta y se da cuenta de todo.

Violet se sentó sobre la cama, muy cerca del vestido, lo miró y suspiró.

Habían pasado seis años desde que se había marchado de su hogar en Plymouth para casarse y en la mayoría de ese tiempo, el color que había vestido era el luto o el medio luto. Su esposo, Homer Aniston, barón Pattison, murió dos meses después de la boda, justo el día que supo que estaba embarazada. El hijo mayor del barón, Oswald Aniston, en quien recayó el título y quien no la había recibido de buen grado cuando se conocieron, tomó las riendas de la hacienda y de casi todo. Por suerte, su esposo había sido un hombre de honor que la había tratado bien y en el mismo instante en que pisó aquella casa como su esposa le había dado el lugar que le correspondía. Le había prometido viajes y regresar a Londres para disfrutar de los bailes y la temporada, pero nunca pudo cumplir aquella promesa, porque enfermó. Quizá el exceso de vino en las comidas y a deshoras tuvo algo que ver.

No lo supo hasta el día en que se leyó el testamento, pero lord Pattinson lo había modificado el mismo día en que se acordó su matrimonio, dejándole la casa de Hill Street, muy cerca de Berkeley Square, en Londres, y una buena asignación económica el día que él faltara, sin que nadie, ni siquiera su hijo, su legítimo heredero, pudiera administrarla. Violet siempre había pensado que quizá su padre lo había influido al convertirlo en socio mayoritario de su negocio. Fuera como fuese le estaba muy agradecida por aquella acción. Ella podría administrar su pequeña fortuna sin tener que depender de nadie. Al menos eso le quedaba, ya que el negocio de armador de su padre lo gestionaba por completo Oswald.

Pero lo que no esperaba era que tras la muerte de su esposo tuviera que seguir los dictados de su hijastro que, bajo la creencia de que tenía que ocupar el lugar del padre, le llegó a proponer matrimonio a las pocas semanas de quedar viuda y lo justificó con la idea de dar un padre al bebé que venía en camino. Su rechazo no le sentó bien al nuevo barón. Ella se hubiera ido de Norwich a la casa de Londres que había heredado, pero en aquel entonces estaba alquilada y los abogados le dijeron que tenía que esperar.

Por suerte, sus padres estaban allí con ella y aunque quisieron llevársela a Plymouth, donde vivían, Oswald la convenció e inventó muchas excusas para que ella no se fuera, temía que si se marchaba no regresaría, le había dicho y alegó que aquel era su hogar. Como viuda podía hacer lo que quisiera, pero se quedó. La única alegría que tuvo Violet los primeros años de su estancia en Norwich fue su hija y las visitas de su familia, aunque estas se hicieron cada vez más distantes en el tiempo.

La muerte de sus padres en un accidente, cuando regresaban de pasar una pequeña temporada de reposo en uno de los balnearios de Lyme Regis, la había sumido en una depresión. Oswald no la había dejado viajar para el entierro, dado su estado de desolación. Él se había encargado de poner un administrador en la empresa de su padre para que se encargara de la explotación comercial. El accidente los convertía en socios; ella firmaba lo que le pedía y él le explicaba cómo iba el negocio, pero si ella intentaba participar en la gestión, acababa disuadiéndola para que se ahorrara preocupaciones.

El tiempo había pasado y mantenía con Oswald una rara

amistad. Él se había casado al comprender que ella jamás lo aceptaría; sin embargo, a los pocos meses, la tregua que habían establecido se rompió. Las discrepancias con Ethel, la nueva baronesa y señora de la casa, habían hecho la convivencia insoportable y había propiciado que él la dejara marchar y, al fin, pudiera instalarse en la casa que había heredado de su esposo, en Londres, que casualmente ya estaba vacía. Ethel tenía celos de todo: de ella, de la niña, incluso de las habitaciones que había ocupado desde el día que se casó y había reclamado para sí misma, al ser la nueva baronesa; algo que el propio Oswald criticó y jamás había hecho tras morir su padre. Pero a ella no le importó ceder su lugar si con ello había paz. Se equivocó.

—Debería ir a una modista —sugirió Debby y se sacudió aquellos desagradables pensamientos—, dejar de vestir estos colores y empezar a acudir a fiestas y al teatro como la dama que es. Una viuda joven, hermosa y libre.

Violet soltó una carcajada.

—Creo que he olvidado lo que es eso.

—*Milady*, es muy joven para pensar así. Podría volver a casarse, si quisiera.

—¡Jamás! Jamás volveré a casarme. Es como si ya lo hubiera estado dos veces. Quiero decidir sobre mi vida sin depender de lo que disponga un hombre sobre lo que pueda o no hacer.

Así lo había sentido siempre, aunque Homer nunca la había tratado mal y en temas maritales no la había molestado demasiado. El barón la había visitado en su alcoba en escasas ocasiones por las noches y por el día había otras cosas que ganaban su interés. Aún se preguntaba cómo había logrado embarazarla.

Se había quedado en Norwich por elección propia, pero solo ella sabía que aguantó por Margaret; su hija adoraba a su hermanastro.

Sebastian había decidido acercarse hasta Hyde Park, donde sabía que encontraría a alguno de sus primos. Era la hora elegida por muchas damas y caballeros para hacer su paseo a pie o a caballo, en sus tílburis y carruajes, para ver y para ser vistos.

Había estado paseando por los alrededores del palacio de Westminster, donde había realizado algunos bocetos. Cuando decidió darlos por terminados cogió un coche y, en vez de pedir que

lo llevara a su casa, decidió acercarse al parque, se bajó en una de las entradas y, con su carpeta bajo el brazo, buscó a sus familiares. No era extraño verla con ella, en ocasiones llevaba algunos papeles y un carboncillo con el único propósito de captar algún detalle que llamara su atención. Otras veces, solía usarlo a modo de defensa con sus primos, cuando estos se enzarzaban en temas que nada le interesaban y con la excusa de hacer un dibujo se evadía de sus conversaciones. Aunque, cuando quería trabajar buscaba estar solo, o se encerraba en su estudio con alguna naturaleza muerta que plasmar en un óleo o alguna modelo que más de una vez había acabado en su cama.

Encontró a Derek y a Alexander donde imaginaba. Estos le comentaron que Christopher se marchaba a Edimburgo.

—Lord Liddel lo abordó anoche a la salida del club —informó Alexander—. Pretendía retarlo a un duelo, el pobre hombre no daba crédito cuando Chris le dijo que su esposa era quien lo perseguía, pero así y todo lo retó. Se armó un escándalo a las puertas del local, cuando el desgraciado pretendió darle un puñetazo y Chris respondió con un derechazo que lo dejó tendido en el suelo. ¡Qué infeliz! Daba lástima.

—¡Pero esto hay que cortarlo! —exclamó Sebastian alzando la voz—. Acabará en un problema serio.

Sin querer elevó la vista hasta el lago, como si buscara calmarse, y le llamó la atención una doncella que daba instrucciones a una niña que se acercaba al agua más de lo adecuado.

—Padre y el abuelo han ido a hablar con lord y *lady* Liddel.

Sebastian olvidó la escena y puso cara de alarma.

—Esto no terminará bien. ¿Y si ella acusa a Christopher de que la sedujo y la acosa?

—Ese hombre pretende deshonrar a nuestra familia, cuando es su esposa la descarriada —añadió Derek—. ¿Sabéis? Yo creo que ese hombre lo que busca es una satisfacción económica para no seguir creando escándalo.

—El abuelo no va a tolerar ese chantaje. Si hay un verdadero escándalo, Liddel no aguantará —alegó Sebastian—. Y si es eso lo que pretende se ha equivocado de familia.

—Opino igual, pero Chris no soporta más la situación y parte a Edimburgo en unos días —siguió Alexander—. Ha escrito a Evan

Mackay. Su amigo estará encantado de acogerlo de nuevo.

Hablaron un rato más, los Trevelyan eran una familia unida y el problema de uno los afectaba a todos. Que Christopher se marchara con su amigo de la infancia a Edimburgo era una buena idea, concluyeron.

De repente empezaron a verse abordados por algunas madres con sus hijas y les interrumpieron la conversación. Con disimulo se miraron buscando una salida airosa para no ofenderlas. Alexander fue el que comentó que tenía un compromiso, como si acabara de acordarse, y el grupo se deshizo. Con unas amplias sonrisas se despidieron de las damas.

Sebastian decidió quedarse en el parque y buscó un rincón donde sentarse. Si lo veían enfrascado en su trabajo no lo molestarían.

La mañana era agradable y las buenas gentes de Londres paseaban, animadas por el inicio de la temporada. Sus ropas lucían colores primaverales, habían dejado atrás los tonos oscuros del invierno. Sacó uno de sus lienzos y un carboncillo que llevaba en un bolsillo y se dedicó a dibujar a una dama con una sombrilla que hablaba con un caballero que la observaba desde lo alto de su caballo.

De repente percibió que alguien se colocaba frente a él.

—Disculpe, señor, ¿está haciendo un dibujo? ¿Puedo verlo?

Levantó los ojos hacia la vocecilla que le había hablado y reconoció a la niña que un rato antes jugaba cerca del agua.

—No me gusta mucho enseñarlos mientras los hago… —respondió, pero se fijó que la expresión de la niña mudó de una sonrisa a decepción y se sintió mal—. Aunque puedo hacer una excepción, señorita.

Le mostró lo que había esbozado.

—Señorita Margaret —la llamó la doncella que se acercó hasta ellos y pretendió que la niña la siguiera—. No moleste al caballero. Prometió portarse bien, ¿recuerda?

—Me estoy portando bien —alegó la niña.

—No me incomoda, descuide —la defendió.

La niña soltó una risilla. Tenía el pelo de color cobrizo recogido con un sombrerito gracioso que dejaba ver sus tirabuzones sueltos. Sin que Sebastian la invitara se sentó cerca de él, como si se

conocieran desde hacía tiempo. Él quedó fascinado por como con un pequeño aleteo de ojos se ganó su simpatía. La sirvienta dudó unos instantes, no podía dejar a la pequeña con un desconocido.

—Voy a estar aquí un buen rato, señorita, si promete no alejarse mucho, yo prometo no comerme a la niña —dijo, burlón.

La doncella se ruborizó y soltó una risa que amortiguó con su mano enguantada muy rápidamente y la niña puso cara de buena.

—Está bien, estoy aquí mismo —y dirigiéndose a la cría, advirtió —: Pórtese bien.

—Voy a ser la mejor niña del parque… —La pequeña se olvidó de la niñera y mirando a Sebastian preguntó—: ¿Y qué sabe dibujar?

La sirvienta se retiró algunos metros, aunque los miró por encima del hombro durante unos segundos, luego se reunió con otra joven que la esperaba sentada en un banco y se centró en una conversación, aunque Sebastian presintió que no les quitaría la vista de encima.

—Yo quiero aprender a dibujar, mi mamá lo hace muy bien.

—Entonces tendrá una buena maestra; mis primeras clases de pintura me las dio la mía —confesó.

La niña miró su carpeta donde, aparte de algunos de los bocetos a carboncillo que había realizado del palacio, tenía un pequeño lienzo al óleo. Al verlo, su jovencísima admiradora, se interesó más todavía y preguntó con sorpresa:

—¿Es un pintor?

—Eso parece.

—A lo mejor me puede hacer un retrato para regalárselo a mi mamá —pidió con cara esperanzada—. Así seguro que no me riñe cuando Betsy le cuente que la he desobedecido… Mi mamá dice que no tengo que hablar con desconocidos.

—Eso es cierto. —Dejó pasar un minisegundo y se presentó—. Soy el señor Trevelyan. —Le tendió la mano y ella le dio la suya, llevaba unos guantes blancos, parecía una pequeña damita—. Ya no somos desconocidos, señorita Margaret.

Ella sonrió y se le formaron unos hoyuelos en las mejillas.

Sebastian barajó la idea de retratarla y, sin pensarlo mucho, más bien movido por un impulso, sacó uno de los pergaminos que portaba y, tras darle unas instrucciones sobre cómo situarse y

pedirle que no se moviera, empezó a dibujar el rostro de la pequeña, pero se detuvo de pronto y levantó la vista hacia donde estaba la doncella. Como imaginó, ella los observaba. Con un gesto pidió el tácito permiso de ella y esta asintió. No le molestó aquella vigilancia, las niñeras no podían despistarse de los infantes que cuidaban, cualquiera podría robarlos en un descuido.

Sebastian nunca había tenido trato con niños y esta le parecía demasiado espabilada. Hablaba más de lo que creía que hablaban los niños. Con una soltura que lo dejó perplejo le dijo que la llamara Maggie, como hacía su mamá y como a ella le gustaba. Mientras iba haciendo trazos y esbozaba el perfil del rostro infantil, la pequeña le contó que acababa de mudarse a Londres, el aburrido viaje que había tenido y que su hermano se había casado con una señora muy antipática. Al darse cuenta de que había dicho algo inadecuado, la niña se tapó la boca y él trató de no soltar una carcajada.

—Uy, eso no debí decirlo.

—No se preocupe, su secreto está a salvo conmigo —dijo lo más serio que pudo.

Margaret no aguantaba mucho sin moverse y de vez en cuando giraba el rostro para ver el dibujo.

—No se mueva —soltó cantarín, sin levantar los ojos del papel y de la punta del carboncillo.

—¿Cómo sabe que me muevo?

—Lo sé.

Durante un rato Maggie se comportó como la mejor de las modelos. Pero de repente se tensó, por el rabillo del ojo Sebastian se percató de que estaba pendiente de alguien. Al observar hacia el lugar hacia donde la niña miraba vio a la doncella, con otras dos mujeres recién llegadas que señalaba hacia ellos. Presintiendo que su modelo espontánea iba a marcharse enseguida, concluyó con rapidez el dibujo y llevado por la fuerza de la costumbre estampó su nombre y la fecha en una esquina del papel y se lo entregó.

De repente la niñera que los había vigilado desde la distancia se acercó a ellos.

—Señorita Margaret, es hora de irse.

La niña miró el dibujo con la cabeza inclinada, Sebastian intuyó que le gustaba al ver los hoyuelos en sus mejillas. Se despidió con gratitud y marchó con la doncella. Él recogió sus cosas y, tras ver

como la niña enseñaba el retrato a la que imaginó su madre, por el abrazo que se dieron, se dispuso a abandonar el parque. Sin embargo, algo de aquella escena lo hizo dudar. Como si se hubiera quedado anclado al sitio contempló a la mujer que tenía el lienzo entre sus manos.

No tuvo duda, era Ella.

Nunca había huido de una mujer, pero esa mañana lo hizo.

# Capítulo 2

Violet miró el retrato de su hija con ojos de madre, pero con un nudo en el pecho. El pintor la había reflejado como ella la veía. Sin querer dejar de contemplar aquella carita que era su vida y le tenía robado el corazón, algo llamó su atención y fijó la mirada en una de las esquinas del papel. Una ligera conmoción se instaló por un segundo en su pecho al reconocer el nombre. Levantó la vista y miró a lo lejos al hombre que se alejaba, pero solo pudo vislumbrar unos hombros anchos y un dorso que le resultó familiar. Volvió la vista al dibujo.

—¿A que es bonito, mamá?

—Sí, muy bello.

—El señor Trevelyan pinta muy bien, mejor que tú, mamá.

Escuchar aquel nombre le despertó viejas emociones, pero las volvió a enterrar en el sitio donde las había escondido. Como si aquello no la afectara en absoluto miró a la niña y sonrió.

—Bueno, para pintar mejor que yo no hay que correr mucho, pero sí, es un dibujo muy bonito. —Violet tomó la pequeña mano de Maggie y comenzaron a caminar, Betsy y Debby las seguían—. Pediremos que lo enmarquen y le buscaremos un lugar que te guste para colgarlo, ¿te parece bien?

—Es un gran pintor, *milady*. No suele pintar retratos en el parque —comentó Betsy—. Me lo han dicho otras niñeras que se han sorprendido al verlo con la señorita Margaret. Dicen que suele pintar en el parque, pero no le gusta que lo molesten cuando trabaja.

Violet se hizo la despistada, pero le interesaba lo que le contaban de Sebastian Trevelyan, aunque había cosas que ya sabía.

Jamás pensó que volvería a verlo. Debby cruzó una mirada cómplice con ella, pero no le dijo nada. Con seguridad su doncella y dama de compañía había recordado de qué lo conocían.

—Dicen que tiene su estudio en una de las mejores calles de Londres y que ha pintado a muchas personalidades importantes —continuó la niñera.

—No me extraña —comentó—. Su familia es una de las más importantes de la ciudad. El duque de Gilberston tiene una posición privilegiada en la sociedad.

—¿Conoce a los Trevelyan, *milady*? —curioseó Betsy.

—Sí, los conocí hace mucho.

Casi en otra vida, estuvo a punto de decir.

A lo largo de aquellos años se había carteado con Henrietta Trevelyan, sobre todo al conocerse la noticia de la muerte de sus padres y lo que empezó como unas misivas de condolencias se convirtió en una relación de amistad en la distancia. Por eso al regresar a Londres había sido a la única persona a la que había avisado de su llegada. Henrietta había insistido en que se hospedara en su casa mientras arreglaban la suya, pero ella había preferido no hacerlo. La dama lo entendió y fue a visitarla enseguida, ofreciéndole su ayuda para lo que necesitara.

Quizá era el momento de devolverle la visita, pensó, en cuanto llegara a casa le escribiría.

Con Maggie de la mano salieron del parque, cruzaron Park Lane y subieron al carruaje que las esperaba y las llevó a casa. Había comprado unos libros en Hatchards y Maggie, al verlos en el asiento del coche, le preguntó si había alguno para ella. A la niña le gustaba que su madre le leyera antes de dormirse.

—Sabes que sí —le dijo con una sonrisa—, pero, si no te gusta, el próximo día que vaya a la librería vienes conmigo y eliges uno que te agrade.

—¿Y cómo se llama? —Maggie se mostró impaciente e intentó desembalar el paquete de libros, pero su niñera se lo impidió.

—Son varias historias juntas, y hay una que se titula *El cascanueces y el rey de los ratones*.

—¿Es de princesas?

No lo tenía claro. Se había dejado aconsejar por el librero y había adquirido el volumen de cuentos de E. T. A. Hoffmann. Se

había perdido un poco cuando le había explicado el argumento fantástico de los relatos, pero uno de ellos le generó curiosidad, porque trataba de una niña que el día de Navidad recibía de regalo un cascanueces. Pensó que a Maggie le gustaría, hablaba de una niña que iba a un reino mágico, poblado por muñecos y un ejército de soldaditos dirigido por el cascanueces.

—Tendremos que leerlo para saber qué ocurre, ¿no te parece?

Se había aficionado a la lectura desde que había enviudado, o mejor podría decir, desde que se había casado y fue a vivir a Norwich. Su nuevo hogar tenía una excelente biblioteca, aunque en su mayoría los libros que ocupaban sus estantes eran tratados de botánica, filosofía o volúmenes y volúmenes que hablaban de las maravillas del imperio británico. Como si fuera por saciar un capricho, su esposo le había permitido hacer un gasto considerable en otra clase de libros: novelas y revistas femeninas. Libros que no había podido traerse a la ciudad y que añoraba. Por eso se había ido a Hatchards y se había comprado algunos: el cuento para Maggie y algunos para ella. Entre ellos uno con un título curioso: «Frankenstein o el moderno Prometeo», que le había recomendado encarecidamente el dependiente quien, tras animarla con el cuento del cascanueces, le dijo que este no era para leérselo a una niña pequeña. Elogió el libro, señal de que le gustaba la historia, y le aseguró que era una edición modificada de la original, que era más dura. Había sido publicado el año anterior, pero todavía lo exponía como novedad por lo curioso de su temática. Ella le había comentado al eficaz dependiente que no le gustaban las novelas de terror, pero el joven librero le había asegurado que no era de terror, sino que trataba de una criatura creada por un inventor y que, al ser objeto del rechazo de los hombres, habían nacido en él el odio y la venganza.

Aquello la había intrigado.

—¿Usted cree que la maldad puede nacer en las personas solo por sentir el rechazo de los otros? —le preguntó.

—El hombre, señora, es capaz de cualquier cosa. La realidad siempre supera lo que inventan los escritores. Yo creo que la belleza no está en el exterior y que se necesita coraje para vencer los miedos.

Aquella noche Maggie se quedó dormida antes de que la

pequeña protagonista del cuento conociera al cascanueces y entonces Violet se internó en su salita privada y se dispuso a leer uno de los libros que había adquirido para ella.

Sin embargo, no consiguió concentrarse, la figura del hombre del parque que se alejaba de ella se le apareció muy nítida en la mente. Se llevó la mano al pecho y notó que su corazón se aceleraba.

«Sebastian».

Violet recibió aviso de casa de Henrietta Trevelyan para que fuera aquella tarde a tomar el té. Pensó en llevar a Maggie, pero creyó que lo más conveniente era que la niña siguiera sus rutinas con la niñera. Así, también, se sentiría más cómoda para hablar con libertad de su situación.

Al llegar a la mansión, un lacayo la acompañó hasta la sala privada de la señora de la casa. Era una estancia amplia con varios sofás en los que estaba acomodada Henrietta con otras damas y una joven que debía tener poco más de veinte años. Los techos eran altos y en las paredes había varios cuadros. Era una sala muy elegante y con objetos de decoración exquisitos, que dejaban ver el gusto de la dueña de la mansión.

Al verla entrar, la dama se levantó y con los brazos extendidos se dirigió hacia ella y le dijo con ternura:

—Querida Violet, cómo me alegro de verte.

Ella tomó las manos de Henrietta y recibió el afecto que esta le mostraba al darle un beso en la mejilla. Lo agradeció con una sonrisa. El cariño era algo que no se podía fingir. Luego, la dama la animó a adentrarse en la sala y la presentó a sus acompañantes.

—Queridas, ella es Violet Aniston, la baronesa viuda Pattison. Hija de mis buenos amigos Edmund y Beatrice Harris. ¿La recordáis? —Luego la miró y le presentó a sus invitadas—. Ellas son mis cuñadas: Portia y Celia Trevelyan y mi hija Helena.

Las damas la saludaron con amabilidad y cortesía y la invitaron a tomar asiento.

—Por supuesto, Henrietta —dijo Portia—, la recuerdo muy bien, estaba de paso por Londres con sus padres, camino de la finca del barón para su boda.

—Una lástima aquel desafortunado accidente —comentó la otra

dama, Celia Trevelyan, en referencia a la muerte de sus padres—. Eran una pareja muy unida.

—Sí, un duro golpe. Ni siquiera pude venir al entierro. Estaba tan desolada que el viaje se me hacía imposible, me afectó mucho la noticia —respondió con pena. Luego, como si se tragara el nudo de emociones que le generaba pensar que ya no tenía a sus padres con ella, sugirió más animada—: Pero llámenme Violet, por favor, me siento más cómoda.

—Mamá dice que tiene una hija, ¿cómo se llama? —se interesó la joven Helena, cambiando de tema.

—Margaret… —sonrió al pensar en ella—. Maggie es una niña muy despierta y espabilada… Tiene poco más de cinco años y se da cuenta de todo.

—Los hijos, querida, nos hacen seguir adelante pese a la incertidumbre y los desafíos de la vida —alegó Henrietta. Violet se dio cuenta, tarde, de que había abierto un tema inadecuado de tratar ante desconocidas. Eran las cuñadas de Henrietta y con ella no había tenido secretos, había sido su confidente, pero con las otras damas tenía que ser discreta, aunque se sentía en confianza con ellas y estaba muy cansada de fingir que todo le había ido bien —. Te aconsejo que no le ocultes nada, háblale de su padre, para que sepa de él; yo lo hice con mis hijos.

—Nunca pregunta por él. Creo que Oswald, el hijo de mi difunto esposo, ocupó su lugar.

—¿Ese desvergonzado que te ha echado de tu propia casa? —soltó Henrietta y ella la miró con los ojos muy abiertos y avergonzada; no estaba preparada para hablar de aquello y menos delante de otras damas; damas que no conocía muy bien y parecía que sabían de su vida.

—No sienta apuro, querida —dijo Celia—. Henrietta no la ha traicionado, es un chisme que corre por los salones. Me duele decírselo, pero creo que es mejor que sepa lo que se dice por ahí. —Ella asintió y con una mueca la invitó a continuar—. Por lo visto la nueva baronesa le dijo a una amiga que la convivencia era difícil porque usted no le daba el lugar que a ella le correspondía y su esposo tuvo que alejarla porque se metía entre el matrimonio.

—¡Dios santo! —exclamó, y se llevó la mano al pecho—. No sé ni qué decir, pero es totalmente falso. Dios sabe que las cosas no

fueron de ese modo.

—Estás entre amigas, Violet. Yo no he creído ni una palabra. Esa mujer no ha sido muy lista, pero ten por seguro que tienes mi apoyo. —Henrietta miró a sus cuñadas y estas asintieron en un gesto de complicidad femenina que confirmaba que también tenía el de ellas—. Los Trevelyan te apoyaremos siempre. A veces la verdad no importa, pero cuando un rumor se suelta en un salón mencionando a una dama, solo es para hacer daño o perjudicarla.

—No entiendo por qué la baronesa quiere hacerme daño.

Quizá sí lo sabía, pero no quería pensar en ello. Ethel se había sentido celosa, y no podía culparla, Oswald estaba más pendiente de ella y de Maggie que de su propia esposa y, por si fuera poco, eran socios en el negocio de su padre en Plymouth, algo que la nueva baronesa no soportaba, ya que Oswald lo usaba de excusa para reunirse con ella bajo cualquier pretexto. Nunca lo había pensado así, pero ese dato en una lengua malintencionada podría dañar su reputación. Tenía que pensar en cómo resolver ese asunto.

—No le dé más vueltas —dijo Portia, tomándola de la mano—. Ese rumor lo que pretendía era que se hablara de usted y le cerrara puertas y no lo va a conseguir.

El ruido de alguien que entraba en la sala hizo que Violet relegara al fondo de su mente aquellas palabras. Eran dos doncellas, una portaba una amplia bandeja con una tetera y varias tazas de una porcelana blanca brillante, ribeteada de oro; otra, traía unas cestillas de pastelitos. Las damas aplaudieron la llegada del té y durante varios minutos todas se deleitaron con la exquisitez de los pasteles.

La conversación cambió a otros temas más agradables. Por unos instantes sintió que pertenecía a aquel grupo de mujeres que la habían acogido tan bien, solo porque una de ellas había sido amiga de sus padres.

Helena hablaba de las nuevas tiendas en Bond Street y en Oxford Street y pensó que debía pasearse por ellas y ver las nuevas tendencias de la moda.

—Yo debo actualizar mi ropero —afirmó—, llevo mucho tiempo con los mismos colores.

—Entonces, podemos quedar un día de estos —sugirió Helena y miró a su madre para añadir—: Yo también necesito un vestido

nuevo, mamá.

—¿En serio? —preguntó Henrietta con asombro e ironía en la voz, lo que levantó las risas de las otras damas.

—Sarah querrá acompañaros —observó Celia y aclaró—: Es mi hija, habría venido, pero tenía otro compromiso. Esta temporada nuestras chicas buscan esposo.

Violet miró a Helena y le preguntó si tenía algún pretendiente que destacara por encima de los demás. Ella negó con una sonrisilla que indicaba que no era muy sincera.

—Y usted, Violet, ¿piensa casarse de nuevo? —inquirió Portia.

Controló sus emociones, no quería alarmar a las damas, pero habría puesto cara de horror.

—La verdad es que no deseo volver a casarme. Mi matrimonio fue breve y suficiente, mi hija es mi mayor preocupación.

—¡Pero es muy joven! —exclamó Celia y con humor añadió—: Estoy convencida de que si se lo propone podría encontrar un buen marido. Yo misma estaría encantada de presentarle a mis hijos.

Todas rieron y ella también; la risa era la mejor forma de expulsar los nervios que le nacieron en el estómago. Sabía que aquella dama era la madre de Sebastian.

—Es cierto, querida, eres muy joven —añadió Henrietta—. Ahora no hay nada que te obligue a hacer un buen matrimonio, podrías escoger a alguien por amor.

—Hace tiempo que dejé de creer en el amor, eso no está hecho para mí. No sé ni el tiempo que hace que no voy a un baile.

—Eso hay que remediarlo… enseguida. —Celia tomó un nuevo pastelito y, tras unos segundos, continuó—. Portia, ¿qué fiestas son las más interesantes? El miércoles podemos ir a Almack's, y pasado mañana los Stuart dan un baile. Menos mal que mis hijos acompañarán a su hermana, hay tantos eventos que les pierdo la cuenta.

—En una semana los Delaware celebran su aniversario. Esa es una buena fiesta para que nos acompañes, Violet, iremos todos los Trevelyan. Esa fiesta es ideal para tu entrada en sociedad.

—Pero…

—No hay peros… Bueno, si tienes ya compromisos es otra cosa. —Ella negó con la cabeza repetidas veces. ¿Quién iba a invitarla, si

en Londres no conocía a nadie más que a los Trevelyan?—. Entonces está decidido —afirmó Celia vehemente y añadió en un tono más ligero—: No es para que busques un marido, si no quieres, claro, es para que todos vean que tienes el apoyo de la familia Trevelyan. Por la invitación no te preocupes, Henrietta seguro que lo solventa.

—Por supuesto, es mi protegida.

Violet se emocionó al escuchar a aquellas damas ponerse de su parte. No le había preocupado el rumor hasta que llegó a aquella casa, quizá porque no lo había visto como algo calumnioso, algo que podía ir en contra de la propia Ethel, incluso, y algo que podía manchar su reputación. Había sido una ingenua si pensaba que, con marcharse de Norwich, sus dolores de cabeza se resolverían.

Al ir a visitar a Henrietta Trevelyan no pensaba que la tarde iba a ser tan intensa ni que la harían sentir así.

—Yo… no sé cómo agradecerles lo que hacen por mí.

—Querida, no cante victoria todavía —bromeó Portia—. Pero la próxima vez traiga a la pequeña Maggie.

# Capítulo 3

Sebastian no había podido controlar el impulso de ir al parque en los siguientes días, pero no había visto ni a la pequeña Maggie, ni a la niñera y mucho menos a su madre.

Era media mañana, así que se acercó al club, lo más seguro era que alguno de sus primos estuviera por allí leyendo *The Times*.

Uno de los lacayos le indicó dónde se encontraban George y Alexander, ambos conversaban en un rincón, apartados de los otros socios. Parecían compartir confidencias.

—Buenos días, caballeros. ¿Interrumpo?

—No, para nada —contestó Alexander alegremente y le señaló una butaca donde tomar asiento.

—Se os ve muy intrigantes.

—Vamos a lanzar nuestra propia apuesta.

Los miró extrañado, no sabía de qué hablaban.

—¿Apuesta? ¿Sobre qué?

—Henry y Jared ya están casados… —explicó George—, y Elizabeth. Quedamos cinco solteros y no por mucho tiempo, según los planes del abuelo. Sarah y Helena estarán ocupadas esta temporada entre pretendientes y toda clase de eventos con petimetres que debemos seleccionar y no dudo de que alguna se comprometa formalmente si es su deseo.

—¿Y queréis saber cuál de las chicas se prometerá en primer lugar?

Los otros se miraron con el ceño fruncido y negaron con la cabeza. George tomó de nuevo la palabra.

—No, cuál de nosotros cae primero —anunció con mucha seriedad—. Yo apuesto porque será Christopher, que por mucho que

se haya marchado a Edimburgo, el duque lo ha señalado como el primero que debería casarse.

Sebastian soltó jocoso:

—Pues yo creo que serás tú, George. Tu título de conde anima mucho a las madres con hijas casaderas y si vas de salón en salón acompañando a Helena estarás en una posición preferente para evaluar a las damas.

—Derek me ha dicho que esta noche acompañarás a Sarah —replicó el conde, jactancioso.

Sebastian frunció el ceño y asintió.

—Esta mañana he escuchado a mis padres decir que ellos también irían —aseguró Alexander—. Así que, si van los míos, irán los tuyos, Sebastian, y tía Henrietta también.

—Es cierto. Es el aniversario de los Delaware y la vizcondesa es una gran amiga de nuestras madres —apostilló George.

Como si se hubieran puesto de acuerdo, los tres elevaron los ojos al cielo. Les iba a tocar asistir a la fiesta.

Sebastian entró al salón de los Delaware con George, Alexander y su hermano Derek quien, al saber que toda la familia asistía al baile, no pudo escabullirse.

Era una mansión muy elegante y lujosa. De los techos colgaban enormes lámparas cargadas de velas que daban la sensación de un cielo estrellado. El gasto en cilindros de cera de aquella casa podría mantener a más de una familia humilde.

La fiesta ya estaba empezada, antes del baile había habido una recepción para invitados muy íntimos, entre los que se contaban sus padres y el duque. Todavía faltaba bastante para la medianoche y había muchos invitados; el salón de baile estaba repleto y ellos se dirigieron a un rincón, donde algunos conocidos hablaban animadamente.

—Esta temporada da gusto acudir a los bailes, hay muchas damas dispuestas a encontrar marido —dijo un baronet que acababa de heredar el título y se decía que buscaba esposa.

—Lo importante no es que ellas busquen marido, sino que tú busques esposa —respondió otro, dándole una palmada en el hombro al primero. Al verlos acercarse dijo, jocoso—: Pero bueno, los irresistibles Trevelyan. ¿Cómo están, caballeros?

—Bien —respondió Sebastian de buen grado. Aquel apelativo los iba a perseguir siempre, su propia hermana y primas los llamaban así. Tendió la mano al hombre que los saludaba—. ¿Qué tal, Stepyltong?

Edward Jonhstone, conde de Stepyltong, tenía una ocupación en el ministerio del Interior que a Sebastian no le quedaba demasiado clara, pero era uno de los mejores amigos que tenía, al igual que sus primos. Había ayudado a Henry a desvelar el complot que el desaprensivo Winstrop había urdido contra Georgia al pretender arruinarla y comprometerla para que los obligaran a casarse y así poder meter las manos en su fortuna. Y también había intervenido para ayudar a Jared y averiguar quién había tratado de secuestrar a Evelyn y amenazado con dañarla a su padre, el coronel bajo cuyas órdenes había servido Jared en el ejército, si este no desvelaba información secreta de la corona. En su desesperación el militar pidió ayuda a Jared para que la protegiera y la llevara junto a él en Londres. Había sido un viaje lleno de peligros y Evelyn acabó secuestrada, pero él dio con los culpables. Descubrir al traidor que estaba detrás de aquella maldad había resultado complejo, pero Stepyltong había conseguido averiguarlo con un plan inteligente y el traidor había sido detenido.

El conde era de esas personas que no dudaban en ayudar a sus amigos e interesaba tenerlo al lado en los malos momentos. Tenía recursos para todo, además de una gran fortuna. Henry y Jared estaban felizmente casados, con las damas que les habían robado el corazón y, con seguridad, Sebastian podía decir que Stepyltong había contribuido a ello.

—Los dejo, caballeros, creo que voy a dar una vuelta —anunció el nuevo baronet.

Se despidieron de él y Stepyltong les propuso tomar una copa.

—El vizconde ha sacado sus mejores caldos y brandis, pero ha dado orden de que no a todo el mundo se le sirva de esas botellas; tiene otras semejantes con los mismos licores, pero más baratos.

—Me pregunto cómo puedes saber eso —observó Alexander.

—Sé muchas cosas… —y soltó una carcajada—, pero esta no tiene misterio. Mi padre le facilitó el proveedor.

Llegaron a la sala de bebidas y, como había dicho el conde, estaba repleta de gente. Buscaron un lugar cómodo y pidieron unas

copas de champán. No las habían terminado cuando unas jóvenes se acercaron hasta ellos. Eran Eleanor Delaware y su prima Helena.

—¿Se esconden, caballeros? —preguntó la hija de los anfitriones —. Hay muchas damas sin bailar.

La música se filtraba por todas las salas y en aquel instante se había hecho un silencio, señal de que a los pocos minutos comenzaría otra pieza.

—Os hemos visto entrar en la sala de bebidas —señaló Helena —. Venimos a por algo que nos refresque, hace calor en la sala.

Derek aprovechó la nueva compañía para anunciar que iba a darse una vuelta por la sala y desapareció en un segundo.

A Sebastian no le pasó desapercibido el gesto que hizo Stepyltong a un camarero y este al instante estaba delante de ellos ofreciendo las bebidas que tenía sobre la bandeja que portaba.

—El champán está delicioso, papá no ha reparado en gastos — avisó Eleanor y Stepyltong le ofreció una copa a cada una.

—¿Tienes algún baile libre, prima?

—Por supuesto, siempre te guardo uno —bromeó Helena con Alexander.

—¿Y a mí, me ha reservado alguno? —inquirió Stepyltong que dejó su copa vacía sobre una mesa cercana.

Ella miró coqueta su carné y, de reojo, él también, y sin darle tiempo a responder le anunció:

—Resérveme el siguiente. Parece que lo tiene libre.

Sebastian observó la escena y miró a George, que no quitaba la vista de encima a su hermana, ¿coqueteaba con el conde?

La música se reanudó y Eduard Jonhstone tendió la mano hacia Helena para sacarla a la pista; esta, sin miramientos, le dio la copa a Alexander y aceptó la invitación del conde.

—¿Me concede este baile, Eleanor? —preguntó George a la hija de los anfitriones.

—Encantada.

Sebastian se quedó solo con Alexander, y ambos observaron a las dos parejas que se marchaban hacia el salón de baile.

—Será mejor que nos movamos, Sebastian —sugirió Alexander —. Si queremos bailar, está feo que nos vengan a buscar.

Soltó una carcajada. Alexander había interpretado la escena igual que él.

Dieron una vuelta por todo el contorno del salón, saludaron a conocidos y hablaron con otros; incluso más de un caballero los tentó con ir a la sala de juegos a echar una partida de naipes. Pero ni Sebastian ni Alexander estaban por la labor.

—Allí veo al abuelo —anunció Sebastian.

En una zona privilegiada del salón había divisado al duque, lo acompañaban algunos miembros de la familia. Las damas estaban sentadas en un sofá, mientras que los caballeros permanecían de pie. Se acercaron a saludarlos.

—¿Qué hacéis que no estáis bailando? —pregunto tía Henrietta, tras los saludos.

—Me duele la rodilla —comentó Alexander con sorna.

—Yo lo acompaño, por si se cae.

Celia miró con severidad a su hijo a la vez que le reprendía.

—Sebastian, no seas descortés y tú, Alexander, tampoco deberías bromear. Los varones lo tenéis todo más fácil. Hay muchas damas y no deben quedarse sentadas porque sois unos desconsiderados. Allí está Josephine Williams.

Sebastian miró hacia donde su madre le indicaba con la barbilla y vio a la joven. Su familia, igual que los Delaware, eran muy amigos de los Trevelyan. La última vez que la había visto había sido en la boda de Jared. Era una joven simpática y muy agradable. Le caía bien, así que decidió pedirle el siguiente baile.

—Está bien, madre.

Alexander se escabulló del grupo con la excusa de haber visto a un conocido y Sebastian se acercó a la señorita Williams. Estaba acompañada de otras jóvenes que no conocía. Las saludó con cortesía y estas le devolvieron de igual modo el saludo.

—Veo que está alejada de la zona de baile —le dijo a Josephine con complicidad, sabía que le gustaba mucho bailar y pensó que quizás esperaba a que la sacara algún caballero en concreto. Ella levantó los ojos con coquetería, las otras amagaron una risilla—. Espero poder remediarlo, quizá hasta lo encelemos —añadió con humor, pero con tono serio y solícito preguntó—: ¿Me concederá la siguiente pieza?

Josephine revisó su carné de baile y sonrió.

—Por supuesto, Sebastian, la siguiente pieza no la tengo comprometida y espero que lo consigamos —murmuró las últimas

palabras con mordacidad y Sebastian intuyó que la joven esperaba a alguien que por alguna razón no se atrevía a sacarla a bailar.

Se quedó con el grupito hasta que empezó la nueva melodía. La conversación fue más breve de lo que esperaba, ya que otros caballeros vinieron en busca de las otras jóvenes.

Cuando fue el momento tomó a Josephine de la mano y se acercaron a la pista. Por la posición que iban adoptando los bailarines intuyó que era una cuadrilla.

Se colocaron frente a una pareja, para formar el cuadrado. Tomó la mano de su acompañante, que estaba a su lado, se miraron por un segundo con una amplia sonrisa; luego, desvió la vista al frente, hacia la dama que tenía delante.

Casi quedó noqueado.

Era Violet.

La mujer que durante años le había robado el sueño.

La mujer que se casó con otro.

Ella hizo una leve mueca con los labios, como si verlo la alegrara, como si la escena fuera la más normal del mundo. Y él escondió la emoción que le había generado verla, con una simple inclinación de cabeza casi imperceptible.

La música empezó y de manera mecánica se giró hacia su acompañante y después, de nuevo, con un paso hacia delante saludó a la pareja de enfrente. Los cuatro dieron un paso hacia atrás y cada uno tendió la mano derecha para unirlas en el medio y comenzar los pasos en el sentido de las agujas del reloj.

Sebastian no esperaba sentir la sensación que le atravesó el pecho al notar la mano de Violet. Ella llevaba unos finos guantes y él también, así y todo, era como si sus manos desnudas se tocaran. Estaba preciosa con un vestido de muselina y seda en color verde turquesa. Llevaba el pelo recogido y en su intrincado moño había multitud de alfileres con perlas y brillantes. Se guardó aquella imagen, quizá mucho más tarde podría evocarla y plasmarla en un lienzo.

Llegó el momento de unir las manos izquierdas y desandar la rueda. Su semblante era serio, si controlaba sus emociones nadie podría notar lo que le estaba afectando ver a aquella mujer.

Violet notó la presión de los dedos de Sebastian en los suyos y un

latigazo le recorrió el cuerpo. ¿Cómo era posible sentir algo así, tan solo con un roce de sus manos? Necesitó mirarlas para cerciorarse de que llevaba los guantes puestos. Tenía la sensación de que estaban piel con piel. Por un segundo tuvo la impresión de que las otras parejas desaparecían y solo ellos dos ejecutaban la pieza, mirándose a los ojos como estaban en aquel instante. Tuvo que romper el contacto para no quedar en evidencia.

Desde que había llegado a la fiesta de los Delaware había estado bailando y se había sentido tan feliz que no recordaba desde cuándo esa emoción no la embargaba. Se había preparado para el encuentro con Sebastian, sabía por Henrietta que acudirían al baile todos los Trevelyan, pero no imaginó que lo encontraría delante de ella, en una cuadrilla, sin previo aviso. No entendía por qué su presencia podía afectarla tanto. Habían pasado seis años, seis largos años de aquellas escasas dos semanas, cuando lo conoció y en las que se enamoró como jamás pensó que podía ocurrir. ¿Cuántas veces había pensado qué habría sucedido si hubiera caído en la tentación de escaparse con él? Aunque siempre había imaginado que aquella propuesta había nacido de la improvisación de un momento extraño entre ellos dos; ni siquiera había intentado besarla y le habría gustado mucho que lo hiciera, quizás si lo hubiese hecho ya no lo recordaría. Sin embargo, aquello era un imposible, ella estaba prometida e iba a casarse con otro…

La vida se había encargado de esconder en lo más profundo de su ser aquel recuerdo, pero era tan bonito soñar despierta que lo había revivido muchas veces sin querer olvidarlo del todo.

Sonrió al tenerlo de nuevo frente a ella en el movimiento de la danza y, tras el giro, un estremecimiento la atravesó de nuevo cuando se dio el cambio de parejas. Él la sujetó con suavidad por los dedos, aquel roce la torturaba y solo pensaba en que necesitaba salir al jardín y respirar aire.

—No sabía que estaba en Londres —musitó él.

—Sí lo sabía.

Lo desafió con la mirada, pero como si la pregunta no la hubiera afectado; al menos eso creía que proyectaban sus ojos, por dentro se sentía de gelatina. Estaba convencida de que aquel día en el parque la había visto de lejos.

La danza los obligó de nuevo a separarse y ya no hubo ninguna

palabra entre los dos, aunque se repitiera la danza y volvieron a estar tomados de la mano. Esperaba que al acabar el baile pudieran conversar, pero lo único que escuchó de él fueron unas palabras de despedida. Lo observó tomar del brazo a su acompañante e ir con ella fuera de la pista.

No supo por qué le molestó tanto pensar que aquella joven sería su prometida.

Con su acompañante llegó hasta donde Henrietta y las otras damas aguardaban sentadas, una vez allí este la despidió y se retiró. Era un joven agradable, pero demasiado insistente en mostrarle el invernadero o los jardines. Como si ella fuera una jovencita ingenua. Había estado recluida prácticamente en el campo, pero no era tonta.

El duque se le acercó junto a otro caballero y ella los saludó como correspondía el protocolo.

—*Lady* Pattison ¿recuerda a mi hijo? Lord Hubert Trevelyan.

—Encantada, milord —saludó—. Su Excelencia.

Dudó de si aquel era el momento y el lugar adecuado para hablar con el duque, pero nada podía perder, así que se animó.

—Excelencia, me gustaría poder comentarle un asunto, quizá pueda ayudarme. Mi padre confiaba mucho en usted y he pensado que podría asesorarme.

—¿Es sobre temas del corazón o financieros?

Ella sonrió, el duque era un pícaro.

—No sé si la palabra «financieros» lo define. Es sobre la propiedad de mi padre en Plymouth.

Con mucha delicadeza, el duque le dijo que las paredes oían y que era mejor abordar aquel tema en otro lugar. Quizá lord Hubert podía ayudarla más que él. Este, quizá al ver su apuro, la invitó a visitarlos a la tarde siguiente, podrían tomar el té y luego hablar con tranquilidad en su gabinete.

Había decidido vender la parte del negocio de su padre y así rompería la relación económica que la unía a Oswald Aniston. Creía que así no tendrían nada en común que él usara de excusa para verla. Había recibido una carta en la que le decía que él y su esposa iban a visitar Londres para tratar unos asuntos y aprovecharía para pasarse por su casa, así le firmaba unos papeles. Aquel tema la tenía nerviosa, después de los rumores que Ethel se había atrevido a

soltar, que fuera a verla podía significar que ella la atacara de alguna forma. La nueva baronesa tenía una lengua viperina.

Pero necesitaba asesorarse antes de aquel encuentro, quería conservar la casa y una pequeña embarcación que su padre había usado más de recreo que en sus negocios comerciales; sin embargo, su mitad de los dos barcos comerciales no le interesaba en absoluto.

Tras la conversación con el duque y su hijo se quedó más tranquila. Hacía calor en el salón. Estaba muy concurrido y decidió salir al jardín. Necesitaba tomar el aire y, sobre todo, sentirse dueña de sí misma. Nadie le había dicho nada indiscreto, pero había sentido la mirada curiosa de algunas damas sobre ella e imaginó que no pensarían nada bueno.

Aquella noche estaba resultando demasiado intensa.

# Capítulo 4

Violet salió al jardín y, no muy lejos, divisó a Sebastian. Lo reconoció nada más verlo, estaba de espalda a los ventanales, sentado en un banco, muy cerca de la baranda que delimitaba el jardín con la terraza.

Parecía que esperaba a alguien, o quizá, tan solo miraba hacia la profundidad. Era una amplia explanada, iluminada por un sendero de pequeñas vasijas de aceite, a la que se accedía por unas escaleras de cinco peldaños. El mirador en el que estaban tenía varios bancos de piedra sobre el suelo enlosado y una balaustrada que recorría todo el perímetro.

Se acercó sigilosa. Dudaba de cómo la recibiría.

—Señor Trevelyan —lo llamó cuando estaba a unos pasos.

Él la miró por encima de su hombro con sorpresa, se levantó muy aprisa, dio la vuelta al banco y le presentó sus respetos.

—*Lady* Pattison.

—Violet, me gustaría que me llamara Violet, si no le importa.

—Me gusta más, pero lo haré si usted me llama Sebastian.

Compartieron una sonrisa tímida, pero Violet sentía un fuego por dentro que no había conocido antes y supuso que era el peligro que irradiaba aquel hombre.

—Tiene que disculparme, no esperaba encontrarla aquí y creo que no he sido muy educado.

—No se preocupe. Es normal.

—¿Normal?

—Sí, yo sabía que lo encontraría, pero usted no sabía de mí.

—Bueno… tampoco es del todo cierto.

Rieron como dos tontos. Él señaló el banco y le ofreció sentarse,

Violet accedió, solo porque dudaba de que las piernas la sostuvieran. Si se caía iba a hacer el ridículo.

—Tiene una hija encantadora.

—Sí, es un cielo, pero muy pícara. Me contó que le pidió que la dibujara y usted fue muy amable con ella. Recuerdo que no le gustaba que lo molestaran cuando trabajaba.

Él rio abiertamente.

—Sigue sin gustarme, pero la señorita Margaret fue persuasiva.

Por unos instantes estuvieron hablando del dibujo y del momento del parque en el que Maggie le había pedido que la dibujara. Los nervios que Violet había sentido en el estómago se disiparon y se sintió tranquila al conversar sobre el tema que más le gustaba hablar: su hija; y con una amistad de hacía tiempo, sin importarle nada más.

—No sé a quién ha salido —cortó ella.

—Quizá a usted.

—No, yo no soy atrevida, siempre he sido bastante retraída.

—Yo no la recuerdo así. Recuerdo a una joven curiosa… a la que yo quería pintar.

Violet supo que se ruborizaba por el calor que sintió de pronto en las mejillas. La tensión se cernió sobre los dos y no encontró cómo salir de aquel momento incómodo.

—Supe lo de su esposo —murmuró él y Violet lo miró con tensión.

—Enfermó de pronto —sintió la necesidad de explicar qué le ocurrió, pero solo fue capaz de decir aquellas palabras.

Sebastian no dijo nada, y ella deseaba, necesitaba, que él llenara el silencio. Al fin habló.

—¿Por qué no regresó a Londres?

—Descubrí que estaba embarazada y, en cierta manera, dependía del hijo de mi esposo, el nuevo barón. Aunque mis padres me visitaban de vez en cuando, pero tras su accidente… Me acomodé, aquella era mi casa.

—Al no volver pensé que rehízo su vida en el campo… Si hubiera venido, yo… mi familia la habría ayudado.

—Lo sé, ahora lo sé.

Sebastian se moría por hacerle mil preguntas, pero aquel no era el

lugar. Las paredes oían, como decía su abuelo, y estar allí, conversando a solas, aunque estuvieran a la vista del todo el mundo podía ensombrecer la reputación de la dama.

—¿Ha vuelto a casarse? —inquirió con curiosidad.

—No, ¿y usted, se ha casado?

—Tampoco.

—¿Por qué lo pregunta?

—Por curiosidad. Me pregunto qué la trae ahora a Londres.

—No es una historia muy larga, pero si le interesa puedo contársela en otro momento, no creo que aquí sea lo más indicado.

Por supuesto que le interesaba, pero no pensaba demostrárselo.

—Es cierto, no es el sitio.

Sebastian tenía que dar por terminada aquella conversación antes de que alguien los interrumpiera, se levantó y dijo todo lo amable que pudo.

—Me ha gustado verla, si ahora vive en Londres seguro que coincidiremos en algún salón.

Ella lo observó, turbada, pero se levantó y le tendió la mano para despedirse, él le besó el dorso con mucha suavidad. Cuando ella había puesto unos pasos de distancia con él, la llamó.

—Violet. —Lo hizo solo para mortificarla, luego susurró—: Todavía quiero pintarla.

Sebastian buscó a alguno de sus primos, pero parecía que se los había tragado la tierra. Se acercó a la sala de bebidas y encontró a Stepyltong.

—¿Te apetece perder algo de tu fortuna a las cartas? —inquirió el conde.

—¿Y ese interés repentino por el juego? —preguntó, curioso.

—Mal de amores, amigo. Todo un asco. ¿Quién entiende a las mujeres?

—Sí, todo un misterio. Nunca se sabe en qué piensan —respondió, pensativo; al instante templó su ánimo y le propuso—: Anda, vamos a bailar y conservemos nuestras fortunas.

—Te propongo algo mejor, salgamos de aquí y emborrachémonos.

No era mala idea, tampoco tenía nada mejor que hacer. Con un gesto teatral estiró su brazo y le cedió el paso a su amigo.

—Me has convencido… Adelante.

Sebastian se levantó cerca del mediodía. No recordaba a qué hora se había acostado, pero estaba seguro de que no había sido antes del alba. Había ido con Stepyltong a una fiesta donde no faltaba el alcohol y la gente no se mostraba tan encorsetada como en la casa de los Delaware. Había un espectáculo en mitad de salón con mujeres y hombres ligeros de ropa, que tan pronto danzaban como se retorcían entre ellos como si estuvieran amancebándose. Aquella escena hacía que los espectadores se acaloraran y sin más necesidad que el consentimiento de la persona que tenían al lado se dejaban llevar por los deseos de la carne.

Le hubiera gustado dejarse llevar por aquellas pulsiones, pero en vez de eso se entregó a otras. Junto a su amigo se unió a una partida de cartas que se alargó varias horas.

Miró su billetera y con sorpresa descubrió un fajo de billetes y algunos pagarés. Eso le hizo pensar que no le había ido mal. Su fortuna seguía intacta. No era un jugador asiduo y tenía la sana costumbre de saber retirarse a tiempo. No como otros caballeros que podían perder hasta la camisa. Alguna vez había presenciado partidas en las que las sumas que se ponían sobre la mesa podían enriquecer a un hombre y arruinar a otro.

Se dio un baño con calma y pensó en su encuentro con Violet. Tenía que ser discreto y averiguar dónde vivía, con seguridad su hermana o su prima sabrían dónde era.

Al salir de la zona de aseo y entrar en su dormitorio la vista se le fue a una pintura que tenía en la pared frontal a su cama. Era el retrato de una mujer, mostraba la espalda desnuda, estaba sentada sobre una bañera en la que podía percibirse el agua. La joven miraba por encima de su hombro al espectador. Sonrió con sarcasmo. Era un boceto que tenía repetido por varios lugares de su estudio.

«Debiste enloquecer y no lo sabes».

Aquel cuadro lo había pintado hacía seis años, sin necesidad de tener a la modelo frente a él, aquel retrato era la viva imagen de Violet, el rostro al menos.

Se fue al club a comer, después iría a casa de sus padres a ver a su madre y a su hermana y se informaría de qué pretendientes la visitaban. Era muy consciente de que su padre se encargaría de aquel menester, pero había prometido estar al tanto y siempre

cumplía su palabra. Luego tenía intención de encerrarse en su estudio a pintar. Así podría serenar su alma. Pensar en Violet lo enardecía con cada idea. Reencontrarla había despertado el ansia que lo había devorado tantos años atrás.

Al llegar a la casa de sus padres encontró a su hermana y a su madre en la sala privada de su progenitora. Se dejó caer en el sofá junto a Sarah, que leía un libro, y preguntó, descarado.

—¿Cuál de los pretendientes te gusta más?

—Ninguno.

—¿En serio? ¿Y todas las flores que he visto?

—Esta mañana han venido bastantes caballeros, ha sido muy agradable.

Sarah se sonrió, vanidosa, y él le hizo cosquillas en un costado.

—Me parece, hermanita, que esto te divierte más de lo que nos haces creer.

—¿Y tú, qué? —replicó Sarah—. Te vi hablando con Violet Aniston en el jardín; estabais bastante cerca y solos. ¿Os hacíais confidencias?

—Te has vuelto muy curiosa.

—¿Sabes que tiene una hija? —inquirió su madre—. Es un encanto. La otra tarde tomamos el té en casa de tía Portia y la trajo. Tiene unos hoyuelos en las mejillas adorables. Creo que nos robó el corazón a todas.

—Y al abuelo —añadió Sarah—. Estaba con tío Arthur, tenía uno de esos días en los que impone su presencia y la niña se fue a hablar con él como si nada. Le preguntó qué hacían los duques, si ocupaban el lugar del rey si este se moría. Imagínate la risa del abuelo.

Soltó una carcajada y se imaginó a la pequeña Maggie indagando para saciar su curiosidad.

Sebastian se vio en la obligación de explicar el episodio del parque, no quería que luego le saltara en las narices. Debió parecerles gracioso, porque no hacían más que sonreír a medida que él explicaba lo sucedido y decir monerías de la cría.

—Anoche lo comentaba con Vio… *lady* Pattison. Es una niña muy espabilada, según lo que entiendo yo de niños, claro —dijo mirando a su hermana. Y sin querer alargar más la conversación sobre Violet le pidió a su madre algunas telas para su estudio.

—Le pediré al señor Jenkins que te las traiga, te había guardado sábanas viejas, para hacer lienzos y paños. Están en el armario de la lencería.

—Puedo ir yo mismo, si no te importa. No molestes al mayordomo.

—Claro, las encontrarás en una caja.

Sebastian se levantó de un salto del sillón y dio un beso a su madre en la mejilla.

—Antes de marcharte pásate por aquí de nuevo —pidió su madre—, quizá *lady* Pattison haya terminado su reunión con tu padre y tomaremos un refrigerio.

Estaba casi en la puerta y aquella información lo pilló por sorpresa, se giró y preguntó extrañado.

—¿Violet Aniston? ¿Qué hace aquí?

—No sé, tenía que tratar un tema legal con tu padre y el abuelo.

Salió de la sala y sus pasos lo llevaron hasta las puertas del gabinete de su padre, dudó si entrar; podría aparentar que no sabía que estaba reunido. Por un segundo se quedó pensativo en el corredor sin saber qué hacer. El señor Jenkins lo encontró allí parado.

—¿Desea alguna cosa, señor?

—¿Eh…? Iba a por unas ropas que mi madre tenía guardadas para mí.

El mayordomo no hizo ninguna alusión de que por allí no iba a encontrar los enseres. En aquel corredor solo estaba la biblioteca y el gabinete de su padre. Un despacho bastante amplio.

—Puedo ir a buscárselas, señor.

—Eh… ¿cree que podía enviar a alguien con ellas a mi estudio?

—Por supuesto, señor. Pediré que las empaqueten y se las hagan llegar. ¿Desea alguna cosa más?

—No… no… Esto… ¿sabe si mi padre sigue reunido?

En aquel justo instante las puertas dobles del despacho se abrieron y ante él apareció Violet junto a su padre y su abuelo.

—Sebastian, ¿querías algo? —preguntó lord Hubert.

—Venía a saludarte, padre, pero me han dicho que estabas ocupado.

Miró al mayordomo, sabía que jamás diría nada que lo dejara mal. Este, con expresión seria, inclinó ligeramente la cabeza a la vez

que le decía.

—Señor, tendrá el encargo en Regent Street esta misma tarde. —Y se alejó del grupo.

Después de la reunión que acababa de tener, ver a Sebastian en la puerta, como si la esperara, la llenó de alivio. Aunque la expresión de curiosidad de su rostro casi la hizo reír.

Se recriminaba lo confiada que había sido, pero se alegraba por conservar las amistades que habían tenido sus padres. Su madre siempre le había dicho que los Trevelyan eran los mejores amigos que se podían tener, por eso no había dudado en consultar con ellos su situación. Y en aquel instante se alegraba muchísimo de haberlo hecho y salir de la ignorancia en la que vivía.

Violet había explicado al duque y a lord Hubert su intención de vender su parte del negocio que fue de su padre. Había llevado con ella todos los documentos que tenía. En un principio, los Trevelyan no entendían la urgencia en encontrar un comprador, hasta que les habló con sinceridad.

—Me resulta embarazoso comentar este asunto, pero me causa mucha incomodidad mantener esta sociedad. Heredé de mi padre su parte, como sabe, duque, lord Pattison era el socio de papá y ahora todo eso lo gestiona el nuevo barón y no quiero tener nada que me relacione con él.

Sin darse cuenta explicó las imaginaciones de la nueva baronesa y sus palabras malintencionadas y enfatizó que quería empezar de cero en Londres, sin nada que ver con su antigua vida y sin tener que ver a Oswald Aniston por ningún motivo.

—Entiendo las razones, pero es una pena que venda —señaló el duque.

Violet les mostró los documentos y las copias de los papeles que había firmado en los últimos tiempos. Reconocía que nunca se le habían dado bien aquellos asuntos, el hijo de su esposo y un administrador los había gestionado siempre. Mientras lord Hubert los leía, Violet lo observaba golpearse, una y otra vez, con un dedo en los labios y miraba al duque en alguna ocasión. Al cabo de unos minutos el hijo del duque dijo tajante.

—No puede vender su parte, *lady* Pattison.

—¿Cómo es posible?

—Porque es usted la dueña de todo —alegó Hubert—. ¿No lee los documentos que firma?

Ella negó con apuro.

—La verdad es que mi esposo se encargaba de todo, tras su muerte lo hizo Oswald y, reconozco que, cuando murieron mis padres, yo no estaba muy lúcida para nada y él se hizo cargo de todo. Me limito a firmar, cada poco tiempo, un documento de cesión, creo… o de no sé qué.

—Ese acuerdo que firma dice que usted permite que el barón gestione su negocio y autoriza las cargas que aceptan contratar para su traslado a los puertos comerciales con los que trabaja. Todo es legal, según parece. Por lo visto su padre acordó con Homer Aniston que usted sería la única heredera cuando ambos fallecieran. Así lo dice en estas escrituras, que hicieron nuevas cuando se casó con el barón. Por lo tanto, los dos barcos y el negocio comercial son suyos y usted es libre de nombrar el administrador que quiera. Por lo que parece ahora lo hace el abogado del barón.

Tardó en digerir aquella noticia unos minutos.

—¿Quiere decir que Oswald, lord Pattison, me ha estado engañando todo este tiempo? —preguntó con asombro.

—Al menos no le ha dicho toda la verdad —respondió el duque con voz seria.

—Será… —pensó que de nada le valía maldecir, y una dama no lo hacía, al menos en público, así que se tragó su orgullo herido y se lamentó—: Pero yo no entiendo de nada, ¿cómo voy a dirigir un negocio como ese? Creo que debería vender.

—¿Por qué no se lo piensa, Violet? ¿Me permite que la llame así? —preguntó con afecto lord Gilberston.

—Oh, sí, por favor.

—¿Cuándo ha de reunirse con lord Pattison? —preguntó lord Hubert.

—Me enviará recado cuando lleguen a Londres.

—Avíseme, puedo ir en su nombre o con usted, como desee.

—Querida, ya pensará qué hacer con ese negocio —alegó el duque—, pero yo creo que, con un buen administrador, de confianza y conocedor del negocio, por supuesto, no le será complicado hacerse cargo. Además, bien llevado, ahora que el negocio está saneado, puede hacerla muy rica.

Después de aquello decidió que lord Hubert la representara, así no tendría que hablar de nada con Oswald y salieron del despacho para reunirse con Celia.

Ver a Sebastian en el corredor fue la gota que colmó su desazón. Por alguna razón, verlo provocó que su corazón se acelerara.

Aceptó la invitación a tomar el té y le agradó saber que Sebastian los acompañaría, pero él no estuvo mucho rato. Tenía cosas que hacer, alegó. Él se despidió muy cortés y ella se quedó un poco más. La joven Sarah era muy agradable y la puso al día de quién era quién en los salones, una información sin duda valiosa para moverse en Londres.

Sebastian no sabía si había perdido la cabeza… un poco o del todo, pero llevaba metido en aquel carruaje más de media hora. Esperaba a que Violet saliera de casa de sus padres. Había preguntado, como al descuido, a una de las sirvientas de la mansión si *lady* Pattison había venido con doncella y le habían dicho que no. Algo que a él le alegró, aunque a la sirvienta no pareció gustarle demasiado. Por lo visto, independientemente de que fuese viuda, debería hacerse acompañar por una dama de compañía. Él la justificó con que quizá en el campo no eran tan rígidos y la sirvienta se avino a aquella explicación.

Estaba distraído en sus pensamientos cuando la portezuela del carruaje se abrió de golpe y entró la dama.

—¡Pero…! —Violet pareció asustarse al verlo. Sin embargo, al identificarlo, tomó asiento frente a él y preguntó con más calma de la que le suponía—. ¿Qué hace aquí?

—He sobornado a su cochero —confesó—. Quería hablar con usted a solas.

—Si llego a saberlo habría tardado más en salir.

—Yo la habría esperado hasta el fin de los tiempos.

Ella sonrió y pidió al cochero que la llevara a casa.

—Supongo que mientras llegamos puede decirme lo que desea.

Pero Sebastian no supo qué decirle, y preguntó por Maggie.

—¿De ella quiere hablar? —inquirió Violet, decepcionada—. Está muy bien. Me ha pedido que la lleve a un sitio que no haya visto nunca, así que iremos a la Casa Montagu.

La Casa Montagu albergaba el museo nacional público, recogía

las colecciones que se habían ido adquiriendo, desde que sir Hans Sloane, hacía sesenta años, había donado al estado su colección privada de libros, cuadros y antigüedades.

—Sin duda un lugar interesante, aunque no estoy muy de acuerdo con la forma en la que han conseguido algunas obras de arte. Literalmente las han robado.

—Eso parece, leí que el conde de Elgin se había llevado de Grecia parte del Partenón.

—Los hombres de Elgin prácticamente sustrajeron la mitad de la ornamentación decorativa del Partenón, el monumento más emblemático de la Acrópolis griega —se quejó con enfado—. Si a mí alguien me quitara alguno de mis cuadros, haciéndose eco de mi amistad, me sentiría ultrajado.

—No se enfade, mírelo así. Al menos el museo está obligado a conservar esas piedras.

—Pero se hubieran visto más hermosas en su lugar de origen, en el friso, por ejemplo. Destrozaron el Partenón al arrancar los paneles decorativos con escenas del combate mitológico de centauros y lapitas. Y no me enfado, es que me da coraje que no se respete el arte, sea de donde sea. El espolio que hicieron Napoleón y también algunos británicos en diversos países es vergonzoso.

—Entonces mañana cuando vea esos mármoles me acordaré de usted.

—¿Así que pensará en mí? —preguntó, seductor.

Ella se ruborizó. Él tomó su mano.

—Violet, quería invitarla a pasear, dígame cuándo y pasaré a recogerla.

—Puede acompañarnos al Museo.

—Eh… bueno yo pensaba a solas. Aunque Maggie me parece una niña extraordinaria.

—Sí, lo es. Lo mejor que tengo en la vida… —observó Violet y, al mirar por la ventanilla, añadió—: ¡Oh! Ya estamos llegando. Miles le acompañará a su casa, si lo desea.

—Violet… —Sebastian tiró de su mano hacia él en un momento de descuido de ella y, sin previo aviso, unió sus labios a los de la mujer.

Sin separar sus bocas, Sebastian se sentó en el asiento de ella y la estrechó entre sus brazos. Violet se acopló a su cuerpo de una

forma tan natural y perfecta que parecían aquellas almas gemelas que habían sido separadas por el enfado de Zeus, y respondió a aquel beso con verdadero entusiasmo. Algo que lo animó y encendió de tal manera que no pudo evitar acariciar su cuello y bajar su mano por el costado, bordeando el pecho. Luego se separó, necesitaba mirarla, ver en sus ojos si lo rechazaba. Ella tiró de sus solapas hacia sí y volvió a estrellar sus labios en los suyos, casi con hambre.

—¡Dios santo! —la escuchó decir.

Sebastian bebió de sus labios y bajó por su mandíbula y el cuello hasta el valle de sus senos, que besó con entusiasmo. Los tomó con las manos y los acarició con fruición. Notó como la respiración de ella se aceleraba y suspiraba, quería seguir, tomarla, pero no allí. No en la puerta de su casa.

Le costó separarse, pero tenía que recuperar la cordura. La miró a los ojos y ella le mantuvo la mirada.

—No se le ocurra pedirme disculpas, Sebastian, si es eso lo que está pensando —dijo ella, azorada.

—No es eso. Solo pienso en repetirlo.

Ella abrió la portezuela cuando el coche se detuvo y antes de salir le dijo:

—Hasta otro día, Sebastian. Me ha gustado verlo.

La sonrisa que le dedicó al bajar las escalerillas que colocó el cochero en la portezuela, era coqueta y seductora y él recogió el guante que le lanzaba. Ella también quería repetir. Lo único que no sabía era cuándo sería ese encuentro.

La escuchó dar instrucciones al cochero de que lo llevara adonde necesitara ir y él dio la dirección de su casa. Solo allí podría serenarse.

# Capítulo 5

Sebastian había estado pintando toda la tarde. El encuentro con Violet lo había encendido de tal modo que al llegar a casa solo deseaba coger sus pinceles y plasmar en un lienzo todo lo que sentía. La pintura siempre había sido su pasión, su única pasión, y ahora sentía que había crecido otra fuerza en él con el mismo poder de dominarlo. Por eso pintar, pintar incluso con locura, lo hacía recobrar el control.

Y el resultado eran varios lienzos embadurnados de rojos y otros colores, desechados por el suelo y uno en su caballete, el que le dio paz. Representaba un prado de violetas en un atardecer, con predominio de rojos y anaranjados en el cielo.

Chadburn, su mayordomo y hombre de confianza que se ocupaba de él, de su casa y de casi todo, entró en el estudio sin avisar.

—Señor, ha venido su hermano.

Tardó en responder, miraba su pintura, satisfecho; mientras revivía el beso en el carruaje, aquella imagen no lo había abandonado todavía.

—¿Habíamos quedado? —preguntó, extrañado por la visita, al escucharlo entrar.

—Por supuesto que habíamos quedado —contestó Derek.

Lo miró con sorpresa. Derek se acercó al cuadro, pero él lo cubrió con un lienzo.

—No está terminado —alegó.

—A mí me parecía que sí, pero tú eres el artista.

—¿Para qué habíamos quedado? —preguntó a la vez que dejaba los pinceles en una solución líquida y los removía. Al momento los

sacó y con un paño retiró la pintura sobrante, luego los metió en otro bote y los dejó en remojo.

—Hamlet, ¿recuerdas? —Al escucharlo, Sebastian se golpeó con la mano en la frente y rio. Era cierto, él había insistido—. Al ver que no llegabas al club cené sin ti y vengo a buscarte, supuse que estarías enfrascado en algo.

Pensó en cambiar de planes y quedarse retocando el cuadro, pero era mejor salir y despejar su mente.

—¿Me esperas? Tengo que limpiar todo esto, darme un baño… No sé, adelántate, si quieres y te veo en el teatro.

—Señor, yo me encargo de recoger todo; el baño, lo tiene preparado.

—Chadburn, mi hermano no te paga lo suficiente; si algún día quieres dejarlo, en mi casa tienes un puesto, solo tienes que decírmelo y despido al señor Pepper.

El mayordomo sonrió, no solo por lo que Derek le decía, sino porque el señor Pepper era su primo.

Sebastian lanzó a su hermano el paño que tenía en las manos.

—Eh… que vas a mancharme.

—Deja de tratar de robarme a Timothy.

Los hermanos salieron del estudio; un pabellón independiente a la casa que había comprado con la venta de los cuadros de sus primeras exposiciones y la ayuda de su abuelo. Le encantaba aquel lugar, tenía mucha luz. Grandes ventanales que daban a un jardín interior donde nadie podía molestarlo, si no entraba por la casa. Y Chadburn era un buen sirviente que no dejaba pasar a cualquiera; a veces ni a su propia familia si él se lo había pedido.

Aquel era su santuario y todos lo respetaban; podía pasarse allí días enteros. Por eso se había acondicionado una sala como dormitorio. Más de una vez le había sorprendido el alba pintando y estaba tan cansado que no le apetecía cruzar el jardín y subir a su habitación, prefería quedarse allí.

Cuando salió del baño se vistió con rapidez; un chaqué negro con camisa, chaleco y pañuelo banco, cogió su sombrero alto y bajó al salón donde Derek lo esperaba.

—Por fin, tardas en arreglarte tanto como nuestra hermana —bromeó Derek.

El vestíbulo del teatro estaba muy concurrido, nadie quería

perderse a William Macready interpretando a Hamlet. El dramaturgo había ganado fama representando papeles principales de las obras de Shakespeare y se había ganado el lugar en el Drury Lane, teatro que, aunque había sufrido varios incendios, siempre se había reconstruido con mejoras. La última remodelación databa de 1812, habían usado una nueva tecnología que sustituía las viejas columnas de madera por otras de hierro para poder sostener cinco niveles de galería, convirtiéndose en el teatro más grande de Londres.

En las escalinatas se encontraron con otros amigos, entre ellos a Edward Jonhstone, conde de Stepyltong acompañado de Leopold Bagss, marqués de Ridley. Accedieron por la escalera al palco que Stepyltong tenía en la segunda planta.

Sebastian saludó a las damas del palco vecino, amigas de su madre, y una de ellas le comentó que hacía meses había visto sus cuadros expuestos en una galería.

—Tiene que hacer otra exposición —sugirió otra de las damas—. Me gustaría tener un cuadro suyo en mi biblioteca y agotó todos los que tenía a la venta la vez anterior.

Él sonrió y agradeció el cumplido. Estaba trabajando en aquella idea. Tomó asiento junto a una dama que no conocía y que resultó ser la hija de un familiar del conde.

Tras la conversación de cortesía, dieron aviso de que la función iba a comenzar y Sebastian, guiado por la fuerza de la costumbre, miró hacia el palco de su familia, que quedaba justo al otro lado del anfiteatro. No le sorprendió verlo lleno con sus parientes, pero sí que le asombró ver a Violet sentada junto a George.

Violet estaba emocionada de poder ver a Macready en el escenario. Eso la había hecho aceptar la invitación de Henrietta para ir a la ópera. Cuando entró en el fabuloso teatro se sintió pequeña. Helena y Sarah estaban emocionadas y le explicaban las obras que habían visto; George se sentó junto a ella en el palco y se sumó a las explicaciones. Por un instante se sintió una chica de campo. Desde que se casó se había alejado de la vida social, no es que antes tuviera demasiada, pero tenía deseos y ganas de hacer cosas que quedaron en el olvido y ahora su único deseo era ver crecer a Maggie, sana y feliz. Aunque algo se había despertado en ella, una

emoción distinta a las que había sentido antes. Una emoción que una vez había germinado en su pecho, pero su deber era no sentirla y la escondió tanto que acabó desapareciendo. Una emoción que estaba a punto de salir del escondite que había creado en el fondo de su alma.

George y las chicas hablaban de otras obras del actor principal y ella, con curiosidad, cogió los binoculares que portaba y miró los palcos de enfrente, sin prestar demasiada atención, hasta que uno captó su interés. En él estaba Sebastian, conversaba con una dama y estaba rodeado de lo que suponía un grupo de amigos.

Con la creencia de que nadie la observaba se permitió fisgonear la escena. De repente, como si él se hubiera sentido observado, levantó la cabeza y la contempló con fijeza. Justo en aquel instante las luces se apagaron y empezó la función.

Ella desvió la vista y la centró en el escenario, pero al rato, sin poder evitarlo, miró de reojo aquel otro palco. Se topó con la mirada del pintor y se sintió descubierta.

El muy descarado le sonrió y con descaro se llevó los dedos a los labios, como si se acariciara el inferior. Aquel gesto la estremeció, haciéndole recordar el beso que habían compartido. Del sobresalto casi le caen los binoculares al suelo, que quedaron en su regazo. Los cogió con rapidez y disimuló. Sin embargo, eso no hizo que dejara de espiarlo de tanto en tanto.

Cuando acabó el primer acto. Helena sugirió ir a visitar el palco de lord Stepyltong y saludar a sus primos, pero su madre le dijo que una dama no visitaba el palco de un hombre, debía ser al revés. Así que Helena se quedó esperando a que el conde apareciera, cosa que no ocurrió.

Al poco de empezar el segundo acto, Helena se levantó y comentó que tenía que salir, su madre la miró extrañada y ella alegó que se había mareado un poco y necesitaba tomar el aire. Henrietta se levantó y ante la cara de Helena, que pareció palidecer, Violet se ofreció para acompañarla al tocador.

—Voy a pedirle un favor, *lady* Pattison, pero no me riña —le dijo Helena una vez estuvieron en el corredor.

—Violet, por favor.

—No me siento mal, solo quiero hacer una cosa.

—¿Y cómo quieres que te ayude? —la tuteó.

—Mi madre y George no me quitan el ojo de encima, pero usted puede ir al palco de lord Stepyltong y darle esta nota. Es la respuesta a una que he recibido. No es nada indecoroso, vea.

Violet leyó la nota que Helena le mostraba. Le confirmaba una hora y un lugar en Hyde Park para el día siguiente. Un lugar bastante concurrido, pero en el que esperaba coincidir.

—¿Estás interesada en lord Stepyltong?

—Me gusta mucho.

—Pero no puedes poner en juego tu reputación enviándole notas.

—Edward nunca haría nada que me perjudicase, conoce a mis hermanos y a todos mis primos. Lo convertirían en cebo para los peces.

—Así que Edward, ¿eh?

La joven se ruborizó y Violet supo reconocer a una joven enamorada. Así que tendió la mano hacia ella en un gesto de demanda.

—Llevaré tu nota, solo espero que lo que sientes sea correspondido. O seré yo quien lo haga trocitos para los peces… o para los cerdos.

Helena la miró con los ojos muy abiertos y ambas rieron. Acordaron que regresaría al palco y la excusaría alegando que se había entretenido en el tocador.

Violet siguió el camino circular para llegar al otro extremo de los palcos y luego buscó el que Helena le había dicho. No conocía el teatro y temió confundirse. En el pasillo había visto a un jovencísimo ujier y volvió sus pasos para pedirle que le mostrara el palco del conde, cuando este se lo señaló, sacó una moneda de su bolsito y le rogó que le entregara, con discreción, la nota a Stepyltong. Ella esperaría fuera para saber que él la había recibido y para obtener alguna respuesta.

Nerviosa por saber quién estaba en ese palco se separó unos pasos y caminó en círculos, pero una voz conocida le habló a su espalda. Al girarse vio a Sebastian con el conde.

—Violet —la llamó Sebastian y por su tono notó la desconfianza en su voz. Este miró al conde y de nuevo a ella—. La he visto por entre los cortinajes. ¿Ocurre algo?

—No, no… es que…

—*Milady*, le quedo muy agradecido —afirmó el conde y asintió con la cabeza, lo que interpretó que aceptaba lo que Helena le pedía. Luego añadió—: Quédate tranquilo, amigo, no es nada indecoroso.

Sin añadir nada más, el conde volvió al palco y Sebastian se quedó frente a Violet.

—No quiero hacer el ridículo, *milady*.

—¿Ahora soy *milady*? —preguntó coqueta—. Creí que era Violet, para usted.

—No me gusta esta sensación de no saber qué ocurre.

—No ocurre nada… al menos entre el conde y yo, solo he sido una mensajera.

—¿Mensajera de qué?

—Eso no puedo decírselo, podría perder la vida —señaló con humor. Él también rio.

—Vamos, la acompañaré a su palco.

Sebastian la tomó por el codo y ella se estremeció por el contacto. Llevaba guantes altos, pero él se había quitado los suyos y el contacto le erizó la piel.

Colocó los brazos lacios, junto a su costado y Sebastian también, pero iban tan cerca el uno del otro que percibía como los dedos del pintor parecían querer tocar los suyos.

—¿Sabe lo que es desear a alguien hasta que le duele a uno la piel y el cuerpo? —le preguntó Sebastian sin mirarla.

—No, no lo sé.

—Así me sentí yo el día que nos despedimos porque iba a casarse con otro.

—No fue decisión mía.

—Lo sé.

Estaban cerca de dar la vuelta que los situaba en el pasillo donde estaba el palco de los Trevelyan. Sin preverlo sintió que Sebastian tiraba de su mano y entraron en un palco vacío.

—¡Sebastian! Pueden descubrirnos.

Él la arrinconó contra la pared.

—Nadie va a descubrirnos, no tema.

Violet sintió su aliento en el cuello y la mandíbula, le daba pequeños besos, casi diminutos, y la encendía tentándola sin terminar de llegar a su boca.

—¿Qué tiene con el conde?

—¿Acaso cree que puedo tener algo? ¿Tan descocada cree que soy?

No había enfado en su voz, quizá porque el pintor la estaba deshaciendo con sus besos irresistibles y arrebatadores.

—No, solo creo que no sabe lo que puede provocar en un hombre.

Le mordió el labio inferior, provocándolo para conseguir que la besara como deseaba.

—Sebastian, por favor, béseme. Béseme antes de que salga corriendo.

Y Sebastian la obedeció.

Violet se entregó a aquel beso arrebatador, tendió los brazos hacia arriba para entrecruzar las manos alrededor del cuello de Sebastian y se abandonó a todo lo que sentía. Él le acarició los pechos y ella dejó escapar suspiros de desesperación.

—Por favor, esto es… es una locura.

—Esto es el deseo Violet, el deseo que nos arrolla y no podemos evitarlo.

Él se separó para mirar su rostro y ella quiso esconderlo, se notaba arrebolada, la sangre le bullía y en el estómago se le había creado una sensación de vacío que no conocía.

—No esconda el ardor, Violet, está hermosa —afirmó él y le levantó la barbilla con los dedos. Volvió a besarla con la misma furia de antes.

—Me gustaría tanto pintarla así, con este ardor en sus mejillas.

Ella se sonrojó mucho más, solo de pensarlo sintió vergüenza. Necesitó serenarse durante unos segundos para templar su ánimo.

—Tenemos que salir de aquí, me estoy retrasando en volver.

—La próxima vez que la bese no la dejaré marchar.

Sebastian inspeccionó el pasillo, seguía vacío, así que la invitó a salir. La despidió a unos metros del palco de los Trevelyan, ella entró, pero esperó de pie unos segundos para tranquilizarse del todo, luego, como si nada, ocupó su asiento.

—¿Todo bien, querida? —preguntó Henrietta.

—Sí, han tenido que coser el bajo del vestido —mintió—. He debido de pisarlo y se había roto. —Miró a Helena, que la observaba expectante, y añadió sonriente en un susurro—: No

faltará.

Violet tomó sus binoculares con naturalidad y dio un repaso a los palcos de enfrente. Se detuvo en el que estaba Sebastian, ya había vuelto a su sitio y este también miraba al frente. Descarado, se mordía el labio, igual que ella había hecho con él.

«Es un atrevido», pensó. «Un atrevido irresistible».

Aquella noche Violet no durmió nada bien, daba vueltas y vueltas y revivía las sensaciones que le surgían cada vez que tenía cerca a Sebastian. Sensaciones que, a pesar de haber estado casada, no recordaba haber tenido.

Sebastian se sentía como un colegial, había pasado la noche soñando con Violet y había sido un sueño muy ardiente y apasionado, se había levantado como si tuviera una mujer al lado y estuviera a punto de tomarla.

A aquellas horas, en vez de estar en su estudio realizando bocetos de los proyectos que tenía en mente, se encontraba como un dandi, paseando arriba y abajo frente la Casa Montagu, la antigua mansión que acogía el museo y sus colecciones. Había decidido pasarse por allí y hacerse el encontradizo con Violet y su hija.

No tuvo que esperar demasiado, había calculado que ellas ya habrían visitado el museo y no se equivocó. Violet, con Maggie de la mano y dos doncellas, salía del lugar conversando animadamente. Se acercó hasta ellas.

—Señor Trevelyan, qué casualidad encontrarlo por aquí —advirtió Violet.

—Tenía que hacer unas gestiones e iba a tomar un coche —mintió él, descarado. Luego saludó a la niña—. Buenos días, señorita Margaret.

La pequeña lo miró con una sonrisa en la cara. No habían vuelto a verse desde el día en el parque, pero le constaba que su madre le había dicho que se conocían desde hacía mucho tiempo.

—Señor Trevelyan, no había ningún cuadro suyo en el museo —dijo la niña.

—¿Seguro? —preguntó en broma, pero con el semblante muy serio. Violet y las otras mujeres sonrieron.

—Sí, aunque solo hemos visto unas piedras muy viejas y una con

varios lenguajes.

—Ah, ¿ha visto la piedra de Rosetta? Pero ¿le ha gustado el museo?

—Sí, vendremos otro día, a ver más cosas. Ahora nos vamos a casa, viene mi hermano.

—¿Su hermano? —La pregunta fue más para Violet que para Maggie; la doncella, que reconoció como la niñera, llamó la atención de Maggie y la tomó de la mano, dejándolos hablar con más intimidad.

Violet le explicó, a la vez que reanudaba el paso y caminaban uno al lado del otro detrás de la niña y las doncellas, que había recibido una nota del barón a primera hora.

—No he querido cambiar los planes y estar a la espera, pero lord Pattison, me ha anunciado que nos haría una visita y, conociéndolo, se presentará antes del té. —No le pareció que le agradaba la visita, pero lo que le extrañó fue su pregunta—. ¿Sabe si está su padre desocupado?

—¿Mi padre?

—Se ofreció a ayudarme con unos asuntos legales y me gustaría que estuviera presente cuando llegue Oswald.

—¿Tiene algún problema con él? —preguntó con confianza.

Ella lo miró y luego a Maggie, la niña iba delante, distraída, ella bajó la voz.

—No me siento cómoda. No es que haya ocurrido nada especial, pero su esposa…

Violet le explicó de un modo muy resumido el cotilleo lanzado por la esposa de su hijastro, y que su propia familia había acallado, y el asunto del negocio. Por eso se había reunido con su padre y su abuelo, ellos la habían asesorado.

—Creo que tiene la fuerza necesaria para dirigir su propio negocio, mi padre puede ayudarla, entiende mucho de asuntos legales, y mi primo Christopher también. Solo necesita creer en usted.

—¿Eso piensa de mí?

—Eso y, además, que hoy está muy hermosa y me gustaría besarla —musitó las últimas palabras; ella se sonrojó.

—Es un adulador.

—No, es que tengo buen gusto y sé apreciar la belleza allá donde

esté —respondió con un deje de humor en la voz, bajó el tono de nuevo y susurró—: ¿Le he dicho ya lo guapa que está hoy?

Ella sonrió, coqueta, y Sebastian murió un poco por dentro al querer besarla y no poder hacerlo.

—Pídame lo que necesite y lo haré —observó con tono serio.

—¿Podría avisar a su padre para que acuda a mi casa sobre las tres?

—Puedo… y también puedo acompañarla yo mismo; de inmediato, si lo desea —enfatizó.

—No, ahora no —miró hacia Maggie y añadió—: Luego. Su padre me está asesorando y me sentiría más cómoda si está conmigo, no quiero reunirme con el barón a solas.

Sebastian la miró muy serio, si ese hombre la hacía sentir molesta él mismo estaría presente. Le dio la tranquilidad que ella necesitaba y con un tono seductor le preguntó:

—¿La veré esta noche?

—¿Esta noche? No sé.

—Hay una velada musical en casa de los Williams.

—No sé cómo resolveré el asunto familiar —señaló, distante. La niña se acercaba porque ellos se habían detenido.

Sebastian se despidió de Violet y de Maggie, quien le pidió que se vieran otro día. Se alejó de ellas y tomó la dirección contraria, para tomar un coche y dirigirse a la casa de sus padres.

# Capítulo 6

Violet estaba sentada en su sillón preferido, en la sala de visitas. Oswald ocupaba otro, mientras que Ethel había elegido un sofá adamascado, decorado en flores.

Maggie había estado un rato con ellos, y aquel tiempo había sido más distendido, pero con la excusa de que tenía que comer y descansar, Betsy se la había llevado; luego habían comido ellos en el comedor y ahora conversaban de cosas intrascendentes en la sala.

Había supuesto que no se presentarían en su casa antes del almuerzo sin ser invitados, pero se había equivocado. Como si fuera lo más normal del mundo acudir a una casa ajena a la hora de la comida, Oswald y Ethel se presentaron en Hill Street antes de la hora en la que ella había citado a lord Hubert.

Había sido bastante incómodo, Violet no los esperaba a aquellas horas pero, como dictaban las normas de educación, no tuvo más remedio que invitarlos a comer. Ethel había inspeccionado cada esquina del salón y de la sala en la que habían estado y, mientras comían, del comedor.

—¿Lo has decorado todo nuevo, o la casa ya estaba así? —preguntó la nueva baronesa.

—Casi todo es nuevo. Retiré muchas cosas —miró a Oswald y le dijo—. Están en el desván, hice guardar lo principal, por si quieres conservarlo, son cosas de tu madre. Creo que deberías llevártelas, son recuerdos de familia.

Él hizo un gesto como que daba igual y su mujer hizo una mueca de desagrado que ella ignoró.

Agradeció que Ethel acompañara a su esposo, aunque no le hizo ninguna gracia verla. Le enervaba el chisme que había soltado.

Cuando él sugirió reunirse a solas para tratar los temas del negocio, Ethel hizo un sonido desagradable con la garganta, como si se aclarara la voz, pero con mucha frialdad ella resolvió el tema.

—Enseguida podremos reunirnos, estoy esperando a alguien.

—¿A quién? —fue Ethel quien preguntó, curiosa.

—Llevas dos meses en Londres, ¿has conocido a alguien? —Casi intuyó la urgencia en la voz de Oswald—. ¿No pensarás en casarte?

—Por Dios, no… No de momento, claro. —Y cambiando de tema de forma radical indagó—: ¿Dónde os hospedáis?

—Pensábamos hacerlo aquí —contestó Oswald—, pero Ethel prefería la independencia de un hotel.

—Hace muy bien, un hotel es lo mejor para hospedarse fuera de la casa propia; además, yo no tengo habilitadas las habitaciones de invitados —mintió con una sonrisa en los labios.

Por suerte para ella una de las doncellas entró en la sala y la avisó de que lord Hubert y otro caballero la esperaban en la biblioteca. Imaginó quién sería.

Se levantó de su asiento y dijo, segura.

—Ya ha llegado la persona que esperaba, si sois tan amables…

No le pasó desapercibido el gesto que Oswald hizo a su esposa para que esperara, pero esta no le hizo el menor caso y los siguió.

—No sé qué tramas, Violet —dijo él, burlón—, solo tienes que firmar los papeles de siempre. Esperaba que pudiéramos hablar un momento a solas, para ver qué hacemos con la propiedad.

Caminaba delante de ellos y al escuchar aquello se giró.

—¿Hacer qué con la propiedad? —No dejó que respondiera—. Ahora lo vemos, si te parece.

Abrió las puertas que daban a la biblioteca y encontró a lord Hubert de pie, mirando por la ventana y a Sebastian como si estuviera en su casa, sentado en un sillón con una pierna cruzada sobre la otra. Su corazón se tambaleó un poco, pero disimuló que verlo le afectaba. Sebastian se levantó nada más entrar ella en la estancia.

Violet hizo las presentaciones sin mirarlo demasiado, por nada del mundo quería dar de qué hablar a Ethel.

—Oswald, Ethel —los presentó Violet cordial—. Ellos son lord Hubert Trevelyan y su hijo, el señor Sebastian Trevelyan. —Los abarcó con la mano extendida y luego señaló al barón y a la

baronesa, que parecía encantada de sí misma—: Ellos son lord y *lady* Pattison.

—¿Sebastian Trevelyan? —preguntó fascinada Ethel—. ¿El pintor?

—Sí, el mismo, no creo que haya otro —bromeó.

Oswald pareció incómodo, no era tonto y debió imaginar que Violet había buscado asesoramiento, así que intentó congratularse. Pero Violet tomó la palabra antes de que el barón dijera nada.

—Oswald, a partir de ahora lord Hubert llevará mis asuntos legales. Lo que tengas que comentarme con relación a ellos es mejor que lo hagas con él. Y ahora dime sobre qué propiedad querías hablar y por qué me has engañado.

Percibir la cercanía de Sebastian y de su padre le hacía sentir una fuerza que nunca había pensado que tenía.

—¿Engañado? No… no… Me parece bien que te represente un abogado, aunque no lo necesitabas, solo venía a que firmaras lo de siempre.

—¿Usted cree? —indagó lord Hubert con severidad, luego suavizó el tono—. Ya no es necesario que se ocupe de los bienes de la baronesa viuda. Como sabe, ella puede prescindir de sus servicios cuando quiera.

—Pero… Somos familia, lo hago porque es mi deber.

Durante unos minutos Oswald justificó su gestión, hasta pareció molestarse si creían que la había engañado. Violet le hizo ver que solo quería poder gestionar ella sus propiedades, sin tener que dar explicaciones.

—¿Gestionar tus bienes? —inquirió Ethel con sorpresa—. Qué cosas tienes. Eres una mujer, seguro que puedes disfrutar mejor de tu tiempo haciendo lo que hacen las damas.

Ella la ignoró, pero no fue capaz de morderse la lengua.

—Estoy convencida de que Ethel lo agradecerá. —La miró de soslayo y vio que la otra se tensaba, y continuó—: No tienes que venir a Londres para nada relacionado con mis asuntos, no me convencerás. Además, no pienso vender nada.

—Pero…

Lord Hubert sacó una tarjeta de su bolsillo y se la entregó al barón, que parecía atónito por la situación.

—Esta es la dirección de mi despacho, cualquier asunto puede

derivarlo allí.

—Querido, ves, tus esfuerzos no son agradecidos. Mejor nos vamos.

—*Milady* —dijo lord Hubert—. Lo mejor es dejar las cosas así porque así lo desea la baronesa viuda, pero, si no está de acuerdo, también podemos complicarlas.

Oswald se mostró avergonzado. Violet intuyó que él sabía que podía denunciarlo por haberla hecho creer que eran socios y robarle al reinvertir las ganancias que se suponía que le correspondían a él en lo que le parecía sin consultárselo, aunque la culpa era de ella por no leer nunca los documentos.

—No quise perjudicarte, Violet, seguí lo que mi padre me pidió, que gestionara las cosas por ti. Todo lo invertí en la hacienda, en sanear el negocio, en tu bienestar. Pero te devolveré lo que consideres que es justo.

—¡Oswald…! —exclamó Ethel sin creer lo que escuchaba, pero ni su esposo le hizo caso.

—Me conformo con que arregles lo que le corresponda a Maggie —concluyó Violet.

—¿Nos vamos, querido? —Ethel estaba más molesta que el propio Oswald, así y todo, se dirigió a Sebastian, que no había intervenido en ningún momento y le dijo—: Encantada de conocerlo, si hace alguna exposición me gustaría comprar algún cuadro suyo. Mis amistades de Londres me dijeron que tuvo mucho éxito en la última.

—Por supuesto, *milady*. Estoy convencido de que estará al tanto, debe tener unas amistades locuaces.

Violet no estaba segura de si Ethel había entendido bien el doble sentido de las palabras de Sebastian. Le pareció que sí, aunque tardó unos segundos, se ruborizó y para disimular sonrió como una tonta.

Diría que, con prisa, los barones salieron de la biblioteca acompañados por una doncella y Violet se dejó caer en un sillón.

—Ha sido fácil —señaló Sebastian.

—Lord Hubert, no sabe lo que le agradezco su ayuda, no me veía con ánimo de enfrentarlo sola —confesó Violet.

—Yo creo que lo ha llevado muy bien, lo ha puesto en su sitio con mucha diplomacia —afirmó el padre de Sebastian—. Por mi

parte ha sido un placer ayudarla, buscaremos a alguien adecuado para que haga de administrador, en el despacho tengo un hombre muy válido. Todo irá bien… pero… solo le pido un favor… —Violet asintió—. Venga a visitarnos con la niña. Mi esposa quedó prendada de su desparpajo.

Ella sonrió agradecida.

—Mañana mismo les haremos una visita.

Violet había estado ocupada con Maggie, la niña había cogido un pequeño resfriado y ella no había querido dejarla sola, por lo que había declinado la invitación a algunos eventos y fiestas. Aunque aquella situación había hecho que la niña recibiese la visita de las jóvenes Trevelyan: Sarah y Helena.

Por supuesto, el acontecimiento hizo que Maggie estuviera exultante de felicidad al tener sus propias visitas. Lo que más llamó la atención de Violet no fue que las jóvenes acudieran a su casa, sino quién las acompañaba: el mismísimo duque.

—Estaba con mis nietas de paseo y ellas han insistido en visitar a la niña, y no he podido negarme —alegó lord Gilberston—, yo mismo disfruté mucho de su compañía la otra tarde.

Pidió que sirvieran el té en la sala de visitas, que era más grande. Maggie estaba ya casi recuperada, pero aquella zona de la casa estaba más soleada y el sol era una de las mejores medicinas. Mientras conversaba con Sarah y Helena sobre las fiestas a las que habían ido, Maggie se acercó al duque como si fueran viejos amigos, él la tomó en su regazo y, con una naturalidad que hizo que a Violet se le saltaran las lágrimas, este empezó a relatarle historias inventadas. La niña lo miraba ensimismada. Era un relato de bucaneros.

—Una vez salí a navegar con tu abuelo, y nos cruzamos con un barco pirata… —decía el duque, simulando misterio con la voz—. Trataron de abordarnos, pero les hicimos frente con nuestras espadas.

—¿Conoció a mi abuelo? —preguntó Maggie con sorpresa.

—Por supuesto, era mi amigo y un fantástico marinero —respondió el duque y sin dejar que eso interrumpiera la narración continuó—: Habíamos salido a pescar y de repente la sombra de un bergantín espantó a los peces…

Maggie reía de la simulación del duque. Violet contempló cómo el hombre dejaba su porte aristocrático y con gestos de las manos imitaba una lucha en el aire; en la que ganaban los amigos. No podía dejar de mirar la escena. Era tan… tan entrañable que añoró que su hija adorada no tuviera un abuelo que le contara historias y le diera mimos como aquellos.

—Cuando éramos niños siempre nos explicaba cuentos —explicó Helena, sacándola de su ensoñación.

Por un momento se concentró en la conversación que las primas relataban de su niñez: todos los primos unidos y jugando a piratas que se robaban princesas, y estás escapando con ayuda de algún caballero.

—Los roles siempre se los intercambiaban los chicos —señaló Sarah y soltó una carcajada al añadir—: pero nosotras tuvimos que aprender a defendernos si no queríamos ser siempre las damas en apuros.

—¿Y tiene un barquito en su lago? —escuchó Violet que preguntaba la niña al duque.

—Por supuesto, muy grande —enfatizó él.

—Abuelo —lo regañó Helena, risueña—, no la engañe, no es un barquito, es una barca con remos.

—¿Y yo podría verlo?

—Maggie, todavía tienes que reponerte del todo —replicó Violet, ante la autoinvitación que se hacía la niña.

El duque la miró y como quien piensa una travesura le susurró a Maggie, aunque fue escuchado por todas en la sala.

—Déjame pensar un plan.

Cuando se marcharon Maggie tenía su propia invitación para ir a visitar a lord Gilberston, aunque aún no sabía qué día.

Tras aquella semana, Violet reanudó sus salidas, aunque no lo hacía todas las noches, solo acudía a algunas fiestas: una velada musical, un baile en
Almack's
y algún evento en casa de diferentes damas de la buena sociedad inglesa.

Durante aquellos días nada había sabido de Sebastian, pero coincidió con él en alguna velada. Había pensado que su presencia

no la iba a afectar, porque ya se había esfumado el azoramiento que le había provocado. Sin embargo, se equivocó, su corazón temblaba cada vez que lo veía y, si no lo hacía, se angustiaba y pasaba la velada observando a cada rato hacia la puerta por si lo veía aparecer. Ansiaba verlo y que volviera a besarla, algo que él no había repetido y aquello la tenía muy confundida.

Aquella noche estaba en una fiesta, Sebastian había acudido acompañando a su hermana y al verlo le pareció el hombre más apuesto e irresistible de todos los que había en el salón.

Cuando le pidió bailar el vals, no pudo ignorarlo y accedió, pero trató de disimular las ganas que tenía de poder disfrutar de su compañía. Se había dado cuenta de que era uno de los hombres más solicitados, aunque eso parecía no importarle al pintor. Mientras bailaban quiso parecer indiferente, pero él la sorprendió con sus palabras.

—Puede preguntármelo, no sea tímida.

—¿Preguntar el qué? —inquirió ella mientras se sentía volar a la vez que giraban sobre el brillante suelo del salón de baile.

—Por qué no he vuelto a besarla.

Ella lo miró y dijo casi indiferente:

—¿Por qué cree que deseo que lo haga?

—Lo sé.

—Es muy vanidoso. Quizá son otras mujeres las que se mueren por sus besos.

—No soy vanidoso, pero usted es una mentirosa —respondió él con una sonrisa pintada en la cara y mirando sus ojos con fiereza.

—Jamás he mentido…

—Sí, lo hace; sus ojos me dicen que le es indiferente verme, pero tiembla en mis brazos mientras bailamos. Me hace creer que no le interesa que la bese y lo está deseando —susurró él sobre sus labios —. Arde de deseo como lo hago yo. ¿Por qué se resiste?

Violet creía que él leía sus pensamientos, que algo en su actitud delataba sus anhelos, pero era un arrogante o estaba tan seguro de sí mismo que por eso la provocaba. No sabía cómo dejar que le afectara, igual que no podía detener lo que sentía su corazón.

—Esto es una locura, Sebastian —observó.

—Sí, lo es, por eso quiero pintarla…

Se quedó desconcertada con lo que dijo a continuación.

—Solo así dejará de ser una obsesión.

—Entiendo.

Aquellas palabras la habían enfriado del todo. Ella había pensado que él podía sentir algo hacia ella, y aquella idea la tenía alborotada porque no podía negarse que ella sentía algo por él, algo a lo que no se atrevía a ponerle nombre, pero pensar que lo único que ansiaba él era pintarla, era como sentir clavarse un puñal en su corazón. Era una ilusa. La pintura era la única pasión de Sebastian Trevelyan.

—Me lo pensaré entonces.

Respondió con la mejor sonrisa que pudo dibujar. Luego se dejó llevar por la música y cuando esta acabó se despidió de él con un «hasta pronto».

Violet se acercó al tocador para serenar su ánimo, pero nada más entrar vio a la mujer de Oswald acomodada en los sillones donde solían descansar las damas y, por mucho que deseó darse media vuelta y marcharse, la habían visto y trató de disimular lo que le desagradaba el encuentro.

Las damas ocupaban una zona con una mesita y varios sofás estratégicamente dispuestos para generar intimidad, y compartir confidencias. Saludó a Ethel desde la distancia con una inclinación de cabeza y se dirigió a una doncella con la excusa de que le arreglara un lazo del tirante que le parecía que amenazaba con desprenderse.

—Se lo reforzaré, *milady* —dijo la doncella.

Solícita, la sirvienta cogió aguja e hilo y le cosió el adorno, Violet se dedicó a mirar de reojo a Ethel, que conversaba con las otras mujeres en cuchicheos, pero esta se levantó de su asiento y se le acercó. Le hubiera gustado ser invisible, pero no lo era.

—Buenas noches, querida, a ti quería yo ver, a solas.

—Buenas noches, Ethel, ¿cómo estás? —inquirió, cortés—. ¿Te urge hablar conmigo?

—¿Que si me urge? —musitó la otra—. Por supuesto que me urge.

La doncella seguía cosiendo y Violet al mirarla obtuvo una tímida justificación: acababa enseguida, le quedaba tan solo una puntada. Al terminar, la despidió amablemente. Algo que pareció

molestar a la mujer de Oswald.

La joven no se había alejado ni tres pasos cuando Ethel inquirió:

—¿Vas a dejar que Oswald se arruine?

—¿Qué quieres decir?

—Él administraba el negocio muy bien, su padre debió dejárselo a él. Si se lo quitas se hundirá.

—No le quito nada que fuera suyo —le aclaró. Era consciente de que las otras damas tenían las orejas bien abiertas, bajó la voz y la censuró—: Si tienes algo que reprocharme ven a mi casa, este no es lugar para tratar este tema, ni ninguno.

Pero Ethel debió envalentonarse al saber que no estaban solas y continuó su ataque.

—Por amor de Dios, eras la mujer de su padre, ¿cómo lo embaucaste para que heredaras tú ese negocio, el más rentable de todos los del barón?

—Ethel, no voy a consentirte que digas más sandeces. Ese negocio ya era mío antes de que Oswald metiera las manos en él. Y si no quieres hacer el ridículo será mejor que te calles ahora mismo.

—Ridículo, dice —murmuró mirando a las otras damas, luego clavó sus ojos de viborilla en ella y continuó—. Mi marido te ha mantenido porque sois familia y adora a tu hija y tú has tenido la desfachatez de sacarlo del negocio y te has quedado la mejor propiedad. No creas que eso va a quedar así. Ahora yo soy la baronesa y tu lugar es secundario, empieza a aceptarlo.

—Cuidado con lo que dices, Ethel, ya has tratado de perjudicarme con chismes maliciosos, no creas que no sé que salieron de tu boca. Pero si no mides tus palabras, estas se volverán contra ti y serás tú la que salga perjudicada.

Ethel se rio, como lo haría un tahúr vencedor de un duelo.

Aquello fue la gota que colmó el vaso de la paciencia de Violet y con toda la calma que pudo reunir se explicó:

—Ya que parece que no estás enterada te diré que, por ser familia, tu marido creyó que podía engañarme y quedarse la mitad de mi negocio. —Había bajado la voz para evitar que las otras se enteraran, aunque le hubiera gustado gritarle—. Mío ¿entiendes? Yo no lo sabía, pero él sí. El día que me casé, mi padre y el barón acordaron, y lo dejaron por escrito, que si ellos morían yo sería la única heredera del negocio que los unía. ¿Por qué crees que tu

marido estaba interesado en reunirse conmigo? Porque necesitaba mi firma para obtener liquidez.

Ethel perdió la fuerza que hasta el momento la había mantenido en pie y Violet apreció cómo se tambaleaba. En un susurro casi imperceptible la mujer preguntó:

—Por eso quiso casarse contigo… —Ethel pareció pensar en voz alta y con el susto en la voz preguntó—: ¿Estamos arruinados?

—No lo creo. Pero, sinceramente… no me importa.

Violet salió del tocador con la sensación de haberse quitado un peso de encima. Por el rabillo del ojo vio a Ethel ir a refugiarse con sus amigas, ya no parecía tan soberbia. Casi le dio pena escuchar que Oswald estaba en la sala de juegos.

Decidió dar por finalizada la velada y se marchó a casa.

# Capítulo 7

A Violet le costaba conciliar el sueño desde la última vez que había visto a Sebastian: la noche en que por fin puso en su sitio a Ethel. Al día siguiente, Oswald había acudido a su casa con la excusa de visitar a Maggie, justificó que Ethel descansaba y, como al descuido, le comentó que regresaban a Norwich. La invitó a pasar el verano con ellos, así podría ver a la niña, pero Violet no concretó si iría. No le apetecía volver a aquella casa, la que había sido la suya hasta hacía unos meses.

La marcha de la única familia que le quedaba no le generó vacío alguno. Quería empezar de cero y por eso se convenció de que de nada le servía el rencor o el odio hacia Oswald. Prefirió quedarse con el cariño que le había profesado siempre a Maggie.

Los siguientes días se descubrió con una energía renovada. Sacó de un baúl sus carboncillos y lienzos y se dedicó a plasmar en los papeles algún objeto. Aquello la animaba mucho.

Tampoco dejó de lado sus visitas a las damas Trevelyan; incluso tuvo una reunión con lord Hubert, quien le presentó a un hombre de unos cuarenta años, el señor Conwell, como posible administrador. Aconsejada por el padre de Sebastian y las referencias que traía, lo contrató. El hombre, casado y con dos hijas, le dijo que se trasladaría a vivir a Plymouth en cuanto encontrara un lugar para instalar a su familia. Violet no dudó en arrendarle, por un precio simbólico, la casa del administrador, que estaba muy cerca de la principal que había sido de sus padres. Que el señor Conwell se hiciera cargo de algo que para ella era un quebradero de cabeza bien valía ser agradecida y buena patrona. Además, aquel hombre le generó tranquilidad y lord Hubert le aseguró que su

negocio no podía quedar en mejores manos.

Aquella tarde había ido a tomar el té a casa de Henrietta y allí, como de costumbre, encontró a las demás damas Trevelyan, que se alegraron por ella cuando les relató la entrevista que había tenido.

—Jamás pensé que el negocio de papá pudiera ser mío algún día —comentó, emocionada, y las otras mujeres aplaudieron su valentía de seguir adelante con aquella empresa.

Estaba contenta con su nueva vida. El señor Conwell le había asegurado que recibiría noticias suyas con bastante frecuencia y no tomaría decisiones importantes sin consensuarlas con ella. Aquello la asustó, pero también le dio seguridad, porque sabía que estaría siempre bien asesorada. En su vida personal Maggie la completaba y se sentía dichosa al verla crecer, sana y feliz. Sin embargo, algo le faltaba y no supo qué era hasta que escuchó hablar de Sebastian.

—La nueva exposición de Sebastian debe ser pronto, está desaparecido —comentó Henrietta a Celia, la madre del aludido.

Había pasado más de una semana desde la última vez que Violet lo vio y aún temblaba al recordar el baile que habían compartido: el roce de su mano en su espalda, la presión de sus dedos al sujetar los suyos, haciéndola girar y acercándola a su cuerpo de una manera tentadora y a la vez distante. El susurro de su voz cuando la provocaba aún vibraba en su pecho. Necesitaba verlo, eso era lo que le faltaba.

—La está preparando —respondió la madre del pintor—, pero como no nos deja hacerle ninguna visita, no sabemos cómo está.

—¿No les deja? —preguntó Violet con curiosidad.

—Dice que le interrumpimos.

Violet recordó que no le gustaba que lo molestaran mientras trabajaba. Y sonrió como hacían las otras, como si aquello fuera verdad.

—No es la primera vez que se encierra en su estudio y no le vemos en semanas —lo justificó Sarah.

Y como si el tema se hubiera agotado, a pesar de que ella tenía una curiosidad inmensa, cambiaron de asunto de forma radical.

—Esta mañana hemos visto a Maggie en Hyde Park, con su niñera —comentó Helena—. Nos ha invitado a tomar el té, mañana.

Las damas se congratularon de la conducta de la pequeña y Violet soltó entre risas:

—Esta niña cualquier día me mete en un apuro… —Tras serenarse, añadió—: Por supuesto que están invitadas, pediré a la cocinera que haga un pastel de queso y frambuesas que le sale divino.

Durante unos segundos las damas estuvieron alabando a la niña. A Violet no le pasó desapercibido el cariño con el que hablaban de su hija y eso hinchó su corazón.

Henrietta se levantó y se dirigió a una mesita, del cajón sacó un pliego y se dirigió de nuevo al grupo.

—Quería entregarle esto, Violet, es de parte de Su Excelencia. —Las damas la observaron, expectantes. Violet pensó que debían de saber de qué se trataba.

Abrió la invitación ante la curiosidad de las otras mujeres que la miraban a la espera de que leyese lo que contenía el sobrecito, pero Helena no pudo contenerse y se adelantó:

—En una semana el abuelo celebrará un pícnic en su mansión. Está invitada, y Maggie también.

—Será divertido, es una fiesta campestre solo para la familia y algunos amigos —explicó Henrietta.

—Oh, Maggie se sentirá feliz —murmuró, emocionada.

—Creo que lord Gilberston también —aseguró Portia y todas rieron al aseverar que la niña había conquistado el corazón del abuelo. Con tono confidencial Portia añadió—: Lleva días preparando la celebración. Arthur dice que hace tiempo que no veía a su padre tan contento con celebrar una fiesta en su mansión. Ha hecho traer del embarcadero de su casa de Cornualles varias barcas y ha mandado restaurarlas; podremos pasear por el lago.

—Oh, mi hija va a volverse loca de la emoción —rio Violet.

—Hacía tiempo que el abuelo no organizaba una fiesta de este tipo —señaló Sarah—. Antes las hacía siempre.

—Sí, es cierto, pero todos crecisteis tan rápido que esas reuniones ya no os interesaban —explicó Portia.

—¿Más té? —propuso Henrietta. Todas asintieron y la tarde se alargó.

Sebastian había pedido a su hermano Derek que lo ayudara a seleccionar algunos cuadros para la exposición. Su agente había alquilado la misma sala de eventos que la vez anterior, y le había

pedido que le enviara algunos para ir preparándolos para la exhibición. Aún faltaban varias semanas, pero a pesar de tener los cuadros seleccionados había cambiado de idea en varias ocasiones. Sobre todo porque le faltaba la pieza principal, y hasta que no la tuviera no quería exponer. Había revisado sus cuadros una y otra vez, pero no se decidía.

—Nunca has estado tan inseguro —dijo Derek mientras miraba los lienzos que estaban apilados contra una pared. Silbó al ojear una pila de seis que componían una serie—. Son soberbios, Sebastian, te superas. Creo que te vas a consagrar como paisajista. Tienen mucha fuerza.

—¿Tú crees?

—Oh, sí. Son fantásticos.

Derek descubrió un lienzo que estaba solitario en una esquina.

—¡Oh! Me encanta. Este me encanta… Te lo compro yo.

Sebastian se acercó y al ver el cuadro que contemplaba su hermano, un paisaje de violetas bajo el fuego de un atardecer, se lo quitó de las manos y lo dejó como estaba.

—Este no está en venta, no es para la exposición.

Derek lo miró, desconfiado, pero no dijo nada. Mientras él continuaba seleccionando lienzos y los apilaba en la pared como los definitivos para que llevaran a la galería y los enmarcaran, Derek se metió en otra sala del estudio. Cuando Sebastian fue consciente de ello ya era tarde. Lo escuchó gritar desde el interior. En pocas zancadas estaba allí y hubiera preferido que no viera aquellas piezas.

—¿Y estos cuadros? ¿No piensas exponer ninguno?

—No, no puedo.

—Ya veo…

Una de las paredes estaba repleta de lienzos: unos a carboncillo, otros al óleo. Todos eran de la misma mujer. Violet.

—¿Ha posado para ti?

—No, jamás. —Negó con la cabeza para enfatizar su respuesta.

—No sé, hermano, no entiendo de estas cosas, pero estás un poquito obsesionado ¿no?

—Lo que estoy es fastidiado.

—Me impresionan los retratos, pero más todavía si dices que no ha posado para ti, que has sido capaz de pintarla de memoria.

Pero… —Intuyó lo que su hermano iba a preguntarle y no esperó a que lo hiciera. Respondió.

—Sí, es ella.

Se refería a que la mujer de aquellos lienzos era la misma que él había pintado hacía años y cuyo retrato tenía colgado en la pared de su dormitorio y en su sala privada del estudio.

—¿Crees que estoy enfermo?

—Creo que si sientes lo que imagino eres un tonto por no decírselo. Ya no está casada y es una viuda joven, inteligente y atractiva.

Sebastian pensó que no era tan fácil, pero en vez de admitir lo que su hermano le decía, prefirió meterse con él y dejar de ser el foco de la conversación.

—Pues yo puedo decir lo mismo de ti. ¿Por qué evitas a Josephine Williams?

Derek se encogió de hombros.

—Debemos ser los más tontos que hay en la familia —dijo Sebastian y, sin revisar más cuadros salieron de la estancia.

—Eso tú —aseveró Derek con sorna—. Yo de momento no pienso en boda. Y hablando de boda, ¿no crees que Christopher tarda mucho en regresar? Eso solo puede significar que ha conocido a alguien.

—Quizá está a gusto en Edimburgo, así el abuelo no lo presiona. Me temo que George tendrá que decidirse.

—O tú, tontorrón.

Violet salió de casa de Henrietta con Sebastian en la mente. Hablar de la exposición que preparaba le había hecho recordar que él quería pintarla. Quizá era el único interés que tenía en ella. Se lo había dicho desde el día en que se conocieron. Que confundiera esa insistencia con que la deseara como mujer, era cosa suya, aunque aquellos besos que habían compartido le habían aturullado el pensamiento.

El mayordomo de Henrietta le había pedido un coche de alquiler, mientras subía las escalerillas de acceso a la cabina tuvo un arrebato y dio al cochero una dirección, memorizada desde hacía tiempo.

No dudó en todo el camino, se había hecho una promesa. No

retroceder en su idea.

La recibió un hombre alto, impecablemente vestido y con una actitud de ser el dueño de aquella morada. La hizo pasar sin dejarla hablar en la puerta.

—Desearía ver al Señor Trevelyan, soy… —El lacayo la hizo entrar y cerró la puerta detrás de ella, como si tuviera prisa. Violet tuvo la necesidad de presentarse una vez estuvo en el vestíbulo—. Soy… —dijo muy seria, sin saber muy bien como nombrarse. Lo de baronesa viuda le gustaba cada día menos. Por como la contemplaba el hombre pensó que había sido una imprudente y quizá por eso el sirviente la había hecho pasar con tanto apremio, no quería que la vieran entrando en la casa de un hombre; ella había pasado por alto aquel detalle tan importante para una dama.

—¿A quién debo anunciar?

—Soy, la… Soy Violet Harris. —Usó su nombre de soltera.

Había cometido una imprudencia yendo sola, su reputación estaba en juego, aunque era tarde para pensarlo y deseó que el mayordomo fuera un hombre discreto.

Tuvo la impresión de que la miraba como si la conociera. Le pareció que dudaba unos segundos y luego le pidió que lo siguiera.

Violet escrutó aquel lugar. La decoración era exquisita: muebles caros, diversas obras de arte y mucha sensibilidad en el orden de las cosas. Se notaba que quien vivía allí amaba las cosas bellas y, solo por la impresión que daba aquel hogar, nadie pensaría que era la casa de un hombre soltero.

Lo siguió en silencio, pero cuando atisbó el jardín pensó que la iba a sacar de la casa por la puerta de atrás.

—Necesito ver al señor Trevelyan —alzó la voz, molesta, y detuvo sus pasos, él se giró y ella moderó el tono—: Es importante.

El sirviente la escuchó, pero se volvió y continuó el camino. Violet lo siguió con desconfianza hasta que la hizo entrar en un pabellón, similar a una casa de invitados. La luz de la tarde entraba por los amplios ventanales y descubrió que era el estudio de Sebastian.

—El señor no está, pero regresará en algún momento —dijo el mayordomo, como si dar aquella noticia fuera lo más normal del mundo. Ella se indignó, podría habérselo dicho al preguntar por él —. Si desea puedo traerle un poco de té, u otra cosa.

—No, será mejor que me marche. No sé ni por qué he venido —murmuró más para sí misma que para el sirviente, que la miraba con una expresión de serenidad que era casi contagiosa, si ella no hubiera estado tan alterada, claro.

—Algún motivo tendrá, ya que está aquí —señaló él con una sonrisa que le impidió molestarse—. Voy a traerle un poquito de jerez, el señor tiene uno muy bueno.

Sin darse apenas cuenta el mayordomo abrió un mueble y sacó una botella de vino, le sirvió un buen trago, se lo entregó y la dejó con un simple: «el señor no tardará».

Con el vasito en la mano se dio una vuelta por la estancia. Había algunos cuadros apilados hacia la pared y otros colgados. Admiró la belleza de los paisajes y reconoció en algunos retratos a las primas Trevelyan; también había otras damas con más o menos ropa, nada que la asustara, no mostraban sus encantos, no del todo, al menos.

Al estar sola se permitió curiosear a sus anchas. Era un espacio amplio con grandes ventanales que daban al jardín. Había una enorme mesa con botes, pinceles y colorantes con lo que supuso Sebastian creaba pinturas de muchas tonalidades. En una hilera sobre una balda había decenas de botecitos con pigmentos, líquidos y bálsamos con los que seguramente daba brillo, templaba o diluía los colores. Aunque lo que la sorprendió fueron unas vasijas donde maceraba en agua ciertas plantas; no tuvo duda de que el color que de allí salía era muy parecido al índigo. Aquel azul añil le encantaba.

Sabía que aquel escrutinio no estaba bien, que debía marcharse, pero estaba emocionada al descubrir el estudio del pintor. Tomó nota mental de los carboncillos que usaba y del grosor de los lienzos y diferentes utensilios que servían para expandir la textura de la pintura en los óleos. Se prometió una ojeadita más y luego se iría. Su aventura acababa allí. Pero al saborear el vinito se enfundó de valor y decidió alargar un poco más la espera. Había cuadros por todos lados y todos eran maravillosos. Pensó que, si el mayordomo le había permitido esperar allí, significaba que a su señor no le molestaría.

Entró en una pieza de la estancia donde creyó que encontraría más cuadros, le gustaba los que había visto, pero era una estancia privada. Tenía una cama en el centro. Se dispuso a salir,

avergonzada por curiosear en aquel espacio tan íntimo del pintor, pero entonces se fijó en un dibujo a carboncillo colgado en la pared que quedaba frente a la cama. Tuvo que mirarlo con fijeza, porque su mente la engañaba. La figura femenina estaba sentada en el borde de una bañera, con la espalda desnuda y mirando por encima de su hombro a alguien, con seguridad al pintor.

—¡Santo Dios, soy yo!

Se llevó la mano a la boca. Era ella, no tenía duda, pero unos años atrás. No recordaba en ningún momento haber posado para Sebastian y menos en aquella actitud tan íntima. ¿Qué significaba aquello? Él le había pedido pintarla, pero ¿acaso la había espiado? Quiso salir de allí corriendo, sin duda se había vuelto loca yendo a su casa. Sin embargo, cuando iba a salir del cuarto oyó cómo Sebastian entraba en el estudio y no supo dónde esconderse. La iba a descubrir espiando. Tuvo la esperanza de que el mayordomo lo hubiera avisado de su visita, pero, por cómo entró él en su habitación, tuvo la impresión de que el sirviente no había revelado su presencia.

# Capítulo 8

Sebastian llegó a casa agotado. Había dejado los cuadros en la galería y se había deshecho de su hermano, que había insistido en que lo acompañara al club, pero él solo deseaba estar solo y recrearse en su miseria.

A pesar de que faltaban unas horas, Chadburn le había dicho que le dejaba la cena preparada y le sorprendió la extraña prisa que le había dado al hombre por ir a hacer unos recados nada más llegar él.

Se dirigió a su estudio; al entrar se quitó la chaqueta y el pañuelo y los dejó sobre una butaca de cualquier modo, luego entró en el dormitorio, abriéndose la camisa para cambiársela.

—¡Por Dios! —exclamó una voz a su espalda, una voz que se le clavó en el alma. Se giró y la enfrentó con el pecho descubierto. ¡Era Violet! Su corazón comenzó a palpitar al verla en mitad de la estancia, con un ridículo vasito en la mano al que parecía aferrarse. Pese a la incómoda situación murmuró amable—: No… no sabía que estaba aquí.

Sebastian miró por encima de su hombro, como si Chadburn fuese a aparecer, pero ya arreglaría cuentas con él. ¿Cómo se le había ocurrido llevar a aquella mujer allí, a su santuario? A ella, precisamente. Intentó serenarse y se apresuró a abotonarse la camisa sin acertar muy bien, al final desistió.

—¿Qué hace aquí?

—Discúlpeme, lo siento, no pretendía fisgonear, solo que…

Por alguna extraña razón le gustó verla expuesta. La había descubierto en su habitación y solo había una explicación para que estuviera allí, Chadburn la había acompañado hasta su estudio,

sabiendo quién era. Pero ella, en vez de esperar sentada como haría una dama, se había dedicado a curiosear y se había colado en aquel lugar privado donde… ¡Oh! Fue consciente en aquel instante del lienzo que había en la pared. Ella lo miraba de reojo, quizá para no mirarlo a él o quizá para no fijarse en la cama que tenían a su espalda.

Violet pareció templar su ánimo y murmuró, segura:

—Había venido… —empezó a decir sin mirarlo. Sebastian sintió que una llama crecía en su interior, una llama con la que llevaba mucho tiempo conviviendo.

—No importa a lo que haya venido, lo que importa es que está aquí —la cortó y ella lo enfrentó con mirada altiva, aunque parecía un manojo de nervios. Se le acercó despacio, como si ella pudiera asustarse y tratar de escapar. Le quitó el vaso de las manos y se bebió lo poco que le quedaba. Luego se relamió los labios sin dejar de observarla, ella pareció contener el aliento. Le gustaba provocarla y aquel gesto le dijo que lo conseguía.

—¿Hace mucho que espera?

—¿Su mayordomo no le ha dicho…?

Él negó con la cabeza, sin duda ella pensaba que Chadburn lo había avisado y era mejor no mentirle.

—El truhan nos ha dejado solos…

—Oh, entonces debería marcharme.

Ella lo sorteó, pero él fue más rápido y la cogió del brazo. Llevaba guantes cortos y él ninguno, así que el roce de su piel con la de ella le generó un escalofrío y lo infló de deseo. Dios, cómo la deseaba, y ella ni siquiera era consciente de ello.

—¿A qué ha venido, Violet?

—Yo…

—¿De cuánto tiempo dispone? Quiero besarla y si empiezo no voy a poder parar.

—¡No he venido a que me bese!

—¡Ah! —dijo, decepcionado, y se separó de ella—. Entonces le repetiré la pregunta: ¿a qué ha venido?

—Por favor, no me trate como si fuera…

Se dio cuenta en el acto de que la había insultado y enmendó su error.

—Señora mía, jamás osaría ofenderla. Solo quería… no sé qué

pretendía. Perdóneme, Violet, he sido grosero. Pero es que no esperaba verla, y menos encontrarla aquí, en mi lugar más privado.

—Su mayordomo me dijo que lo esperara aquí.

—Chadburn, cuando lo pille voy a torturarlo —bromeó. Ella miraba el cuadro y pensó que era mejor aclarárselo.

—Lo pinté cuando la conocí. Ya le dije que quería pintarla. Es uno de mis mayores deseos: que pose para mí.

—Pero es una indecencia… yo jamás… usted y yo, jamás…

Ella se mostró molesta y le dolió.

—¿No le gusta?

—Es… es… yo nunca posé para usted; es una escena íntima, ¿por qué me dibujó así?

—Violet, ¿de verdad quiere que se lo explique?

Ella asintió, con ojos curiosos, pero sin separarse de él.

—No voy a mentirle, la he soñado de tantas maneras que esta imagen simplemente surgió de mi mente atormentada. Usted se marchaba, se iba a casar con otro. Su padre me había pedido que le hiciera un retrato, quería tener uno de usted y, sin que usted se diera cuenta, le hice una miniatura. Luego pensé que podría dibujarla para mí y surgió este cuadro y luego surgieron otros.

Ella puso cara de alarma y él se explicó.

—No tema, nadie los ha visto, solo Chadburn y mi hermano, pero no son indecentes, se lo aseguro. Este tampoco lo es, el arte es así: provoca, pero no lo desvela todo. —Ella lo miraba en silencio y él necesitaba que Violet le dijera algo. No soportaba su mutismo—. Dígame algo, por Dios, ¿le molesta? ¿Cree que estoy enfermo de obsesión? ¿A qué ha venido, Violet?

Saber qué hacía allí era lo que más lo torturaba.

—Creo que quería verlo —respondió al fin—. Me dijo su familia que prepara una exposición y pensé que quizá podríamos acordar que me pintara un retrato, no para su exposición, sino para mí.

—¿Pintarla? ¿De verdad me está diciendo que acepta que la pinte?

Pintarla era su sueño y su ofuscación.

—Sí. Creo que me gustaría mucho.

—¿Cuándo? —preguntó con ansia.

—No sé, ¿cuándo puede? —Ella se mordió el labio de un modo delicioso y, cuando pensaba que iba a concretar un día, cambió de

tema—. En unos días nos ha invitado el duque a un pícnic, ¿vendrá?

Sonrió. No pensaba perdérselo.

Seguían frente a frente y él dio un paso más hacia ella, Violet no retrocedió. Él clavó sus ojos en los de ella y luego bajó la vista hasta sus labios y ella desvió la mirada hacia su pecho. Sin saber muy bien adónde los llevaba aquello, tomó su mano y la puso sobre su corazón.

—Violet, debe saber que cuando la tengo cerca, dejo de ser el caballero que soy. Usted es la culpable de que pierda los modales, que quiera besarla, tocarla… no sé cómo decírselo, pero me temo que me ha embrujado. Voy a besarla y no voy a parar; así que dígame si tiene que marcharse porque si empiezo voy a querer más.

—He… he de ir a casa, Maggie me estará esperando.

Nerviosa, pero sin poner distancia mientras él se deleitaba en tocar su cara y su cuello, Violet se abandonaba a aquellas caricias y besó la palma de su mano. Sebastian no pudo contenerse más y atrapó sus labios y los besó con fuerza. Ella se acopló a su cuerpo, necesitada de aquellas caricias. Al separarse temblaba.

Lo miró avergonzada.

—Esto es una locura, Sebastian. Voy a arder en el infierno. Mi hija me espera y yo solo deseo que no deje de besarme.

—Entonces no perdamos el tiempo.

Volvieron a buscarse las bocas y esta vez ella fue más atrevida, besó su cuello y su pecho, le abrió con ansia la camisa y recorrió su torso con la boca. Él le subió las ropas y metió la mano bajo ellas, para alcanzar el vértice de sus piernas.

—¡Dios mío!

—Quiero más Violet, y sé que usted también —susurró mientras besaba su cuello y la acariciaba con deleite.

Ella dio un paso atrás y toda la magia que se había creado se evaporó.

—No. No puedo… He de irme —musitó ella.

Sebastian la observó, si no la hubiese notado temblar en sus brazos diría que estaba asustada. Anonadado por su conducta la dejó marchar.

Quizá había ido demasiado lejos, pero ella no era una joven inocente que se asustaba; había estado casada y sabía lo que ocurría

entre un hombre y una mujer.

Violet llegó a su casa aún con el fuego en el cuerpo, pensaba que si la miraban fijamente podrían darse cuenta de su conducta indecorosa.

Estuvo un buen rato con su hija, jugando a las muñecas. Le contó la invitación que habían recibido de lord Gilberston para un pícnic y la niña dio saltos de alegría. Había preferido guardar la sorpresa de los paseos en barca, Maggie estaba excitada con la noticia así que optó por no decirle todo si quería que se durmiera a su hora.

Cenaron juntas y, cuando la acompañó a su cuarto para que se acostara, Maggie le pidió que le leyera un cuento antes de marcharse. La consintió todo lo que la niña quiso, hasta que se durmió; se sentía culpable por haber estado en los brazos de Sebastian en vez de con ella.

Estaba recostada en el diván de su habitación cuando Debby entró.

—¿No va a salir esta noche? Creí que iba a ir a la fiesta de *lady* Harrison.

—No tengo muchas ganas.

—Debería salir y divertirse.

Pensó en Sebastian, quizá iba a la fiesta, aunque lo dudaba. No era un baile, sino una velada en la que se tratarían algunos temas de interés, cantaría una soprano y acabarían jugando a las cartas. En el fondo le daba vergüenza verlo. Había huido de su casa por temor a lo que la había hecho sentir. Ella había estado casada y jamás había sentido aquel latigazo de lujuria que había experimentado con él.

Debby seguía hablando como si ella la escuchara.

—… más de un caballero se gira cuando pasea por Hyde Park.

—¿Qué dices? —preguntó, sin saber de qué hablaba.

—Que no se da cuenta, pero los hombres la admiran. No me extrañaría que alguno pidiera su mano.

—No quiero casarme.

—No digo que lo haga, si no lo desea no tiene por qué hacerlo, pero abra su corazón, quizá así pueda entrar alguien. A Maggie le sentaría bien crecer con un padre, aunque sea postizo.

—¿A qué vienen estos comentarios?

—No sé, la he visto melancólica.

—Solo pensaba en los giros que da la vida.

Violet se dejó convencer por Debby para salir, pero una vez su cochero la dejó en la puerta de la casa de *lady* Harrison lo despidió, con la excusa de que la acompañarían a casa. Luego, caminó un poco y cogió un coche de alquiler para ir a otro lugar. Tenía que comprobar si lo que sentía era solo el fuego del deseo o algo que había estado siempre en su corazón.

Corría el riesgo de no encontrar a nadie, pero eso no era lo peor, se estaba exponiendo a que alguien la viera en aquel lugar, tan solo un comentario así la hundiría socialmente. Quizá se había vuelto loca con los besos de Sebastian, pero solo ansiaba estar en sus brazos y que la hiciera sentir la mujer que salía cuando él la tocaba. Le había dado tantas vueltas al tema que la idea de convertirse en su amante era lo más descocado que era capaz de aceptar. Además, él quería pintarla y la deseaba y Violet no era mojigata; él la anhelaba, pero podría decir que casi tanto como ella a él.

Iba a llamar a la puerta cuando esta se abrió, sorprendiéndola. Sebastian salía con su sombrero alto en la mano y el bastón. Al verla retrocedió, tirando de ella hacia dentro de la casa.

Violet sintió cómo una fuerza la empujó hacia él y los dos buscaron sus bocas con ansia. El ruido del bastón al caer al suelo ni la inmutó, sintió las manos masculinas acariciando su cuerpo y se abandonó a ellas.

—¿Por qué has venido? ¿Por qué te has expuesto así? —preguntó él tuteándola a la vez que besaba su mandíbula, su cuello y repartiendo besos por la zona alta de sus pechos. Llevaba un vestido con un escote cuadrado y lo único que deseaba era que desapareciera.

—Necesitaba verlo.

—¿Necesitabas verme? —Él la observó con las manos a ambos lados de su cara, besó sus labios con suavidad.

—Dijo… —Él le puso dos dedos sobre los labios y le susurró que lo tuteara, ella sonrió nerviosa, pero lo hizo—: Dijiste que querías más y yo también lo deseo, deseo ser tu amante y que me pintes.

Sebastian la miró con fuego en los ojos, recorrió su cuerpo con la mirada y luego la tomó en brazos y subió con ella las escaleras.

Dejó que sus pies tocaran el suelo cuando cruzó su habitación y de un puntapié cerró la puerta.

Violet observó el dormitorio, era elegante, de muebles oscuros. Sobre una cajonera al fondo había un cuadro muy similar al que ya conocía de ella.

—Voy a pensar que sí estás obsesionado —rio.

—Ríete, pero antes de irte esta noche te dibujaré así, sin ropa, de espaldas y sentada en mi cama.

Sebastian se retiró la chaqueta y se le acercó por detrás. Besó su cuello y luego conquistó su boca. Cuando la tenía enloquecida, Violet notó cómo desabrochaba los botoncitos de su espalda y le retiraba el vestido. La dejó con el corsé y la camisola, la sentó en la cama de cuatro postes y un dosel, con cuidado le retiró un zapato y fue desenrollando la media. Violet notaba que su piel ardía, pero Sebastian se tomaba su tiempo. No quería comparar, pero no podía evitar hacerlo, su esposo ya habría acabado de hacer lo que tenía que hacer y ella estaba cada vez más deseosa de sentir a Sebastian, le urgía. Tiraba de él.

—Cariño, no tengas prisa.

—Es que yo nunca he sentido esto que siento contigo.

—¿Tu esposo no…?

—Mi esposo me tomó tres veces y se limitó a tumbarse sobre mí, la primera vez sentí dolor y las otras, incomodidad. Luego él se iba a su cama y roncaba como un bendito —soltó con desdén.

—¡Oh, Violet! Voy a enseñarte lo bonito que es quererse.

«Quererse».

A Violet se le quedó esa palabra enganchada en la mente y durante todo el acto, con cada suspiro, cada beso, cada caricia indecente, se le escapaban pequeños jadeos que no podía controlar. Cuando acabaron se sentía flotar y la mujer más feliz del mundo. Él se había vertido sobre su estómago y sin dejar que se moviera fue a por un paño y agua de la jofaina y la limpió, luego la cubrió con la sábana y se tumbó junto a ella. Ella se recostó en él, puso la mano en su pecho y notó cómo seguía agitado.

—Voy a confesarte que eres la responsable del mayor bloqueo pintor que he tenido, fue hace años, cuando nos conocimos —confesó Sebastian—. Yo quería escaparme contigo y tú solo pensabas en que debías obedecer a tu padre. Tardé en comprender

que no eras libre para decidir. Por eso te confieso, sin ningún ápice de vergüenza, que creo que sigo enamorado de ti.

Violet lo miró con cara de sorpresa.

—Yo creí que podíamos ser amantes, me gustas, Sebastian Trevelyan, pero yo… yo —le costaba decirlo, pero quería ser sincera—, yo no busco otro marido.

Él la contempló sin mover un músculo del rostro.

—Yo tampoco busco una esposa, esta noche al menos, así que seremos amantes… —sonrió y aceptó, rendido; luego añadió, risueño—: Amantes hasta que te des cuenta de que no puedes vivir sin mí. Pero voy a tener que enseñarte lo ardorosas que son las amantes, para que podamos complacernos mutuamente.

Ella pareció avergonzarse y él, temiendo haberla hecho sentir mojigata, la miró a los ojos y le susurró bajito.

—Eres hermosa, Violet, y he disfrutado mucho, pero quiero más de ti, quiero que conozcas todo lo que se puede sentir. Amarse es lo más bonito que hay, sobre todo si los amantes se entregan con el cuerpo y el corazón.

Sebastian no la dejó hablar, bajó por su cuerpo hasta colocarse a la altura del vértice de sus piernas. Ella lo observó asustada y él, con descaro, hundió la cabeza entre sus piernas y gozó de ella hasta que la enloqueció.

De madrugada, Sebastian la acompañó hasta su casa, le costaba separarse de ella, pero tenían que hacerlo.

Debby entró en la sala donde Violet leía, mientras Maggie jugaba con sus muñecas en la alfombra.

—*Milady*, tiene una visita.

—¿A estas horas? —Miró su reloj; eran tan solo las diez y media de la mañana.

—Es el señor Trevelyan.

—¿Lord Hubert está aquí?

—No, no. Es el pintor.

Violet se alzó de un salto de su asiento.

—Lo he llevado a la biblioteca, dice que trae unas cosas para Maggie.

—¿Para mí? —Maggie se levantó inquieta y con prisa por ir a la biblioteca—. Vamos, mamá, vamos…

Ella dudó, no estaba preparada para verlo, aunque se moría de ganas.

—Adelántate con Maggie y di que enseguida voy.

Violet subió a su habitación y durante unos segundos se miró al espejo, no tenía tiempo de cambiarse, llevaba un vestido amarillo de mañana y lo único que hizo fue retocar su peinado.

Al entrar en la biblioteca, la niña y Sebastian estaban sentados a una mesa y él le enseñaba útiles de pintura.

—Mira, mamá, el señor Trevelyan me ha traído estas pinturas que ha creado para que pueda colorear. Y estas son para ti.

—¿A qué se debe este regalo?

—He estado haciendo limpieza en mi estudio, voy a empezar un nuevo cuadro ¿sabe? —Al decir aquello la miró, pícaro—. Y me acordé de usted. Creo recordar que dibujaba al carboncillo, así que he preparado este pequeño maletín para ambas.

—Es muy amable.

Ajena a las miradas que se echaban, Maggie disfrutaba observando aquellos tesoros y, sin apenas mirarlos, preguntó inocente.

—Mamá, ¿el señor Trevelyan puede acompañarnos a dar el paseo? Así nos cuenta cosas de cuadros.

—Cariño, el señor Trevelyan estará ocupado; otro día, quizá.

—No, no lo estoy… Me vendrá bien estirar las piernas.

Y con toda la naturalidad del mundo, y los nervios en el estómago, Violet dijo que iba a por sus cosas. Avisó a Debby para que los acompañara y a Betsy también, no tanto por cuidar de la pequeña sino porque necesitaba más gente para pasear con el pintor.

Violet observaba a Sebastian junto a Maggie, conversaban animados a unos pasos de distancia de ella y pensó que a él parecía no importarle hablar con una niña de cinco años. Absorta como estaba en la escena se sobresaltó cuando Debby le susurró al oído:

—Creo que ese hombre está interesado en usted.

—¿Por qué dices eso? —preguntó, extrañada, luego soltó con humor—: No es a mí a quien está conquistando.

—Eso es lo que usted cree. Yo no lo dejaría escapar.

—¡Debby!

La dama de compañía se encogió de hombros y Violet se sintió

feliz de ver como Sebastian paseaba junto a su hija y conversaban, Dios sabría de qué.

La noche siguiente, Sebastian era el acompañante de su hermana al baile en casa de los Williams, amigos de sus padres. Acudía la mayoría de su familia, así que sonsacó a Sarah y supo que Violet también había sido invitada.

—¿Por qué preguntas tanto por ella? —inquirió su hermana—. Estás muy curioso.

—No curioseo. Solo quiero saber. —Sarah lo miró con cara incrédula y él claudicó—: Está bien, curioseo, pero es por una buena razón. Quiero proponerle que pose para mí, me gustaría pintarla.

Sus padres entraban en la sala en aquel instante y su madre preguntó:

—¿A quién quieres pintar?

—Quiere pintar a Violet, mamá.

—Es muy hermosa —observó su madre y añadió sopesando el tema—: Creo que deberías hacer un retrato de cuerpo entero.

Le gustó aquella idea. Mientras su madre y su hermana conversaban sobre el asunto, que pareció agradarles, su padre se le acercó y en un tono que solo él pudo escuchar le advirtió:

—Esa mujer no es para jugar, no es una de tus modelos.

—Padre, me temo que se está equivocando.

—¿Acaso tienes otro interés que el de seducirla?

—¿Te importaría que lo tuviera?

Lord Hubert lo miró fijamente y frunció los labios, luego esbozó una mueca que Sebastian interpretó como que aún no lo sabía; sin embargo, le palmeó el hombro y susurró de nuevo:

—No es mala elección.

Cuando llegaron a casa de los Williams, la joven Josephine estaba junto a sus padres recibiendo a los invitados. Pero al ver a Sarah, les pidió permiso para poder irse con ella. Las dos jóvenes se alejaron entre la multitud. Sebastian levantó la vista para mirar sobre las cabezas al entrar en el salón de baile. Su corazón se saltó un latido cuando vio que Sarah y Josephine se detenían con otra dama: Violet.

Lucía un vestido azul con una cinta de color índigo bajo el busto

que generó la ilusión de un torso alargado. Llevaba guantes largos, por encima del codo, de color blanco y el escote ovalado moría en los tirantes de los hombros. Recordó como la había desvestido hacía unas noches y se imaginó quitándole aquella prenda que la envolvía en seda y muselinas. Decidió que la pintaría vestida de azul.

Alguien se colocó a su lado y le preguntó con guasa.

—Te veo muy absorto, ¿a quién miras con tanto embeleso?

Al reconocer la voz se giró con entusiasmo.

—¡Jared! ¿Pero cuándo has venido? —Se abrazaron con efusión —. ¿Y la vizcondesa?

—Mi esposa está con mi madre y creo que con la tuya. Llegamos esta mañana, el abuelo nos ha invitado a un pícnic.

—No puedo creerme que estés aquí, te he echado de menos.

Jared y Evelyn se habían casado a principios de año y vivían en Lancashire, donde él criaba caballos y disfrutaba de los beneficios de un título que recibió del rey por méritos en la guerra contra Napoleón.

—Puedes venir a Cadwell Park cuando desees.

—Y Henry, ¿qué sabes de él?

—Estuvimos en Flowerday Hill hace una semana, Georgia está preciosa con su embarazo y nuestro primo está muerto de miedo porque la criatura está por llegar.

—Las tías pretenden irse a su casa con el abuelo, después de la fiesta campestre —informó Sebastian.

—Y dime, ¿a quién sigues con tanto interés? ¿A una nueva amante? —preguntó Jared, curioso.

—A nadie, solo observaba a mi hermana.

—Yo creo que vigilas a la dama que está con ella. ¿Quién es?

—¿Recuerdas el retrato de mi estudio?

Jared pareció buscar en su pensamiento y lo miró con asombro al preguntar:

—¿La baronesa? —Él mismo le había confesado, tras una larga noche de copas, quién era la mujer misteriosa que había pintado.

—La misma —respondió Sebastian. Luego añadió—: Enviudó al poco de casarse, tiene una hija.

—¿Sabes? Podría repetirte aquellas palabras que nos decías a Henry y a mí cuando nos veías morir de amor… ¡Qué diantres! Te las voy a decir: si la quieres ve a por ella.

—No quiere casarse otra vez.
—Convéncela.
Sebastian lo miró con incredulidad y su primo sonrió, ufano. Como si fuera tan fácil.

# Capítulo 9

Violet se puso nerviosa al ver por el rabillo del ojo que Sebastian se acercaba con otro caballero. Era tan apuesto como él, y no dudó de que fueran familia. Había estado hablando con Helena, quien le dijo que su hermano, el vizconde Sandford, había venido de Lancashire para el pícnic del duque y acababan de presentarle a la vizcondesa, una mujer que le cayó bien desde el primer instante. Así que no podía tratarse de otra persona que del vizconde.

Se preparó para el impacto de enfrentarlo. Por suerte, el humor con el que Sarah los recibió la ayudó.

—Ah, llega una representación de los irresistibles Trevelyan.

Cuando lo tuvo delante necesitó de todo su empeño para disimular lo que le provocaba tenerlo cerca. Era una tonta por no dar valor a lo que él le había dicho, pero las dudas la mortificaban. Se había enamorado de nuevo y la incertidumbre sobre si él sentía realmente lo mismo y quisiera casarse con ella le robaba el sueño.

Durante un buen rato conversaron todos juntos, había llegado George con Derek y Alexander, pero al comenzar la música el grupo se disolvió y vio cómo Sebastian solicitaba el baile a la vizcondesa. Ella iba a sentarse con las damas Trevelyan cuando Jared se dirigió a ella.

—¿Me concedería el placer de bailar conmigo, *milady*?

Sonrió al aceptar y le tendió la mano para que la llevara a la zona de baile. Era una polonesa. Al cabo de unos segundos, Jared le preguntó sin preámbulos.

—¿Así que usted es la dama del retrato?

Violet pensó que Sebastian le había contado que iba a pintarla y asintió, aunque necesitó explicarse:

—He pensado mucho en su oferta, y creo que me gustará tener el cuadro en mi salón. Estoy nerviosa porque empiece.

Algo en la mirada del vizconde la puso en alerta de que no hablaban de lo mismo y cerró los ojos un instante al descubrir que él se refería al cuadro para el que ella jamás había posado.

—No se avergüence —dijo él, amable—. Sé que usted no posó para él, pero veo que conoce el cuadro.

—Parece ser que lo conoce mucha gente.

—No se haga daño, somos pocos quienes lo hemos visto y jamás desvelaremos su existencia.

Ella lo miró con una mueca que era el resultado de forzar la sonrisa.

—¿Sabe que está enamorado de usted?

Casi perdió el paso al escucharlo. No se atrevía a dar crédito a aquellas palabras, pero estas se le clavaron en el alma y al atenderlas le dio sentido a muchas miradas y sensaciones que habían tenido desde que se reencontraron. Jared fue directo y se sonrojó por su nueva pregunta.

—¿Y usted de él? —No fue capaz de contestar, pero intuyó que el vizconde había descubierto la respuesta con su silencio—. No se apure, su secreto está a salvo conmigo, aunque quizá debería decírselo.

Al acabar la pieza, Violet no fue capaz de regresar con las damas Trevelyan, y mucho menos de ver a Sebastian, necesitaba ir al tocador y refrescarse.

Pensaba ocultarse allí un buen rato, pero encontró a Helena con Sarah. La cara que lucía la primera la hizo sospechar que algo iba mal.

En confidencia, Helena le contó que se había disgustado con el conde de Stepyltong porque él le había confesado que no quería arriesgar la amistad con su hermano y ella, esperanzada con que pidiera su mano, le había dicho que no quería volver a verlo.

Sarah comentó con humor que era mejor que Helena ocupase la noche en divertirse y que llorara en casa.

—¿Cómo voy a bailar si estoy deshecha?

—No hagas un drama, Helenita —señaló Sarah—. Mejor que el conde te vea disfrutar del baile y sonríe todo lo que puedas —le aconsejó—, si te ama como te ha dicho seguro que rabiará al verte

contenta con otros caballeros. ¿No piensa lo mismo, Violet?

—No creo que sea buena cosa darle celos, pero sí demostrarle que se divierte. No hay nada peor que sientan lástima por una —aseveró, y luego, con un tono de advertencia, señaló—: Espero que haya sido un caballero en todo momento.

Violet se sintió en la obligación de saber cómo había sido el romance. Se sentía culpable porque ella había intervenido como mensajera en un encuentro. Si él se había propasado y luego la rechazaba pensaba decirle cuatro cosas, a él y por supuesto a los hermanos de la joven, por si tenían que tomar medidas. Pero Helena confesó con inocencia que solo se habían besado en varias ocasiones. Prefirió no decir nada, tampoco había que forzar un matrimonio por unos besos. Aunque estaría bien atenta.

Las primas decidieron salir del tocador y ella esperó todavía unos minutos. Cuando se sintió dueña de sí misma salió hacia el salón. No había llegado a la zona principal cuando se asustó al notar que alguien se colocaba a su espalda y le cubría la boca con la mano, empujándola hacia atrás. La voz inconfundible de Sebastian la tranquilizó.

—Te he estado buscando, creí que te habías marchado. Ven.

Sin pensarlo, lo siguió y entraron en una habitación, era una sala privada. Sebastian cerró la puerta con llave y luego la besó.

Violet se deshacía con los besos que la torturaban, él la apretaba a su torso y ella sentía que el fuego de sus entrañas la llevaba a querer que aquello no terminara nunca, pero tenía que poner cordura al momento.

—Sebastian, por favor, detente… esto es una locura.

Él sonrió sobre su piel, le besaba el cuello y le hacía unas cosquillas infinitas.

—Quizá estemos un poco locos, sí, pero no conozco una sensación más agradable que rozar mis labios por tu piel.

—Esto no está bien, estamos en una fiesta, pueden descubrirnos.

—Tú tienes la culpa de que pierda el juicio. —Volvió a besar sus labios, esta vez sin profundizar.

—No debió pasar lo de la otra noche —dijo ella, tratando de poner distancia—. No sirvo para ser una amante, no sé hacerlo… Además, el vizconde me ha dicho que…

—¿Jared? Si es cierto lo que me ha dicho a mí, no voy a dejar

que me abandones.

—¿Cómo que no dejarás que te abandone? Pero si entre tú y yo no hay…

Sebastian le puso dos dedos sobre los labios.

—No lo digas, sabes que no es cierto lo que pensabas decir. Entre tú y yo hay algo sin resolver, algo que nació hace mucho tiempo. Me hubiera fugado contigo si me lo hubieras pedido, pero te dejé marchar y me he arrepentido desde entonces, ahora que te he encontrado no pienso perderte de nuevo.

—Sebastian, ¿adónde nos lleva esto? Es lujuria.

Volvieron a besarse con tanta intensidad que Violet se estremeció. Se moría de amor por aquel hombre y necesitaba que lo escuchara de sus labios.

—Tenemos que ser sinceros —propuso él—. Yo no me avergüenzo al confesarte que te amo. Si me dejaras te pintaría como la Venus de Milo, serías mi Afrodita, deseo tanto tenerte frente a mí, expuesta para leer tu mente y tu cuerpo, que pintarte es una de las mil maneras que se me ocurren para hacerte el amor. Mi afecto por ti es sincero, tienes que saberlo, va más allá de esa obsesión, porque lo que deseo en lo más profundo de mi ser es convertirte en mi esposa.

—¿Esposa? ¿De verdad te casarías conmigo…? —inquirió ella, incrédula— Yo… yo pensé que jamás me casaría de nuevo. No sin amor.

—Pero ¿es que no ves que me tienes loco? Sin embargo, no quiero obligarte a nada, si no quieres casarte seré tu amante hasta el fin de mis días. Aunque a ver cómo le explicas a Maggie que duerma en tu cama todas las noches —concluyó con humor.

Aquella última frase los hizo sonreír.

—No quiero precipitarme, Sebastian, te pido algo de tiempo. Pero quiero decirte que siento lo mismo que tú, yo también te amo. Lo que guardo en mi corazón ya no puedo retenerlo por más tiempo —confesó.

Se abrazaron otra vez y de nuevo se perdieron en los labios del otro.

—Me gustaría estar en mi casa, tenerte para mí en mi cama; no aquí, ocultos por si nos descubren. Será mejor que salgamos, pero mañana te espero a las tres en mi estudio, no faltes. He de empezar

el cuadro.

Le guiñó un ojo y ella sonrió como una tonta.

Sebastian abrió la puerta, al ver que no había nadie en el pasillo la hizo salir, él esperó un poco más.

Cuando Violet llegó al salón, se mezcló entre la gente, con el corazón agitado y la emoción bullendo en su cuerpo. Jamás habría imaginado que aquella noche iba a recibir una declaración de amor… tan deseada.

Sebastian había realizado algunos bocetos de cómo quería pintar a Violet. En su fantasía más oculta quería pintarla como la había imaginado, apenas con una camisola y la espalda desnuda, mirándolo como si lo llamara a su cama después de tomar un baño. Pero eso no iba a poder ser, no de momento. Así que decidió que la pintaría de pie. Preparó una pequeña escena con la cristalera que daba a su jardín, esperaba que a ella le gustara.

Cuando la vio aparecer por su casa con su dama de compañía, maldijo su ocurrencia. Él pretendía llevarla a su cama después de unas horas de trabajo, algo que parecía que ella quería evitar al venir con carabina.

—Sé que no le gusta que lo molesten mientras trabaja, que no quiere público —dijo Violet al entrar. Ella sonrió y él se acordó de la primera vez que se vieron, ella debió pensar también en lo mismo, Violet continuó muy serena, pero justificándose—. He pensado que si vengo acompañada no habrá rumores si me ven visitando su estudio. —Que hubiera prescindido de tutearlo le hizo pensar que guardaba las formas delante de su acompañante y pensó que era lo mejor para no desvelar la cercanía que tenían. Le comentó que era lo apropiado, por supuesto, y ella continuó—: Pero luego irá a buscar a Maggie porque me gustaría que nos pintara a las dos.

Se quedó un momento en silencio, esa opción no la había tenido en cuenta, pensó rápido y al final se le ocurrió otra idea. Una idea que le generó un entusiasmo inusitado.

—Me parece bien, pero ese será otro cuadro y otro día. Necesito uno de una dama para la exposición. Su retrato será mi pieza principal.

Ella reaccionó con sorpresa y al cabo de unos segundos objetó:

—Pero no se lo venderá a nadie que no sea yo.

—¿Puedo pedir un precio ventajoso con esa condición?

Que se ruborizara le bastó para saber que había entendido su juego de palabras. La deseaba tanto que iba a perder los modales delante de la dama de compañía.

«Serénate», se dijo y estiró la mano para formalizar el acuerdo y ella la estrechó, con seguridad y una sonrisa.

Lo que daría él porque hubiese sido un beso con lo que cerraran su acuerdo. Ansiaba tenerla solo para él y hablarle al oído con palabras susurradas, palabras que solo los amantes comprenden en un momento de pasión.

Durante más de una hora, Violet posó según le indicaba. Sebastian se permitía acercarse más de lo adecuado para indicarle cómo tenía que mirar o colocarse. Ella era dócil y también le aportaba sugerencias. Le propuso tener algo entre las manos, para que estas no cayeran lacias por los costados y, con gracia, a falta de otra cosa cogió un libro de una estantería.

—*Fausto* de Goethe. Interesante lectura.

—¿Lo ha leído? —preguntó él, mirándola de reojo mientras con el carboncillo hacía trazos en el lienzo.

—Sí, hace algún tiempo, en Norwich la lectura era una de mis distracciones favoritas.

—Espero que eso haya cambiado en Londres —murmuró él levantando la vista del lienzo un segundo, pero un segundo fue suficiente para ver que ella se ruborizaba.

—Hay más distracciones, no puedo negarlo —respondió y, como si quisiera provocarlo, añadió—: Y lo que más me gusta es bailar, he descubierto que es una de mis pasiones.

Él la observó casi con descaro. Ella continuó.

—En Norwich no bailaba mucho, diría que era otra mujer. Londres tiene un no sé qué…

—Será que allí no había buenos bailarines —intervino la dama de compañía y ambos la miraron como si la descubrieran. La mujer, al tener su atención, añadió—. Disculpe, *milady*, ¿le importa si me adelanto a la casa? A usted le queda todavía un rato de posar y yo tengo la impresión de perder el tiempo. Creo que el señor Trevelyan trabajará mejor sin nadie mirándolo.

Sebastian fue testigo de las miradas que las mujeres

compartieron y se sintió en la obligación de decir que no le molestaba su presencia. Aunque la mirada de la mujer le hizo saber que no lo creía demasiado.

—Debby —la llamó Violet—, dile a Maggie que no me retrasaré mucho.

Cuando la dama de compañía salió, Sebastian se acercó hasta Violet y, sin previo aviso, la tomó por la cara y la besó. Ella se acopló a su cuerpo como a él le gustaba.

—Te aseguro que no me molestaba tu dama de compañía —afirmó—, casi era mejor que estuviera presente porque ahora no podré apartar mis manos de ti.

—Creo que se ha dado cuenta de que coqueteábamos y ha preferido dejarnos solos. A Debby le gustas bastante y es partidaria de que debería casarme.

—Vaya, así que tengo la aprobación de tu dama de compañía, voy ganando puntos.

Él volvió a besarla y se restregó con ella hasta que la hizo suspirar. Luego la colocó de nuevo en la posición en la que estaba dibujándola.

—Ahora, querida, no te muevas, luego vas a saber lo que es bailar —dijo, provocador, y se deleitó al ver cómo se azoraba. Que pensara en lo que iba a pasar después entre ellos dos lo encendió, pero aquel ardor le ayudaba en su creación.

Violet no sabía que un hombre podía ser tan pasional. Su experiencia marital había sido bastante insatisfactoria, pero Sebastian la había llevado a las nubes y tenía la impresión de que se había vuelto una descocada por desear que volviera a hacerlo.

Durante más de media hora la hizo posar mientras realizaba el boceto que quería; de vez en cuando se le acercaba y la tocaba con descaro, la besaba, le acariciaba el pelo, el cuello… Le mordía los labios con ardor y le susurraba cuánto la deseaba. Luego, volvía a su lienzo, a inhibirse en su tarea, como si ella no estuviera. Ella se movía, excitada, sorprendida del control que sobre sus emociones mostraba él, mientras ella cambiaba el peso de su cuerpo de un pie a otro y entonces él la reñía.

—No te muevas —murmuró con cierto retintín.

—No sabía que ser modelo era tan agotador.

—No seas quejica, pienso compensarte.

Aquella promesa de lo que vendría después la tenía tan expectante que estaba excitadísima.

Al fin Sebastian cubrió el lienzo con un paño, lo que significaba que no se lo dejaría ver, tampoco intentó que se lo enseñara. Se le acercó y, tomándola por debajo de las rodillas, la llevó hasta el dormitorio privado y la desnudó.

Aquella tarde él la había amado como no sabía que podía amarse, ella seguía sus movimientos encendida, sin poder resistirse cada vez que la tocaba y reclamándole que no se detuviera. En un momento en que la pasión la tenía desbordada, casi desfallecida, musitó que lo amaba y él la miró con el deseo nublándole los ojos.

—Lo sé, querida Violet, yo también te amo.

La pasión los había dejado exhaustos. Sebastian se levantó con prisa y Violet, desconcertada, observó sus movimientos.

Cuando regresó a su lado, portaba un viejo atril con un lienzo en blanco y un par de carboncillos, lo apoyó todo entre las sábanas revueltas.

—¿Piensas dibujarme así? —preguntó ella preocupada.

—Sí, eres preciosa y en este instante estás como te he soñado tantas veces.

Ella se mostró indecisa y él le susurró con ternura:

—¿Crees que haría algo que te perjudicase? Jamás. No voy a pintar tu rostro, el cabello lo ocultará, pero quiero captarte así, alborotada.

La besó con delicadeza y le dio la camisola para que se cubriera; ella agarraba la sábana como si su vida dependiera de ella.

—No sientas vergüenza conmigo, si te sientes más cómoda yo también me cubriré. —Sebastian buscó su camisa y se la puso.

Sebastian hincó una rodilla en el colchón, se le acercó zalamero, la acomodó de la forma que quería dibujarla, con los brazos por encima de la cabeza y el cuerpo recostado en los almohadones, y antes de que ella reclinase la cabeza como él le pedía la besó. Violet se asombró de lo fácil que fue que la convenciera.

Al separarse él comentó en un tono distendido, como si lo que decía no fuese importante:

—No quiero presionarte, pero sabes que tenemos que casarnos, ¿verdad?

—Estamos bien así, somos amantes —soltó, descarada.

—Sí, lo somos, y me encanta, pero no me gustaría esconderme de mi familia, son demasiado importantes para mí, y sabrían que oculto algo.

—Yo… No pretendo ofenderte, pero no quiero perder la independencia que tengo. Entiéndeme, siempre he dependido de un hombre: primero mi padre tomaba decisiones por mí, luego mi esposo, después, no sé cómo, Oswald tuvo ese poder y ahora soy libre para decidir qué quiero hacer y pensar. Si me caso perderé todo.

—Si te casas con otro, quizá; si te casas conmigo, seguirás siendo dueña de tu vida, nunca trataré de imponerte nada. No soy de esos hombres que anulan a la mujer o que piensan que no podéis hacer cosas —alegó él en su defensa—. Yo nunca trataré de gobernarte más de lo que hagas tú conmigo, serás libre de tomar tus decisiones, de gestionar tus negocios, y las cosas que nos atañan como familia, las trataremos juntos.

Violet se conmovió. No esperaba aquel alegato. Se quedó en silencio y se recostó en los almohadones, lo que hizo que la camisola que portaba resbalase por uno de sus hombros.

—Cariño —la llamó él—, cuando estemos juntos, por ejemplo, en el pícnic del abuelo no sabré disimular si te tengo cerca; además, Su Excelencia tiene una perspicacia asombrosa. Sabrá que hay algo entre nosotros nada más vernos.

Ella sonrió.

—Eres un exagerado —dijo, incrédula.

Sin embargo, no había pensado en el duque y quizá Sebastian tenía razón, era mejor ir de frente con la familia. No quería que pensaran mal de ella.

Él posó su mano en su vientre y entonces se dio cuenta del riesgo que habían corrido. Él la tranquilizó con una sonrisa.

—No te asustes, estamos juntos en esto. Pero quiero que esa cabecita tuya piense que más pronto que tarde serás mi esposa.

Tras decir eso, le pidió que cambiara de posición, alborotó su cabello y se concentró en dibujarla como siempre había sido su sueño.

# Capítulo 10

Sebastian llegó a la finca del duque junto a Derek y Alexander. Le hubiera gustado viajar con Violet, pero ella le había pedido que no la esperara. Y, por cómo se lo dijo, entendió que ella no quería dejar de actuar con la independencia que tenía, desde que se había librado, y puesto distancia, con el hijo de su difunto esposo. Le gustó aquella actitud porque él quería una mujer a su lado que fuera moderna, con pensamiento propio, y le gustó que no se mostrara dependiente y fuera lo bastante segura para llegar sola a la finca.

Por el camino había desvelado sus intenciones a su hermano y a su primo, en un momento en el que Alexander bromeaba sobre la tardanza en regresar de Christopher.

—Te digo yo que este tiene un lío de faldas.

—Yo creo que teme que el abuelo y tu padre lo comprometan con alguna dama, o que ya se la haya buscado tu madre. El mercado matrimonial de esta temporada es bastante amplio —observó Derek y añadió con humor—: Aunque ya hay muchas jóvenes que se han emparejado, lo mejorcito ya está pillado.

Alexander quiso meter el dedo en la llaga.

—Josephine está libre todavía. —Sebastian y él rieron ante la cara que puso Derek, sabían que le interesaba la joven, pero no se decidía a cortejarla. Aunque a Sebastian se le cortó la risa de golpe, no esperaba lo que agregaría—: ¿Y qué me decís de *lady* Pattison? La baronesa viuda es un buen partido.

—Olvidaos de ella. No está libre.

—Ah, ¿no? —interrogó Derek con cierto retintín.

—Voy a pedirle que se case conmigo. —Ya se lo había pedido, o

al menos para él estaban prometidos porque habían hablado de casarse, solo faltaba el detalle de que ella le dijera «sí» abiertamente.

—¡Qué callado lo tenías! Así que eso de pintarle un retrato era la excusa para cortejarla sin que nadie se enterara —alegó Alexander.

Él se encogió de hombros con una sonrisa ufana en los labios.

—Pues te felicito por la elección —dijo su hermano—, creo que todos estarán encantados, encajará muy bien en la familia y, además, todos adoran a su hija.

—Yo me atrevo a decir que el abuelo ha montado esta fiesta campestre solo por la cría —alegó Alexander—. ¿Habéis visto lo bien que se llevan?

—El otro día hablé con Maggie sobre mi deseo de casarme con su madre —murmuró sin seguir el hilo de la conversación.

Sebastian, ante la cara de sorpresa de Derek y Alexander, explicó que la había buscado en Hyde Park, donde sabía que su niñera solía llevar a Maggie a pasear y, con el permiso de la criada, habló a solas con la pequeña.

Había sido una escena muy tierna. Al preguntarle si le gustaría que se casara con su madre, la niña le preguntó si sería entonces cómo su papá.

—Solo si quieres —le había contestado.

—Yo nunca he tenido papá.

—Pero tienes uno que está en el cielo.

—Creo que me gustará más tener un papá en casa.

Él casi se quedó sin aliento. Los niños lo ponían todo tan fácil… Maggie le había dado su permiso con una risilla nerviosa y cuando él le pidió que guardara el secreto de aquella conversación, la niña se apretó los labios con los dedos en señal de que tendría la boca cerrada.

Al llegar a la mansión se sorprendió de la fiesta campestre que tenía organizada el duque. Había traído barcas para pasear en el lago y habían instalado un cenador en la explanada, para resguardarse del sol.

—Por fin llegáis —señaló su madre.

—Ni que llegáramos tarde, madre —alegó Derek.

—¿Mamá, lo has traído? —le preguntó Sebastian al besar su

mejilla como saludo. Ella asintió y, como si nada, respondió a su hermano.

—Lo sé, lo sé… Anda, quitaos de en medio. Luego os veo.

Violet llegó a la finca de lord Gilberston con el carruaje cargado. Iban a pasar tan solo un par de días, pero creyó necesario ir con Debby y Betsy. La niñera sería de gran ayuda para atender a Maggie. Tenía la impresión de que sería la única niña y Betsy era una joven con mucha habilidad para entretenerla.

Las recibió Henrietta, pero, mientras estaban en el vestíbulo, aparecieron Helena y Sarah con dos cestas de flores e invitaron a Maggie a ir con ellas para que las ayudara a preparar jarrones que decorasen las habitaciones.

—¿Puedo, mamá, puedo?

Ella la miró con el rostro iluminado y sonrió.

—Por supuesto, pero déjame que te quite esto.

Le deshizo el lazo del sombrerito, muy similar al que ella llevaba, y se lo quitó. La vio marcharse con las primas con la emoción de quien vive una aventura.

—Creo que Maggie vive esta salida como si fuera una gran fiesta.

—Lo será, querida. Ya hemos llegado casi todos. Aunque no estaremos toda la familia. Mi hija Elisabeth no ha podido venir y los marqueses tampoco vendrán. Georgia no puede viajar en su estado tan avanzado de embarazo. Y Christopher sigue en Edimburgo, pero somos un grupo bastante numeroso.

Henrietta dio orden a un lacayo de atender su equipaje y subirlo a las habitaciones. Debby y Betsy se ofrecieron a ayudarlo.

—Debby es su dama de compañía, puede quedarse con nosotras —sugirió Henrietta—, ahora tomaremos un refrigerio en la terraza.

—Discúlpeme, señora, pero prefiero ocuparme de la ropa de *milady*.

—De acuerdo. —Y con la confianza de conocer a los lacayos como si fueran de su casa, la dama instruyó al criado para que les mostrara las habitaciones y las ayudara a instalarse; luego se dirigió a Violet—. Maggie y su niñera tienen una habitación en la segunda planta, en el ala este, también estarán allí los otros niños, los bisnietos de lord Williams.

A Violet le agradó la noticia de que habría otros niños, así Maggie no estaría tan sola con los adultos.

Las dos mujeres se dirigieron hacia el exterior, atravesaron el vestíbulo, un amplio salón, y salieron por unos grandes ventanales a una terraza donde, bajo una glorieta, esperaban sentadas a la mesa las otras damas Trevelyan con el duque.

Al cabo de un buen rato llegaron los invitados que faltaban: la joven Josephine Williams con su hermano y sus sobrinos y los Delaware. Violet supuso que los primos Trevelyan ya estaban todos por la mansión, aunque solo había visto a las chicas.

Sebastian apareció acompañado de los vizcondes Sandford; al verlo su corazón se saltó un latido. La saludó con cortesía y besó su mano, él la retuvo unos instantes más de lo adecuado y Violet no pudo evitar darse cuenta de la mirada que compartían las damas Trevelyan y Su Excelencia.

Lord Gilberston, aunque supuso que había tenido la ayuda de las damas, había preparado varias actividades para estar distraídos. La comida se hizo al aire libre en la gran explanada cerca del lago, donde, bajo el cenador, había una gran mesa para comer a la sombra. Maggie estaba pletórica de emoción y con prontitud empezó a relacionarse con los otros niños: dos niñas de su edad y un niño un año más pequeño, como si se conocieran desde hacía mucho tiempo. Betsy no tenía fin inventando juegos para ellos y tan pronto estaban jugando a la gallinita ciega, como a piratas que buscaban un tesoro. La niñera había escondido botones y cosas sin valor por el jardín y acabaron Sarah, Helena y Josephine, junto a Derek y Alexander, buscando piezas. Las chicas la llamaron y Sebastian le ofreció su mano para levantarse.

Cuando el grupo, al que se había sumado con discreción, al igual que Sebastian, halló todos los abalorios escondidos, el duque propuso subir a las distintas barcas que estaban varadas en el lago, para simular a los piratas que se alejaban de la costa. Casi todos los jóvenes subieron a los botes, ella rehusó hacerlo, prefería observar la carrera que iban a emprender. David, el padre de los otros niños, subió con sus hijas y su hermana, Derek y George con el otro pequeño, Helena con Alexander y, para sorpresa de todos, lord Gilberston subió a una barca con Sarah y Maggie, quien, sin ningún reparo, le gritaba al duque que remara más rápido. Aquello levantó

la hilaridad de todos los que observaban la carrera de botes.

Violet, dichosa, se acercó a la orilla y se apoyó en un grueso roble para contemplar mejor a su hija. Sebastian se le acercó y le ofreció una copa de vino. Al tomarla de sus manos, sus dedos se rozaron y cruzaron una intensa mirada.

—Si no pensara que te morirías de vergüenza te besaría aquí, delante de todos.

—No serías capaz —lo tentó ella.

El tronco del árbol los protegía de las miradas de los otros, aunque no estaban del todo escondidos, desde el lago alguien podía verlos si desviaba la vista.

—No sabes lo que es tentar a un Trevelyan —señaló Sebastian, provocándola y, sin que ella lo esperara, retiró un mechón rebelde que se había escapado de su recogido y le besó el cuello.

—¡Sebastian! Pueden vernos.

—Es tu culpa —rio él—. Me has tentado.

Sebastian se preparaba para la cena cuando escuchó que alguien llamaba con los nudillos en su puerta. Dio paso y quien entró no era a quien esperaba.

—¿Podemos hablar?

—Por supuesto, abuelo.

—¿Qué hay entre la baronesa viuda y tú? —preguntó lord Gilberston sin paños calientes.

—¿Que qué hay?

—Sí, no creo que no me hayas entendido, y por si piensas decirme algún embuste te diré que tengo ojos en la cara y veo cómo la miras, y espero por tu bien que no la hayas convertido en tu amante. Os he visto tras el roble. ¿Es que no tienes decencia? Pensabas seducirla delante de su hija.

—Abuelo…

—Ni abuelo ni nada. —El duque estaba enfadado—. Si la has metido en tu cama quiero que te cases con ella, más pronto que tarde. La reputación de una mujer se empaña rápido y no voy a consentirlo. Además, esa niña se merece un padre y, hasta donde yo sé, donde hubo brasas puede nacer el cariño de nuevo.

—Abuelo, yo…

El duque no lo dejaba hablar y Sebastian esperó a que dijera lo que tuviera que decirle, para luego refutar todo.

—No pretendas engañarme —continuó el abuelo mirándolo fijamente—. Sé que tú, hace mucho tiempo, estuviste prendado de *lady* Pattison; llegué a temer que la tentaras y se escapara contigo. Eso hubiera matado a su padre.

En aquel instante alguien llamó a la puerta y él fue a abrir, esperaba que esta vez sí fuera la persona a la que esperaba. Su madre. Esta, al no encontrarlo solo, se sorprendió, pero él la hizo pasar, de todos modos.

—Duque, no sabía que estaría aquí —señaló Celia.

—Tenía algo de qué hablar con tu hijo, pero ya he dicho lo que tenía que decir.

Sebastian observó cómo el duque se disponía a marcharse y lo retuvo.

—Si se espera un momento, por favor —pidió a su abuelo, luego miró a su madre y musitó—: Madre…

—Aquí lo traigo. —Celia le tendió una cajita y él la abrió. Dentro había un anillo con un diamante ovalado, engarzado en una filigrana de oro.

—Ese anillo… —observó el duque con extrañeza y cara de perplejidad.

—Es el anillo que me dio Hubert el día que nos prometimos, era de la duquesa —dijo Celia con afecto y la voz se le cortó unos instantes por la emoción: luego miró a Sebastian y añadió—: Todavía no puedo creerme que pienses pedir matrimonio a Violet y no nos hayas comentado nada.

—¿No es de tu agrado, madre?

—Estoy encantada, y tu padre también.

—¡Demonios, muchacho! —exclamó lord Gilberston y le palmeó el hombro—. ¿Y me has dejado hablar todo este rato?

—Era agradable escucharlo, abuelo.

—¿Agradable? El ridículo es lo que me has dejado hacer.

—No se enfade. Y quiero que sepa que siempre he estado enamorado de Violet. Para mí no hay otra mujer. Pienso pedirle esta noche que se case conmigo.

Sebastian guardó la cajita con el anillo en el bolsillo de su chaleco.

—Hijo, me prometí con este anillo y he sido muy feliz todos estos años, te deseo la misma suerte para ti. —Celia enjugó una

lágrima que se le escapaba del ojo derecho.

Salieron de la habitación camino al salón. Al entrar, el ambiente era muy distendido. Helena tocaba el piano y Maggie y las otras niñas estaban pegadas a él, observándola.

Sebastian buscó a Violet con la vista y la encontró de pie junto a Sarah. Se le acercó con una sonrisa y la provocó al susurrarle.

—Esta noche te haré una visita, no cierres tu puerta.

—Ni se te ocurra —musitó ella, azorada, y con una voz menos aguda dijo para poner distancia con él—. Avisaré a Betsy para que se lleve a Maggie y a las niñas a cenar ya.

—Déjalas, el abuelo está entusiasmado, creo que está feliz con una bisnieta postiza.

Ella rio y él pensó que jamás estaría más enamorado de aquella mujer que en aquel instante.

Helena terminó de tocar y todos aplaudieron. Sebastian se dijo que tenía que aprovechar aquel momento y, tomando la mano de Violet, se arrodilló frente a ella.

El silencio ocupó toda la estancia y Sebastian escuchó en sus oídos el latir acelerado de su corazón.

Violet contuvo el aliento al ver a Sebastian con la rodilla hincada en el suelo y su mano entre las suyas. Sintió la mirada de todo el grupo en ellos dos y ella, nerviosa, buscó la de su hija. La encontró junto al duque. Casi lloró al ver como Su Excelencia tomaba la manita de Maggie y ambos observaban con expectación la escena.

Perpleja, miró a Sebastian, no podía negar el amor que reflejaban sus ojos.

—Querida Violet, hay viajes que duran años y al regreso podemos sentir que solo han transcurrido días, incluso unas horas. Eso percibí al verte de nuevo, y supe que el tiempo me daba otra oportunidad. Hoy, frente a ti, frente a Maggie y toda mi familia te confieso que te he amado desde siempre, pero eso tú ya lo sabes. No creo que pueda quererte más de lo que ahora lo hago y te prometo que nunca voy a dejar de hacerlo. Hasta hace muy poco me conformaba con mi pasión, la pintura, mi arte, pero sin ti nada tiene sentido. Por eso te quiero en mi vida y te pregunto delante de lo que más quieres… ¿Me concederías el honor de casarte conmigo?

Violet notó cómo las lágrimas se agolpaban en sus ojos. Se había

prometido muchas veces que no volvería a casarse, que la libertad conquistada era demasiado poderosa como para perderla, pero sabía que Sebastian jamás la enclaustraría en una jaula de oro.

Él se había metido la mano en un bolsillo y le mostraba un precioso anillo ovalado de un diamante tan brillante y bonito como la mirada que le ofrecía. Tenía que contestar y la emoción no le dejaba.

Una vocecilla sonó en mitad del silencio y la sacó de su ensoñación.

—Di que sí, mamá, di que sí.

Un murmullo de risas contenidas se escuchó en la estancia y Violet, tras mirar a su hija y ver cómo esta asentía con la cabeza con verdadero entusiasmo y se le dibujaban unos hoyuelos en las mejillas, contempló al amor de su vida.

—Estoy esperando una respuesta, Violet —musitó Sebastian, divertido, con una sonrisa—. A Maggie ya la tengo convencida.

—Sí, por supuesto que me casaré contigo, Sebastian…

Él colocó el anillo en su dedo y después besó su mano, se alzó y besó sus labios con suavidad, como si fuera el roce de las alas de una mariposa.

Al instante Violet notó los brazos de Maggie rodeando su cintura y con la cara apoyada en su cuerpo le murmuraba, llena de emoción.

—Yo le di permiso, mamá, yo le di permiso.

Después, unas cuantas horas después, Violet fue testigo de todo el amor que Sebastian le había prometido. Como un ladrón, se había colado en su cuarto y en su cama y la había amado hasta el alba. Luego, saciados de la pasión y con mil planes de una vida juntos, él la dejó dormida.

¡No debían encontrarlo en su lecho!

Al despertar y ser consciente de su nueva realidad, sonrió y se tapó la cara con ambas manos. Nunca lo hubiera imaginado, pero a los postres de la cena las damas Trevelyan ya tenían la boda organizada y el duque, a quien por lo visto no le gustaba esperar, comentó que tras las amonestaciones se casarían en la capilla de Reedox Hall, su finca de Cornualles.

Violet se sintió feliz, pensó en que su familia siempre había sido pequeña, pero ahora tenía una familia muy grande y lo más

importante es que amaba y era amada con la misma intensidad. Sebastian la completaba.

# Epílogo

*Varios meses después.*

Sebastian entró en la sala privada de Violet, ella leía un libro recostada en un diván.

—¿Y Maggie? —preguntó, curioso—. Se ha saltado su clase de dibujo y tú deberías retomarlas.

—Sarah ha venido a recogerla, merendará en casa de tus padres.

La risilla que le vio lo incitó. Ella solía dibujar, pero le gustaba hacerlo por las mañanas, incluso alguna vez lo había hecho apoyando el lienzo en su espalda desnuda.

—Entonces ¿te tengo solo para mí toda la tarde?

—Me temo que sí, siento decepcionarte.

Él se sonrió pícaro y tiró de su mano, cuando la tuvo de pie frente a él la besó con intensidad. Ella no tardó en responder. Le encantaba cuando, abandonada, le pasaba los brazos por detrás del cuello y enredaba los dedos en el cabello de la nuca.

—Ven, he terminado el cuadro, quiero enseñártelo.

—¿Qué cuadro?

Volvió a sonreír y esta vez levantó ambas cejas con cara traviesa.

El cuadro que le había pintado de pie con un libro decoraba el salón principal. Había sido el cuadro principal de la exposición que había realizado una semana antes de la boda. Había tenido mucho éxito y había vendido toda la colección. Ella había insistido en pagar aquella pieza, para satisfacer el trato que habían hecho, pero él le aseguró que solo se lo cobraría en noches de pasión. Y ella, rendida, había acabado claudicando.

Tras el enlace decidieron vivir en la casa que él tenía, era más grande y, además, su estudio estaba muy cerca, en el extremo opuesto del jardín, y podían gozar de mucha intimidad. Ella alquiló la que, hasta el momento, y por algunos meses, había sido su residencia. Por deferencia, Violet había escrito a Oswald para comentarle que iba a casarse y que alquilaría la casa, este le respondió felicitándola, con una escueta carta. Días después de recibir aquella misiva, Violet mandó empaquetar todas las cosas que habían pertenecido al que fuera su esposo y a su primera mujer y que seguían en su desván y las envió a Norwich. Alegó que no quería nada en su poder que no fuera realmente suyo.

Sebastian pensó que con aquel acto terminaba con su vida anterior.

Al entrar en el estudio, ella vio el cuadro al que se refería. Aquel boceto que le había dibujado la primera vez que estuvieron juntos. Del dibujo en carboncillo no quedaba nada, era un óleo en el que, como le había prometido, no se reconocía que era ella, el cabello revuelto cubría parte de su rostro.

—Me había olvidado de él por completo —confesó ella observándolo con ojo crítico, luego le dio un beso fugaz—. Me encanta, amor. ¿Piensas colocarlo en tus aposentos privados?

Así llamaba Violet al aposento que tenía en el estudio.

—Podría…

De repente, sin saber bien si había sido él o ella quien se había lanzado sobre la boca del otro, la cogió en volandas y la llevó hasta el dormitorio. Le quitó la ropa como le gustaba: despacio y besando cada pedazo de piel que destapaba, cuando la tuvo desnuda se apresuró a desvestirse y se le unió en la cama. Besó su boca, su cuello, se deleitó con sus pechos hinchados y luego besó con ternura su vientre. Todavía no estaba abultado, pero sabía que allí se alojaba el fruto de su pasión.

Hundió su boca en el vértice de sus piernas y cuando la tuvo desesperada la subió sobre sus caderas, para que fuera ella quien lo tomara.

—Mi querida Violet, ¿te he dicho hoy que te quiero?

—Creo que sí, al despertar esta mañana, pero repítemelo, me gusta oírlo.

Y Sebastian se lo dijo. Se lo dijo cien veces mientras se amaban y

en su mente ponía color a cada suspiro que escuchaba.

# Nota de la autora

*El cascanueces y el rey de los ratones*, cuento escrito por Ernst Theodor Amadeus Hoffmann, en 1816 y que Violet lee a Maggie, es el relato en el que se basó Alejandro Dumas en 1844 para su versión: *Historia de un cascanueces* en la que se inspiró Tchaikovski, el compositor ruso, en 1892 para convertir la historia en el *ballet El Cascanueces*. Cuando buscaba un cuento de la época, para que Violet se lo leyera a su hija, me gustó descubrir que *El Cascanueces* nació, de alguna manera, de este cuento y que Walt Disney utilizó parte de la música en su película *Fantasía* de 1940.

El Museo Británico se inauguró como museo nacional público, el primero del mundo, en 1759 con la donación de la inmensa colección de libros, cuadros y antigüedades de sir Hans Sloane. Su primera sede fue la Casa Montagu. En la época en la que transcurre la novela, todavía no era el British Museum, como tal y he preferido usar el nombre del lugar donde estaba ubicado. Con el paso del tiempo las adquisiciones fueron aumentando y el espacio se quedó pequeño. La mansión fue demolida en 1840 para construir el edificio actual, de mayores dimensiones.

En mis historias me gusta introducir aspectos de la cultura del momento histórico sobre el que escribo. Aquí, al tratarse de un pintor como protagonista no he querido nombrar a otros pintores o cuadros, pero sí esculturas. Nombro la piedra de Rosetta y también los mármoles de Elgin.

La piedra de Rosetta fue hallada en 1799, por Pierre-François Bouchard, miembro de un destacamento militar francés, y tiene inscripciones en egipcio, demótico y griego de un decreto de Ptolomeo V, publicado en el año 196 a. C. Es un bloque de piedra

granítica de unos
760 kg
que, dos décadas después de su descubrimiento, se convirtió en una pieza fundamental para descifrar los jeroglíficos egipcios.

Pasó a manos de los ingleses en 1802 y desde entonces se expone en el Museo Británico de Londres (siendo la pieza más visitada). Allí la ve Violet, quien lleva a su hija Maggie al museo y es a través de los ojos de la niña que se explica que es una piedra con diferentes lenguas. Me he tomado la licencia de que Maggie diga esto, ya que la primera traducción del texto griego apareció en 1803, pero aún faltaban unos años para que el egiptólogo francés Jean-François Champollion, descifrara los jeroglíficos egipcios a través de la piedra de Rosetta. Eso fue en 1822. La novela transcurre en la primavera de 1819.

Violet y Sebastian conversan sobre el friso del Partenón griego. Sebastian hace una dura crítica sobre cómo, tanto Napoleón como los ingleses, expoliaron obras de arte de sus lugares de origen. En concreto se refieren a lord Elgin (Thomas Bruce, séptimo conde de Elgin) que, aprovechando que la Acrópolis de Atenas en aquella época (principios de 1800) dependía del Imperio Otomano, se las ingenió para obtener un decreto del Sultán Selim III que le permitía llevarse a su antojo piedras de su interés. Ese capricho le llevó a arrancar, literalmente, el friso del Partenón que en su día levantó Fidias. Su expolio se prolongó una década y se llevó 75 metros de friso, 15 paneles de metopas, 17 esculturas de los frontones y piezas del templo de Atenea Niké. El conde de Elgin, endeudado hasta las cejas, vendió esas piezas al Museo Británico de Londres en 1816. Una vez expuestas llamaron a las piezas «los mármoles de Elgin», en honor del conde, nombre que ha llegado hasta nuestros días.

En la novela, Violet y Sebastian debaten sobre que el Museo está obligado a conservar las piedras, pero que quizás deberían devolverlas a su lugar de origen, donde lucirían mejor. Un debate que sigue abierto hoy día.

En la actualidad, Grecia pide que estas piezas sean devueltas a la Acrópolis, su lugar originario, pero el Museo Británico de Londres alega que allí no estarían bien conservadas, por no disponer de los espacios adecuados. Sin embargo, y a pesar de que Grecia creó ese espacio hace más de una década, las piedras siguen en poder del

Museo Británico, donde pueden visitarse.

De nuevo recurro a un actor de la época, que se hizo famoso por sus dramatizaciones en las obras de Shakespeare: Hamlet, el Rey Lear y Macbeth. Me refiero a William Charles Macready (1793-1873). Allí, en el teatro Sebastian y Violet tendrán una escena importante. También recurro a un personaje de otra novela, como figurinista, me refiero a Leopold Bags, marqués de Ridley que, ambientada un año después de esta novela, protagoniza *La ruina de quedar atrapada con un marqués*.

# Agradecimientos

A Lola Gude, que siempre me anima a escribir otra novela. Al equipo de Selecta, de Penguin Random House, porque sin ellos este libro no estaría en tus manos.

Al señor de Apple por su magnífico Mac, al de Google y al que inventó la nube para que pueda tener listos mis escritos en cualquier momento y en cualquiera de mis dispositivos que, confieso, son varios.

A ti, lectora, porque sin ti nada tendría sentido. Gracias por estar ahí, por tus comentarios en las plataformas digitales, por tus *posts* en las redes sociales. Espero que disfrutes de esta historia tanto como yo lo he hecho al escribirla.

Gracias por tu apoyo.

NURIA RIVERA (Badalona, Barcelona, España, 1967).

Es psicóloga especialista en Psicología clínica y psicoanalista de profesión. Tiene un máster en salud mental, numerosos cursos de especialización y un doctorado en Clínica y aplicaciones del psicoanálisis. Fue presidenta de una Asociación Psicoanalítica y dirigió su revista. Codirige un blog de escritos psicoanalíticos con otros colegas, donde ha publicado algunos artículos.

La lectura y la escritura de ficción son sus aficiones más importantes. Realizó el Itinerario para Narradores de Novela en la escuela de escritura del Ateneo Barcelonés y Novela histórica. En mayo de 2017 publicó *El destino tiene otros planes* (Ediciones B, Selección de B de Books). Fue Finalista en el VIII Certamen de Novela Romántica
Vergara-RNR
con *La pasión dormida* y en enero de 2018 publicó *Algunas mentiras* (PRHGE, Selección B de Books).

Los irresistibles Trevelyan 4

# SOLO UN BESO

*para caer a los pies*

# DE UNA DAMA

NURIA RIVERA

*Pretender ayudar a una dama a conquistar a otro caballero puede tener consecuencias inesperadas.*

*¿Puede un beso despertar al amor?*

Cuando Christopher Trevelyan se ve acosado por una amante despechada, su familia le exige que se case, pero, aunque eso no entra en sus planes y decida poner tierra de por medio y marcharse a Edimburgo, sabe que en unos meses deberá cumplir con su deber y buscar esposa.

Aileen Mackay regresa a casa cansada de acompañar a su tía de balneario en balneario. Aunque esta vez ha conocido a un caballero y fantasea con la idea de que pida su mano. Un equívoco al confundir al mejor amigo de su hermano con un mozo de cuadras, la abochorna, y decide que ese hombre no le gusta, por muy irresistible que parezca.

Sin embargo, no ha salido del paso cuando ya ha metido la pata de nuevo con él. Como parece que él no se lo toma en cuenta ni se ofende, acepta su ayuda desinteresada para conquistar a su enamorado.

*Christopher no sabe que lo que ha iniciado como un juego va a despertar en él sentimientos que lo dominan, porque un beso, un simple beso, va a cambiarlo todo.*

Nuria Rivera

# Solo un beso para caer a los pies de una dama

## Los irresistibles Trevelyan - 4

**ePub r1.0**
**Titivillus** 02.12.2022

Título original: *Solo un beso para caer a los pies de una dama*
Nuria Rivera, 2022
Diseño de cubierta: Bárbara Sansó Genovart

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta

Solo un beso para caer a los pies de una dama

Dedicatoria

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Epílogo

Nota de la autora

Agradecimientos

Sobre la autora

*A María, que creció muy pronto y ahora corretea por el mundo.*

# Prólogo

*Londres, marzo de 1819*

Christopher Trevelyan miraba a través de los ventanales del despacho de su padre, sin ver en realidad la explosión de colorido de las diversas rosas que su madre cultivaba. Tenía la vista perdida, anclada en un punto fijo, casi en un confín del jardín, como si fuera la nada.

Parecía un reo al que acababan de dictar sentencia y aguardaba sin esperanza para subir al cadalso.

Nunca había sido un hombre capaz de jugarse su fortuna, ni de meterse en líos que mancharan su reputación o la de su familia. Pero tenía que reconocer que había sido enamoradizo, aunque también, cuando la ilusión se le pasaba, ponía fin a la aventura para no confundir a la dama. Había confiado en que ellas lo entenderían, era un juego entre dos, hasta que uno no quería jugar más. Pero esta vez se le había ido de las manos. Aquel desliz era lo que lo tenía en jaque.

Había mantenido un pequeño idilio con una dama que le dijo que era viuda; sin embargo, no era cierto. Al saber que estaba casada, nada menos que con un lord de la Cámara, la abandonó. Lo decente era ahorrarle el escarnio público si llegaba a saberse que era su amante y, al marido, la vergüenza de haber sido burlado y tener una mujer adúltera. Al dejarla evitó que el agraviado esposo pretendiera retarlo a duelo para salvar su honor y el de su esposa. Sin embargo, a la dama parecía no importarle nada de aquello y continuaba buscándolo, ante la creencia delirante de que él estaba enamorado de ella. Idea contra la que no le quedaban argumentos

para luchar. Por esa razón llegó a poner tierra de por medio con la mujer, que no se resignaba a su ruptura.

Pero ninguna de sus estrategias para alejarse y que ella lo olvidara habían servido. Nora, *lady* Liddel, era su peor pesadilla. Lo seguía, lo acosaba, se colaba en su carruaje, lo buscaba… y su descaro había sido tan intenso que al final el esposo había tomado cartas en el asunto. La amenazó con acusarla de adúltera y con el consecuente divorcio, lo que significaba el suicidio social para Nora.

Ella parecía haber perdido el juicio y la decencia, nada le importaba. Lord Liddel quería una compensación, o al menos una satisfacción que pasara por un duelo, como resarcimiento por haber sido engañado. Pero, a pesar de que Christopher declaraba, por activa y por pasiva, que ni tenía, ni quería nada con su esposa, en aquellos momentos la situación se había hecho tan insostenible que tanto su abuelo, el duque de Gilberston, como su padre, lord Arthur Trevelyan, habían intervenido y mediado en el conflicto.

Pero la decisión que acordaron no era lo que hubiera deseado. El ultrajado esposo expuso sus condiciones tras ser indemnizado económicamente por haber sido burlado: ella sería enviada al campo, pero él debería casarse y no volver a contactar con ella.

Christopher no deseaba volver a hacerlo. A pesar de que no le gustaba que lo condicionaran, reconocía que no debió tener un romance con la mujer de otro, ignorar aquel dato no le eximía de su responsabilidad y aceptó el trato.

Con la mandíbula apretada se alejó del ventanal y se sentó frente al escritorio, tras el que se encontraba su padre, observándolo.

—¿Qué le pasará a *lady* Liddel? —preguntó.

—En el campo se recuperará. Es mejor un destierro que un divorcio y él la buscará cuando necesite un heredero —sentenció su padre.

En el fondo sentía lástima por Nora. Su idilio no había sido tan intenso como todos pensaban, pero sí que habían sido amantes. Ella buscaba una distracción ante el abandono de su marido, para llamar su atención. Pero había enfermado en el proceso.

Se llevó las manos a la cabeza y se echó el cabello hacia atrás, un gesto que tenía arraigado y que sin darse cuenta realizaba cuando se sentía turbado.

—¿Entonces tengo tiempo hasta el verano?

—Es lo acordado con el duque, la familia no quiere ningún escándalo —dijo su padre con cautela, y comprensivo añadió—: Aprovecha tu viaje, hijo, y a tu regreso busca una buena esposa.

Había dado su palabra, aceptaba casarse, y la palabra era lo más sagrado que tenía un Trevelyan. Aunque aún no sabía quién sería la afortunada. Le quedaban tres meses de libertad y pensaba aprovecharlos.

# Capítulo 1

*Edimburgo, dos meses después.*

Los jinetes cabalgaban por los senderos de la colina de Calton Hill como si su vida dependiera de aquella carrera. Tres caballos, dos de color canela y uno negro azabache. Tres rivales, tres amigos que competían por el puro placer de una apuesta.

—¡Más brío! —gritó Christopher Trevelyan mientras espoleaba al caballo y este respondía con vigor. Al instante superó con soltura a sus contrincantes y llegaba al punto señalado, a la vez que soltaba las riendas del negro corcel y levantaba las manos, colocándolas en cruz, en señal de su triunfo.

La victoria la obtenía el primero en dar la vuelta al monumento de Nelson, construido en honor del vicealmirante tras su victoria en la batalla de Trafalgar, donde había encontrado la muerte y donde se había convertido en uno de los héroes de Gran Bretaña durante las guerras napoleónicas.

Otro de aquellos héroes de la guerra había sido su primo Jared, bastantes años después de aquella batalla, y también en el mar, pero Christopher no alardeaba de ello.

Tras el vigor de la carrera, los caballos serenaron su paso hasta detenerse, entonces los tres amigos descabalgaron.

—Tienes un excelente corcel —alabó el mayor de los tres—. ¿Estás seguro de que no quieres vendérmelo?

—Anderson es insistente —avisó Evan, el hermano del primero y su mejor amigo.

Christopher cogió a ambos hermanos por los hombros y bromeó.

—Si queréis un semental tan bueno como el mío, puedo

presentaros a mi primo Jared, cría los mejores. Hace poco que ha comenzado un próspero negocio y los Mackay sois buenos banqueros, seguro que llegáis a un buen acuerdo.

—Tendremos que visitarlo algún día —respondió Anderson. Luego, este miró a Evan y Chris intuyó que la invitación a la cabalgada había sido una excusa. Los hermanos tramaban algo e imaginaba el qué. Deshizo el amigable abrazo y los tres se sentaron cerca del monumento. Anderson continuó sin preámbulo—: ¿Vas a aceptar la propuesta de mi padre?

Hacía dos meses que Christopher se había ido de su propia casa. Era la única forma de no caer en la provocación y limpiar su nombre de la indecencia, le había dicho su abuelo, el duque de Gilberston, y no opinaba lo contrario. Lo peor con lo que podía encontrarse un hombre era con una mujer desquiciada que lo acosaba; sobre todo si esta había perdido la decencia y la cordura.

Habría preferido que las cosas hubiesen sido de otra manera, que *lady* Liddel hubiese aceptado la ruptura y él no tuviera que alejarse de su trabajo, de su familia y de su vida. Podía entender al burlado esposo y, en su fuero interno, se justificaba con la idea de que él también había sido engañado por la dama. Sin embargo, era mejor poner tierra de por medio. Mucho se temía que la cólera del marido lo llevase un día a retarlo a un duelo. Y Christopher no quería acabar con aquel infeliz, ni ser él el que acabara criando malvas.

Primero había ido a la finca de su primo Jared, en Lancashire. Una breve visita donde adquirió a Rage, el corcel negro con el que llegó a Escocia.

Había escrito a Evan Mackay, su mejor amigo desde su estancia en Eton, contándole el problema en el que se encontraba, y este le respondió como hacen los amigos: tendiéndole la mano y abriéndole su casa. Era la segunda vez que le brindaba hospedaje por aquella causa.

Los Mackay eran una de las familias más prósperas de la ciudad. Se dedicaban a la banca. Anderson, el primogénito, era la mano derecha de su padre. Le recordaba mucho a su primo Henry, distante a la primera impresión, pero noble y de profundos principios cuando se le conocía. Evan era el segundo de los hermanos, tan solo un año menor que el primero y también

trabajaba en el banco; aunque por su carácter nadie diría que era un serio economista. Tenían una hermana pequeña, pero no la conocía. Por lo que sabía, desde hacía una larga temporada estaba de viaje con la hermana de su padre. Evan solía bromear, porque su tía era muy aficionada a ir a los balnearios más lujosos y su hermana debía de estar bastante harta, porque había escrito a su padre rogándole que la reclamara con alguna excusa y así poder regresar a casa.

—Eres buen economista y abogado —murmuró Evan—. Nos has ayudado con la familia Bell. Desde que murió el patriarca, los herederos estaban en una disputa continua y tú mediaste en el conflicto y la familia ha hecho las paces.

—Cuando hay viejos rencores es mejor hablar de ellos y esa familia necesitaba sacarlos —señaló Anderson—. El dinero no conoce de rencillas, y la ley es clara: heredaba todo el señor Bell, este gestionaría las propiedades y cuidaría de toda la familia, sin excepciones. Su sobrino tenía poco a batallar, aunque sus exigencias fueran nobles.

—Bueno, es que el señor Thompson-Bell es «especialito», y estaba tan a la defensiva que solo ponía obstáculos —explicó Christopher, jugando con una hierba entre los dedos—. Le expliqué con calma la situación y aceptó de buen grado que ni su tío ni nadie engañaban a su madre. Esta estaría mucho más protegida que antes.

—Menos mal que tú le caíste bien —murmuró Evan con retintín y Chris le dio un pequeño empujón en el brazo. El señor Thompson-Bell era de esos hombres que se perfumaban en exceso, se ponían polvos blancos en la cara y vestían con pañuelos exagerados y plumas en sus sombreros. Un personaje sin duda singular, que se escondía tras toda aquella parafernalia.

—¿Entonces te quedas? —quiso saber Anderson.

—Agradezco vuestra hospitalidad, pero se me acaba el tiempo, en algún momento he de regresar a Londres.

—En algún momento —repitió Evan—. Pero mientras llega tenemos muchas cosas por hacer.

Christopher era un enamorado de Escocia. Junto a Evan había viajado por las tierras del norte, visitado los lagos e incluso el páramo de Culloden, donde habían muerto miles de escoceses en una batalla sangrienta contra los ingleses, hacía más de setenta años. Por fortuna, aquellas inquinas parecían estar superadas, más o

menos, aunque no le extrañaba encontrar que alguien lo llamaba «inglés» con cierto desprecio. Había personas que no dejaban cerrar las heridas. Por suerte, la familia Mackay, que también tenía muertos allí enterrados, nunca había sido de aquellos que repudiaban a los ingleses.

—Bueno, es hora de regresar —propuso Anderson.

Los amigos se levantaron y se dirigieron hacia sus corceles. Los hermanos montaron rápido, pero cuando Chris iba a subir a su caballo, algo asustó al de Evan y se encabritó; su amigo casi cae al suelo si él no hubiera cogido con fuerza del bocado al animal. Aunque quien acabó en tierra fue él y con la mala fortuna de caer sobre un barrizal, que le dejó la chaqueta y el pantalón en bastante mal estado.

Regresaron a Mackay House sin la prisa que los había perseguido en su ascenso a Calton Hill. Aunque no debió de fiarse de los hermanos ya que, en el momento en que divisaron la finca, azuzaron a sus caballos para ver quién llegaba antes a las cuadras. Esta vez él fue el último.

No tenían remedio, pensó, los Mackay eran muy competitivos. Cuando entró en el patio de los establos no había ni rastro de ellos.

—Los señores me han dicho que lo esperarán en la biblioteca —anunció un mozo que acudió en su ayuda y, mirando sus ropas manchadas, preguntó—: ¿Qué le ha ocurrido, señor?

—Un pequeño percance, nada que no arregle un buen baño —respondió a la vez que se quitaba la chaqueta manchada de barro y se quedaba en mangas de camisa, antes de despedir al muchacho—. No te preocupes, yo me ocuparé de Rage.

Le gustaba cepillar a Rage después de cabalgar. Dejó la chaqueta sobre la silla de montar y fue a buscar un cubo con los utensilios para limpiar al caballo. Después de atenderlo, con la chaqueta y las riendas en la mano y la silla en el hombro, se dispuso a entrar en la cuadra, pero el ruido de un carruaje que entraba en la plaza llamó su atención.

De él bajaron varias mujeres que lo miraron como si nunca hubieran visto a un hombre. Una de ellas, que refunfuñaba algo, se dirigió a él con autoridad.

—Mozo, puede llamar para que se hagan cargo del equipaje y sepan que hemos llegado. —Él, ajeno a aquel llamado, siguió a lo

suyo, pero la joven insistió—. ¿No me oye?

Sorprendido porque le hicieran aquel encargo, miró por encima de su hombro por si el mensaje era para alguien que estuviera a sus espaldas, pero nadie había tras él. Christopher tenía una buena educación y, en otro momento, hubiera respondido de manera formal, incluso habría recibido a las damas con actitud acogedora, pero la voz quejosa de la joven le hizo actuar de otro modo.

—¿Me lo dice a mí? —respondió con curiosidad, a la vez que se señalaba a sí mismo.

—¿A quién si no? —espetó arrogante la joven.

—Por supuesto que puedo avisar de que han llegado, incluso pediré que se hagan cargo del equipaje… cuando sepa quiénes son.

Lo imaginaba sin ninguna duda: la señora Gwendoline Dougall, y su sobrina, la señorita Aileen Mackay; la tía y la hermana de su amigo. Sin embargo, ante la mirada divertida de la dama más mayor, se atrevió a ser condescendiente.

La joven, sin intención de presentarse y menos de retirarse de la disputa dialéctica, miró a su acompañante y dijo con indiferencia.

—Debe ser nuevo.

—Aileen… —censuró la dama.

—No se apure, señora —respondió, tolerante—. Daré aviso de que han llegado. Permítame primero dejar al caballo… —Comenzó a caminar, pero solo por provocar a la joven dijo por encima de su hombro—. Debo anunciar a la reina de… ¿dónde?

Sin esperar respuesta siguió su camino, pero pudo ver por el rabillo del ojo cómo ella erguía la espalda y se preparaba para responderle.

—¡Pero…! ¿Cómo se atreve? ¿Es que no sabe quién soy? Haré que lo despidan.

Ignoró sus gritos, había vuelto a ver la sonrisa amable de la señora Dougall, quien le había dado la confianza para pinchar a la joven. La señora parecía encantada.

Christopher no tuvo que recorrer mucho cuando vio aparecer al mozo que lo había recibido antes, con otro sirviente. Se hizo cargo de Rage y de la silla, mientras ordenaba al otro que atendiera el equipaje de las damas. Con disimulo le susurró que era la señorita, él le guiñó un ojo y sonrió en señal de que lo sabía. Cruzó el patio con la intención de dirigirse a la casa, como si no le importara

quién hubiera llegado.

—¿Puede coger ese maletín? —Lo detuvo ella con una demanda exigente y le señaló una pequeña maleta—. Son mis cosas personales.

Él miró por encima de su hombro a la mujer y dirigió la vista hacia el objeto que señalaba, sonrió con sarcasmo, aquello era el colmo, pero no quiso sacar de dudas a la joven. Al agarrar la valija se percató del peso.

—¿Qué lleva, piedras?

—Libros —respondió molesta—. ¿Sabe lo que son?

—Alguno he visto.

—Seguro que no ha leído ninguno.

La dama más mayor cortó la conversación con tono exasperado:

—¡Basta, Aileen!

Él cogió la maleta ante la atenta mirada de la joven, mientras la otra señora se giraba y se encaminaba hacia la casa, dejándola atrás.

Christopher quiso soltar otra chanza, pero se mordió la lengua. Se le podía ir de las manos aquel pique dialéctico. Además, no habían sido presentados y, aunque intuía que era la joven hermana de sus amigos, no parecía de buen humor, y por lo que conocía a los Mackay era mejor no enojarla… al menos no mucho más.

Oyó los pasos apresurados de alguien y supuso que, sin duda, sería alguno de sus amigos.

—¡Hermanita! —Era Evan, que sonreía con el amor pintado en la cara—. Regresas más hermosa de lo que te fuiste y, según tía Gwen, más gruñona.

—Yo no soy gruñona, es que no llegábamos nunca —respondió ella con tono cansado. Christopher no se había movido del sitio, aunque portaba la maleta en una mano y su malograda chaqueta en la otra. Notaba la camisa pegada al pecho y le hubiera gustado lucir de otro modo, aunque se sentía seguro de sí mismo y hasta podría decir que la situación era cómica. Cuando contara a su hermano Alexander la escena, en alguna de sus cartas, pensaba describirla con todo lujo de detalles guasones. La joven lo miró con interrogación y lo sacó de sus pensamientos—: ¿A qué espera? Llévelo dentro, pero que un lacayo lo suba a mi habitación… —arrugó la nariz—, no está muy presentable.

La joven lo contempló con expresión de censura, sin duda por su apariencia, aunque Christopher fue consciente de que en su mirada también había cierto descaro.

No podía negar que era hermana de su amigo. Llevaba un sombrero, pero así y todo se podía ver su cabello, lo tenía del mismo color rojizo, aunque quizás un poco más oscuro. Era alta y su talle estilizado. Sobre el vestido celeste lucía una chaquetilla más ocurra, sus ojos parecían verdosos, pero por cómo los achinaba podrían ser de cualquier color. Su mirada era directa y realmente parecía fastidiada.

—Pero Aileen… —dijo Evan con asombro, aunque Chris advirtió que le divertía la situación—. No es ningún mozo, es mi amigo.

La joven lo miró de pies a cabeza, como si en el primer vistazo no lo hubiera escrutado bien, aunque no pudo ocultar avergonzarse y él sonrió ufano; era consciente de la apariencia que debía de tener, pero no le importó, solo con ver la cara de bochorno de la joven Mackay se divirtió.

—¿Cómo…?

La dama palideció y se le bajaron todas sus ínfulas de soberbia. Con ganas de provocarla, él levantó las cejas con expresión traviesa.

—Aileen, te presento a Christopher Trevelyan, ¿recuerdas que te he hablado de él en muchas ocasiones?

—¿Tu amigo de Eton? ¿Ese que era nieto de un duque? —indagó con apuro.

—El mismo —respondió Chris con guasa, pero sin soltar la maleta—. Encantado, señorita Mackay, yo también me alegro de conocerla.

Christopher quiso hacer una reverencia graciosa, pero la chaqueta se le resbaló del hombro y acabó realizando un gesto extraño y algo amanerado que hizo reír a su amigo.

—Anda, ve a cambiarte de una vez —le advirtió Evan, tomó la maleta de su mano y se la entregó a uno de los lacayos que revoloteaban alrededor del carruaje bajando baúles.

Christopher no tenía la sensibilidad de su primo Sebastian, que captaba las emociones de las damas sin pretenderlo, pero él podía intuir cuándo le caía bien a la gente y, por la apariencia y rigidez de la espalda de la señorita Mackay, todo le indicaba que no le había gustado. Quizá saber que había hecho el ridículo tenía algo que ver.

# Capítulo 2

Aileen tardó en subir a su habitación. Encontró a su tía con su padre, prácticamente en el vestíbulo, y pasaron a una de las salas de visitas. Era la que había sido la preferida de su madre, y su padre solía darle bastante uso. Tía Gwen se lamentaba de la muerte del viejo Bell, su vecino y abuelo de su mejor amiga, y aseguró que iría a darle el pésame a la familia en cuanto se repusiera del viaje.

Cuando recibieron la noticia de la muerte del señor Bell estaban muy lejos para acudir al sepelio a tiempo. Tanto ella como su tía habían lamentado mucho aquel hecho. Los Bell y los Mackay tenían una relación muy estrecha. No solo eran vecinos y amigos, sino que compartían la desgracia de haber perdido a la vez a las madres de las chicas.

Al momento, sus hermanos entraron en la sala y bromearon con ella por haber confundido al invitado de la casa con un mozo de cuadras. Aquellas chanzas a su costa hicieron que le cayera mal al instante, porque si él había intuido quién era ella podía haberla sacado de dudas diciendo quién era él. Tenía la impresión de que se había burlado al ser condescendiente con ella. ¡Y ni siquiera la conocía!

—Ha sido algo incómodo, la verdad —confesó. «Es un descarado», pensó en realidad.

—A mí me ha resultado divertido, reconoce que venías enfadada —refutó su tía.

Sonrió tensa, más valía no decir nada más al respecto, se sentía avergonzada.

Sabía que Evan había invitado a su amigo en otra ocasión, ella estaba en uno de los largos viajes con su tía. No entendía por qué lo

había vuelto a invitar. Aunque, conociéndolo, con seguridad eran muy iguales y tan libertino como su hermano. No como el señor Culpepper, a quien había conocido en Bath y era muy atento y galante. No lo había visto revolotear entre las damas en ninguna de las fiestas y veladas en las que habían coincidido y había gozado de su compañía en distintas ocasiones. La había impresionado con su altruismo. En vez de estar en los salones de Londres, disfrutando de la temporada, había decidido acompañar a su madre y a su tía mientras estas disfrutaban de las aguas termales del balneario.

Cuando se marcharon, todo perdió interés para ella. Se dio cuenta de lo aburrido del viaje y quiso volver a casa. Llevaban mucho tiempo fuera y estaba agotada. Además, el señor Culpepper le había dicho que quería visitar Edimburgo antes del verano, tenía proyectados unos negocios y quería comprobar su viabilidad, y le había pedido permiso para escribirla y visitarla. Estaba ansiosa por recibir noticias suyas. Él no había disimulado el interés por ella y aún se emocionaba al recordar su aliento en su oído cuando le hablaba de forma más cercana.

Después de conversar con su padre y hermanos unos minutos, Aileen subió a su habitación. Se sentó en su escritorio y tomó una pequeña octavilla para enviar una nota a su querida amiga Iona. Quería comunicarle su regreso y la invitó a tomar el té, aquella misma tarde.

A la hora del almuerzo estaba nerviosa porque encontraría en la mesa al invitado, pero se sorprendió al descubrir que en el comedor solamente estaban su padre y tía Gwendoline.

—¿Y mis hermanos?

—Tenían una comida de negocios en el club. Me han pedido que los disculpes —respondió su padre y añadió—: Bueno, cuéntame ¿cómo os ha ido por Bath? Me han dicho que has hecho una nueva amistad.

Sonrió, su tía ya había hablado más de la cuenta, la miró con cierta censura divertida y tomó asiento. Esta le dijo que, al no poder descansar, había decidido acudir a casa de los Bell. Iona se extrañó de no verla, pero le había confirmado que acudiría a tomar el té con ella. Aileen se disculpó, fruto del cansancio se había quedado adormilada sobre la cama, tras escribir y pedir a la doncella que enviaran la nota. Antes de que el lacayo le sirviera, tía Gwen

empezó a comentar su viaje y a hablar de temas que hubiera preferido que se callara.

—En resumen: ha sido muy agradable. Diría que esta vez las aguas me han sentado realmente bien. Y nuestra Aileen se ha echado un pretendiente.

—¡Tía! —se quejó—. No es ningún pretendiente. El señor Culpepper es un amigo.

—Las mujeres no tienen amigos, querida —replicó su tía, y lo tomó como una reprimenda.

—Es un joven muy atento, Sean, de buena familia y con mano para los negocios, su tía lo avala porque será su heredero. Y lo más interesante es que él no ha ocultado su interés por Aileen y… ya que hablamos de pretendientes… —tía Gwen bebió de su copa y Aileen la imitó, con la extraña impresión de que lo que dijera no iba a agradarle mucho. Le gustaba tomar sus propias decisiones sin que la empujaran a ello—. Han pasado ya cinco años desde que nuestra querida Kenna nos dejó. Creo que Aileen está preparada para buscar un marido. El señor Culpepper podría ser un candidato, aunque estoy convencida de que ella puede aspirar a algo mejor.

—¡Tía! —exclamó de nuevo—. Esto es inaudito. ¿Qué le ocurre al señor Culpepper?

—Nada, pero hay más peces en el mar, querida. Y si hay competencia, eso puede motivarlo a que se decida a hacer más rápido su proposición. Aunque no sé, quizá nos demoramos mucho en Bath y debimos ir a Londres y pasar allí la temporada.

—No lo había pensado —se justificó su padre—. Kenna era la que lo tenía todo planeado.

—Bueno, no nos pongamos tristes —murmuró tía Gwen.

—No me gustaría que os volvierais a marchar —aseguró el señor Mackay—. Además, en Edimburgo también hay muy buenos partidos.

—No sé qué prisa os ha entrado.

—No hay prisa, querida, pero tampoco querrás ser una solterona, ¿no es así?

—Por supuesto que no, pero…

Se quedó sin argumentos. Ella tenía una idea romántica del matrimonio y el señor Culpepper encajaba en ella. Sin embargo, no iba a comentarlo en aquel momento. Esperaba con ansia que él le

escribiera, solo así sabría si su interés no había decaído. Por suerte, tía Gwen y su padre empezaron a hablar de otro tema: en unos días se celebraba una fiesta en la que estarían invitados las mejores familias de Edimburgo.

Cuando se encontró con Iona, todo el pesar y malhumor que la habían atormentado aquella mañana se le evaporó. Adoraba a su amiga, para ella era como una hermana.

Iona Bell y ella eran amigas desde que eran niñas y compartían el doloroso momento de haber perdido a sus madres el mismo día. Hecho que las había unido más si cabía.

La rueda del carruaje en el que viajaban se salió y el cochero perdió el dominio del coche, cayeron por un terraplén encontrando la muerte al instante, ellas y el conductor. Había sido un episodio muy triste ya que ambas mujeres, amigas también desde la infancia, querían darles una sorpresa y habían ido a comprar las telas para que la modista les confeccionase un vestido y regresaban a casa con ellas. Aunque contaban con dieciséis años les habían dado permiso e iban a asistir a su primera fiesta social, la celebración en casa de los Bell del cumpleaños del abuelo de Iona.

Aquella fiesta nunca se celebró y ambas amigas tardaron en entrar en sociedad.

—Has estado fuera meses —se quejó esta. Ambas estaban cogidas de las manos y se contemplaban mutuamente, con una sonrisa llena de afecto pintada en el rostro—. Pero por fin has llegado. Tengo que contarte muchas cosas.

Se desenlazaron y tomaron asiento en un sofá.

—Yo también. —Aileen quiso hablarle de Culpepper, en ninguna de sus cartas se había atrevido a hacerlo, pero antes se interesó por su familia. Aunque habían mantenido correspondencia y envió sus condolencias muy pronto, lo más considerado era preguntarle cómo llevaban la muerte del abuelo.

—Todos estamos bien y papá ha hecho las paces con tía Megan. Ella y el primo Jeremy nos visitan a menudo.

—Oh, querida, cuánto me alegro. ¿Y cómo están?

Aileen sabía por su amiga, y por lo que de niña había escuchado a su madre y a las criadas, las penurias que había pasado su tía. Megan Bell se había fugado muy jovencita con su enamorado y se habían casado en secreto. Acto que levantó las iras del padre, que la

repudió, pero sus desgracias no fueron esas. El esposo, una vez supo que no obtendría el dinero que esperaba a través de la boda, dejó de ser encantador para ser mezquino. Con el tiempo empezó a beber y a maltratarla, a ella y al hijo que tuvieron. Había sido cruel con ambos hasta el día de su muerte, en un incendio que él mismo había provocado y en el que casi muere toda la familia.

—Jeremy culpa al abuelo de las desgracias que padecieron tanto su madre como él. Dice que le retiró el apoyo cuando más lo necesitaba y no le falta razón. Cuando ella fue a pedir ayuda a la familia, por el maltrato de su esposo, el abuelo fue muy duro. Le dijo que ella había escogido libremente a aquel hombre y tenía que vivir con él. Si la hubiera apoyado se habría separado —explicó Iona y tras un suspiro añadió—: Fue tan triste, Aileen. Llegó a culparlo hasta del incendio, como si el abuelo o mi padre hubieran tenido algo que ver. Se quejó de que solo recibieron migajas. Y después de estar sin hablarse, no sé ni desde cuándo, mi padre, mi tía y Jeremy empezaron a hacerlo, pero para pelear por la herencia… Pero el amigo de Evan fue un buen mediador y consiguió que hicieran las paces.

—¿El amigo de mi hermano ayudó?

—Sí, ha congeniado muy bien con Jeremy. Creo que después del incendio se cerró mucho y se convirtió en alguien taciturno. Era un muchacho y quedó marcado. Aquello debió cambiarlo. Es desconfiado y un poco rarito. Esconde sus heridas con pelucas y trajes muy vistosos. —Iona bajó la voz y añadió—: Las criadas dicen que es de los que miran más a los hombres que a las mujeres, pero lo mismo es porque a ellas no las mira. —Iona rio, luego prosiguió con un tono más serio—: No sé si él tendrá esas inclinaciones ni si el señor Trevelyan las conoce, al menos parecen no importarle. Lo trata de un modo muy normal y eso ha hecho que se haya vuelto más sociable, si hasta van a las mismas fiestas.

Aileen no sabía mucho de cómo eran las relaciones entre hombres y mujeres. Por alguna extraña razón le vino a la mente una de sus últimas lecturas: un texto de Platón donde en una reunión entre amigos, un amante de Sócrates, el gran filósofo griego, le recriminaba algunas cosas. Aquello la hizo pensar en que quizás el señor Trevelyan y el primo de Iona compartían intereses, pero le pareció de mal gusto comentarlo.

Tras aquella conversación, Iona le comentó cómo se sentía: un poco sola y con la convicción de que nunca se casaría. Sería una solterona que cuidaría siempre de su padre. Ella sabía el motivo de su desilusión: estaba enamorada de su hermano y este parecía no haberse dado cuenta. Después de aquella triste confesión se sintió incómoda hablándole del señor Culpepper y pensó que ya se lo diría en otro momento.

Christopher desayunaba con Evan y Anderson, como otras mañanas después de salir a cabalgar. Aunque aquel día las chanzas entre ellos eran más comedidas, quizás se debía a la presencia en la mesa de la pequeña de la familia, la señorita Mackay.

—Me ha dicho Iona que su padre ha hecho las paces con su tía. Que el estirado de su primo ya no los acusa de robarles —comentó Aileen.

—Sí, toda una hazaña, cuyo mérito es de Christopher —afirmó Anderson.

—No fue nada —murmuró mientras tomaba un bollo y lo untaba con miel—, solo había que tener paciencia y explicarle las cosas.

—Ese lo que quería es que se las explicarás tú —bromeó Evan.

Rieron con malicia.

—No negaré que es pomposo, pero no tiene un carácter tan desagradable como quiere aparentar. Da igual si las cicatrices están en el alma o en la piel, cada cual trata de esconderlas como puede y eso se nota en la forma de ser —refutó—. Ese hombre es muy sensible y lo pasó mal en su infancia. Eso marca a cualquiera.

—¿Lo sabe por experiencia? —intervino Aileen, indolente.

Todos la miraron con sorpresa, él mismo le clavó los ojos y tardó en responder.

—¿Acaso le parezco insensible? —Dejó pasar unos segundos y continuó—: Para su información le diré que simplemente lo sé. Mi infancia fue feliz, pero mi primo mayor sufrió mucho. Se volvió taciturno, distante, y se fue a la guerra con el único deseo de que lo mataran allí.

—¿Murió? —preguntó ella, y parecía avergonzada.

—Casi, pero tuvo suerte —respondió Christopher sin retirar sus ojos de ella, luego mudó de expresión y añadió con un tono vivaz—: Ahora es un hombre felizmente casado. Ya lo dijo Virgilio: *El amor*

*conquista todas las cosas…*

—*Démosle paso al amor*. —Evan completó la cita, que habían aprendido en la escuela.

—Algo tendrá el amor que hace feliz al desdichado —añadió Christopher con sorna y miró a su amigo—. Aunque algunos traten de huir de él como de una mala enfermedad.

Anderson soltó una carcajada, pero Evan lo retó con la mirada, lo que provocó que él también riera. La señorita Mackay se sumó con una sonrisa que a Chris le pareció forzada, pero se sumó un triunfo.

Una de las doncellas entró en el salón y se le acercó con una jarra de café, expresamente hecho para él, compartió con ella una sonrisa de agradecimiento, pero la señorita Mackay no debió entenderla así, porque fue incisiva.

—Volviendo a Jeremy, al señor Thompson-Bell, me parece bien que lo defienda, pero quizá no sabe la vergüenza que ese hombre hizo pasar a la familia.

—No, no lo sé.

—Abandonó a su prometida, a la que se acercó con sonrisas falsas, y tuvo el valor de alegar que era fea y de aspecto monjil. Y él, siempre con esa peluca… —Era injusta, y Chris intuyó que ella lo sabía. Hasta él sabía aquel incidente del incendio, donde el fuego le había quemado la zona alta de la espalda y la parte baja de la cabellera al caerle un tronco encima mientras ayudaba a su madre a salir de la casa. Tuvo la impresión de que ella lo que quería era ganar la conversación a cualquier precio.

—¿Ah, aquella señorita con la que querían que se casara? —inquirió como si acabara de recordar el asunto. Thompson-Bell le había comentado lo que había ocurrido. La propia joven le había implorado que la rechazara, porque lo que anhelaba era servir a Dios.

Evan y Anderson se echaron a reír.

—Hermanita, muy agraciada no era, pero creo que esa fue la primera excusa que se le ocurrió —señaló Evan—. Era muy joven y sus madres los habían comprometido cuando eran niños y se dice que fue algo de mutuo acuerdo. Pero es cierto que él no estuvo muy lúcido en sus explicaciones.

—¡Pero ella entró en un convento! —exclamó Aileen con enojo.

—Al mismo del que había salido —concluyó Anderson.

Los tres jóvenes se miraron con complicidad.

—¿Usted también es de los que sonríen a las damas y les susurra al oído, pero no se compromete con ninguna? —atacó Aileen sin querer perder la conversación.

—Bueno. —Christopher se aclaró la voz y la miró con intensidad —. Sé que un día tendré que casarme, como todos los aquí presentes. Quizá usted lo haga antes que yo —señaló con sarcasmo —, pero de momento, si no le importa, disfrutaré de mi soltería… como me plazca.

—Lo imaginaba. Es un libertino, como Evan. Seguro que tiene varias amantes, una para cada rato.

—¡Aileen…! —Evan soltó una carcajada, pero así y todo la censuró—: ¿Se puede saber qué te ocurre esta mañana? ¿Es por ese pretendiente que tienes?

—¿Co… cómo sabes tú eso?

—Tía Gwen nos lo ha contado. —Y como si Evan tuviera que poner al corriente a los otros, añadió—: Es un galán que han conocido en Bath y por lo visto se ha interesado por nuestra hermana. Aunque creo que el interés es mutuo.

Christopher no dejó pasar la ocasión.

—Ve, seguro que a usted también le han susurrado palabras dulces al oído.

—Es un atrevido y un descarado. Como decía: un libertino — contestó Aileen molesta.

—¡Aileen! Basta, eres tú quien lo ha provocado… y tú, amigo, recuerda que es nuestra hermana. —Evan quiso parecer serio, pero a medida que avanzaba en su diatriba la voz le salía más entrecortada por la risa. Parecía divertirse con la conversación y al final soltó entre carcajadas—: Libertino.

Christopher sabía por qué su amigo se reía y se burlaba de él al llamarlo libertino, como la señorita Mackay afirmaba. No había querido nada con ninguna mujer desde que estaba por aquellas tierras. El asunto de Nora lo había vuelto más prudente y, aunque en un principio pensó que debía de aprovechar sus últimos meses antes de entrar en un matrimonio de conveniencia, y disfrutar en los brazos de mujeres que le agradaran, se había propuesto analizar desde la distancia a posibles candidatas a esposa. El único problema

era que les sacaba pegas a todas.

Sonrió a su amigo.

—No importa, no me agravia —se defendió Christopher. Luego se dirigió a ella y respondió con voz calmada—. Le pido disculpas, señorita. —Podía haberse quedado callado, pero no lo hizo—. ¿Sabe? Quizá no ha pensado que hay mujeres que también engañan, pero es igual, dejémoslo ahí. —Hizo un silencio, no quería ofenderla y se dio cuenta de que le divertía aquella conversación, tanto o más que a su amigo, por eso trató de confundirla—. En lo que a mí me concierne le diré que no me interesan las mujeres para un rato, ni para varios.

—No es algo que me ataña si le gustan o no las mujeres.

—¡Aileen! ¿Se puede saber qué te ocurre? Pide disculpas ahora mismo —la censuró Anderson, muy serio. Ella lo miró, arrepentida, se había pasado en su comentario.

Christopher restó importancia con un gesto, no quería avergonzarla. Comprendió que la señorita Mackay quería ganar aquella batalla dialéctica y le cedió el triunfo, aunque pensara de él que era un libertino licencioso. A saber qué impresión tenía de él.

Después de aquella mañana, Aileen pensó que debía disculparse con el señor Trevelyan, pero no sabía qué decirle. Ni siquiera sabía por qué lo había atacado de aquella manera. ¡Santo Dios! Dijo de él que era un libertino y cuestionó su hombría. Una cosa era insultar a Evan, otra a su invitado. Sus hermanos la habían reprendido seriamente y se había hecho el propósito de enmendar sus malos modales, pero cuando encontró el valor para enfrentarlo, él le quitó importancia y le dijo que ya no recordaba aquellas palabras.

—No se arrepienta nunca de mostrar su opinión —le dijo y no había condescendencia en sus palabras—. Más vale pedir perdón que permiso, ¿no cree?

Lo miró sin saber qué contestar, solo fue capaz de dibujar una sonrisa en su rostro y él, tocando el ala de su sombrero, se despidió.

Iba vestido de forma impecable. Sin duda era un hombre que seguía los cánones de la moda masculina y combinaba los colores de su vestimenta con mucho gusto. Solo lo había visto una vez desaliñado, el día que se conocieron y, aun así —se reconoció a sí misma—, tenía el aura del David de Miguel Ángel. La camisa

manchada se le pegaba al torso, musculoso y amplio, debido a la humedad, y aquella imagen la había perseguido en un sueño.

Mientras él se dirigía hacia el gabinete donde, con seguridad, lo esperaba su hermano, lo contempló y pensó que debía tener la misma altura que Evan, casi un metro noventa. Tenía hombros anchos, los ojos azules de una tonalidad cercana al acero y el cabello castaño con unos rizos a la altura de la nuca. Se preguntó si sería tan espeso como aparentaba, luego se censuró, ¿qué hacía ella preguntándose tal cosa?

Se dio media vuelta, confusa al percibir que él la había sonreído al mirarla por encima de su hombro antes de doblar la esquina del corredor. Se sintió tan tonta que prometió mostrarse más segura ante él.

Se olvidó pronto de aquel encuentro. Estaba con su tía en la salita, ambas leían un diario en silencio, cuando un lacayo entró con una carta sobre una bandejita y se la entregó. Su tía la miró, expectante, a la espera de que le dijese quién se la enviaba y no supo reprimir que era del señor Culpepper. Tía Gwen sonrió complacida y ella sin dilación se levantó y le pidió disculpas. Necesitaba leer aquella misiva en intimidad.

Se refugió en su alcoba y tuvo que ojearla dos veces porque, la primera vez que la leyó, su ánimo se agitó tanto que apenas dio sentido a sus palabras. Al acabar, presionó el papel contra su pecho y repitió al aire la frase que le había paralizado el corazón.

—«Si me hubiera atrevido a besarla…». ¡Dios santo! Dice que no quería asustarme con su ímpetu.

La carta consistía en unas pocas líneas, en las que le decía que acudiría a la fiesta que daba *lady* Russell —una de las viudas más populares de la ciudad que ocupaba su ocioso tiempo en dar fiestas; por suerte su familia solía contarse entre sus invitados— y donde esperaba encontrarla. El señor Culpepper no escondía sus sentimientos y concluía su epístola, esperanzado en poder verla y hablarle a solas.

—Voy a verlo mañana. ¡Mañana!

Se dejó caer sobre su cama y se dedicó a fantasear con una conversación ficticia en la que él le decía que la amaba.

No supo el rato que estuvo allí tumbada pensando en cómo se le declaraba. El sonido de unos nudillos que llamaban a su puerta la

sorprendió. Se incorporó de golpe y, sentada a los pies de la cama, dio paso. Era una de las sirvientas de la casa.

—La señorita Bell la espera en el jardín, señorita.

—Enseguida bajo.

Dio un salto y se acercó al tocador. Se retocó el recogido, un moño bajo del que se escapaban algunos rizos. Cogió la misiva, la dobló en varios pliegues y la escondió en su pecho. Quería enseñársela a su amiga.

Al llegar al jardín encontró a Iona hablando con Evan y el señor Trevelyan. Ellos jugaban al ajedrez bajo una carpa e Iona se había sentado con ellos y les servían, en aquel momento, una limonada. Aquello la contrarió, quería conversar con su amiga a solas y hablarle del señor Culpepper. Se sentía mal por no habérselo dicho nada más encontrarse tras su regreso.

—¿Le apetece un vaso de limonada? —le preguntó el señor Trevelyan que, a pesar de que ella ya se había sentado, seguía de pie. Al contrario que su hermano, quien observaba el tablero con pericia—. Está fresca.

—Sí, gracias.

El señor Trevelyan le ofreció un vaso y ella, al cogerlo, rozó sin querer los dedos del hombre. No llevaba guantes, él tampoco, y sintió un escalofrío. Disimuló al llevarse la bebida a los labios. Dio un largo sorbo y preguntó por hablar.

—¿Quién gana?

—¿Quién va a ganar, hermanita? —respondió Evan con los ojos clavados en las piezas que su contrincante almacenaba bajo el tablero.

—Creo que el señor Trevelyan le está dando una paliza —anunció Iona—. Por fin te veo un buen contrincante, Evan Mackay.

—¿Juega al ajedrez, señorita Bell? —preguntó el amigo.

—Sí, pero solo he ganado una vez a Evan y a Aileen creo que nunca. Por eso me alegra verle jugar. Es desesperante ver ganar siempre a los mismos.

Evan cortó la conversación.

—¡Jaque! —Movió su alfil y amenazó al rey contrario.

—¡No! —gritó Aileen.

Christopher se sonrió, ella había captado rápido la estrategia. Si Evan le hacía jaque con el alfil dejaba desprotegida a la reina negra,

él podía ganársela con su torre, proteger su rey a la vez y hacer jaque mate. Evan acababa de perder la partida.

Al darse cuenta, su hermano dejó caer al rey negro.

—Me ha engañado tu caballo.

—Te has distraído con la dama —señaló Christopher y Evan soltó una carcajada.

Aileen conocía a su hermano y no iba a quedarse sin la posibilidad de una revancha, algo que ocurrió tal y como había imaginado y, sin tenerlas en cuenta, comenzó a colocar de nuevo las piezas en el tablero.

—Vamos, Iona, demos un paseo. —Se levantó y, al hacerlo, también se pusieron en pie los caballeros. Su amiga fue más lenta, parecía a gusto allí, aunque Evan ni la miraba. Tiró de su brazo y comenzaron a caminar, cuando estuvieron a una distancia prudencial, Aileen le susurró.

—Me ha escrito el señor Culpepper.

—¿Quién es el señor Culpepper? —indagó su amiga, extrañada.

Aileen sonrió.

—Tengo que contarte algunas cosas.

Tomaron asiento en la glorieta. Desde su posición podía ver a su hermano y al señor Trevelyan enfrascados en su partida, estaba convencida de que con la distancia no podían escucharla, así que habló con libertad. Le contó cómo se habían conocido en Bath, cómo ella presentía que la cortejaba, aunque nunca le había dicho una palabra al respecto, pero ella notaba su interés. Al final concluyó:

—En su carta dice que deseó besarme…

Su amiga tomó el pliego que le ofrecía, y leyó voraz. La vio llevarse la mano al pecho y suspirar.

# Capítulo 3

Christopher seguía con un ojo los movimientos de las piezas de su amigo, mientras el otro, sin querer, se le iba a la glorieta que se encontraba en medio del jardín, donde la señorita Mackay compartía confidencias con su amiga.

Le había parecido que ella le entregaba una nota y la señorita Bell la leía con avidez. Le intrigó su contenido, imaginó que podría ser la carta de un enamorado.

—¡No te distraigas! —exigió Evan.

Movió un peón, por mover cualquier pieza.

—¿La señorita Bell está prometida?

Aquello debió exasperar a su amigo porque tenía una pieza en la mano y se le cayó al tablero.

—¿Te interesa?

—Es bonita.

Evan emitió un sonido gutural, medio afirmación, medio ronroneo herido.

—Sabe conversar y eso se agradece —añadió Christopher.

—Sí, es inteligente. Aileen no podría tener una amiga más fiel —añadió Evan, concentrado en la partida; él volvió a mirar a la glorieta, pero su amigo llamó su atención—. Mueve.

—Mañana bailaré con ella, me gustaría conocerla mejor —soltó jocoso y Evan lo miró con los ojos muy abiertos. Lo provocó, a la vez que hacía un movimiento con el caballo—. Dices que es inteligente, me intrigas. Nunca te he escuchado decir eso de una mujer, es tu mejor halago.

—Tú has dicho que es bonita. Yo hubiera dicho que es bella, con una belleza más serena que la de Aileen.

—Ya sabemos que tú hablas mejor que yo. Y sobre tu hermana, he de decir que tiene una hermosura exuberante, pero un carácter combativo.

Rieron.

—No la hubiera definido mejor —se carcajeó Evan. Luego modificó el tono e inquirió, concentrado en la partida, como si el tema no le interesara—. ¿Acaso piensas cortejarla? A la señorita Bell, quiero decir. ¿Se te acaba el tiempo y por eso te has fijado en ella?

—Puede ser, nunca se sabe con quién congeniarás.

—No creo que sea tu tipo. Además, Iona jamás abandonará a su padre, ni estas tierras.

—Estás muy seguro.

Evan efectuó su jugada y le comió un peón, estratégico, con su caballo.

—Te toca.

Christopher observó la partida, había hecho movimientos inadecuados e iba a tener que sacrificar a su reina, maldijo para sí; se había distraído demasiado. En tres movimientos perdió el rey.

Estiró la mano y estrechó la de su amigo. La mantuvo agarrada a la vez que le dijo.

—Bailaré con la señorita Bell solo por darte celos.

—¿Celos? ¿Pero qué dices? Vamos… Has perdido al ajedrez, a ver qué tal se te da la esgrima.

A Christopher la esgrima también se le dio de pena, no era su día. Tras el combate se dirigió a su habitación. En la escalera tropezó con algo, al agacharse a cogerlo se dio cuenta de que era un trozo de papel bastante plegado. Su sorpresa aumentó al comprobar que era una carta y, sobre todo, al leer lo que en ella había escrito.

«Una prosa con muy poco estilo, señor Culpepper», censuró para sí.

¿Así que aquel petimetre pretendía besar a Aileen? A la señorita Mackay, se corrigió. Se preguntó: si él hubiera pasado semanas con una joven que le agradaba hasta el punto de querer besarla, ¿habría esperado a escribirle una carta para decírselo o habría actuado?

«¡Por supuesto que la habrías besado!».

«Antes pedir perdón que permiso».

Se rio para sí mismo, pero oyó que alguien se acercaba con

pasos apresurados y eso le hizo ser precavido.

—Señor Trevelyan. —Era la señorita Mackay, dobló aquella nota con presteza, tal y como la había encontrado, antes de volverse hacia ella. Le pareció que estaba inquieta, miraba al suelo de reojo, como si buscara algo, no dudó el qué. Ella disimuló, sin duda no esperaba encontrarlo allí; se fijó en sus ropas—. Veo que le gusta la esgrima. ¿A usted también le resulta irritable que Evan gane en todos los juegos?

No iba a desmentirla, su amigo exasperaba a cualquiera.

Christopher observó cómo ella volvía su mirada hacia el suelo, con un gesto velado. Podría haberla mortificado al enseñarle el arrugado papel que tenía en el interior de su puño, pero decidió que no iba a hacerlo. Sin que ella se diera cuenta lo tiró al suelo y lo pisó con la bota, con un movimiento que simuló cambiar el peso de su cuerpo de un pie a otro, para mirarla de frente.

—Pronto le caeré mejor —afirmó muy serio—, ya tenemos algo en común, pero guardaré su secreto.

Sin añadir nada más dio un paso atrás y con un gesto se despidió de ella. Subió la escalera despacio, mientras que por el rabillo del ojo contemplaba los gestos de la señorita Mackay. Se percató de que ella reparaba en el papel que había en el suelo y se agachaba a recogerlo.

Mientras entraba en su habitación se preguntó qué extraño placer lo había motivado a disfrutar de aquel instante.

La fiesta de *lady* Russell estaba muy concurrida y Aileen paseaba junto a Iona por la orilla del salón, con un refresco en la mano, cuando de repente un caballero la interceptó.

—Señorita Mackay, no sabe el placer que me da encontrarla aquí.

—Oh, señor Culpepper, encantada de verlo de nuevo. Y su madre y su tía ¿han venido también? —Aileen ojeó el salón como si las buscase, él sonrió y negó con la cabeza, luego tomó su mano y le besó el dorso.

El sonido de un carraspeo le hizo darse cuenta de que Iona seguía a su lado.

—Le presento a mi amiga, la señorita Iona Bell. —Miró a su amiga con una sonrisa cómplice y añadió—: Él es el señor Ulrich

Culpepper.

—¿Bell? —preguntó él, curioso y sorprendido—. ¿No estará emparentada con los Bell de las minas de carbón cercanas a Lochore Meadows?

—Pues sí, son de mi familia.

—Doblemente encantado de conocerla, señorita Bell —bromeó él, con una reverencia teatral—. Resulta que he estado hablando de negocios con el señor Thompson-Bell. ¿Es su hermano?

—Es mi primo, pero si quiere hablar en serio de negocios deberá hacerlo con papá.

—Gran consejo, lo tendré en cuenta.

Para fastidio de Aileen, Evan, Anderson y el señor Trevelyan se les acercaron y no tuvo más remedio que presentarlos. Por suerte la música sonó y el señor Culpepper se dirigió a ella con gran entusiasmo.

—¿Me concedería el honor de bailar conmigo, señorita Mackay?

—Oh, sí, estoy encantada.

Le ofreció su mano a la vez que escuchaba cómo Evan atropellaba al señor Trevelyan, quien parecía que iba a decir algo, y le pedía el baile a Iona. Su amiga aceptó, como hacía siempre, y salieron tras ellos a la zona donde otras parejas se colocaban en posición para ejecutar la pieza. No le pasó desapercibido el gesto que su hermano hizo a su amigo, como si le ganara la partida.

Aileen no quiso que nada enturbiara aquel instante tan deseado por ella. Se concentró en su pareja, pero este parecía todavía interesado en otros temas. Le incomodó su asombro porque Iona y ella fueran amigas y, sobre todo, que sus primeras palabras se centraran en ella.

—Ya me había parecido al hablar con el señor Thompson-Bell que era reacio a algunas cuestiones —Aileen sonrió sin saber qué decir—. ¿Entonces su amiga es la heredera de los Bell?

—Junto al señor Thompson-Bell —matizó—. Pero de momento es el señor Bell el cabeza de familia y espero que dure muchos años.

—Sí, claro, claro… Y, este señor Trevelyan ¿es el pintor o al que nuestro rey hizo vizconde? —preguntó con guasa. Aileen, sin ser consciente, miró hacia la orilla del salón, donde él se había quedado con Anderson. Este se había separado un poco y el señor Thompson-Bell había ocupado su lugar y hablaba animadamente con el amigo

de su hermano, pero de repente pareció tener prisa, le palmeó el hombro y se despidió con alguna confidencia. Estaba absorta con la escena y sin darse cuenta su mirada se cruzó un segundo con la de Trevelyan y se ruborizó al sentirse descubierta observándolo. El señor Culpepper seguía hablando sin percatarse de que ella se había abstraído—. De los primos dos eran militares, pero lo han dejado y tienen título ¿será alguno de ellos? No sé, son tantos. El duque estará orgulloso con tanto heredero de repuesto.

Aileen sabía por su hermano que los Trevelyan eran una familia influyente en Londres, y que el duque era alguien muy respetado. Le llamó la atención el interés que mostraba Culpepper, aunque no le agradó el tono en el que hablaba. Por alguna razón se sintió en la obligación de aclararle quién era el amigo de su hermano.

—Pues le diré que el señor Christopher Trevelyan no es ninguno de ellos, es abogado y economista. Es un invitado de mi casa y es muy amigo de mi hermano Evan.

Aileen empezaba a cansarse de que la conversación girara por otros derroteros y no por los que a ella le interesaban. Así que tras un silencio fue directa.

—Recibí su carta.

Entonces él la miró con intensidad y se quedó callado.

Christopher miraba hacia el salón de baile, le parecía que la señorita Mackay no disfrutaba mucho de la conversación con aquel lechuguino. De repente sus ojos se quedaron enganchados un segundo. La había pillado mirándolo, pero ella cortó muy rápido el contacto.

Anderson regresó a su lado y le preguntó a quién miraba con tanta fijeza. No podía decir que a su hermana, por lo que inventó algo convincente.

—He pensado que en este salón habrá alguna dama interesante como para evaluar si encajaría en mi familia y como futura esposa.

Anderson lo miró con los ojos muy abiertos y tiró de su brazo.

—Deja eso para otro momento. Vamos, va a empezar una partida de cartas de lo más interesante. He conseguido que nos dejen entrar como observadores.

Christopher lo siguió y tuvo que obligarse a no mirar por encima de su hombro hacia la pista, otra vez.

La sala de juego estaba bastante concurrida; muchos hombres, sobre todo casados, ocupaban las mesas repletas de jugadores y de naipes. Anderson siguió hasta cruzar un arco protegido por gruesos cortinajes y allí encontró una única mesa dispuesta para cuatro jugadores; alrededor de ella había unos pocos espectadores. En el centro se acumulaba una pequeña fortuna entre monedas de oro y plata; incluso papel moneda en billetes, varios relojes de oro y un documento de lo que imaginó alguna propiedad.

El humo de los cigarros se acumulaba y el único sonido que se escuchaba era el de las monedas cuando se unían a las del montón central.

Tras echar un vistazo y permanecer allí el tiempo de una copa, y ver a uno de aquellos caballeros hacerse con el pequeño botín, Christopher quiso marcharse.

—Yo voy a regresar al salón —susurró a Anderson, este lo miró extrañado y él contestó con humor—: Recuerda que debo buscar candidata a esposa y aquí no la encontraré.

—Si no te importa, me quedo —le avisó el hermano de su amigo.

Christopher se despidió y salió de la zona privada de juego. Tuvo la impresión de que la antesala, donde había otras mesas con jugadores, estaba más concurrida que cuando entró. Vio a Thompson-Bell en una de ellas y parecía estar en buena racha.

Salió de la sala de juego, cruzó una pequeña salita que tenía los ventanales abiertos, sin duda para que la brisa refrescara el ambiente, entró en un corredor y se dirigió al salón principal. Pero su avance se vio interrumpido.

De repente una joven lo agarró de la chaqueta y se abalanzó sobre él. Apenas tuvo tiempo de percibir de quién se trataba, aunque un único segundo le bastó para descubrirlo. No tuvo tiempo a reaccionar y se dejó llevar por el instante cuando notó la boca femenina sobre la suya.

Tras la sorpresa, se dio cuenta de que era una dulce fresa que no pensaba despreciar. Hizo verdaderos esfuerzos por sostenerla y no caer los dos al suelo. La joven lo había empujado contra el umbral de una puerta y, por cómo movía los labios sobre los suyos, tuvo la impresión de que nunca la habían besado. Así que la agarró con fuerza por la cintura, la elevó un poco del suelo y, sin separarse de

ella, empujó la puerta que los protegía y entró en la pequeña sala, cerrando tras de sí.

Con cuidado y sin soltarla, la apoyó en el suelo y sobre el tabique que los separaba del corredor, tanteó la cerradura para girar la llave y que nadie los descubriera. La joven no sabía besar, pero no por ello cejaba en su empeño. Debió parar aquella locura al percibir en su cerebro la representación de la imagen de la dama, pero el aroma que le inundaba las fosas nasales no le dejaba pensar con claridad. Sintió que la sangre le bullía y en vez de cortar aquel disparatado encuentro, profundizó el beso con un ímpetu que no se conocía.

La ciñó más a la cintura y ella se apretó a él con descaro a la vez que respondía a aquel beso con ardor. Ella aprendía rápido y lo estaba volviendo loco, no podía más que besarla con una pasión arrolladora, sin atreverse a acariciarla y despertarla de aquel hechizo. Los pequeños ronroneos que escuchó que salían de la garganta de la dama lo encendieron un grado más y pensó que iba a ir al infierno, pero quería disfrutar de aquel instante como si fuera el último de su vida.

Ni siquiera cuando alguien pretendió entrar en la sala y notó que empujaban la puerta sin éxito, separaron sus cuerpos. Ella aceptaba el peso de él sobre ella y con abandono había subido los brazos y los había cruzado alrededor de su cuello.

Nunca había vivido una locura como aquella y, que él recordara, tampoco había sentido un manjar, como lo era aquella boca, encajar tan bien en la suya. La enseñó a besar solo con el roce de su lengua y ella fue una aprendiza audaz que fue a su encuentro con deleite y ansia. Necesitaba beber más, saciarse como si estuviera sediento en mitad del desierto.

Al fin notó que ella demoraba el ritmo de su envite y fue aflojando su agarre. En su cabeza empezaron a surgir las palabras que le diría.

Al despegar los labios de la joven dibujó una sonrisa en su rostro. Jamás habría imaginado que la señorita Mackay se sintiera atraída por él y diera aquel paso, pero algo fallaba, porque ella lo miró horrorizada y le dio un sonoro bofetón.

—No… No esperaba este comportamiento de usted, señor Trevelyan —se lamentó con la mano en el pecho. Notó que la

angustia la dominaba y casi le costaba respirar.

—Respire… —le advirtió, frotándose la mejilla dolorida.

—¡Es usted un aprovechado! —Al instante ella se revolvió y trató de salir de allí, pero, aunque la llave estaba echada, él apoyó su mano en la puerta para impedírselo.

—¿Aprovechado? Pero si ha sido usted…

—¿Yo? ¿Qué se ha creído? ¿Será desvergonzado? Yo jamás lo besaría.

Ante su estupefacción, Aileen consiguió abrir la puerta y salió de allí como alma que lleva el diablo. Christopher no pudo ser tan rápido, tuvo que sentarse, su corazón latía tan agitado que creyó que podía salirse por la boca.

—¿Qué demonios te ha pasado? —se preguntó con asombro y sin entenderse.

Miró a su alrededor, la luz de la luna llena entraba por los ventanales, y se dio cuenta de que estaba en una sala de música. Necesitó un buen rato para calmarse. La combativa señorita Mackay lo había excitado y en su mente, en vez de surgir una palabra de reproche por el encuentro, solo imaginó cómo podría repetirlo.

# Capítulo 4

Aileen salió de aquella sala con la respiración acelerada y el bochorno acampando por todo su cuerpo. Maldijo al señor Trevelyan unas cuantas veces.

«Canalla, granuja, sinvergüenza…».

«Licencioso».

Caminó unos pasos presa de la ira, pero necesitó apoyarse en una estatua que decoraba una zona del corredor, para serenarse.

«Tonta, tonta y tonta».

Sí, la culpa era de ella, ¿a quién quería engañar?

Se reprendió el atrevimiento. Estaba segura de que sería el señor Culpepper quien iba a aparecer. Le había dicho al finalizar el baile que quería hablar con ella y la había citado en la salita de música. ¿Cómo había podido ser tan imprudente? Y con el señor Trevelyan, nada menos. Aquello iba a ser su ruina social, se lamentó. Y Culpepper, ¿dónde se había metido?

Su mente no cesaba de elaborar preguntas para las que solo se le ocurría una respuesta:

«Eres una tonta».

¿Cómo iba a mirar al amigo de su hermano a la cara después de aquel comportamiento tan indecoroso? Él iba a aprovechar aquello para torturarla, estaba convencida.

«¡Qué vergüenza, por Dios!».

«Te has cubierto de gloria, Aileen. Esto es un castigo divino».

Deseó que la tierra se la tragara, luego pensó que era mejor que se lo tragara a él. Trevelyan debería haber sido un caballero y cortar el beso en vez de… de…

«¡Él no debió continuar!», concluyó con enfado.

Se tocó los labios, aún le ardían. Un extraño cosquilleo seguía en su estómago.

«¡Dios mío, qué beso!».

Disfrutó un segundo del recuerdo, luego volvió a censurarse:

«¡Olvídalo! Tonta, más que tonta…».

Su cuerpo parecía de gelatina, aún temblaba por la experiencia y lo achacó al hecho de descubrir que había besado al amigo de su hermano.

Aunque tampoco tenía experiencia para comparar. Había reservado su primer beso para el señor Culpepper, para alguien que le gustaba, y jamás había pensado que el cuerpo se le encendiera de esa manera. Le preocupó el hecho de que, muy a su pesar, le había gustado la prueba.

Si aquello no era el colmo de la mala suerte no sabía de qué otro modo llamarlo.

Templó su ánimo, había cometido un error, sí, pero quizás si hablaba con el señor Trevelyan y le explicaba…

¿Qué iba a explicarle? ¿Que estaba esperando al señor Culpepper, con quien pensaba reunirse de forma secreta para besarse con él? Aquello no la dejaba muy bien, daba la impresión de ser una descocada. No, mejor sería actuar como si no hubiera pasado nada. Sí, eso haría. No había pasado nada. El señor Trevelyan no sería tan maleducado de sacar aquel tema de conversación y ella tampoco pensaba darle la oportunidad de hacerlo.

Respiró profundamente y, antes de regresar a la zona de baile, decidió ir al tocador, necesitaba refrescarse.

Cuando volvió de nuevo al salón, se sentía completamente relajada, como si no hubiera cometido el mayor error de su vida. Apartó aquella idea tan desagradable de su mente y buscó a Iona.

No la vio en la zona en la que solían estar, pero encontró a su hermano Evan, que parecía muy atento a las parejas de baile.

—¿Has visto a Iona? No la encuentro por ningún lado.

—Será porque no la has buscado bien —respondió distraído, pero añadió con queja—: No ha parado de bailar en toda la noche.

—Ah, ¿sí?

—Sí, con el barón Graves, el señor Culpepper, y ahora con Christopher.

Miró a Evan con asombro, aunque este no le devolvió la mirada; ella observó entonces en la dirección que él miraba y vio a su amiga riendo coqueta, mientras bailaba con el señor Trevelyan. ¡Era el colmo! Allí estaba tan tranquilo mientras ella se sentía como si la hubiera atropellado una carreta.

—¿Tú crees que hacen buena pareja? —preguntó Evan como si lo hiciera al aire, aunque la pregunta iba dirigida a ella.

—No me gusta tu amigo y no sé por qué se ríe tanto Iona.

—Eso me pregunto yo —contestó Evan. Luego, como si se diera cuenta de lo que había dicho, se volvió hacia ella e inquirió con sorpresa—: ¿En serio no te gusta? Es bien parecido, nieto de un duque, rico, independiente y divertido cuando quiere. No entiendo por qué no te gusta, como amigo es el mejor… Ah, por fin…

—¿Qué…?

—Que acaba la pieza, ha sido larguísima —explicó su hermano.

Aileen se percató entonces de que la música había terminado y sus amigos se acercaban hasta ellos. Se había quedado absorta mirando a Trevelyan, sin que él se diera cuenta, pero ahora que se aproximaba le hubiera gustado desaparecer.

No fue capaz de mirarlo y buscó a Culpepper con la vista. Lo encontró con una joven. ¿En serio había estado bailando todo ese rato mientras ella, se suponía, lo había estado esperando en la sala de música? Aquello era el colmo. Culpepper también la vio y le puso una cara de disculpa, se despidió de la dama y se encaminó hasta ella.

—Señorita Mackay, ¿me concederá el siguiente baile? —preguntó Trevelyan muy cortés. El sinvergüenza le pedía un baile. Ni lo miró, actuó como si no lo hubiera escuchado. Seguía con los ojos los andares de Culpepper que, aunque estaba relativamente cerca, parecía que venía desde la otra punta del salón.

Evan y Iona se pusieron a bromear sobre si Trevelyan era buen bailarín y ella necesitó evadirse.

Sentía como dagas los ojos de Trevelyan sobre ella. El muy descarado pretendía bailar con ella. Era una grosería no contestar, si le decía que no, sería muy descortés decir que sí a otro caballero, así que se hizo la sorda y cuando Culpepper estuvo muy cerca le salió al paso.

—Oh, señor Culpepper, es nuestro baile.

—¿En serio? —preguntó este, sorprendido, pero Aileen no le dejó ni siquiera detenerse, tiró de él de nuevo hasta la pista.

Bailar de nuevo con el señor Culpepper iba a levantar habladurías en la gente, pero ya saldría al paso, si se daban. Por el rabillo del ojo se percató de que Iona y Evan los seguían al salón y sintió cierta gratificación al ver a Trevelyan quedarse solo.

Le pareció que el hecho de que su hermano volviera a bailar con Iona era porque no quería que la joven socializara más con su amigo. Esperaba que él fuera capaz de darse cuenta de lo que eso significaba.

Sonó la música de un vals y se sintió flotar cuando Culpepper puso la mano en su cintura y con la otra la sujetaba dirigiéndola a través del salón.

—Debe disculparme —le dijo apenado—, quise ir a nuestra cita, me retrasé, pero gracias al cielo al llegar la sala estaba cerrada, aunque la busqué hasta en la zona de refrigerios. Entonces me crucé con un conocido y tuve que saludar a su familia. —Él pareció arrepentido y agregó—: De todos modos, ha sido una imprudencia acordar ese encuentro, si alguien llega a descubrirnos… No quisiera que por mi culpa su reputación quedara en entredicho.

Que él se retractara no le gustó; aunque le preocupara su reputación, no lo dejaba muy bien. ¿Quién plantaba a una dama en una cita amorosa? No quiso darle más vueltas, así y todo, en su fuero más íntimo lo disculpó. Además, tampoco podía reconocer que ella sí había acudido a la sala de música, por lo que mintió.

—Tiene razón, ha sido algo temerario, pero he de decirle que me fue imposible acudir. —Puso cara de decepción—. Tuve un pequeño contratiempo y quise avisarle, pero no pude y cuando al fin lo he encontrado estaba bailando con una dama.

—Es *lady* Eleanora Haggard, hija de una amiga de mamá.

—Por lo visto también ha bailado con Iona —replicó coqueta y con reclamo—. No ha debido buscarme mucho.

—Lo lamento, de veras que lo lamento, me encontré con *lady* Haggard y su hija, y me sentí en la obligación de sacar a bailar a Eleanora, era descortés no hacerlo —se justificó él—, pero estoy interesado en hablar con usted… ¿Mañana podría ir a visitarla?

—Oh, eso suena muy bien.

Aileen miró sin querer hacia donde había quedado Trevelyan, lo

vio conversar con Thompson-Bell. Este le hablaba bastante cerca del oído. Aquello no pasó desapercibido tampoco para Culpepper que ironizó sobre la escena.

—Ese hombre tan pomposo, el primo de su amiga, parece querer conquistar a Trevelyan.

—¡Dios santo! ¿Por qué lo dice? —inquirió con censura.

—Oh, creí que lo sabía, se dice de él que tiene una vida extravagante y licenciosa. Solo hay que ver la forma que tiene de vestir, tan llamativa siempre, con esas pelucas que usa…

Escuchar aquello molestó a Aileen. Culpepper no tenía nada de sensibilidad, pero lo exculpó de nuevo. Lo más probable era que no supiera por qué usaba pelucas. Sin embargo, su ironía no le pareció correcta.

—El señor Trevelyan es un caballero, no creo que rechace a nadie por su forma de ser o de vestir —dijo, incómoda.

—Le pido disculpas si le ha molestado mi comentario —se lamentó él a la vez que la miraba a los ojos; Aileen vio que era sincero—. No me gustaría enfadarla, es muy importante para mí.

—Usted también me importa, señor Culpepper —respondió con un nudo en el estómago.

—Le prometo que la compensaré por mi torpeza de esta noche.

El baile terminó y por mucho que a Aileen le hubiera gustado que él le propusiera un paseo por el salón, incluso que la tentara para salir al jardín, no lo hizo. Le preocupaba lo que la gente pudiera hablar. Aquel reparo le pareció acertado en un principio, la respetaba, pero luego pensó que esperaba de él más atrevimiento. A excepción de su inadecuado comentario sobre el primo de Iona, durante todo el baile su conversación había sido muy cortés, quizás demasiado, aunque le hubiera hecho una tímida insinuación romántica.

Christopher entró en el salón de desayuno y encontró a los hermanos Mackay. La tía de sus amigos solía desayunar en su habitación y le extrañó no ver al señor Mackay, aunque si había algo que lo llenó de asombro fue la rapidez con la Aileen se escabulló de la mesa, con una excusa que no creyó. No era la primera vez que le ocurría una cosa así, ella parecía evitarlo y se había esfumado todas las veces en las que habían coincidido en los

últimos siete días.

Desde que habían compartido aquel beso, él no se la quitaba de la cabeza; sin embargo, ella parecía no querer ni mirarlo. Tenía que inventar algo para romper aquella situación, al final iba a darse cuenta todo el mundo.

Aquella mañana, tras regresar de cabalgar con Evan, decidió buscar algo que leer en la biblioteca para hacer tiempo. Su amigo se había marchado al banco donde su hermano y su padre lo esperaban y había quedado con él para comer en el club de caballeros del que los Mackay eran socios. Al entrar en la estancia lo sorprendió encontrar a la tía de sus amigos.

—Señora Dougall, creí que no había nadie en la biblioteca —la saludó con cortesía.

—Entra, muchacho, si buscas refugio este es uno de los mejores lugares de la casa.

Él sonrió.

—La otra noche empecé un libro y he venido a por él.

—Un libro siempre es un buen lugar donde esconderse.

Se dirigió hacia la estantería y, una vez tuvo el libro escogido en sus manos, ella lo animó a sentarse.

—Me ha dicho mi hermano que pronto deberá buscar esposa —le comentó de forma directa.

—Sí, así es.

—No lo veo muy animado.

—Siempre pensé que cuando decidiera casarme buscaría algo más allá de la conveniencia, pero mi situación ha obligado a mi familia a tomar esta decisión.

—¿Acaso lo han castigado con una boda? —preguntó tía Gwen con humor.

A Christopher no le gustaba inventar historias sobre la realidad de su situación, así que relató a grandes rasgos el acoso al que lo había sometido *lady* Liddel colocándolo en una posición muy incómoda.

—Quizá su abuelo tenga razón, un matrimonio le evita algunos problemas, pero a mi juicio no lo libra de la tentación. Si algo sé de matrimonios de conveniencia es que no siempre se acompañan del respeto mutuo.

—¿Estuvo casada mucho tiempo?

—No, bastante poco, pero lo suficiente. Una mujer no lo tiene fácil fuera del matrimonio. Yo elegí no volver a casarme, tenía el respaldo de mi hermano, económicamente no lo necesitaba y mis sobrinos han satisfecho mis anhelos de ser madre.

—Yo tengo una gran familia, somos muchos y estamos muy unidos.

—Eso es muy bonito, por eso mi consejo es que busque una mujer que encaje en su familia y no le amargue la existencia —dijo ella con humor.

—Tomaré buena nota de sus palabras.

En aquel instante entró un lacayo.

—Señora, ha venido el señor Culpepper para ver a la señorita Mackay. Espera en la sala de visitas.

—¿Otra vez? Bien… Avisa a Aileen, está en su habitación y que sirvan algo fresco en la terraza. Acompáñalo allí.

Christopher se levantó y se despidió de la dama. Pero ella lo retuvo.

—¿Adónde va?

—Creo que es mejor que me quite del medio, estaré en mi alcoba —mostró el libro.

—Olvídese de la lectura, usted se viene conmigo al jardín, allí mi sobrina se sentirá más libre y yo podré vigilar con usted. Además, la competencia siempre viene bien.

Aileen empezaba a desesperarse. El señor Culpepper había venido a visitarla en varias ocasiones, pero en ninguna de ellas su comportamiento pasaba de ser cortés y educado. Le hablaba de música, de obras de arte, de memoria le había recitado un soneto, pero, para su fastidio, también se había atrevido a hablarle de otras señoritas como *lady* Eleanora Haggard o de su propia amiga, Iona. Y siempre con comentarios relativos al monto de sus dotes, molesta le había contestado airada.

—No creo que sea adecuado hablar de las dotes de otras damas, no es un tema muy decoroso.

Él había acabado lamentándose y le suplicó que lo perdonara por ser tan torpe en la elección de las conversaciones. No se hablaba de dinero con una dama, le había reñido ella y él, queriendo congratularse con ella, le había cogido la mano con

ternura y se la había besado.

—Es tan dulce.

Aileen no le había dado más importancia que la de pensar que los nervios le hacían hablar de temas inapropiados, pero sí la inquietaba que, como pretendiente, fuese tan poco romántico.

Pero en aquel momento, estaba convencida de que su mal humor se debía a la situación. Su tía no había tenido otra idea que, acompañada del señor Trevelyan, unirse a ellos para tomar un refrigerio en la terraza. Tener que compartir un rato entre Culpepper y el maldito amigo de su hermano, alrededor de una diminuta mesa redonda, la tenía desquiciada. Además, el propio Trevelyan, que no se daba por aludido con su desaire al no mirarlo siquiera, se había atrevido a recomendarle qué hacer con su visita.

—Podría enseñarle las rosas, señorita Mackay, estoy convencido de que el señor Culpepper es un hombre que aprecia la belleza de las flores.

—Bueno, deberían gustarme, pero acabo estornudando siempre con ellas —respondió Culpepper.

—Pero no debe odiar a las rosas —señaló Trevelyan, casi con alarma en la voz—. ¿Qué es un pequeño estornudo ante la posibilidad de contemplar la hermosura de una flor escocesa?

Aileen sintió que aquellas palabras tenían un doble sentido, le hubiera gustado replicar, pero se había prometido a sí misma ignorar a aquel hombre, que parecía querer torturarla, porque no callaba.

—Para mí el rosal es la pieza principal del jardín —continuó Trevelyan y mirándola añadió—: Anímese y muéstreselo.

—Es una idea excelente, querida, ese rosal es muy antiguo y es el orgullo de esta familia —la alentó su tía.

Se sentía un animalito, de aquellos que los buhoneros mostraban en las ferias que iban de pueblo en pueblo y levantaba la mirada de los curiosos.

Se levantó y ciñó las cintas de su sombrero al cuello. No quería cruzar sus ojos con los de Trevelyan, pero acabó intercambiando una mirada con él. Este le sonreía con cierta ironía. Se burlaba de ella, estaba segura.

Se encaminó hacia la rosaleda con el señor Culpepper a su lado. Era una pieza cuadrada en la que, formando setos, se enredaban

varios rosales. Algunos los había plantado su propia madre, otros su abuela. El color que dominaba era el rojo, pero también destacaban el rosa y el blanco.

Sentía la mirada de su tía y de Trevelyan en la espalda, pero, aunque habían puesto distancia con ellos, su pretendiente era lo más inofensivo del mundo. Su comportamiento no presagiaba ninguna declaración romántica. Quizá se había sentido intimidado por la presencia de otro caballero, pero ella ya le había comentado que era amigo de su hermano y un invitado de su casa. Le parecía que en la intimidad el señor Culpepper se volvía tímido.

Se había preguntado cómo besaría. Y aquella idea no se le iba de la cabeza, tenía que conseguir averiguarlo. Sin embargo, la duda y la curiosidad no siempre traen buenas cosas a la mente. No cesaba de preguntarse si sus besos serían tan ardorosos como los de…

Se negó a continuar aquella línea de pensamiento.

Llegaron hasta la rosaleda, al entrar en el cuadrado que formaban los setos se dio cuenta de que estos los protegían de las miradas de su tía y el invitado. Aquello le dio un poco de serenidad por la intimidad que suponía.

—Ulrich… ¿Me permite llamarlo así?

—Mi nombre suena con fuerza en sus labios. Por supuesto.

Ella tomó confianza y se acercó un poco más.

—Quizá estoy confundida. Ha venido a visitarme, es muy cordial, pero en Bath y por supuesto después de su carta me dio la impresión de que… —Tragó saliva. Era una atrevida por mencionar aquello, pero ya nada podía perder, así que preguntó—: ¿Está usted interesado en mí?

De repente él empezó a titubear, y ella lo miró con los ojos muy abiertos.

—Yo… no… Yo… quiero ir despacio —concluyó, al fin, cubriendo sus orificios nasales con el dorso de un dedo.

Miró hacia el suelo, decepcionada. ¿Dónde se había escondido el hombre gallardo que había conocido meses atrás? Él debió ver su frustración.

—Me cuesta hablarle de mis sentimientos. ¿Lo dice por eso?

—Algo así.

—Cuando lo haga quiero estar seguro de poder hablarle con libertad. Usted me agrada, Aileen, mucho, pero todo era más fácil

en Bath…

Aileen no entendió muy bien lo que quería decir, pero se acercó algo más de lo adecuado a la espera de que él se diera cuenta de su proximidad y la besara, pero él señaló que quizá no era decoroso estar allí a solas. Sin embargo, Aileen iba a por todas y, sin previo aviso, estampó sus labios en los de Culpepper. Este se sorprendió, pero no se retiró. Sin querer comparar, comparó, y sintió que a aquel beso le faltaba atrevimiento y ardor. Él se separó antes de lo que deseaba. Ella se sintió tan mal que necesitó pedir disculpas.

—Oh, disculpe, ha sido un impulso.

—Reconozco que no lo esperaba, pero ha sido agradable —sonrió tímido—. Sin embargo, pueden descubrirnos y no quisiera…

—Sí, sí claro. Tiene razón, he sido imprudente.

Aileen se moría de vergüenza. Él también parecía contrariado, como si lo ocurrido lo hubiera turbado.

Lo que sintió Aileen tras aquel beso la desconcertó y en su mente empezaron a aparecer ideas, cada cual más hiriente: A Ulrich no le había gustado el beso. ¿Tan poco atractiva parecía? Quizá no lo había hecho bien o quizás no sabía provocarlo. Era una ignorante en aquellos temas, solo había besado a un hombre y, bueno, estaba convencida de que, aunque ella había iniciado el beso, él había acabado dirigiéndola. Quizá no era seductora y lo bastante atrayente para que el señor Culpepper quisiera besarla. Pero un beso era un beso.

—¿Nos vamos? —preguntó él—. He de visitar a la amiga de mi madre.

¿Qué había menos sensible que, tras recibir un beso, uno dijera algo como aquello? Estaba claro que no sabía seducirlo y mucho menos generar atracción.

—Por supuesto, sí, vamos.

Él se adelantó, pero Aileen tuvo la mala suerte de que la cinta de su sombrero se enganchara en las espinas de uno de los rosales y quedó atrapada, por el tirón que sintió dio un pequeño grito que asustó a su acompañante. Quiso quitarse el sombrerito, pero aquello fue peor, porque la cinta se rasgó y no pudo deshacer el nudo.

—Oh, déjeme ayudarla —pidió él.

Culpepper no era muy diestro y en vez de desengancharla, Aileen tuvo la impresión de que quedaba más atrapada. Además, la

cercanía con las flores debió afectarlo, porque empezó a estornudar y la situación se hizo bochornosa. Sobre todo cuando vio aparecer a su tía y a Trevelyan, que miraba la escena con un deje de diversión en la cara.

¿Acaso le hacía gracia su desdicha?

Parecía que sí.

Para su mortificación, el amigo de su hermano se ofreció a ayudarla y a Culpepper le faltó tiempo para cederle el sitio. Ella estaba incómoda con la cabeza inclinada, como si estuviera atada a aquel rosal. No sabía dónde posar los ojos para no mirar a Trevelyan.

—No se preocupe, no le va a doler —murmuró él, acercándose.

—Rómpalo y libéreme de una vez —exigió ella.

—No seas impaciente, querida —advirtió su tía—. Señor Culpepper ¿se encuentra bien?

Aileen vio que el hombre estaba rojo de estornudar, pero, además, hacía un extraño movimiento. Aquello era cada vez más bochornoso.

—Sí… bueno, no. Me molesta el polen y además… no me gustan las abejas.

Entonces tanto Trevelyan como ella se fijaron y había una revoloteando por la cabeza de Culpepper, que daba manotazos en el aire.

—Déjela tranquila —sugirió Trevelyan—, al final ella se defenderá y le picará.

—Ah, no. Eso no… ¡Ay!

Ulrich salió de allí con la mano en la oreja. Aileen no tuvo duda de que la abeja le había picado.

—Este hombre… Espere —señaló tía Gwen y salió detrás de él.

—Póngale un poco de barro —sugirió Trevelyan que trajinaba con la rama, las espinas y la cinta de su sombrero. Parecía de acero aquel simple trozo de seda azul. El hombre volvió a elevar la voz y estaba tan cerca que la sintió resonar en su pecho—, eso le ayudará a que no se le hinche.

Quedaron solos y ella no sabía dónde posar los ojos.

—Termine de una vez —se quejó.

—Estoy en ello, pero tenerla así me permite poder hablar con usted con la seguridad de que no va a escaparse. —Él la miró, lo

supuso, aunque ella contemplaba un punto lejano, tratando a toda costa de evadirse de su proximidad—. ¿Se puede saber por qué me evita?

Aileen resopló y se retiró un mechón rebelde que se le había escapado del moño y le hacía cosquillas en la frente. Por si fuera poco, se sentía cada vez más acalorada. Sería por el sol que brillaba fuerte a aquella hora o quizás por el aroma que desprendía aquel endiablado hombre.

—¿No piensa contestar? —Él dejó pasar un silenció y añadió—: ¿No será por el beso que me dio?

Aquello fue suficiente para captar su atención. Por cómo le ardían las mejillas, notó que toda la sangre se le agolpaba en ellas, pero no podía seguir ignorándolo, así que clavó sus ojos verdes en las pupilas azules del hombre y trató de ser indiferente, pero fracasó estrepitosamente. Sentía tanta vergüenza por haber tenido aquel comportamiento que no era capaz de responder.

—¡Es por eso! —exclamó él y con un tono más cercano continuó —: Pero si yo ya lo he olvidado.

—Ah, ¿sí? —preguntó con decepción.

—Bueno, a uno no le besan así todos los días, pero yo… ¿cómo se lo diría? No estoy interesado en estos temas.

—Ah, ¿no?

Aileen no salía de su asombro y de repente le vino a la cabeza el pomposo señor Thompson-Bell. Los había visto comportarse con bastante complicidad. En su mente se repitió la frase de Culpepper sobre ellos y lo que Iona le había contado y se formó una idea descabellada, pero ¿qué sabía ella de la vida? Quizá el señor Trevelyan era tan refinado porque tenía inclinaciones indecentes y licenciosas. Sería eso lo que quería decir cuando dijo que no le interesaban aquellos temas. ¿Que no le interesaban las mujeres?

«¿Sería como los atenienses de la antigua Grecia? ¿Cómo Sócrates y Alcibíades?».

Se censuró aquellas ideas. Eran temas que no le incumbían a una señorita.

—Bueno, no fue para tanto —restó importancia al hecho de que había sido una descarada—. Usted es… es inofensivo y claro… — No imaginó ser capaz de decir algo así, pero lo había dicho sin pensar. Él la miró con sorpresa en la mirada.

—¿Inofensivo? —Temió que se enfadara, pero su tono no demostró tal cosa, más bien incredulidad. Aileen supuso que él no sabría que ella se había dado cuenta de sus actitudes. Necesitó unos segundos y luego añadió con tono sereno—. Claro, claro… soy amigo de la familia y yo… bueno, ya me entiende.

—Exacto. Besar a alguien así no cuenta.

—Un beso es un beso, señorita Mackay. No negaré que es algo placentero —murmuró él—, pero… hay tantos placeres.

Ella lo miró con otros ojos y una idea se formó en su cabeza. Una idea que no quiso analizar.

Si era inofensivo…

—Señor Trevelyan… ¿podría pedirle un favor?

—Usted dirá… Ah, por fin.

Aileen sintió un ligero estirón y notó que quedaba liberada. Al hacerlo, el sombrero cedió al agarre que ejercía Trevelyan y al quitárselo su moño se deshizo cayendo su cabello rojizo en cascada sobre sus hombros y sus senos. Él la observó con los ojos brillantes, tuvo la impresión de que su mirada se oscurecía.

—Qué… ¿Qué favor es ese? —inquirió el señor Trevelyan con la voz entrecortada.

—¿Puede enseñarme a seducir al señor Culpepper? ¿A dar besos que lo enamoren?

# Capítulo 5

Christopher no podía creer lo que la señorita Mackay acababa de decirle, y necesitó controlar todos los músculos de su cara para parecer que aquella propuesta no lo sorprendía, ni escandalizaba… y mucho menos que le encantaba.

¿Aquella dulce dama pensaba besarse con el petimetre de Culpepper?

¡Ja! ¡Eso estaba por ver!

Había sido una locura ver cómo le caía el cabello por los hombros y se posaba por encima de sus senos. Tuvo que controlar el instinto que le nacía de tocar aquellas guedejas que se asemejaban a la seda rojiza, de estrujarla contra él y devorarla, para que supiera que no tenía que enamorar a nadie; por lo menos a nadie más. Al escuchar sus palabras, necesitó hacer acopio de toda la serenidad que poseía, que era bien poca, y aplicarse como si aquello no lo inmutara.

Desde que ella lo había besado, y él había respondido con un ardor que jamás había imaginado que experimentaría con una joven inocente, se sentía preso de un hechizo y cavilaba sobre las formas más insensatas de llevarla a un rincón oscuro y volver a beber la miel de sus labios. Quizá estaba enfermo, nunca había sentido aquella agitación en su cuerpo, pero también tenía que reconocer que desde aquella noche miraba a la hermana de su amigo con otros ojos. Si en un primer momento sus sensaciones lo habían perturbado, con el pasar de los días había descubierto que era tontamente feliz solo con estar a su lado. Aunque ella no se lo había puesto fácil.

Habían sido unos días de verdadera tortura, saber que estaban

en la misma habitación y ella no se dignaba siquiera a mirarlo, a conversar con él o devolverle los saludos. Y lo más extraordinario era que nadie se hubiera dado cuenta de cómo ella lo evitaba.

En aquel instante, el hecho de estar tan cerca de la mujer que le había robado el sueño con un simple beso había vuelto torpes sus dedos, que no eran capaces de deshacer un simple nudo. Podría haber rasgado la cinta, como ella pretendía, pero entonces habría perdido el privilegio de su cercanía. Oler el perfume que desprendía su piel, una base de jazmín con algún otro aroma que no era capaz de distinguir, lo tenía embrujado. Y lo peor era que no se reconocía.

Por suerte, durante los primeros minutos, Aileen se dedicó a ignorarlo, como si no estuviera a tan solo un paso de ella y eso hizo que no se diera cuenta de lo que llegaba a abrumarlo su cercanía. Por fortuna —debía agradecérselo al cielo—, el señor Culpepper no podía ser más zoquete y se mostraba como un crío temeroso ante la posibilidad de la picadura de una abeja. Se censuró el pensamiento, había personas que habían muerto por culpa de aquel insecto. Pero el hombre, entre los estornudos por el polen y sus movimientos erráticos, no podía hacer más el ridículo.

¿Cómo podía estar la señorita Mackay prendada de semejante lechuguino?

¿Y qué le ocurría a él? Desde que ella lo había besado, sentía que su mundo se había reducido a esa mujer. Un beso, un simple beso, y había rendido todas sus defensas.

Esa impresión lo tenía tan asombrado como molesto. Si alguien se lo hubiera mencionado habría dicho que deliraba.

El señor Culpepper, acompañado por la señora Dougall, había salido de la rosaleda. Quedarse a solas con la señorita Mackay no había sido tan buena idea como le pareció en un principio. Pero aquella proposición que le había hecho lo había dejado sin aliento.

Ella lo miró a los ojos, estaba ruborizada, pero así y todo le dijo en un susurro.

—¿Me ayudará?

Tras pensar con frialdad que no iba a desaprovechar aquella ocasión para besarla a su antojo, se dio cuenta de que la dama estaba un poco confundida en cuanto a su persona y a sus gustos e inclinaciones… amorosas, pero decidió que eso era una ventaja de la que iba a sacar partido.

«Mejor pedir disculpas que pedir permiso», se dijo para sí ante la posibilidad que se abría ante sus ojos. Desde la noche en la que ella lo había besado no pensaba en otra cosa que unir de nuevo sus labios, ¿qué tonto iba a decir que no a aquella propuesta?

—Lo haré —aceptó—. Pero debe entender que será una simple ayuda de la que nadie debe enterarse, ¿me entiende? —inquirió con seriedad, como si hablaran de una decisión empresarial.

—¿A quién iba a decírselo?

—A la señorita Bell, por ejemplo.

—Es mi amiga.

Cierto, era su amiga, una amiga que estaba seguro de que la sacaría de dudas. Debía revisar su imagen en el espejo, pero estaba convencido de que su virilidad se marcaba en su porte tanto como en su voz y sus actos. ¿De dónde habría sacado la señorita Mackay aquella idea sobre él?

—A nadie, o no la ayudaré. Ha de pensar en mí. —Christopher hizo un silencio, como si le costara continuar sus palabras, luego tragó saliva y añadió—: Piense que para mí es un reto, ir en contra de… de unos deseos muy distintos.

Que Dios lo perdonara por negar su hombría, pero sin decir demasiado ella podría hacerse su propia idea, como suponía que ya se había hecho por algún malentendido. Ya se lo explicaría más adelante. Con seguridad se reirían de ese episodio.

Ella pareció tener claro sus deseos y respondió con entusiasmo:

—De acuerdo. ¿Empezamos esta tarde?

—La buscaré…

—No, lo espero en la sala que hay en el tercer piso, ahí no va nunca nadie. Es una especie de almacén de muebles y cuadros que no se usan.

Salieron de la rosaleda con una cita secreta. La tía Gwen apareció en la entrada, venía a buscarlos.

—Lo siento, querida, el señor Culpepper se ha marchado. La verdad es que su oreja izquierda no tenía buena pinta. Me ha dicho que irá a la fiesta de los Bell.

—Pero si falta más de una semana —se quejó con fastidio—. ¿No piensa venir antes?

—Quizá sea mejor así —intervino Christopher—. Lo más seguro es que necesite algo de reposo.

Hizo un gesto teatral con la mano sobre su propia oreja, como si esta creciese de volumen y eso generó las risas de tía Gwen.

—Es cierto, muchacho, pobre hombre. No le espera una buena tarde.

A la señorita Mackay no debió parecerle tan gracioso porque aligeró el paso y entró en la casa, golpeando el sombrero en su muslo y dejándolos en la terraza.

Él también se disculpó, había recibido una carta de Alexander y quería contestar a su hermano; además, tenía que pensar en su plan.

Aileen entró nerviosa en la sala de la tercera planta. Vio la sombra masculina cerca del ventanal que, con seguridad, él mismo había abierto para que entrara la brisa. Un par de candelabros estaban situados en el suelo, alejados de la corriente. La luz daba una sensación de penumbra indecente. Se sintió inquieta, pero estaba decidida a aprender el arte de la seducción. Si supiera que había un libro que explicara aquellas cosas lo habría leído, pero, si lo había, no dudaba de que la existencia de tal manual no sería algo dirigido a la lectura de una señorita. Se imaginó al párroco de la catedral de *Saint Giles*, la Gran Iglesia de Edimburgo, condenándola al infierno por haber posado sus ojos en semejantes letras.

—Oh, veo que ya ha llegado, ¿hace mucho que espera? —Él sonrió y Aileen barrió con la mirada la estancia y los muebles. No es que fueran muchos y estuvieran amontonados, no. Era una sala amplia con dos sofás, un par de armarios, una cómoda y sillas, bastantes sillas. Ya en vida de su madre servía para guardar los muebles que quedaban en desuso y acababan con el tiempo hechos leña o en la carreta de alguno de los sirvientes porque podrían darles utilidad. A su padre no le gustaba el desorden y hacía mucho tiempo que se había deshecho de la mayoría de las cosas, pero en aquellos armarios se guardaba ropa y enseres que habían sido de su madre. Aileen se estrujó una mano contra la otra y comenzó a hablar—: Aquí jugábamos mis hermanos y yo a escondernos. En vida de mamá esto estaba lleno de tesoros. Imagínese unos niños sobreexcitados con baúles llenos de ropas y objetos de viajes que jamás tuvieron un lugar donde exponerse. Aquí inventábamos que éramos corsarios y esas cosas que mamá guardaba eran los tesoros incautados a otros piratas. Ahora solo son viejos recuerdos y trastos

de los que papá nunca se deshará… Este sofá, por ejemplo, era del ajuar de mi madre. Es bonito, ¿verdad? Lo tapizaron con telas traídas de oriente y… Oh, creo que estoy hablando demasiado, por favor diga algo para que me calle y no me sienta tan estúpida.

—Me gusta escucharla… ¿Así que jugaba a piratas? Yo también, con mis primos; las chicas siempre acababan cautivas. Hasta que se rebelaron —rio.

—¿Tiene muchos primos? Evan dice que son bastantes.

—Pues sí, somos diez, y tengo un hermano gemelo, Alexander.

—¿Hay otro como usted?

—Sí, bastante igualito —volvió a reír él—, aunque en realidad todos los primos nos parecemos mucho.

—¡Santo Dios!

Verlos en comitiva debía de ser todo un espectáculo, tenía que reconocer que como hombre era muy atractivo, no quería pensar cómo serían los otros. Lástima que… que… bueno, era una lástima.

Ella se abanicó con una mano y él se echó a reír. Algo que Aileen agradeció ante su comportamiento coqueto.

—Hoy mismo he recibido una carta suya —siguió él—. Me explica que mi primo, el pintor, va a realizar una exposición. Se ha prometido y no dudo de que se case muy pronto.

—Debe ser extraordinario tener un artista en la familia —dijo ella.

Él rio.

—Pues sí, nos ha retratado a todos, es muy bueno, pero los que se ganaron mi admiración fueron Henry y Jared, por irse a la guerra y conseguir que no los mataran —bromeó, y ella supo que era para quitarle importancia—. Yo nunca haré nada tan extraordinario, soy un simple abogado que trabaja con su tío.

—No creo que tenga nada de simple y seguro que a su manera ayuda a mucha gente.

Él la miró con una sonrisa y Aileen pensó que era la primera conversación natural que mantenían. Se dio cuenta de que se había relajado con ella y compartir confidencias le había hecho hacerse una idea de él muy distinta a la que tenía desde un principio.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —indagó Aileen con curiosidad.

—Por supuesto.

—¿Ha besado alguna vez a una chica? Bueno a otra… quiero decir.

Él se llevó la mano a la frente y se echó el pelo hacia atrás.

—Sí, sí lo he hecho. Pero un caballero no habla de esas cosas… Solo le diré que es algo placentero.

—Claro, claro… Pero… no me gustaría forzarlo a nada, ni que se sienta obligado.

—¿Por qué iba a sentirme obligado? Un beso es un beso. A mí me gusta darlos y, por supuesto, recibirlos. Uno puede imaginarse lo que quiera mientras está preso de su hechizo.

Aileen supuso que tenía razón, ella era ignorante en aquellos menesteres, lo propio de lo que se esperaba de una señorita decente, pero la tentación de un beso siempre le había llamado la atención. Sin embargo, que él insinuara que mientras se besaba se podía tener el pensamiento en otra parte, o en otra persona, no le gustó mucho. ¿Cómo iba a estar segura de que Culpepper pensaba en ella y no en otra cuando se besaran? Caviló y dedujo que quizá esa pregunta tenía que esperar. Pero indagó otra cosa.

—Y… ¿cómo va a enseñarme? —preguntó curiosa.

—He pensado que tenemos que ir por partes. Primero algunas nociones: No debe ser impulsiva, tiene que dejar que sea el caballero quien dé el primer paso. Al menos que crea que lo da. Es muy satisfactorio que la dama participe y que sea impetuosa y apasionada, pero algunos caballeros se asustan si es la dama la que toma la iniciativa. —Él se encogió de hombros, como si fuera una obviedad y ella pensó que, como en tantas cosas, la mujer no podía mostrar lo que deseaba o le gustaba, pero quizá tenía razón y era eso lo que había asustado a Culpepper—. Además, hay que tener cuidado con lo que se provoca. ¿No querrá que su reputación salga dañada?

—No, no, por supuesto.

Él continuó con la teoría de su primera lección.

—Cuando la besen, responda con entusiasmo. Si le agrada, claro. Una mujer puede intuir cuándo va a ser besada y, si no lo desea, huya de la situación y, por supuesto, no aliente al caballero. El deseo es un arma poderosa.

Ella quiso saltarse toda aquella palabrería e ir a lo que le interesaba.

—Pero ¿qué tengo que hacer para que él me haga más caso? ¿Para que el señor Culpepper quiera besarme?

Él la miró en silencio y luego, moviendo el peso de su cuerpo de un pie a otro, indagó:

—¿Cómo me seduciría a mí?

—¿A usted?

—Sí, a mí, y por favor sea buena alumna. Acérquese un poco más, así no hablamos tan alto.

—Claro, no me había dado cuenta. —Había cerrado la puerta, estaba a unos diez pasos de él y acortó la distancia; así y todo, él se aproximó más, si estiraba el brazo podía tocarlo—. Esto…

Aileen pensó en que era su oportunidad de aprender a seducir y aunque el señor Trevelyan era guapo a rabiar y había descubierto algo de él que la inquietaba, no podía negarse que le agradaba que la ayudara. Estaba segura con él. Ella se llevaría su secreto a la tumba y estaba convencida de que él también guardaría el suyo.

Christopher la incitó a que lo sedujera y por unos instantes pensó que ella se iba a mostrar reservada, pero la señorita Mackay tenía una idea en la cabeza y no era timorata. Se movió un poco, lo miró a los ojos, aunque con el rostro encendido por la vergüenza, luego se tocó el moño por la parte baja y rozó con dos dedos el lateral del cuello, los deslizó como si subieran y bajaran, sin un rumbo fijo. Luego acabó resiguiendo el borde cuadrado del escote del vestido, muy despacio, casi hasta rozar su clavícula. Christopher tuvo que apoyarse, con disimulo, en el brazo del sofá que tenía a su lado, para no tambalearse. Aquella mujer era puro fuego con un solo gesto. Sus ojos verdes brillaban en la penumbra y si él hubiera sido un canalla la habría seducido para poseerla allí mismo. Pero si algo tenía era control de sus emociones, y eso jamás iba a ocurrir si ella no lo deseaba con el mismo ahínco que él, claro. Además, era Aileen Mackay, la hermana de su mejor amigo, y si daba un paso como aquel tenía que estar muy seguro de lo que quería de ella. Y todavía tenía que analizar qué significaba la señorita Mackay para él.

Ella, metida en el papel, se le acercó un poco más y con un susurro que se le clavó en el alma, le preguntó.

—¿Así?

Necesitó aclararse la voz con un carraspeo y al ver que ella cerraba los ojos y fruncía los labios, en un claro gesto para que él la besara, la cogió por la cintura para romper el momento. Si se dejaba llevar iba a comerle los labios con fiereza. Tomó su otra mano y se colocó como si fuera a bailar un vals.

—Lo hace muy bien… pero recuerde lo que le he dicho, no tenga prisa. Ahora imagine que está bailando, en mitad de un salón, ¿qué haría?

—¿Eh…? —Ella pareció salir de una ensoñación—. No sé, sonreiría.

—Sí, pero debe hacerlo con la vista puesta en el caballero. —Christopher la condujo por aquella estancia como si sonara música de Hayden y murmuró muy cerca de sus labios—. Lo mira a los ojos unos segundos, sin decir nada y luego puede morderse el labio inferior o refrescarse los labios con mucha delicadeza, como si los humedeciera y los deja un poco entreabiertos, todo eso sin dejar de observarlo.

Aileen repitió cada una de las acciones que él le relataba, mientras él la hacía girar y sin darse cuenta la acercaba a su cuerpo, ella se quedó enganchada a su mirada y Christopher creyó morir cuando ella se le acercó unos milímetros más.

—Pero no puedo besarlo en mitad de un salón.

—Y si es un caballero, él tampoco lo haría. Pero seguro que gana su atención y recuerde que debe mostrarse segura, que lleva el control.

—¿Y si me pide salir al jardín?

—¿Usted querrá salir al jardín?

—Yo quiero que me bese.

—Imagínese que está en el jardín, y él la besa. Así, por ejemplo…

Christopher se detuvo, como si la música cesara y, sin darle tiempo a pensar, rozó sus labios con los suyos como si fueran las alas de una mariposa, la tentó con la punta de la lengua y luego bajó por su mandíbula y repartió pequeños besos hasta subir por el cuello y soplar bajo el lóbulo de la oreja. Oyó los suspiros que ella dejaba escapar y notó como temblaba y se pegaba a su cuerpo con abandono, buscando esas caricias que parecían gustarle. Se congratuló, pero tuvo que hacer acopio de toda la cordura del

mundo para separarse de ella con indolencia, mirarla a los ojos y decirle en un murmullo.

—Es tarde, mañana seguimos.

—¿Cómo…? —preguntó ella medio desmadejada.

—He de marcharme, Evan me estará buscando. ¿Le parece bien mañana aquí a la misma hora?

—Sí, sí… pero, yo… yo pensé que… qué me diría algo más, no sé… ¿qué pasa entre un hombre y una mujer, después de los besos?

Se le acercó mucho y susurró en su oído.

—Cuando hay deseo puede pasar cualquier cosa, siempre que los dos lo anhelen.

Dio unos pasos para poner distancia, por su seguridad. Temía atraparla en sus brazos y devorar su boca, como deseaba hacer.

—Esta noche cuando esté en la cama piense en su enamorado y observe su cuerpo, este le dirá muchas cosas.

—¿Mi cuerpo?

—Cuéntemelo mañana, ¿de acuerdo? Y sea buena hasta entonces.

—Usted también…

# Capítulo 6

Aileen había recordado más veces de las que deseaba el momento compartido con Trevelyan. Era un buen maestro y ella una aprendiz que estaba deseando poder poner a prueba sus enseñanzas. Durante la mañana había temido encontrárselo por la casa, creía que iba a morir de vergüenza, pero cuando lo vio en la terraza con sus hermanos haciendo bromas, tan solo le dedicó una mirada cordial. Se sintió tan ignorada que le molestó.

Se levantó y Trevelyan lo hizo también, Evan y Anderson la miraron extrañados.

—Voy a casa de Iona, sois muy aburridos.

—Podrías haberla invitado —sugirió Evan.

—Si te interesa, invítala tú —respondió sarcástica.

—¿A mí? ¿Por qué iba a interesarme?

Le dedicó una mueca de burla, quizá su hermano pensaba que no se había dado cuenta de la atracción que le despertaba su amiga.

Subió a su habitación a por su bolsito y sus guantes, pero encontró a su tía por las escaleras y esta insistió en acompañarla.

La casa de su amiga no estaba lejos, pero era un paseo demasiado largo para hacerlo a pie, así que cogieron el cabriolé, que a su tía le encantaba conducir.

Al llegar a casa de los Bell, había un carruaje en la puerta.

—Llegamos a tiempo para tomar el té —dijo sarcástica tía Gwen. Por suerte ella había enviado un recado a Iona aquella misma mañana de que iría a visitarla. No era muy oportuno presentarse en una casa, por muy amiga que esta fuera, sin avisar con antelación. Aunque ella e Iona no solían ser tan protocolarias la una con la otra, pensó que era de educación avisar de que iría a visitarla.

Quizás motivada en el hecho de que Evan y su amigo podían acompañarla, pero no se había atrevido a preguntarles si querían ir con ella.

El mayordomo las llevó a la sala de visitas y, curiosa, la tía Gwen sonsacó al criado por el camino.

—Me suena el carruaje, ¿no estará *lady* Russell por aquí?

—No, señora, pertenece al señor Culpepper.

Ella dio un respingo, ¿qué hacía allí? Su tía, más sabia que ella, la tomó del brazo y siguió su conversación sin mirarla siquiera.

—Cierto, de Culpepper. Te lo he dicho, Aileen, ¿o no? Son tan parecidos los carruajes, que era de uno o de la otra.

Al entrar en la sala de visitas, Ulrich y el señor Bell se levantaron con educación y las saludaron con un gesto de la cabeza, Iona fue rápido a su encuentro y al saludarla, susurró llena de culpa.

—Te juro que no sabía que iba a venir.

Tía Gwen era perfecta para aquellas situaciones tensas.

—Amigo Culpepper, lo hacía en casa, dolorido por la picadura de la abeja y sin querer ver a nadie. Déjeme ver… —Sin reparo, tras los saludos, su tía observó la hinchazón de la oreja y luego añadió —: Ve, no se muere de esta.

Iona les ofreció una taza de té y durante unos minutos la conversación fue sobre temas muy triviales: las rosas del jardín de los Mackay, la fiesta que se celebraría en Bell House, el inicio del verano que estaba a la vuelta de la esquina… Aileen no sabía ni qué decir, encontrar allí a Culpepper la había turbado. Iona estaba tensa, la conocía lo suficiente como para saber que se sentía incómoda, como si la hubieran pillado en una falta. La curiosidad de tía Gwen, o el descaro, destapó aquella incógnita.

—¿Y qué hace por aquí?

—Pues… quería hablar con el señor Bell sobre unos negocios. Resulta que tengo terrenos cerca de los suyos, allá por Lochore Meadows.

Culpepper y el padre de Iona ocuparon gran parte de la conversación, pero para su sorpresa, cuando terminaron de exponer los pormenores de las minas que tenían los Bell y las ideas de Culpepper sobre sus tierras: la construcción de unas casas para gente humilde, este se levantó y anunció que tenía que marcharse.

Salió despidiéndose de forma cortés, pero a juicio de Aileen muy austera.

Con la complicidad de Iona se escabulló de la sala y antes de que él entrara en su carruaje, lo interceptó.

—¡Ulrich! —lo llamó.

—Señorita Mackay…

Él la tomó de las manos y le besó el dorso.

—Oh, no esperaba encontrarla, pero verla ha sido como un soplo de aire fresco.

—¿Entonces por qué se va tan pronto?

—Tengo algunas obligaciones que no puedo desatender.

Ella aceptó aquella excusa, parecía tener prisa, pero así y todo lo retuvo un poco más.

—¿Cómo se encuentra, le duele? —Aileen miró su oreja, le hubiera gustado tocarla, pero no se atrevió. En el fondo pensaba que tendría peor aspecto, pero aquello no lo dijo.

—Bien, bien, no es la primera abeja que me pica, les tengo un poco de manía, pero así es la naturaleza… cruel.

Ella sonrió ante su comentario. Quiso aplicar algo de la lección con Trevelyan y lo miró a los ojos, sin disimulo, con un pequeño aleteo de sus pestañas, los labios ligeramente fruncidos, con lo que creyó que era una sonrisa provocativa y no dijo nada. Se mantuvo callada unos segundos, a la espera. Para su sorpresa él pareció titubear.

—No sea mala, estamos en público.

Se sintió victoriosa, la lección con Trevelyan había dado resultado, pero necesitaba aprender más, quería enloquecerlo tanto que el hecho de estar en público lo obligara a buscar un escondite para poder besarla.

—He de marcharme, tengo que hacer otros recados —anunció él.

—¿Vendrá a visitarme? —preguntó ella impaciente.

—Intentaré hacerlo —Culpepper le sonrió—, aunque debe disculparme si no lo consigo. Es cierto que estoy ocupado estos días… pero resérveme un vals para el baile de los Bell.

Ella lo miró con el ceño fruncido como si fuera una niña, faltaban tantos días…

—No se enfade, no puedo desatender mis negocios. Pero iré a la

velada musical en casa de *lady* Russell.

—Oh, entonces nos veremos allí —contesto animada—. Asistiré con mis hermanos, Iona y el señor Trevelyan.

—Ah, el señor Trevelyan… Ese hombre tiene suerte, no necesita trabajar siendo nieto de un duque.

Se sintió en la obligación de defenderlo.

—Es abogado, y tengo entendido que ha seguido trabajando, incluso estando aquí.

—Me apena, pero tengo que dejarla. —Le dedicó una mirada intensa y añadió—: Intentaré verla antes del baile de los Bell.

Ella sonrió y se apartó un poco para que él entrara en su coche.

Iona se le acercó con una sonrisa cómplice y le sugirió dar un paseo, pero ella no quería demorarse en llegar a casa, se acercaba su cita con Trevelyan, aunque no tenía una excusa para marcharse y, además, su tía parecía no tener prisa. Con su amiga el tiempo siempre volaba, así que se centró en ella y compartieron confidencias: ella le habló de Culpepper, aunque quisiera haberle confesado que se había besado con Trevelyan. Sin embargo, decidió que ese secreto era solo de ellos dos. Iona volvió a suspirar por Evan.

—Jamás se dará cuenta de que existo —se rio su amiga de sí misma.

Aileen quiso animarla y, sin desvelar la fuente de su saber, le dio algunos consejos sobre seducción a su amiga.

Al entrar en el patio de su casa, cerca del establo, vio de lejos a Trevelyan con su caballo. Tía Gwen dejó el cabriolé en mitad de la plaza y ambas bajaron del pequeño carruaje. Caminaron hacia la mansión, pero ella, nerviosa porque había faltado a su cita, necesitó justificarse. Había olvidado a propósito su bolso en el asiento del cabriolé y con la excusa de ir a recogerlo, regresó a los establos. Al entrar parecían vacíos, no vio al amigo de su hermano, el coche estaba estacionado en su sitio y se acercó a recoger sus pertenencias, luego curioseó por el recinto, quizá Trevelyan ya se había marchado.

Sin embargo, como si de una aparición se tratara, este se le presentó al lado y tiró de su brazo hasta meterla en una de las cuadras, donde estaba su caballo. Aileen se asustó, pero no supo si era por estar tan cerca del hombre o del corcel negro.

—Tranquila, no le hará nada.

Trevelyan estaba muy cerca de ella, casi de un modo indecente, pero Aileen no se amedrentó ni dio un paso atrás para poner distancia.

—¿Por qué no ha venido? —inquirió él con tono exigente—. No me gusta que jueguen conmigo. Si no es capaz de continuar, dígamelo ahora y no me haga perder el tiempo.

Trevelyan parecía enfadado y ella quiso informarle del éxito de su encuentro con Ulrich.

—Me entretuve en casa de Iona, no podía irme sin más; además, estaba allí el señor Culpepper y… y creo que he podido atraerlo.

Él la miró, escéptico, pareció pensar unos segundos y luego preguntó:

—¿Qué quiere decir?

—Lo miré con fijeza como me enseñó… —rio—. Creo que lo puse nervioso.

—Y él, ¿qué hizo?

—Bueno, estábamos frente a la casa, junto a su carruaje, dijo… —No pensaba decirle lo que le había dicho; aquello de que verla era un soplo de aire fresco. Porque en aquel instante se dio cuenta de que no había conseguido tanto como alardeaba. El propio Trevelyan la ponía más nerviosa que Culpepper—. Dijo que le reservara el vals en el baile de los Bell.

—¿No intentó besarla?

—No, fue educado… Esto, he de irme.

Intentó salir de la pequeña cuadra, el caballo se movió y piafó como si se quejara de la compañía. Sin esperarlo, él la agarró y al segundo siguiente se vio encerrada entre los musculosos brazos masculinos que apoyaban las manos en la pared.

—No vuelva a dejarme a la espera. Si quiere dejarlo, dígalo ahora y no la molestaré más, pero no soy un juguete de usar y tirar —murmuró molesto.

—Ya le he dicho que lo siento… pero no, no quiero dejarlo. Sus consejos me han ayudado y he conseguido poner al señor Culpepper al menos nervioso —confesó—. Aunque no sé qué hacía en casa de Iona, dijo hablar de negocios, pero ella parecía nerviosa… ¿Cree que puede estar interesado en ella?

—Por la cordura de Evan, mejor que no —bromeó él.

—Usted también se ha dado cuenta.

Él sonrió, pero la conversación murió allí.

Lo que hizo Trevelyan la descolocó y la mantuvo en alerta. Olisqueó su cuello y no pudo decir que le molestara, cuando escuchó qué le susurraba.

—Cuando un hombre quiere algo de una mujer y esta se le insinúa, no lo desaprovecha.

—Iona tiene una renta mucho más alta de la que yo tendré jamás.

Él la miró con fijeza.

—¿Acaso duda de su valía? —preguntó con extrañeza—. Si piensa que el interés de ese hombre está mediatizado por el dinero, olvídelo. Yo jamás tendría en cuenta algo tan indecoroso si la dama ocupara mi corazón. Y puedo afirmar que no soy el único hombre sobre la tierra que puede decir algo así.

Trevelyan tenía el poder de inquietarla, no solo con sus palabras, sino por cómo la miraba. Aileen se tocó el pelo, con vacilación, un mechón se había escapado del moño y sobresalía del sombrerito, lo retorció en su dedo índice, como si eso le diera calma. El señor Trevelyan sí sabía seducir, al menos jugaba a aquel juego mejor que ella.

Sin esperarlo la besó y ella se sintió embrujada porque él ni siquiera la tocaba y ella se moría porque lo hiciera. Un gemido se escapó de su garganta, imaginó que era Culpepper quien estaba allí con ella y se deleitó con aquella imagen. Sin embargo, parecía que el caballo había percibido aquel pensamiento lascivo, porque relinchó y se movió agitado y ella se aferró al cuello de Trevelyan como si necesitara que la protegiera.

—Tranquilo, Rage, tranquilo. —Trevelyan ni siquiera se giró hacia el corcel, solo con la voz lo calmó. Luego le sonrió, rozó su nariz con la suya y la miró a los ojos—. ¿Está bien?

—Sí, sí.

Él puso distancia con ella y le dijo con voz autoritaria.

—Entonces piense en lo que hablamos y no falte mañana a la cita o no seguiré con este juego. —Con un gesto estiró el brazo y le cedió el paso, invitándola a marcharse.

Por unos segundos no supo cómo reaccionar, se sentía alterada y no sabía si era por la orden que acababa de recibir o era una

respuesta normal a lo que acababa de suceder.

Salió de allí sulfurada y cuando lo miró por encima del hombro pudo apreciar que él la observaba apoyado con una mano en la pared de la pequeña cuadra y la otra en su cintura y, para colmo, se sonreía ufano.

Aileen estaba acostada. Ni Evan ni el señor Trevelyan habían cenado en casa, Anderson le dijo que habían salido con Thompson-Bell. Escuchar aquello la molestó y no supo por qué.

Pensó que si él estuviera en la casa podrían haber conversado de forma discreta sobre el asunto que los unía. Le hubiera gustado hacerlo, pero se quedó con las ganas. Tras jugar una partida de ajedrez con su padre se retiró a su habitación y decidió leer un poco antes de dormirse, pero lo que había vivido en la sala del tercer piso se le aparecía en la mente a cada rato, impidiendo que se concentrara en la lectura. Jamás pensó que ella sería capaz de jugar a algo indecente.

Además, si pensaba en la escena del establo se estremecía. Sin querer comparaba el encuentro con Culpepper con el de Trevelyan. Eran tan distintos. Sin duda este conocía mejor que Ulrich el arte de la seducción y de la lujuria. Su pretendiente la respetaba mucho y eso era importante en un hombre, pero ella quería un poco más de emoción.

A su mente acudieron las palabras que Trevelyan le había susurrado y las sintió como si estuvieran grabadas a fuego:

«Cuando un hombre quiere algo de una mujer y esta se le insinúa, no lo desaprovecha».

Repasó casi todo lo que le había dicho y se detuvo en el consejo sobre lo que debía comprobar.

«Piense en su enamorado y observe su cuerpo».

No entendía qué tenía que observar, pero dejó el libro en la mesilla, apagó la vela y se tumbó. Buscó entre sus recuerdos escenas con el señor Culpepper. Lo evocó atento con ella, cuando coincidieron en el balneario. Habían bailado todas las noches y él se había mostrado más que cordial. Luego estaba la carta que le había escrito y las veces que se habían visto, incluso el insulso beso que habían compartido. Pero tenía que reconocer que, desde que se habían visto de nuevo, su conducta hacia ella era distinta, como

más distante y variable. Sin embargo, aquella tarde, otra vez, parecía estar interesado… se sentía tan confundida con él.

Se reprochó que quizá lo había intimidado al mostrar las ganas que tenía de que la besara. Trevelyan le había dicho que debía dejar al caballero tomar la iniciativa, para no parecer muy descarada. Aunque tampoco le había dicho que no debía hacerlo, solo que esperara el momento.

—Ay, Ulrich… —suspiró en voz alta y se preguntó qué estaría haciendo.

Aileen pensó en él y lo imaginó en una escena similar a la que había compartido con el señor Trevelyan. Rememoró cómo este la había encendido solo con el roce de sus labios en la piel, trató de imaginar lo mismo, pero con el señor Culpepper. Con una atención vigilante observó su cuerpo, pero no sentía nada de nada. Solo un suave aleteo en su corazón cuando visualizaba a Ulrich acercándose y mirándola con fijeza a los ojos como si no hubiera nadie más alrededor. Luego, por alguna razón mezquina, su cerebro le trajo a la mente la escena del rosal cuando él no cesaba de estornudar y para colmo hacía aspavientos ridículos al tratar de espantar a la abeja que al final le acabó picando. Aquello había sido el colmo de la mala suerte.

Pasó sus manos desde su pecho hasta los muslos y nada, no encontró ninguna emoción que la agitara por dentro. Se concentró más en su pretendiente, quizá si lo imaginaba sin las chaquetas que solía llevar y lo visualizaba como había visto a Trevelyan la primera vez, en mangas de camisa…

Sí, eso sí funcionaba, pensó. Se mordió los labios y tragó saliva. Aquella sí que era una imagen que la ponía nerviosa. Colocó una mano sobre su pecho izquierdo, encima del corazón, y este se aceleró más al pensar en el beso que habían compartido la primera vez, cuando ella pensaba que era otro. Le gustaría repetir aquel beso y aprender bien, estaba segura de que si ella aprendía a besar así sería más deseable a ojos de Ulrich.

Se esforzó en pensar en su pretendiente, pero su mente traicionera solo le mostraba escenas con Trevelyan, casi pudo sentir sus labios rozarle la piel, se llevó la mano debajo del lóbulo.

—Sí, eso me ha gustado…

Al cabo de unos minutos en su pensamiento no había rastro de

Culpepper y se vislumbró sentada en aquel sofá junto a Trevelyan y era ella la que le besaba el cuello y buscaba sus labios.

—¡Ay, Dios…!

Había empezado a sentir que su cuerpo reaccionaba a aquellas ideas descabelladas y un ligero cosquilleo se instalaba en su estómago. Continuó con la agradable ensoñación; sería su mayor secreto, se juró como una penitencia. Tenía que experimentar y se dijo que si podía sentir aquello, pensando en el irresistible e inalcanzable señor Trevelyan, podría sentirlo con su enamorado. Se dejó llevar y con más osadía que pudor volvió a pasear las manos por su pecho y lo encontró más hinchado, luego rozó con la yema de los dedos su vientre y su crispada mente ideó que eran los de Trevelyan.

«Estás loca, ese hombre ni te gusta… es solo… solo…».

«Uf».

El calor se había dispersado por su cuerpo y el cosquilleo del estómago había bajado hasta un lugar innombrable.

«Ay, Dios… Esto debe ser pecado…».

Se incorporó de golpe al sentir un calambre atravesarle el cuerpo.

«¡Dios mío!».

—Esto es… No… No puede ser. La mente te engaña, Aileen —se censuró molesta, como si se lo dijera a alguien.

Si aquello lo había experimentado solo con su imaginación, estar con la persona amada debería ser una locura.

Sin poder encontrarse una explicación mejor aceptó que en su cabeza se aparecía Trevelyan porque él la había provocado para enseñarla a seducir, pero tenía que conseguir aquellas sensaciones pensando en Culpepper. Se enfadó consigo misma al no conseguirlas y le dio rabia saber que podría estar algunos días sin verlo; temía que eso enfriara el interés de él hacia ella.

Se acurrucó sobre sí misma y cerró los ojos. Quizá era mejor dormir que seguir con aquellas ideas descabelladas.

# Capítulo 7

Christopher había recibido una carta de su madre. Esta se interesaba por cómo estaba. También le hablaba de la familia y nombraba a algunas jóvenes que se habían prometido en la temporada y otras que todavía no lo habían hecho y eran un buen partido para él.

De todo lo que le contaba lo que más apreció fue saber que Sebastian iba a casarse con la mujer de la que había estado enamorado desde hacía años. Un amor que estaba sentenciado desde el principio porque ella estaba a punto de desposarse con un barón. Sebastian no había podido olvidarla durante todo aquel tiempo. Por lo visto había regresado a Londres, viuda y con una hija. Y según le explicaba su madre, Violet era muy estimada por la familia, y la niña les había robado el corazón a todos; sobre todo a su abuelo.

Hasta aquel momento no había sido consciente de que había recibido cartas de su hermano y de sus primos, pero no de Sebastian. Intuyó que habría estado entretenido conquistando a la baronesa viuda y se alegró por él. Aquella mujer le había generado una enfermiza obsesión por pintarla. Algo que Christopher siempre había intuido que era la manera en la que su primo escondía el amor que sentía por ella.

Respondió a la misiva de su madre y le confirmó que no iba a echarse atrás en su palabra de casarse. Estaba dispuesto a que, si él no encontraba a una dama de su interés y agrado, aceptaría la que ella le buscase.

Al leer las letras que había escrito, Aileen se apareció en su mente:

«Una dama de mi interés y agrado…».

Su corazón dio un pequeño brinco.

Introdujo la pluma en el tintero y luego, al posarla sobre el papel, tuvo la impresión de que esta escribía sola. Necesitado de hablar con alguien de cómo se sentía, relató a su madre cómo había sido el encuentro con la pequeña de los Mackay. La describió con tanto entusiasmo que al releer la carta por última vez se dio cuenta de dos cosas:

La primera era que le había dicho a su progenitora que estaba dispuesto a casarse y le había pedido que ella le buscase a la candidata si él no encontraba ninguna. Sin embargo, la había encontrado, pero hasta aquel instante no lo sabía, y su madre se iba a dar cuenta nada más leer la misiva.

La segunda le resultó más dolorosa, la señorita Mackay no iba a ceder a sus encantos porque estaba enamorada del señor Culpepper.

¿No era aquello un tormento? Sobre todo después del juego que había iniciado con ella, y a cada tarde que pasaban juntos más le costaba resistirse.

Quizás había llegado el momento de regresar a casa.

Cerró la carta sin cambiar ni una coma. Su destino estaba escrito.

Miró su reloj de bolsillo, aún faltaban unas horas para su encuentro con Aileen.

«Aileen».

Pensar en ella le removía algo en el estómago y besarla era una pesadilla para su cordura, pero se conformó con la idea de que al menos eso podría guardar en lo más profundo de su alma cuando se marchara. Le gustaba, no podía negarlo; sin embargo, tenía que reconocer que no solo le gustaba, estaba secretamente enamorado. Aquel juego había resultado más peligroso de lo que en un principio pensó, jamás se le había ocurrido que perdería el corazón. Además, ¿y si lo descubrían? Si alguien llegaba a verlos en la habitación del tercer piso no iba a malinterpretar lo que allí ocurría. Podía pensar que él la había seducido y se aprovechaba de la joven. Le dolió entender que Evan podría odiarlo al creer que había abusado de su confianza y arruinado a su hermana. Aquello podía romper para siempre su amistad.

Por un instante que lo obligaran a casarse con ella, si creían que

la había mancillado, no le pareció una tortura; luego puso cordura a su razonamiento. No quería perder a su amigo, tenía que ser sensato. Pero tampoco era capaz de dejar de pensar en ella, de acudir cada tarde a su encuentro, de perderse en sus labios. Quizá él también se había obsesionado con ella, como su primo lo había hecho con Violet, cuando la conoció. No conseguirla era el precio de aquel pensamiento circular, pero ¿y él? ¿Qué creía que iba a pasar con Aileen?

Ulrich Culpepper se le apareció en la mente. Aquel mequetrefe no se merecía a la señorita Mackay. ¿Qué hombre escribía una carta como él había escrito, para luego dejar a la dama llena de dudas? No era ajeno a que Aileen estaba llena de inseguridad con relación a Culpepper. Le dolía que sintiera que no lo atraía y que debía aprender el arte de la seducción para enamorarlo. Ella no lo necesitaba, un solo beso había bastado para que él cayera a sus pies, y ella solo pensaba en aquel lechuguino torpe, sin darse el valor que tenía.

Aquellos pensamientos le abrieron la mente sobre lo que significaba aquella mujer para él. Era su propia obsesión, como Sebastian había tenido la suya. Pero ella nunca lo amaría, jamás la conseguiría más allá de aquellos ratos placenteros, porque ella tenía en su mente y en su corazón a otro hombre.

Se sintió un miserable que mendigaba aquellos besos. Pero así y todo no faltó a su cita.

Cuando llegó a la sala del tercer piso Aileen ya lo esperaba.

—¡Aileen…! —exclamó, sorprendido.

Ella sonrió.

—Christopher… ¿Cómo está? No le veo buena cara.

Que ella apreciara su malestar le afectó, pero negó con énfasis.

—Nada, estoy perfectamente.

—Ya sé que le he pedido algo que le cuesta mucho, no sé si ha sido buena idea, yo…

Christopher se sentó junto a ella en el sofá, la miró a los ojos y fue sincero.

—Voy a confesarle algo, quizá le sorprenda o tal vez ya lo sepa.

Quería ser honesto, aunque no del todo, pero ella merecía saber que él debía marcharse, buscar una esposa y sentar la cabeza. No tenía por qué abrirle su corazón para que ella se lo rompiera un

poco más.

—No tiene que darme explicaciones.

—Pero quiero dárselas.

—Luego, ahora déjeme practicar algo.

Ella puso dos dedos sobre sus labios y sinuosa se movió hasta quedar pegada a él, luego acercó sus labios a su cuello y lo besó como si fuera un roce de seda. Aguardó con todo el control del que fue capaz y la dejó experimentar. Ella posó la mano en su pecho, Christopher sintió que cien caballos cabalgaban dentro de él. Aileen lo miró con los ojos muy abiertos y él sonrió con una mueca divertida y musitó.

—¿Ve como sabe seducir a un hombre? Creo que ya no puedo enseñarle mucho más. Lo que le falta por aprender deberá…

Ella volvió a poner los dedos sobre sus labios y él los besos, como acto reflejo.

Estaba tan cerca de su boca que no tuvo que hacer ningún movimiento.

—Dijo que hay hombres que se asustan de que la mujer tome la iniciativa, pero usted no.

—No, yo no.

Sus labios prácticamente se rozaban. Aileen colocó la mano en su mejilla y lo besó. Lo besó con pasión e intensidad. La sintió removerse y con descaro la cogió y la sentó sobre sus rodillas. Ella entonces se acopló con más entusiasmo y aquel beso se convirtió en puro fuego.

Christopher aguantó unos segundos más hasta que sus manos cobraron vida y la acariciaron. Ella se agitó, pero no se separó de él. Se moría por bajar la boca hasta aquellos senos que se le pegaban al pecho y lo enloquecían, pero solo se permitió rozarlos al descubrir que a ella le gustaban aquellas caricias.

El momento se volvió una locura, Aileen acarició su torso y pasó sus brazos alrededor de su cuello, luego con los ojos cerrados besó su cuello. Al instante le deshizo el nudo del pañuelo para abrir su camisa un poco, y seguir con un reguero de pequeños besos incendiarios, pero el chaleco le impidió abrirla del todo. Él puso algo de cordura.

—Aileen, Aileen, cariño…

—Dios mío… Es que… es que… no puedo parar —gimió ella

buscando de nuevo su boca y besándolo con intensidad. Él era esclavo de aquellos besos y la dejó llevar el control.

Cuando sintió sus suspiros la separó un poco y la miró a los ojos, y con dolor le preguntó:

—¿En quién piensas? ¿En Culpepper?

—¿En Ulrich? ¿Por qué…? —Aileen pareció salir de un sueño—. No, no… no creo que… no sé en quién pensaba. ¿Y usted? ¿Acaso pensaba usted en Jeremy?

Ella se tapó la boca con una mano, señal de que había dicho aquello sin pensar y por un segundo él se quedó paralizado.

—¿En Jeremy? ¿Por qué voy a pensar en ese hombre? Pensaba en usted, en que me muero por tocarla y no quiero asustarla.

Aileen se levantó de un salto y se puso en pie, nerviosa.

—¿Pero no le gusta él? Yo… yo no sé qué pensar sobre eso —divagó—. Es pecado, ¿no? No, disculpe, no es de mi incumbencia.

Christopher se serenó, con ambas manos se echó el pelo hacia atrás y respiró profundo. Él había jugado a confundirla, ahora tenía que salir de aquel lío. La miró a los ojos, ella estaba frente a él, de pie como una diosa, y él sentado como si suplicara unas migajas de atención.

—Creo que tenemos que aclarar algunas cosas —confesó.

Ella asintió, abrazándose a sí misma.

Christopher se levantó y puso unos pasos de distancia.

—Tiene que disculparme si ha creído que yo… que a mí me gustan los hombres… —soltó de forma directa y sin tapujos—. No, rotundamente no.

—Pero… ¡Oh, Dios mío!

Aileen se tapó la cara y segundos después lo miró con vergüenza. No fue capaz de decir nada y salió corriendo.

Christopher necesitó unos minutos más antes de salir de aquella habitación. Presentía que todo se había ido al traste.

Encontró a su amigo en la biblioteca y cuando este le propuso salir a divertirse, no dudó en escapar de aquella casa. No soportaría ver a Aileen a la hora de la cena. Una noche de copas y juego sería más que suficiente para acallar su mente atormentada.

A la tarde siguiente Aileen pensó mucho si subir a la sala del tercer piso. Trataba de sacarse aquella idea de la cabeza, pero lo mismo

concebía que jamás volvería a cruzar la palabra con Trevelyan, que intentaba averiguar por qué la había engañado de aquel modo. Después de lo sucedido no creía que él fuese a acudir, había rezado por no cruzárselo y agradeció no verlo ni en la cena de la noche anterior, ni en lo que iba de día. No tenía caso seguir con aquel juego de aprendiz, concluyó. Se sentía engañada. Además, era absurdo tener aquel dilema, él tampoco se presentaría.

Sin embargo, le rondaba algo en la cabeza y no podía deshacerse de ello.

Hiló de nuevo sus cavilaciones. Con lo aprendido se sentía muy preparada para cuando viera al señor Culpepper en la fiesta de los Bell. Para su fastidio, la velada musical en casa de *lady* Russell había sido cancelada por indisposición de la soprano que iba a cantar y aquello le había impedido ver a su pretendiente. Si no fuese imposible, habría culpado de ello a Trevelyan.

Suspiró, cuando viera a Ulrich ella actuaría de otro modo; había aprendido algunos trucos para llamar su atención, justo como quería. Ya no era inexperta y estaba convencida de que sabría atraerlo.

Aunque no era tan tonta como para no haberse dado cuenta de que su pretendiente estaba distraído. Quizás los negocios que quería emprender no le estaban saliendo como esperaba y ella no quería empujarlo a un compromiso, sino que él se sintiera lo suficientemente atraído y enamorado como para querer hablar con su padre.

De nuevo Trevelyan cruzó su mente. Se censuró. Aunque le apenaba dejar el juego con él, tenía que hacerlo, sobre todo después de cómo había acabado su último encuentro. Había descubierto que los besos y las caricias eran muy placenteras y no podía negar que, aunque el amigo de su hermano la había confundido, era irresistible y, no sabía muy bien por qué, pero en lo más íntimo de su ser quería perdonarlo.

Ni siquiera ella se entendía.

No quería, se dijo que no quería…

Al mirar el reloj vio que pasaban cinco minutos de la hora en la que solían encontrarse en su cita secreta y como si algo la empujara no pudo evitar subir al tercer piso y acercarse hasta la puerta. Estaba segura de que él no habría acudido, pero se equivocó. Estaba

a punto de entrar en la sala cuando se dio cuenta de que él estaba sentado en el sofá, a la espera. Justo en el mismo lugar en el que se habían besado con tanta intensidad las últimas tardes. Se quedó allí, en el umbral, a sabiendas de que él no se había percatado de su presencia.

Desde la distancia lo observó sin ser vista. Christopher tamborileaba los dedos en su muslo, mientras con los de la otra mano se acariciaba los labios. Aquel gesto inocente la excitó y la turbó a partes iguales.

Era cierto que mientras lo había besado aquellas horas tan deliciosas había intentado pensar en Ulrich, pero solo lo probó la primera vez. Su imagen se había evaporado y se dejó llevar por la lujuria a la que Christopher la llevaba. Aquel hombre era irresistiblemente apasionado y ella siempre había notado que se retenía. No entendía cómo su mente quiso creer que no le gustaban las mujeres, cuando sus actos decían todo lo contrario y ella había caído en una telaraña de placer a su lado. Pero él no la había sacado de dudas, la había confundido en aquel aspecto y se sentía estúpida por haber creído tal cosa.

¿A quién quería engañar? La única culpable era ella misma. Le era más fácil suponerlo para no sentirse culpable por besarse con otro hombre, uno que ni siquiera le gustaba y, además, era el amigo de su hermano. Imaginarlo inofensivo acallaba su conciencia. Le hubiese gustado aprender más, pero le daba mucha vergüenza decírselo, aunque ahora que todo había terminado se alegraba de haberse mantenido callada en aquel aspecto.

No entendía qué hacía mirándolo, pero le gustaba hacerlo.

¿Se estaría volviendo loca? Tan pronto se decía una cosa: como que pensaba odiarlo el resto de sus días, como que se embobaba con su imagen.

Era un hombre muy atractivo y le molestó pensar que las mujeres en los bailes se giraban descaradas a mirarlo. Él estaba pensativo y se preguntó si sería ella el objeto de sus meditaciones, como él era de las suyas. Durante unos minutos lo contempló y luego se marchó.

Regresó a su habitación, se tumbó en el diván y cogió un libro para distraerse, pero no consiguió concentrarse, así que, cansada de leer el mismo párrafo varias veces, bajó al salón. Allí encontró a sus

hermanos con el señor Trevelyan. Este leía el diario.

—Creí que habías salido con Iona —comentó Evan—. Tía Gwen te buscaba, dice que desapareces a esta hora por las tardes.

Miró de reojo a Christopher, pero este pareció no inmutarse y no despegó los ojos del diario.

—Pues estoy en mi habitación —replicó.

—¿Entonces no has invitado a Iona? —Evan chasqueó la lengua y le pareció que lo hacía con fastidio.

—No, he estado ocupada.

—Es raro que no haya venido, ¿no te parece? —insistió Evan con el tema. Ella pensó que tenía razón, pero sus preocupaciones eran otras.

—Estará liada con los preparativos de la fiesta en su casa.

Trevelyan dobló el diario y lo dejó sobre una mesita. Se levantó de su asiento y la miró con intensidad. Creyó que iba a decirle algo, pero él desvió la vista y se dirigió a su hermano.

—Evan, estoy en mi habitación, quiero escribir unas cartas. Avísame si decides salir.

Lo vio marcharse sin cruzar una palabra con ella, prácticamente la ignoró. Aquello le dolió como nunca imaginó que lo hiciera. En la puerta le cedió el paso a su tía que llegaba, y compartieron algunas palabras, pero no oyó qué se decían. Esta, al verla, se quejó de que no la encontraba y ella se excusó de un modo muy infantil. Bromeó con que la casa era grande y con seguridad mientras una estaba en una punta de la mansión, la otra estaría en la opuesta.

—Evan, veo a tu amigo abatido —señalo tía Gwen—. ¿Le ocurre algo?

—¿A Christopher? Que yo sepa no le pasa nada.

—Pues que Dios te conserve la vista, querido, tu amigo está triste. No entiendo este aferramiento a la soltería, casarse no es tan dramático.

—No me ha comentado nada, pero imagino que le preocupa el asunto.

Aileen miró a su tía y luego a su hermano, sin entender de qué hablaban. ¿Acaso Christopher iba a casarse? Sin pensarlo preguntó:

—¿Es que está prometido?

Su hermano negó con la cabeza.

—Pero habláis de que tiene que casarse. —Sintió una ligera

angustia que justificó con el calor de la habitación. ¿Por qué tenían las ventanas cerradas?

—Prometió a su familia buscar esposa cuando regresase a Londres —explicó Evan y como si el tema se hubiera agotado, aunque ella sentía mucha curiosidad, sus hermanos se enfrascaron en una conversación sobre créditos y asuntos del banco.

Tía Gwen se le acercó y la invitó a sentarse con ella.

—Querida, ¿qué tienes que decir sobre el señor Culpepper? ¿Te ha hecho alguna proposición?

—¿Habláis de Ulrich Culpepper? —La voz de su padre sonó casi a su espalda y temió el interrogatorio que se avecinaba. Agradeció que Trevelyan no estuviera—. Ha estado en el banco esta mañana.

—Oh, Sean —suspiró tía Gwen—. ¿Te ha pedido la mano de Aileen?

—¿La mano de Aileen? No, pero hemos hablado bastante. No creo que tarde en hacerlo. —Sonrió su padre al mirarla y le dijo—: Por lo visto quedó prendado de ti al conocerte en Bath.

—Ves, querida, él está interesado en ti y pronto se decidirá a pedir tu mano.

Aileen sonrió, feliz al escuchar aquello, pero siempre había pensado que tendría otra alegría burbujeando en su cuerpo al oírlo.

—¿Y qué quería, entonces? —se interesó Evan.

—Quería exponerme un negocio que quiere emprender, necesita socios y me ha estado tanteando.

—No ha pedido ningún crédito, ni siquiera tiene cuenta con nosotros —explicó Anderson.

—Bueno, desde hoy sí la tiene —respondió el señor Mackay con arrogancia—. Es astuto; dice que no quiere diversificar su dinero, lo tiene en el banco de Londres, aunque ha depositado una suma importante. Además, se ha ocupado de informarme de que es el único heredero de su tía. Tengo que investigar un poco.

Aileen sabía que su padre no hacía negocios con cualquiera, tenía que conocer bien a la persona para hacerlo y Culpepper no iba a ser el primero al que investigara. Estaba convencida de que se quedaría asombrado por su fortuna, según le había comentado tenía participaciones en varias empresas.

—¿Y el negocio te parece interesante? —preguntó Anderson.

—Sí, bastante. Quiere construir casas, pero que sea otro quien

asuma el riesgo.

—El otro día estaba con el señor Bell, por lo visto esas tierras donde quiere construir están cerca de sus minas —informó ella—. Me lo dijo Iona.

Evan levantó la vista y frunció el ceño.

—Interesante —se limitó a decir su padre.

—Oh, papá, tienes que ayudarlo, prométeme que estudiarás ese negocio.

Aquella noche, Aileen se metió en la cama con la extraña sensación de que el señor Trevelyan la odiaba. Habían compartido mesa durante la cena y le pareció que él estaba fastidiado por tener que hacerlo, pero Evan había insistido en quedarse y salir más tarde. Sus hermanos y su padre conversaban distendidos, cuando Anderson bromeó con la visita del señor Culpepper al banco y mencionó que quizá sonaban campanas de boda. Quiso que la tierra se la tragara. Christopher le clavó una mirada tensa, ni siquiera se le movió un músculo del rostro, fueron unos segundos solamente, pero los suficientes para sentir toda su inquina. Para su tormento, él cogió su copa y la levantó en un disimulado brindis hacia ella. No había sonreído y aquello era lo que la mortificaba. Ni siquiera la idea de que Culpepper se había interesado en ella al hablar con su padre pudo quitarle aquella sensación.

# Capítulo 8

Aileen entró en el salón del desayuno con la esperanza de encontrar algún momento para hablar con Christopher, pero él pareció evitarla. Apenas le dio tiempo a verlo en la mesa, se mostraba muy interesado en conversar con Evan y Anderson. En realidad, los tres estaban muy raros. Nada más verla se callaron y levantaron el vuelo. Si no los conociera se habría ofendido. Con seguridad hablaban de mujeres y sus hermanos aún creían que sus oídos eran demasiado tiernos para escuchar algunas cosas.

A la hora de comer no aparecieron, ni ellos ni su padre, y según le avisó el mayordomo, este había enviado aviso de que regresaría para la hora de marcharse a casa de los Bell. Comió a solas con su tía, que le quitó importancia al asunto.

—Estarán liados con algún tema del banco.

—Supongo —se limitó a decir, no tenía muchas ganas de conversar, pero su tía sí.

—Querida, quizá esta noche el señor Culpepper quiere hablarte, pero no debes quedarte sola con él, bajo ningún concepto —le advirtió—, podría arruinar tu reputación. Y ante todo hay que hacer las cosas bien, que pida tu mano.

—¿Piensa que va a pedirme matrimonio o a arruinarme?

—No lo tomes a broma, la reputación de una joven se rompe más fácil que un cristal.

—No bromeo, tía, ¿cree que me pedirá matrimonio?

—¿Te gustaría? No puedo negar que es atractivo y tiene buenos modales, su madre es una señora respetada, aunque muy exigente, pero… Será cosa mía, niña, pero yo creo que estaba más interesado cuando estábamos en Bath. Pienso que el señor Trevelyan es mucho

mejor partido.

—¡Tía! Es el amigo de Evan.

—¿Y qué? Su familia es una de las mejores de Londres y él es muy apuesto, quizá demasiado para un hombre soltero. Yo no lo descartaría. Además, se marcha en breve, y tengo entendido que se casará al llegar a Londres; me temo que con la primera que le presenten. Así que, ¿qué mejor esposa que la hermana de su mejor amigo?

—Creí que el señor Culpepper te gustaba para mí.

—Y me gustaba, pero puestos a elegir, me gusta más Trevelyan. —Para su consternación, su tía soltó una carcajada—. Discúlpame, sé que te he animado con el señor Culpepper, pero es que te lo tenía que decir.

Ella la miró con cara de asombro, tratando de acallar las emociones que le brincaban en el pecho. Las palabras: «se marcha» y «se casará» todavía retumbaban en sus oídos.

—Me gustaría casarme por amor —afirmó.

—No sé en qué mundo vivís los jóvenes de hoy en día… —se quejó su tía y Aileen no entendió su salida de tono—. ¿Pero tú tienes ojos en la cara?

—¿Qué quieres decir?

—Querida, si he de decírtelo yo, estás muy ciega.

Decidió descansar antes de arreglarse para la fiesta de los Bell. Al subir las escaleras vio de reojo un equipaje amontonado en el vestíbulo y preguntó a uno de los lacayos a quién pertenecía. La respuesta la trastocó.

—Son las cosas del señor Trevelyan, se marchará mañana, pero ha pedido que se envíen sus baúles a York.

De repente creyó que el aire le faltaba. Christopher se marchaba y no se lo había dicho. Desorientada, bajó los cuatro peldaños que había subido, necesitaba salir al jardín. Sentía una opresión en el pecho que solo la brisa que corría podría aligerar.

No entendía a su loco corazón, Trevelyan ni siquiera le gustaba.

«Christopher».

Sin embargo, saber que se marchaba la turbaba. Quizá aquella emoción se debía a las tardes que habían compartido. Tardes de besos y caricias y también de pequeñas confesiones en las que cada uno intentaba llenar los silencios, sin mostrarse demasiado. Así

supo el motivo real por el que había ido a Edimburgo; en cierto modo escapaba de una mujer casada que se había obsesionado con él. Que eligiera refugiarse en su casa le alegró, porque lo había conocido.

Caminó sin rumbo y acabó en las cuadras. Recordó que en aquel patio lo había visto la primera vez, no hacía tanto. Entró en el establo y sus pies la llevaron hasta el cubículo de Rage. Entró y se le acercó, acarició su hocico. El caballo piafó al sentirla, y ella supo que la reconocía.

—¿Así que tu amo ha decidido marcharse?

Apoyó su frente en la del animal.

—Creo que lo echaré de menos.

Percibió la presencia de alguien y, sobresaltada, se separó del caballo y miró hacia la entrada.

—Eso sí que no lo esperaba —murmuró Christopher. Estaba apoyado con el hombro en el quicio de la puerta y los brazos cruzados por encima de su torso. Su actitud era arrogante, así y todo, inquirió con interrogación—: ¿Ha decidido odiarme, pero visita a mi caballo?

—Parece más noble que usted.

Él se rio y ella lo maldijo porque aquella risa se le clavaba en lo más profundo de su ser. Pero no se acobardó y lo enfrentó.

—No he decidido odiarlo, es solo que no me gusta que jueguen conmigo o me confundan y yo creo que es al revés, parece que es usted quien me odia. Ni siquiera me ha informado de que se va —le reprochó—. He visto su equipaje preparado. Escapa como un ladrón. ¿No pensaba decírmelo?

—Supongo que en algún momento se enteraría. Creí que no quería saber de mí. Pero se lo digo ahora: me marcho mañana. Lamento si la he molestado.

—¡Cuánta consideración! Claro, solo soy la hermana de su amigo. Pero no sea tan creído, no me ha molestado. Además, me ha ayudado… ¿Quizá debo darle las gracias?

Él se llevó la mano al corazón.

—¡Uy! Eso ha dolido —bromeó. Luego entró en la estancia y se colocó al otro lado del caballo—. Quiero que sepa que para mí no es solo la hermana de mi amigo… Me importa mucho y me dolería que me diera las gracias por unos besos… Quizá no se lo he dicho

con palabras, pero la llevo en el corazón. Si usted quisiera yo… yo removería cielo y tierra por usted.

—No siga, yo… yo me casaré con Ulrich y usted… —Se le hizo un nudo en la garganta al decirle aquello y lo peor es que le dolió. Tenía que salir de allí—. No sé… ¿por qué escapa hacia un futuro que otros decidirán sin siquiera opinar?

Él se encogió de hombros.

—Escapar suena hasta romántico si lo hiciera con usted, pero ya ve, nuestros caminos se separan y no porque sea de mi agrado. ¿Qué más le da con quién me case? —murmuró Christopher con una voz ronca, pero serena. Ella evitó su mirada—. Va a recibir su ansiada proposición, el señor Culpepper pedirá su mano. No deseo quedarme aquí para verlo.

Aileen se obligó a observarlo por encima de la cabeza de Rage. Él se movió y llegó hasta ella, se puso tan cerca que pudo oler su aroma a sándalo y madera. Sus ojos azules, estaban tan fríos como el acero.

—Me gustaría besarla por última vez.

—No creo que debamos.

—Para usted será solo un beso, lo olvidará pronto, yo lo guardaré como un tesoro.

Ella dio un paso hacia él y él la tomó por la cintura y la besó. No fue un beso intenso, sino lento, como si así se aprendiera todos los rincones de su boca. Estaba lleno de tanta ternura que la conmovió y le removió el alma. Necesitó aferrarse a él, porque, aunque ella no lo confesara, también atesoraría, no solo aquel beso, sino todos los que habían compartido.

La dulce caricia se extinguió sin que Aileen deseara que acabase, pero era una despedida y las despedidas llegan a su fin. Él apoyó la frente en la de ella y pudo notar su respiración agitada.

—He de irme —musitó ella.

Se alejó unos pasos y antes de salir del cubículo se giró para contemplarlo. Él parecía tener los hombros caídos, como si cargara con todo el peso del mundo, pero la miró con una sonrisa.

—Yo también pensaba en usted —confesó Aileen.

—¿Cómo…?

—Cuando… pensaba en usted.

Sintió que la sangre se le agolpaba en las mejillas y no fue capaz

de explicar que todas aquellas veces que él la había besado, ella solo podía pensar en él. Se volvió y quiso abandonar el lugar, pero él la frenó al cogerla por sorpresa de la muñeca.

—No puede decirme eso y marcharse. ¿Acaso no se da cuenta de que la amo? La amo tanto que me duelen el alma y el cuerpo.

Aileen respondió nerviosa, no esperaba aquella declaración: tan simple y tan dura.

—Lamento si le he dado a entender otra cosa, pero… pero es con Ulrich con quien deseo casarme.

—¡Váyase! —espetó al soltarla.

Jamás se había sentido tan mal consigo misma como en aquel instante. Aligeró el paso hasta llegar a su habitación, donde se derrumbó en la cama y escondió el rostro en la almohada.

No se entendía, ella estaba enamorada de Culpepper, pero si eso era así, ¿por qué le dolía tanto no haber acabado entre los brazos de Trevelyan? La mente tenía extrañas formas de enviar remordimientos al corazón por las conductas inadecuadas.

Aileen entró en casa de los Bell y encontró a Iona con su padre, recibiendo a los invitados. Junto a ellos estaban Megan Thompson y su hijo, Jeremy Thompson-Bell. Era una escena que ella nunca había visto. Daban la imagen de una familia unida y los rencores olvidados.

Iona pidió permiso a su padre para poder ir con ella y este se lo concedió.

—Tengo que hablar contigo —le susurró su amiga al oído. Aligeraron el paso y entraron en una sala cerca del salón—. El señor Culpepper no ha venido todavía. ¿Estás nerviosa?

—Un poco.

—Yo he de decirte algo. Voy a marcharme a Londres una temporada.

—¿A Londres?

—Sí, con tía Megan.

—¿Por qué?

—Cuando te cases voy a sentirme muy sola, quizás allí conozca a alguien.

—Pero Evan…

—Evan jamás se me declarará y yo no puedo pasarme la vida

esperando.

—Te entiendo. Pero júrame que seremos amigas siempre.

—Eso no lo dudes.

Durante un momento compartieron confidencias, como cuando eran niñas y se tenían la una a la otra. Ahora eran adultas y tenían que aceptar que sus vidas iban a ser otras cuando se casaran.

—El señor Trevelyan también se marcha —informó.

—Lo sé, estuvo en casa la otra tarde. Vino a despedirse de papá.

—Nos hemos besado —confesó sin proponérselo.

—¡Cómo!

Aileen soltó una carcajada. La exclamación de su amiga y la expresión de su rostro la hicieron reír. Iona miró hacia todos lados, como si tuviera que asegurarse de que nadie las escuchaba y la instó a seguir.

—Haz el favor de empezar a contarme eso, porque estoy deduciendo que esas tardes en las que esperaba que nos viéramos, tú estaban deleitándose con esos labios tan carnosos que tiene ese hombre.

—Quise que me enseñara a besar, para poder atraer a Culpepper.

—¿Y también te has besado con él? —Su amiga no daba crédito —. Aileen Mackay, no te reconozco.

Ella le contó cómo habían sido las cosas.

—Al final se enfadó conmigo y no ha vuelto a hablarme.

—¿Por qué se enfadó contigo?

La miró y luego bajó la vista hasta el suelo.

—Me dijo que me amaba.

—¡Aileen! Seguro que fuiste tan sincera que le dijiste que tú querías casarte con el señor Culpepper.

—Sí —sollozó—, pero ahora no sé…

—¿Acaso no ves que tú también lo amas?

Aileen pensó en su tía, le había dicho algo parecido. Su amiga la abrazó como si supiera que necesitaba que la abrazaran.

—¿Por qué os escondéis aquí? —las interrumpió Evan.

Se separaron al instante y Aileen se enjugó una lagrimilla que se le escapaba del ojo izquierdo.

—¿Y tú, por qué eres tan cotilla? —respondió Iona con otra pregunta.

—¿Se puede saber qué os pasa?

Ella miró a su amiga y luego a su hermano.

—Iona se marcha a Londres.

—¿Cómo…?

Las amigas se tomaron del brazo para salir de aquel lugar, Evan pareció necesitar unos segundos para recuperarse del golpe, pero Aileen intuyó que su amiga no se había dado cuenta.

—Vamos —lo apremió—, salgamos al salón.

Al llegar junto a su familia, vio a Christopher hablar con Anderson y Jeremy, muy animados. El primo de Iona explicaba un negocio en el que se había embarcado con el señor Culpepper y a Aileen le gustó saber que el proyecto de Ulrich por fin podría llevarse a cabo. Quería escuchar más, pero un joven se acercó y le pidió el baile que se iniciaba. Ella aceptó y cuando salía hacia la zona de baile oyó a sus espaldas que Christopher sacaba a bailar a su amiga.

Durante más de una hora estuvo bailando con distintos jóvenes, pero ninguno era Culpepper, este todavía no había acudido a la fiesta. Christopher tampoco le había solicitado ningún baile y eso la mortificaba, sobre todo porque había bailado con su amiga, nada menos que en dos ocasiones. Una extraña angustia se instaló en su pecho. Hasta que vio aparecer a Ulrich.

Había ido con Evan, Iona y Trevelyan a la zona de refrigerios y conversaban sobre la inminente marcha de Christopher cuando Ulrich se le acercó.

—Querida señorita Mackay, tiene que disculpar mi retraso —dijo él con amabilidad después de saludar a todo el grupo—. He tenido un pequeño percance con el carruaje y no he podido llegar antes. ¿Le apetece dar un paseo conmigo por el salón?

Ella miró a su hermano y este le dio permiso. Estarían a la vista de todo el mundo.

Empezó a caminar con Ulrich y por el rabillo del ojo vio a Christopher despedirse de Evan y los demás. No pudo evitar seguirlo con la mirada hasta que desapareció por las grandes puertas del salón. Ulrich le hablaba en confianza sobre las negociaciones que estaba llevando a cabo, y ella perdió el hilo de lo que le decía, hasta que algo llamó su atención.

—Por fin he concretado mi negocio y puedo centrarme en lo que

mi corazón ansía. Quiero que sepa que, si bien no puedo casarme de momento, sí quiero pedir su mano. ¿Querría ser mi esposa?

Ella se detuvo sorprendida por la pregunta y lo miró con incredulidad.

—Ulrich…

—Ya veo que la he sorprendido, pero no como esperaba.

Se apartaron del gentío del salón y se refugiaron en una zona de columnas donde había más intimidad, a la vista de todos.

—No soy un hombre romántico, sí práctico. Y sé que este no es el lugar adecuado para hacerle esta pregunta, pero me marcho mañana a Londres. He de hablar con mi abogado por el negocio que quiero emprender y preparar el viaje de mi madre y de mi tía para que vengan a Edimburgo, ella querrá participar en los preparativos de la boda.

Ulrich se arrodilló frente a ella y sacó un anillo del bolsillo de su chaleco y repitió su pregunta:

—¿Querrá ser mi esposa?

Aileen lo observó con sorpresa, se habían ganado las miradas de la gente que había a su alrededor y notó que el ruido se ensordecía. Era lo que siempre había soñado, sin embargo…

—Yo… —Sintió de repente que no podía casarse con aquel hombre. Había deseado tanto escuchar aquella pregunta que cuando llegaba no le causaba ninguna emoción—. No puedo casarme con usted.

—¿Cómo…? —preguntó, incrédulo, levantándose de un salto. Sin duda no esperaba aquella respuesta. La miró suspicaz y añadió —: ¿Es porque no la besé?

—No, no es por eso, es porque amo a otro hombre y… —Se dio cuenta de que no necesitaba darle explicaciones—. Disculpe…

Aileen se dirigió con prisa hacia las grandes puertas por las que había salido Christopher. Tenía que detenerlo. Tenía que confesarle que lo amaba.

Christopher salió del salón y buscó refugio en una de las salas que había adyacentes a la zona de baile. Encontró una que daba al jardín y en la que se gozaba de bastante tranquilidad. Y por suerte estaba vacía.

La sola idea de pensar que Aileen estaba aceptando al señor

Culpepper lo enfurecía y prefería no tener a nadie a su alrededor.

Tenía que haberse ido aquella misma mañana, aún no entendía por qué aceptó quedarse hasta después del baile de los Bell, cuando sabía qué iba a ocurrir. Sus amigos habían hablado bastante sobre la inminente propuesta de Culpepper.

Pensó en sus primos, los echaba mucho de menos y en aquel instante se sentía muy solo. Él siempre había sido un hombre que controlaba sus emociones, y estas lo tenían agitado desde hacía días. El amor enloquecía a los hombres y él se había dejado llevar por todo lo que Aileen le provocaba. Había sido tan esclavo de aquellos sentimientos que no pensó en el precio que iba a tener que pagar cuando se alejara de ella. Recordar cómo se abandonaba a sus besos, lo bien que sus cuerpos se acoplaban en un abrazo, era una tortura. Y ahora toda aquella dulzura iba a ser de otro hombre, el que ella había escogido y él tendría que recomponer los trozos rotos de su corazón y empezar de cero.

Volvería a casa y allí dejaría que el destino le procurara una esposa. Su madre iba a estar encantada de seleccionar a la más adecuada. Él solo esperaba que algún día dejara de dolerle el alma.

Recordó con amargura una de las noches que había salido con Evan al club. Estaba abatido porque todo había acabado entre Aileen y él y había decidido regresar a casa.

—Pareces fastidiado —le había dicho su amigo mientras subían al carruaje; al acomodarse lo miró con interrogación—: ¿Me equivoco?

—No, disculpa si he dado esa impresión —mintió y como si tuviera que excusarse añadió—: He escrito a mi madre, le he dicho que me busque una esposa.

—¿Pero…? —Evan pareció alterarse y tomó aire para continuar —: ¿Es que no has conocido a nadie que te agrade lo suficiente como para dar ese paso?

Quiso decirle que ese era el problema, la había conocido, pero era inalcanzable. Dibujó su mejor sonrisa y mintió a su amigo.

—Parece que no.

—No te creo.

Evan puso cara de desagrado.

—Voy a volver a casa —confesó—. En unos días mi familia estará en Flowerday Hill, en casa de Henry, en York; me detendré

allí. Todos quieren estar presentes cuando nazca su hijo. Luego regresaré a Londres a cumplir mi deber.

Evan lo había mirado con fijeza y él se había sentido un miserable por mentirle.

—Creo que no te atreves a dar el paso que deseas —aseveró Evan.

—Lo dices por experiencia —se mofó.

De niños habían jurado hablarse siempre con la verdad y acababa de romper su palabra. Al menos él sabía quién ocupaba el corazón de su amigo, pero era un cobarde al no ser capaz de decirle quién habitaba en el suyo. Las pequeñas lamparillas de aceite que tenía la cabina del coche en las esquinas les daba una visión en penumbra, pero pudo ver la expresión de Evan: su amigo no se tragaba el cuento y lo sorprendió con lo que le soltó:

—No te vayas sin luchar por Aileen. —Él lo miró, asombrado al descubrir que Evan conocía su secreto—. Aunque creas que sí, no disimulas muy bien, amigo.

Asintió con la cabeza dándole efecto de verdad a aquellas palabras, luego aseveró:

—Yo también seré sincero, contigo —sonrió ante el gesto del otro, que lo invitaba a hablar—. Vas a perderla, y te aseguro que lo lamentarás si no te decides de una puñetera vez por la señorita Bell. Esa mujer no va a esperarte toda la vida.

—Está visto que somos un par de tontos.

Sonrió al evocar aquella conversación. Era cierto, en los asuntos del corazón eran muy tontos.

De pronto escuchó su nombre, alguien lo llamaba. Reconoció la voz y se levantó de un salto del sillón en el que se había sentado. Su corazón casi se le paralizó al ver a Aileen entrar en la habitación.

—Por fin le encuentro.

—¿Qué ocurre?

Ella se le echó en los brazos y apoyó la cara en su torso. La abrazó por instinto.

—No he podido, no he podido aceptar al señor Culpepper porque no lo quiero.

—¿No?

Ella negó con la cabeza.

—Es a usted a quien amo.

Christopher creyó que el suelo que había bajo sus pies se abría y que podía caer de un momento a otro.

Con dos dedos levantó la barbilla femenina y la miró a los ojos. Ella se puso de puntillas y sin esperar ninguna palabra aplastó su boca contra la suya. Acarició sus labios y se perdió en un beso profundo y largo, tan dulce y apasionado que le tembló lo más profundo del alma. Se separó un instante para ser consciente de que era ella quien lo besaba, quien se pegaba a su cuerpo, y vio sus ojos nublados por las lágrimas.

—Béseme otra vez, por favor, no deje de besarme.

—La besaré hasta el día que me muera —respondió. Ella sonrió y escondió de nuevo la cara en su pecho, él volvió a obligarla a que lo mirara—. Pero necesito escucharla de nuevo.

—Lo amo, lo amo tanto que se me parte el corazón al saber que va a marcharse sin mí.

—No pienso irme a ningún lado. Espero que sea cierto esto que dice, porque no consentiré que nadie me separe de usted.

—Entonces ¿quiere casarse conmigo? —preguntó ella con un gesto inquieto por saber la respuesta.

—Ay, mi damita impaciente, por supuesto que voy a casarme contigo —la tuteó él a la vez que la cogía por la cintura y la elevaba hasta sus labios, para saborearlos a placer y olvidando por completo que estaban en una fiesta y que cualquiera podría entrar en la sala y descubrirlos.

—¿Qué pasa aquí? —los sorprendió Evan.

Christopher se obligó a dejar a Aileen en el suelo y miró a su amigo con reparo. Estaba acompañado de Iona.

—El señor Trevelyan acaba de pedirme que me case con él —respondió Aileen, emocionada.

Su amiga avanzó unos pasos y dijo por ella:

—Y tú has aceptado, según podemos ver.

Aileen asintió como si fuera una niña y Christopher miró a su amigo.

—Ha sido todo muy rápido, por supuesto, hablaré con tu padre en un momento.

—No sé si abrazarte o propinarte un derechazo, pero… —señaló Evan con cara seria, parecía no gustarle la escena, luego sonrió—. ¡Qué demonios! Dame un abrazo. No pierdo un amigo, gano un

hermano.

Los amigos compartieron un momento lleno de afecto sincero.

—No creas que te vas a marchar mañana —advirtió Evan con sorna.

Aileen miró a Christopher a los ojos y le dedicó una mueca traviesa.

—Vamos, a papá le va a encantar esta noticia.

—Una pregunta. ¿Qué hacías los dos solos por aquí? —quiso saber Aileen.

—Te seguí al ver que dejabas plantado al señor Culpepper —respondió Iona, que explicó que este se había marchado con prisas de la fiesta.

—Yo la seguí a ella —observó Evan con humor.

—Ah, está muy claro —replicó Aileen—. Buscabais un lugar tranquilo.

Los cuatro se echaron a reír y Christopher tendió la mano a su amada. Esta la tomó y abandonaron aquella sala en la que había entrado con el corazón roto y el alma hecha pedazos, pero salía sin cicatrices. Un solo beso lo había curado. Tener a Aileen entre sus brazos y escuchar como ella le confesaba su amor lo había convertido en el hombre más feliz de Escocia.

# Capítulo 9

Aileen acabó rendida aquella noche. Después de que Evan e Iona los descubrieran, Christopher quiso hablar con su padre, no quería esperar para pedir su mano. Este se sorprendió al principio, pero los felicitó con mucho énfasis y acordaron hablar más detenidamente cuando llegaran a casa.

El resto de la velada había vivido en una especie de nube. Bailaron, rieron y compartieron miradas seductoras en las que ella lo había puesto a prueba con las enseñanzas que le había dado sobre cómo atraer a un hombre. Fue durante el vals cuando trató de seducirlo y se ganó una reprimenda.

—Cariño, si continúas así voy a tener que sacarte de aquí y buscar la primera iglesia para, después, poder consumar mis votos.

Aquella frase se le había quedado grabada en el alma y no le dejaba dormir.

Al llegar a casa creyó que podría compartir un rato a solas con Christopher, pero tía Gwen, quien parecía emocionada con los acontecimientos, la acompañó a su alcoba, mientras sus hermanos, su prometido y su padre se encerraron en el gabinete de este. Supuso que para hablar sobre el acuerdo de matrimonio.

Trató de pensar en cosas agradables para atraer el sueño, pero en lo único que pensaba era en las tardes que habían compartido en la habitación del tercer piso. Notó que su cuerpo se agitaba al pensar en su prometido y una flama le recorría el cuerpo. Paseó sus manos desde sus pechos hasta sus muslos, y al rozar algunas zonas de su cuerpo notaba que un relámpago la atravesaba.

Consciente de cómo se sentía se levantó con una idea clara en su mente. Se miró al espejo, el cabello le caía por los hombros y se

colocó una bata sobre el camisón que le llegaba hasta los pies. Cogió una de las velas que tenía sobre su mesita, apagó las otras y salió de su habitación.

La casa estaba en silencio, calculó que serían las tres de la madrugada. Recorrió dos corredores hasta llegar a la habitación de Christopher. Esperaba no asustarlo. Llamó con los nudillos varias veces a la puerta, al momento esta se abrió. Él la recibió con una sonrisa pícara y la hizo pasar.

—¿Ocurre algo? —preguntó casi preocupado.

—Necesitaba verte.

Ella observó la estancia, él estaba en camisa de dormir y la cama estaba abierta, pero no parecía dormir, sino que había una palmatoria sobre el escritorio y tuvo la impresión de que escribía algunas cartas. Él respondió a su pregunta no formulada.

—Le escribo a mi familia. Les digo que una joven me ha pedido matrimonio y no he podido negarme, he caído a sus pies irremediablemente.

—He sido impulsiva —se justificó—. Debí esperar a que tú me lo pidieras.

—Cariño, no me siento menos hombre porque hayas tomado la iniciativa. Yo deseo casarme contigo y si pudiera lo haría esta misma noche.

—Yo también lo haría. ¿Cuándo te vas? —preguntó pesarosa.

Christopher cogió la vela que sostenía y la depositó sobre la mesa, luego la tomó con ambas manos de la cara y rozó sus labios con los suyos. Ella se abandonó a aquel beso.

—No me voy sin ti.

—¿Por qué?

—Porque te quiero. He hablado con tu padre y nos casaremos en dos días. Es una suerte que la iglesia escocesa permita celebrar un matrimonio con premura, sin necesidad de amonestaciones o de una licencia especial —señaló él—. ¿Serás capaz de vivir en Londres? Allí tengo mi trabajo.

—Mi hogar estará donde estés tú.

Él la abrazó y volvió a besarla.

—Tengo un piso de soltero, pero buscaremos una casa que te guste en Mayfair y la compraré para ti. Podemos venir de visita cuando quieras… pero dime, ¿qué te preocupa para que vengas a

mi alcoba a estas horas?

—Nada, pensaba en ti. —Se humedeció los labios, se sentía descarada con él. Christopher había empezado a mirarla de otro modo, quizás al darse cuenta de la prenda que vestía—. Es que… nunca me contaste qué pasaba entre un hombre y una mujer en la intimidad.

—No quería que aprendieras esa lección y menos para otro.

Aileen necesitó explicarle que se sentía muy atraída por él desde que se conocieron, pero que no sabía que era amor hasta que presintió que lo perdía. No soportaba que se marchara y no verlo más.

Christopher le dedicó una sonrisa muy tierna y le retiró un mechón de cabello del cuello, lo colocó detrás de su oreja y le besó bajo el lóbulo, provocándole unas cosquillas que notó en lo más profundo de su vientre, luego subió por su mandíbula hasta apoderarse de su boca. Ella no podía resistirse a la atracción que él ejercía sobre ella, pero no quería parecer una descarada. Aunque sabía que él no se asustaría porque mostrara su deseo. Así que respondió al beso con ansia, con ardor. Abrió su camisa y besó su torso masculino, donde el vello era abundante.

—Ven.

Christopher la llevó hasta los pies de la cama e hizo que se sentara.

—Quiero que nuestra noche de bodas sea especial, por eso no quiero precipitarme —le dijo con la voz entrecortada. La bata se le había abierto y mostraba la silueta de sus pechos.

—Yo, Aileen Mackay, me caso contigo —susurró ella sin apartar los ojos de él.

—Yo, Christopher Trevelyan, me caso contigo, Aileen, hija de Sean Mackay —musitó él antes de rozar sus labios con los de ella.

—Entonces, esta noche puede ser nuestra noche de bodas —afirmó Aileen con tensión en la voz—. Así seré tu mujer y tú mi marido.

—Ya estamos casados —rio él y rodeó su dedo anular con el índice, dibujando un aro en él.

Christopher volvió a besarla y sin darse cuenta la tumbó hacia atrás en la cama.

—Te quiero, Aileen, muero de amor por ti y voy a amarte desde

esta noche hasta el día en que me muera.

No hubo más palabras, sintió cómo las manos masculinas cobraban vida sobre su cuerpo y le quitaban el camisón. Luego se apoderó con la boca de sus senos y los gozó por turnos, a la vez que su mano acariciaba la parte interna de los muslos. Tembló cuando sintió que se acercaba al vértice de sus piernas.

—Tranquila, cariño. Dime qué quieres.

—Quiero tocarte, ¿puedo?

Él sonrió, pícaro, se deshizo de su camisa de dormir y tomó su mano. La bajó hasta su zona íntima, para que lo acariciara. Aileen jamás había tocado una piel tan aterciopelada. Se ruborizó al instante.

Christopher tomó el control de la situación y rozó su cuerpo con sus labios, luego se le puso encima y con los ojos clavados en los de ella se introdujo en su interior. Aileen no necesitó que él la aleccionara y, aunque su cuerpo respondió tímido y torpe al principio, pronto aprendió a responder a cada envite y a cada caricia. Suspiró y gozó de todo el placer que él le daba y cuando cayó vencido sobre el colchón supo que él ya era su marido y ella su mujer. Una mancha roja sobre su bata que había quedado bajo sus cuerpos era la muestra de que ya no era inocente.

Quedaron abrazados y casi al despuntar el alba él la avisó de que tenía que regresar a su cuarto, antes de que los criados pudieran verla por el pasillo.

—Podremos repetir mañana.

Él le guiñó el ojo y ella le mordió el labio, descarada, antes de salir a hurtadillas de la habitación.

Christopher entró en la sala de desayuno, Evan y Aileen ya estaban sentados a la mesa. Se acercó a su prometida y le besó la mejilla, en un susurro le preguntó si había descansado bien.

—Perfectamente —sonrió ella.

—¿Te apetece salir a montar? —inquirió Evan—. Podemos llegarnos a Bell House.

—¿Puedo acompañaros? —preguntó ella.

—Si quieres. —Evan lo miró en busca de su aprobación y él sonrió como respuesta.

Ella se levantó con prisa y salió a cambiarse de vestido, se cruzó

con tía Gwen, que le dijo que la modista vendría a media mañana para arreglar su vestido de novia. Aileen había asegurado que quería casarse con el que había lucido su madre.

Esperaron a Aileen en las cuadras. El mozo ya tenía preparado su caballo cuando ella apareció, le puso un tocón para que se subiera a la yegua, pero Christopher quiso ayudarla él mismo a subir a la silla. Se dio cuenta de que era igual que la que llevaba él y ella dijo que siempre que podía montaba a horcajadas.

—Es bueno saberlo —musitó él en su oído.

Los Mackay eran muy competitivos y Aileen hizo honor al apellido. En el instante en que salieron a la explanada, aún cerca de la mansión, los hermanos parecieron competir uno contra otro. Él los seguía a buen ritmo. Sabía que Rage podía darles alcance en cuanto se lo propusiera, pero dejó a los Mackay hacer su propia carrera. De repente en el aire se escuchó un disparo y luego otro.

—¡Aileen! —gritó y azuzó a Rage para que galopara como el viento.

Otro disparo.

Desde la distancia vio que ella encogía la cabeza, y se pegaba a la yegua, Evan hizo lo mismo. No vio caer a ninguno, pero el corazón se le salía por la boca hasta que llegó hasta ellos. Descabalgó de un salto.

—¿Estáis bien?

—Sí-sí —respondieron los hermanos al unísono.

Aileen se le abrazó angustiada.

—Los disparos han salido de aquel roble —señaló Evan.

No podía ser desde otro lugar, la pradera tenía un único árbol, y no se veía a nadie en la explanada, pero a unos cuantos metros se espesaba el bosque que había entre Bell House y la mansión de los Mackay. Hacia él, un jinete se daba a la fuga.

Al estar todavía cerca de la mansión, el sonido del arma se había escuchado desde ella y varios mozos, unos a caballo y otros a la carrera, se acercaban hasta ellos. Evan les hizo un gesto para que lo siguieran. Christopher se separó un poco de Aileen y vio que tenía sangre en la pechera de su vestido.

—¡Estás herida!

—No, no, no soy yo. —Ella se tocó el pecho y luego horrorizada lo miró—. ¡Eres tú, tu brazo!

Christopher se miró cerca del hombro y vio que su chaqueta tenía un buen agujero, se la quitó de inmediato, la camisa también estaba ensangrentada. Ella la rompió y vio que la bala lo había rozado.

—¿Quién ha podido dispararnos? —preguntó él con rabia mirando hacia todos lados—. Evan es un insensato, quien sea puede dispararle a él.

—No sé, pero volvamos a casa, hay que curarte.

Sonó otro disparo y se les encogió el corazón.

Aileen revisaba el brazo vendado de su prometido y este le sonreía con cariño. Se había montado un buen revuelo con los disparos por la mañana. Por suerte, Christopher solo tenía un rasguño, aunque ella había pedido que avisaran al médico, que le había vendado el brazo y puesto un buen ungüento. Y aunque al enfriarse la herida solo le había quedado una ligera molestia, ella necesitaba revisarlo cada poco rato.

El tirador había tenido peor suerte.

Los mozos de su casa, junto con los de Bell House, que salieron con perros al escuchar el primer disparo y dieron rápido con su rastro, lo habían rodeado y este, aunque se defendió con otro balazo, acabó cayendo del caballo.

Solo un loco podía haber atentado contra alguien en aquellas tierras, la escapatoria era muy difícil. El médico también había tenido que atenderlo. Evan le había propinado una paliza al maldito tirador, que no era otro que Ulrich Culpepper.

Cuando Evan lo llevó a la casa, cogido del brazo como un vil maleante, Aileen no pudo reprimir la ira y lo abofeteó delante de todo el mundo.

—¡¿Por qué?! —le gritó.

—No podía quedarme de brazos cruzados. Él se metió en medio de nuestro compromiso.

—¡¿Qué compromiso?!

Anderson y su padre se lo habían llevado a las autoridades, antes de que ella le arañara la cara. El muy tonto iba a pagar aquella rabieta con su paso por la cárcel, embarrando su apellido por querer matar a Christopher.

Tía Gwen había tratado de animarla y habían pasado gran parte

del día con los arreglos del vestido y los preparativos de una pequeña recepción, para los amigos más íntimos, después de la boda.

Cuando creía que Christopher descansaba en su alcoba y ella estaba en la suya con su doncella eligiendo qué ropas iba a llevarse de viaje y qué le enviarían más tarde a Londres, alguien dejó pasar por debajo de la puerta una pequeña nota. Se sorprendió al ver deslizarse el papelito por el suelo. Abrió la puerta con prisa, pero no encontró a nadie. Leyó la nota con curiosidad:

*Te espero en el tercer piso.*

Miró la hora en el reloj de su tocador y puso una excusa a la sirvienta para salir de la habitación. Era el momento en que tiempo atrás había tenido su encuentro clandestino. Al llegar al lugar de su cita encontró a Christopher sentando en el sofá con una botella de champán y dos copas.

Se sentó a su lado y se abrazó a su pecho.

—¿Estás bien?

—Sí, un poco aburrido.

—Ah, ¿y por eso me has citado, porque es nuestra hora de los besos?

—¿Nuestra hora de los besos? —rio.

—¿Cómo le llamabas tú a nuestro encuentro?

—No le había puesto nombre, pero era mi hora más feliz del día.

Tomaron el champán y se besaron como si fuera la primera vez, con el deseo en todas las fibras de su piel, pero sobre todo conversaron y construyeron planes de futuro. Aileen sirvió otras copas, se sentó de nuevo, encogió las piernas y se acurrucó junto aquel hombre que la había conquistado a base de besos, pero también sin exigirle nada, seduciéndola a la vez que le enseñaba cómo se podía querer a un hombre.

# Epílogo

*Dos semanas después.*

Christopher estaba sentado junto a sus primos en el jardín de Flowerday Hill, la finca de su primo Henry, en York. Este acurrucaba en sus brazos a su pequeño heredero: Reginal Thomas Trevelyan, conde de Redington, bajo la atenta mirada de su bisabuelo, el duque de Gilberston.

En el otro extremo de la mesa, las risas de las damas Trevelyan llegaron hasta ellos.

—Hay que organizar alguna boda la próxima temporada —comentó el duque. Todos soltaron una carcajada al ver que miraba con tesón en dirección de Alexander, George y Derek.

—Abuelo, métase con las chicas —observó Alexander señalando a sus primas: Helena y Sarah—, que ahí las tiene sin casarse y parece que ni ganas tienen.

—Eso cambiará en breve, ya verás. Pero volviendo a vosotros, quiero que os caséis.

—¡Qué afición les ha tomado a los casorios! —exclamó Alexander con énfasis y todos rieron.

—Hace nada que se ha casado Sebastian. Que Christopher y Aileen repitan su boda —propuso Derek, buscando la complicidad de los primos—. ¿Quién dice que lo han hecho? Yo no lo vi.

—Te aseguro que sí lo hice —se defendió orgulloso—. Con un balazo en el brazo, en una gran iglesia y con una escocesa que me tiene loco. Y te aseguro que cuando estás enamorado estás deseando hacerlo.

—Dejad de poner excusas —señaló Henry, sin levantar la mirada

de su hijo—. No duele.

Las risas de las mujeres volvieron a llegar hasta ellos e interrumpieron sus chanzas.

—¿De qué os reís? —preguntó George.

—Georgia, Evelyn, Violet y Aileen nos cuentan cómo conocieron a su irresistible Trevelyan particular —bromeó Helena.

—¿Pero eso no son secretos de alcoba? —se quejó Jared con sorna.

—No, eso es parte de nuestra historia familiar —aseguró Sarah —. Creo que cada uno ha dado con la horma de su zapato.

Christopher miró a Aileen y le guiñó un ojo. Ella se humedeció los labios, tentándolo, y quiso levantarse y comérsela a besos. Estaban bajo una gran carpa que los protegía del sol de la mañana, pero, así y todo, los cabellos rojizos de su esposa, recogidos en un moño bajo, brillaban de un modo que lo tenía hipnotizado. Queriendo provocarla dijo en alto:

—A mí me confundieron con un mozo de cuadras. —Aileen le sacó la lengua, divertida.

—Pues a mí me enviaron a un… local social —confesó Jared entre risas, al darse cuenta de que Maggie, la hija de Violet y su primer esposo, lo miraba con atención. Decir prostíbulo no era la mejor palabra para nombrar delante de una niña, ni siquiera de unas damas.

—Yo lancé un cuadro al aire y acabó encima de mi querida esposa —observó Sebastian. Violet y Sebastian se habían casado tan solo unas semanas antes que él.

—Mi cochero casi atropella a Georgia —afirmó Henry—, pero en mi defensa diré que no tuve ninguna culpa de eso… Ni de que ella acabara con su trasero en un charco.

Derek miró a Alexander y bromeó.

—¿Y con esos comienzos las enamoraron? Creo que el mérito es de ellas.

Christopher pensó en qué momento se enamoró de Aileen y no tuvo duda. Había perdido el corazón por completo, y caído a sus pies, la noche en la que ella lo sorprendió con un beso. Un beso que iba destinado a otro, pero fue él quien lo gozó y quien, al final, se quedó con la chica.

Volvió a mirarla y se levantó para acercarse a su lado, quizá

podía invitarla a dar un paseo y robarle un beso.

Aileen se sentía tremendamente feliz rodeada de la familia de Christopher. Había mucha complicidad entre los primos y primas, pero el duque, quien al principio le había parecido muy serio y su presencia la había intimidado, había resultado ser el que más le gustaba.

Aunque todos eran adorables. Los varones, eran unos pícaros irresistibles, como pronto aprendió que las primas, y por lo visto medio Londres, llamaban a los chicos. Y las chicas la habían acogido tan bien que ya las sentía como a unas hermanas. Luego estaban las tías y los tíos. Jamás pensó que unas damas tan distinguidas pudieran ser tan cercanas y afectuosas y que en el instante en que la conocieron le abrieran los brazos con cariño.

Temía que reprocharan a Christopher haberse casado sin que ningún Trevelyan tuviera tiempo de ir a la boda; pero, aunque bromearon por las prisas, en ningún momento la hicieron sentir una forastera. Era una familia extraordinaria y eso la había ayudado a no echar tanto de menos a la suya.

Christopher se le acercó y se colocó a su espalda, se inclinó para susurrarle al oído.

—¿Estás bien?

—Estupendamente, ¿y tú?

—También, pero me preguntaba si te apetecía dar un paseo por la finca. Puedo sacar a Rage, si quieres montar un rato, tal vez alguno de los primos se apunte.

—Me gustaría más caminar.

Él fue a retirarle la silla de forma muy caballerosa cuando Alexander soltó con humor:

—¿Qué habláis ahí, con tanto secretismo? Un respeto, por favor, que hay niños delante.

Todos rieron.

Desde que habían llegado a Flowerday Hill, Christopher había sido objeto de bromas y burlas por parte de todos y cada uno de sus primos. Y él las aguantaba estoico, decía que era el precio que pagaba por no haber contado con ninguno como padrino. No había inquina, solo el placer de fastidiarlo.

—Trataba de convencer a mi esposa para salir a dar un paseo,

no os veo muy animados a vosotros —aclaró Christopher, sonrió a su mujer y luego provocó a sus primos—. Creo que Maggie tiene más ganas que vosotros de levantarse de la mesa.

La niña sonrió e hizo un gesto con la mano de que tenía bastante, lo que generó un revuelo de risas, sobre todo cuando la niña se sumó.

—Si no puedo jugar con el primito todavía, yo puedo acompañarlos. ¿Puedo, mamá?

Los chicos amagaron la risa.

—Yo también me apunto, vamos, Maggie. Vamos a enseñarle el sitio más bonito del mundo —señaló Sebastian solidarizándose con la niña, a quien consideraba su propia hija. Se levantó y le tendió la mano a la vez que cruzaba una mirada divertida con Christopher—. Venga, chicos, demos un paseo a pie, que Christopher tiene ganas de caminar.

Ninguno se movió del sitio, hasta que él les dijo.

—Vamos, estáis deseando venir.

No todos decidieron acompañarlos, pero así y todo formaron un pequeño grupo: Sarah, Helena, Alexander, Sebastian, Violet y Maggie. Sebastian los dirigía hacia el lago que había en la finca. Christopher retuvo a Aileen y los otros siguieron adelante, sin darse cuenta de que quedaban rezagados.

—¿Feliz? —preguntó Christopher tomándola de la mano y besándosela.

—Mucho. Todos son estupendos.

—En Londres tendremos más intimidad, estoy deseando llegar. Mi padre y el abuelo me han hablado de una casa que creo que nos gustará. Vamos a ser muy felices y cuando Evan e Iona regresen de su viaje de novios los invitaremos.

Ella sonrió. El mismo día en que ellos se habían casado, Evan pidió matrimonio a Iona. Su amiga hizo sufrir un poquito a su hermano y tardó un largo minuto en darle el sí, lo que provocó las risas de todos los que presenciaron el momento. Se habían ido de viaje a París.

—¿Te arrepientes de no haber tenido un viaje de novios más largo?

—Te dije que mi hogar estaría donde estuvieras tú —respondió ella emocionada y con la vista en sus ojos—. Hemos pasado diez

días solos, en la casa que nos prestó tía Gwen. Yo solo te necesito a ti para ser feliz, me es igual el lugar.

Él besó la punta de su nariz y tiró de su mano, Aileen tuvo que aligerar el paso para seguirlo. Al instante se habían salido del sendero y estaban en un claro del bosque por otro camino.

—¿A dónde me llevas?

—Quiero enseñarte un lugar secreto.

Caminaron durante unos minutos hasta encontrarse ante una pequeña casa. Él la miró, pícaro.

—¿No pensarás…?

—Por supuesto que lo he pensado. Anoche cuando llegué al dormitorio ya estabas dormida y esta mañana…

—Cariño, la culpa es tuya —le reprochó traviesa—. Te entretuviste demasiado con tus primos.

—Por eso. Aquí no va a encontrarnos nadie.

Christopher la hizo entrar y le pareció que todo estaba demasiado en orden para ser una casita en el bosque desatendida. Se echó a reír.

—¿Quién ha preparado esto?

—Aunque no te lo creas, mi primo Henry es un hombre muy comprensivo y sabe que estamos recién casados y necesitamos intimidad.

Allí iban a tenerla, era una casita muy confortable. Un refugio con pocos muebles, pero los justos y necesarios.

—¿Esto está en la finca de tu primo?

—Por supuesto. Dicen que el abuelo de Henry lo mandó construir para reunirse aquí con sus amantes. Así que tiene todo lo necesario para pasar un buen rato.

—Pero es de día…

—Así podré mirarte a la cara con la luz del sol entrando por la ventana y decirte cuánto te quiero.

Christopher había dado unos pasos y estaba pegado a ella, cogiéndola por la cintura y atrayéndola hasta sus labios. La tentó con un beso, y ella se dejó tentar. Coqueta, se colgó de su cuello y con los ojos clavados en los de él, le susurró muy bajito.

—Y yo te repetiré lo mismo, una y otra vez, mientras me llevas al cielo.

# Nota de la autora

El desencadenante para que Christopher se marche a Escocia no es otro que poner distancia con una amante que no acepta su ruptura. Dicha amante estaba casada y su conducta puso en alerta al burlado esposo que exigía una compensación para lavar su honor e, incluso, llegó a hablar de divorcio. Algo muy mal visto en aquella época.

La frase «hasta que la muerte nos separe» era muy cierta en la Inglaterra de la regencia, ya que un matrimonio solo podía romperse con el deceso de alguno de los contrayentes. El divorcio estaba prohibido y no se legalizó hasta 1857.

La única forma de obtener el divorcio pleno, que permitiera a los cónyuges volver a casarse, era mediante un acta que concedía el Parlamento, como una extraña excepción a la regla que prohibía cualquier disolución de un matrimonio. Pero la *Private Act of Parliament* no estaba al alcance de todos, así que eran solo unos pocos privilegiados y con unas rentas muy altas los que podían acceder a ella.

La mujer, sobre todo si era adultera, era la que llevaba la peor parte. Un divorcio en la regencia significaba el suicidio social de la dama que estaba abocada al ostracismo y al rechazo social.

Si el adulterio de la esposa era la causa, dentro del proceso de divorcio se contemplaba una acción interpuesta por el marido burlado contra el seductor de su esposa: la *Criminal Conversation Action* que establecía la cantidad con la que el marido engañado sería compensado por el adulterio de su esposa.

En España, el divorcio no llegó hasta 1981 con la Ley 30/1981 de fecha 7 de julio Era un proceso largo y caro que duraba años, porque el matrimonio tenía que estar separado, sin convivencia

durante un tiempo hasta poder solicitar el divorcio.

Eso ha cambiado con los años. Desde 2005 existe el divorcio exprés, Ley 15/2005 de 8 de julio que modificó tanto la Ley de Enjuiciamiento Civil como el Código Civil.

En cuanto al texto de Platón al que aludo y que ha leído Aileen es El Banquete de Platón. Es un libro que versa sobre el amor y de una forma dialogada en una escena, Alcibíades, un joven político, comenta su relación con Sócrates, el gran filósofo. Los invitados tratan este tema de un modo sublimado, incluso gracioso, pero en el fondo se habla de una relación homoerótica.

# Agradecimientos

A ti, lectora, lector, por elegir una de mis novelas para buscar evadirte y viajar a otros mundos que te hagan soñar. Un libro siempre es un buen lugar donde refugiarse. Gracias, espero que, al menos, haya conseguido entretenerte con esta nueva entrega de la serie.

A Penguin Random House y, en especial, a Lola Gude por su apoyo y la confianza que me da al contar conmigo.

A los Trevelyan, que son una familia maravillosa y algo tienen de la mía (la complicidad y el ayudarse unos a otros cuando a alguno le hace falta). Sé que quedan muchas historias por contar, no renuncio a ellas, solo espero tener tiempo y que sus protagonistas me las susurren al oído para poder escribirlas.

NURIA RIVERA (Badalona, Barcelona, España, 1967).

Es psicóloga especialista en Psicología clínica y psicoanalista de profesión. Tiene un máster en salud mental, numerosos cursos de especialización y un doctorado en Clínica y aplicaciones del psicoanálisis. Fue presidenta de una Asociación Psicoanalítica y dirigió su revista. Codirige un blog de escritos psicoanalíticos con otros colegas, donde ha publicado algunos artículos.

La lectura y la escritura de ficción son sus aficiones más importantes. Realizó el Itinerario para Narradores de Novela en la escuela de escritura del Ateneo Barcelonés y Novela histórica. En mayo de 2017 publicó *El destino tiene otros planes* (Ediciones B, Selección de B de Books). Fue Finalista en el VIII Certamen de Novela Romántica
Vergara-RNR
con *La pasión dormida* y en enero de 2018 publicó *Algunas mentiras* (PRHGE, Selección B de Books).